

F. S. GUTIERREZ

IMPRESIONES  
DE VIAJE

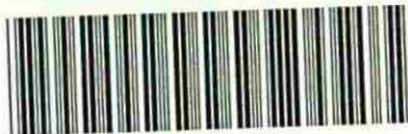
TOMO I

E168

G87

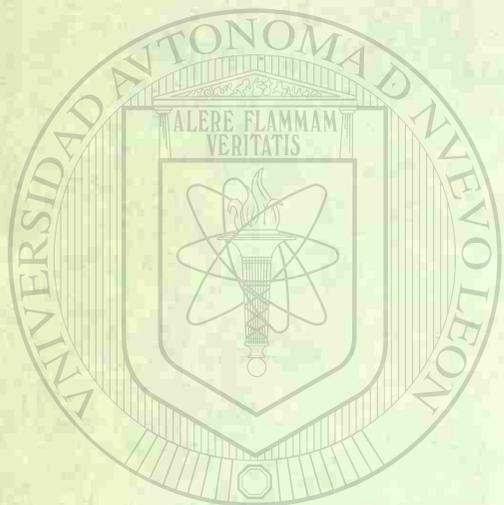
t. 1

v. 1



1020000731

DFA  
3 VS



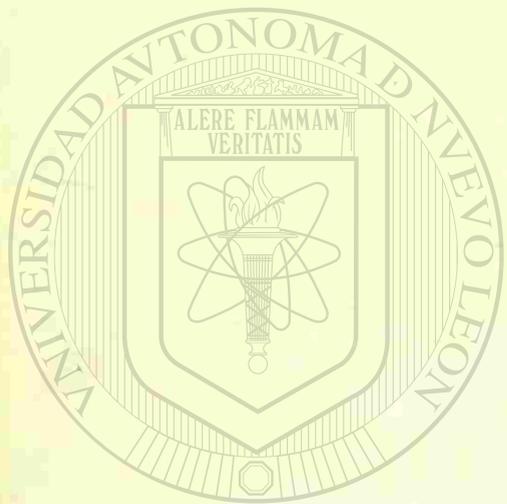
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



103165



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIAJE

De Felipe S. Gutierrez

POR MEXICO, LOS ESTADOS-UNIDOS,

EUROPA Y SUD-AMÉRICA.

Edición del "Diario del Hogar"

MEXICO. - 1882.

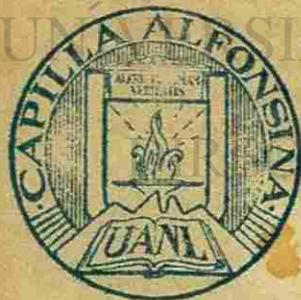
Tipografía Literaria,  
San Andrés y Belén, no. 5 y 9

FONDO  
BERNARDO DIAZ RAMIREZ

E 168

587

t. 1



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

## DOS PALABRAS AL LECTOR

Aunque los presentes viajes en la parte que corresponde á México, los Estados Unidos y Europa no sean de fecha muy reciente, creo sin embargo, que la parte virtual de las localidades y las costumbres de estos pueblos, no han cambiado notablemente y, aun cuando esto fuera, no me parece mal, que las personas que los lean, conozcan algo de lo que habia y sucedia en esa época; pues esto pasa nada menos con los sucesos narrados por la historia que, aun cuando hayan transcurrido los siglos en que pasaron, no pierden por esto su interés y antes bien aumenta por el transcurso del tiempo; pero cuando la



referida parte de estos viages no data mas que de doce á catorce años y algunos de menos, nos parece que este período no les quita absolutamente el carácter de actualidad, así como suponemos que no dejarán de tener novedad para la mayor parte de los que los lean, que no conocen las localidades descritas ni las costumbres; tanto mas que ofrecemos añadir algunas notas que señalen los cambios mas notables que se hayan operado y, de esta manera, se subsana la falta de no estar escritos recientemente.

La relacion de la parte que corresponde á Sud América, las Antillas y otros puntos que he tocado, hace apenas algunos meses, si está fresca y melisongea que ésta pequeña ventaja, reemplazará la falta de oportunidad de que adolece la primera parte.

Además, debo prevenir á mis lectores, que la narracion de estos viages tiene un carácter íntimo, como se vé por el estilo epistolar en que está escrita; pues es nada menos que la cor-

respondencia con una amiga, y de ninguna manera tengo pretensiones de presentarla como una obra literaria y, si la publico, es únicamente por satisfacer los deseos de algunos amigos que me han dispensado la galantería de creer, que la relacion que hago de mis viages, es sencilla y verídica, desnuda de exageraciones ó inexactitudes, como suele acontecer con algunos viajeros extranjeros que, con dos ó tres dias que permanecen en un lugar hablan de él con tanto énfasis como si lo conocieran á fondo, adulterando las costumbres de su sociedad, confundiendo sus clases y atribuyendo peripecias del pueblo bajo á personas decentes; la prueba de esto es, lo que esos viajeros cuentan de algunas secciones de América y de que ésta no sea bien conocida de Europa en donde se cree aun á los americanos con las costumbres de antaño y de que todavía están por conquistar.

Otra de las cualidades que esos señores han encontrado en la humilde relacion de mis viages es, que siendo sen-



cilla, como se ha dicho, sin digresiones políticas, ni ese adorno literario, que las mas veces ofusca la verdad, en esta clase de escritos, las personas que los lean no sugetarán sus comentarios ni su fantasía á las elucubraciones soñadoras del autor, sino que conocerán de una manera real los lugares descritos y entrarán en pleno conocimiento de las costumbres.

Por lo mismo, si las personas que se dignaren leer estos viages, hallaren en ellos algun interes ó pasatiempo, de ello me felicitaré cordialmente; pero si así no fuere, les pido perdon por haberlos publicado.

México, Febrero 8 de 1882.

FELIPE S. GUTIERREZ.

IMPRESIONES DE VIAJE

CARTAS A MARIA

I.

INTRODUCCION.

MARIA QUERIDA.

Toluca, Setiembre 9 de 1862.

Ha llegado por fin el suspirado dia en que miro colmados mis deseos y realizadas mis ardientes ilusiones.

Llegó ya el momento, María querida, de que vencidos todos los obstáculos y allanadas las dificultades, pudiera realizar los dorados ensueños de mi vi-

cilla, como se ha dicho, sin digresiones políticas, ni ese adorno literario, que las mas veces ofusca la verdad, en esta clase de escritos, las personas que los lean no sugetarán sus comentarios ni su fantasía á las elucubraciones soñadoras del autor, sino que conocerán de una manera real los lugares descritos y entrarán en pleno conocimiento de las costumbres.

Por lo mismo, si las personas que se dignaren leer estos viages, hallaren en ellos algun interes ó pasatiempo, de ello me felicitaré cordialmente; pero si así no fuere, les pido perdon por haberlos publicado.

México, Febrero 8 de 1882.

FELIPE S. GUTIERREZ.

IMPRESIONES DE VIAJE

CARTAS A MARIA

I.

INTRODUCCION.

MARIA QUERIDA.

Toluca, Setiembre 9 de 1862.

Ha llegado por fin el suspirado dia en que miro colmados mis deseos y realizadas mis ardientes ilusiones.

Llegó ya el momento, María querida, de que vencidos todos los obstáculos y allanadas las dificultades, pudiera realizar los dorados ensueños de mi vi-

da, verificando un viage artístico y filosófico por algunas ciudades del continente americano y de las mas notables de Europa.

Es cierto que el placer que experimento por conseguir mi objeto es inmenso, es grande porque en él cifro mi ventura y entreveo un porvenir de gloria y de felicidad; pero te debo confesar, que este goce infinito está mezclado de acibar porque me atormentan á la vez las mas dolorosas emociones salver que me alejo, ¡tal vez para siempre! del privilegiado suelo donde ví la primera luz y mi infancia y mi juventud se deslizaron en medio de los mas puros placeres; porque abandono á las personas queridas que con su amistad y sus bondades han embellecido una tercera parte de mi existencia, haciéndome probar delicias sin cuento; porque al separarme de ellas, casi me abandona la esperanza de volverlas á ver, y si esto no se re dize, ¡ah! los años habrán impreso en sus frentes, su indeleble sello, y marchitado las flores de sus mejillas, lau-

zando alguna nieve sobre sus cabellos, ó la mano de la muerte arrebatado á algunas, lanzándolas en el oscuro antro de la insondable nada; porque la idea que me persuade de que en algunas de estas personas que me han colmado con sus bondades, veo á mi padre, mi madre y mis hermanos y, al separarme de ellos, creo que toda mi familia desaparece y quedo entregado al férreo yugo de gentes extrañas, sin una persona en el mundo que se duela de mi orfandad, porque lo único que quedaba... ¡mi malogrado hermano! descendió á la tumba con una existencia en flor, y que mas tarde habria sido el orgullo de su patria y hoy yace mudo en el silencio del sepulcro y me alejo de él... ¡Oh! todas estas sentidas emociones laceran mi alma y, en estos momentos deprimen el júbilo que yo experimentaba por ver realizados mis deseos, apoderándose de mí una tristeza desgarradora, que hinca su diente en lo mas sensible de mi corazón.

Experimento sensaciones diversas y

encontradas: deseo salir de estos lugares, y quedarme al mismo tiempo en ellos: ansio ver el mundo, y no quiero abandonar mi país natal y otros pueblos que cobija el mismo cielo: anhelo ver y tratar otras gentes, y no apetezco separarme un instante de las que me son amadas y hacen las delicias de mi alma.

¿Qué quiero, pues, que deseo?

No lo sé; no comprendo mi corazón.

Estas penosas emociones casi me hacen desistir de mis proyectos de viaje para no separarme de los objetos que amamanta mi cariño. Pero, ¿podría ser esto, cuando hace tantos años que alimento mis ilusiones por ver el mundo y cuando considero que los viajes instruyen y perfeccionan al hombre moral? No, esto no podría ser; sería destruir la perspectiva de mis ilusiones; sería anonadarme; sería meterme en esa vida uniforme y pasiva que enerva el alma y la hace incapaz de acciones generosas.

Desgraciada ó afortunadamente po-

see una alma ardiente à cuya ambicion el mundo es pequeño para satisfacerla y esto me infunde aliento para torturar mis sentimientos y para alejarme de los objetos que me son caros, ahogando su voz en lo profundo de mi corazón. Oigo tambien la tuya, María querida, y miro tu bello semblante bañado por las lágrimas..... Pero ¿qué quieres? Es preciso lanzarme al mundo y correr de peligro en peligro para conquistar un nombre y ofrecerlo à mis conciudadanos, à mis hermanos los de México.

Yo sé, María amada, que todos los hombres nacemos con una obligacion hácia la patria; estoy persuadido que debemos coadyuvar à la construccion del gran edificio social con nuestro grano de arena, y aunque mis talentos sean muy limitados, no obstante, debo emplear todos mis esfuerzos para colocar una hoja de laurel en las sienes de esa patria querida y aumentar su gloria y su renombre.

Antes de separarnos, te he ofrecido, amada María, hacer una descripcion,

lo mas minuciosa posible, de todo lo que vea en mis viages; transmitirte las impresiones de los objetos que se me presenten, por insignificantes que parezcan, ya sea por el lado ridículo, por el filosófico ó por el dramático; debo ser solamente fiel y exacto en su trasmision, sin evocar recuerdos históricos sobre los monumentos, las ciudades y las personas; sino solo cuando absolutamente venga al caso; pues mi principal objeto es que veas con la imaginacion lo que yo veo con los ojos en la actualidad, sin hacer alarde de erudito ni de profundo observador; pues tendria que desviarme de mi objeto, que es el estudio de las Bellas Artes, para las que apenas tengo tiempo, tanto mas cuanto que solamente escribo para tí y de ninguna manera para el público.

Con que, sobre lo dicho, debo comenzar mis tareas, haciéndote partícipe de mis primeras impresiones:

Hacia cuatro dias que habia yo decidido partir definitivamente en la próxima Diligencia que llegase de Morelia y

todo lo arreglé con tal objeto; pero pasó este tiempo y aquella no llegaba á causa del pésimo temporal que hacia y lo pesado y fragoso de los caminos.

En cada hora, á cada momento, experimentaba los deseos mas encontrados: anhelaba porque la Diligencia llegara para ver coronados mis deseos y lanzarme, finalmente, á esos mundos de Dios para probar fortuna y adquirir elementos para mi perfeccion artística; y deseaba al mismo tiempo que no llegara, porque temia el fatal instante de separarme de mis numerosos amigos y mas aún, de mi adorable amiga Romancita Diaz y de la apreciable familia de D. Manuel Zúñiga; personas que me dispensaron su amistad por tantos años, que me concedieron mil favores y casi me han contado entre su familia....

Pero sonó la hora de dar el golpe á mis mas dulces afecciones.

El dia 8 de Setiembre, á las cinco de la tarde, llegó la Diligencia que me debía trasportar al otro dia para el Inte-

rior, y ya fué preciso apurar la copa hasta las heces.

Tomé mi boleto inmediatamente, antes que otra cosa sucediese, porque mi sensibilidad daba ya al traste con los deseos que siempre habia experimentado por viajar, y tuve que hacer inauditos esfuerzos para sobreponerme á todo lo que me era querido en este país, armándole de fortaleza para devorar mi infortunio.

A las nueve de la noche me despedí de las tres encantadoras Zúñigas y sus hermanos, y esas criaturas sublimes deshaogaron su ternura, derramando por mi separacion, abundantes lágrimas que conmovieron hondamente mi sensibilidad al extremo de derramarlas yo tambien y ahogárseme la voz en la garganta al formular mi despedida, que solo terminé ya pantomimicamente, estrechándonos entre los brazos y lanzándonos una última mirada llena de dolor...

Llegué á casa y ahí me esperaba otra escena semejante; tenia que despedirme de la familia del Sr. D. Ra-

mon Diaz á quien debí generosa hospitalidad por espacio de dos años, y un sinnúmero de favores; debia separarme forzosamente de un ángel, de Romancita, que dias antes solo al hablar de mi separacion, lloraba amargamente, manifestando en esto su profundo cariño, que en los años que llevaba de tratar á esta jóven, jamás habia desmentido, probándomelo de mil maneras; pues me veia como á su padre, escuchaba atenta mis consejos y hacia gustosa cuanto yo le prescribia, encaminado todo á labrar su felicidad y abriéndome siempre su noble y sencillo corazon.

Cuando trazo estas líneas, corren algunas lágrimas por mis mejillas al recordar, que hace cinco noches, víspera de mi salida, y cuando escribia una carta sentimental á las encantadoras Zúñigas, Romancita se hallaba profundamente abatida y apoyada de codos sobre la mesa, deshaogando su dolor en tiernos y lastimeros sollozos.

Contempla, querida María, ¿cómo estaria mi corazon, dolorido por mis pe-

nas y siendo testigo de un dolor tan sincero que me revelaba una alma poseída de una adhesión sin límites por mí. Tú conoces á esta criatura, como que es tu amiga, y por esto te persuadirás que no exagero sus nobles sentimientos y su esquisita sensibilidad.

A las once de la noche se entró á acostar esta niña querida, y solo Dios sabe como nos separamos el uno del otro, agotando las más tiernas y patéticas expresiones, con las que lamentábamos, que la distancia iba á poner entre nosotros sus temibles barreras, y desconfiando de la posibilidad de volvernos á ver.

Yo también me fuí á acostar á poco y no pude conciliar el sueño en el resto de la noche por las penosas emociones que se habían apoderado de mi alma en todo ese día, y me estuve en vela hasta que el criado me avisó que la Diligencia me esperaba.

¡Eran las tres de la mañana, momento cruel de mi separación!

En efecto, el coche estaba ya dis-

puesto y los compañeros de viaje iban llegando uno tras otro envueltos en sus capas y dándome los buenos días.

Las voces de los criados que arreglaban los equipages y uncian las mulas, sonaban argentinas y producian eco en la calle á causa de la soledad y el silencio que reinaba á esa hora: la luna estaba ya inclinada hácia el ocaso, y sus rayos alumbraban con languidez los objetos, dándoles un tinte misterioso y melancólico que estaba en armonía con el estado de mi alma.

Cuando todo estuvo dispuesto, daba el reloj de la torre del Carmen las tres y cuarto y el chasquido del látigo se unió á la última vibración, partiendo el coche rápido, cuyas ruedas crugian secamente sobre el empedrado de las calles de la ciudad.

Yo me acurruqué lo mejor que pude en mi asiento, y al ir pasando frente á algunas casas conocidas y por algunas calles notables, evocaba recuerdos de otros tiempos, y daba un triste adiós á esta ciudad amada, cuyos habitantes

me habían acogido tan generosamente por el espacio de catorce años, haciéndome gozar placeres infinitos con su amable sociedad.

Sonaron menos fuerte las ruedas del carruage y esto me anunció, que salíamos ya de la población. Efectivamente, desembocábamos á *Huichila* y se presentaban á nuestra izquierda los cerros *Toloché* y la *Terezona* como dos gigantes que, reposando, ceñían entre sus brazos á la ciudad dormida.

Yo me abismé más y más en mis meditaciones melancólicas, y aunque quería conciliar el sueño algunos momentos para adormecerlas, lo tumultuoso de mis ideas y los tumbos que daba el coche por la desigualdad del terreno no me lo permitían, y en esto transcurrieron dos horas, cuando ya el crepúsculo asomaba luminoso por el horizonte y la luna, con su débil reflejo, solo parecía una lámpara suspendida del firmamento.

Pongo término á esta carta, que ya se ha hecho larga, para hablarte en la

siguiente de las primeras impresiones que producen en mí los nuevos objetos que desarrollan á mi vista.

Consérvate buena y feliz, amada María, y no olvides al que de tí se acuerda todos los instantes. Adios.

## II.

Setiembre 9 de 1862.

Camino de Maravatío.

Llegamos á *Ixtlahuaca*, pueblo de alguna consideracion de las inmediaciones de Toluca, con solo una iglesia en donde reside el cura. La apariencia del lugar es triste, como la de la mayor parte de los pueblos del Estado de México, con unas cuantas calles irregulares y algunas pocas casas de regular apariencia.

El carruage se situó, mientras remudaba los tiros, en un ángulo de la plaza frente á una tienda.

En este lugar se apearon los pasajeros, quedándose en el pueblo la mayor

parte de ellos, incluso un cleriguillo que antes venia entre nosotros hecho un etcetera, sin hablar ni manifestar grandes pretenciones; pero tan luego como se vió rodeado de pobres indios que le besaban la mano y le rendian mil respetuosas consideraciones, se puso mas ancho que un pavo real, y ya no se dignó mirarnos, pero ni siquiera despedirse de nosotros. ¡Oh cuánto puede la vanidad!

Algunos compañeros y yo nos aproximamos á la tienda en la que se servian desayunos y tomé un posillo de chocolate, que bien lo apetecia por haber trasnochado la noche anterior y, acto continuo, seguí mi camino acompañado de un viejo comerciante español que se dirigia á San Felipe del Obraje.

Como solamente ibamos los dos en el coche y los movimientos de trepidacion y oscilacion eran frecuentes, nos haciamos mutuamente mil caravanas y, algunas veces, creí sentir en mi mejilla los á-peros labios del honrado peninsular.

Se apeó mi hombre frente al pueblo de su destino, para donde se dirigió inmediatamente, y ahí me tienes á mí solo hecho bóla en globo de lotería, que tan pronto daba un frentazo, como tocaba la testera con el occipital; unas veces asomaba involuntariamente á una de las portezuelas y, cuândo menos lo esperaba, asomaba á la otra. ¿Sería acaso porque experimentaba vehementes deseos de ver el paisaje espléndido que se extendía á mi vista? No lo sé; porque en este juego no tenia parte mi voluntad.

Llegó el carruage á la línea divisoria entre el Estado de México y Michoacan y aquí comienza mi sorpresa al ver como se desarrolla la poderosa vegetacion y se extienden dilatados é imponentes las perspectivas de una naturaleza nueva á mis ojos y rica en toda clase de producciones.

Mi pluma no puede describirte, María, las maravillas de que por segunda vez en mi vida me veo rodeado. La descripcion que intentara hacerte seria

pálida y sin color. Los inmortales escritores Victor Hugo, Eugenio Sué y Dumas, te podrian dar una idea más aproximada con su valiente pluma; pero yo..... Mas es preciso cumplirte mi palabra y, con bastante timidez bosquejaré á grandes trazos una naturaleza que abrumba el alma de estupor y la llena de ideas grandes y sublimes.

Entramos, pues, al Puerto de Medina, y comenzaron á extenderse á mi vista los inmensos horizontes: su vasta extension está interrumpida de una muchedumbre de montañas de líneas grandiosas y severas que, á manera de ejércitos en batalla, levantan sus soberbias cabezas que casi tocan á las nubes.

Algunas de estas elevaciones, ondulan en su base con direcciones caprichosas, formando su pie las irregularidades de un mapa mundi, desde donde se extienden dilatadísimas campiñas, en las que se miran los colores del iris combinados con arte y armonía. Ya es un ángulo recto del espacio de dos ó tres leguas sembrado de una florecilla,

que llaman Mirasol, cuyo color carmesí laqueño, semeja un campo regado de laca rosa de color jugoso y rico; ya es un ángulo rectilíneo de un amarillo dorado que, ó está recortado en sus extremos, ó se degrada indefinidamente al carmesí del Mirasol; ya es un rombo ó un pentágono de una florecilla morada que extiende agradable su romántico color también á una distancia enorme; ó ya, en fin, es otro ángulo de forma caprichosa, formado de una florecita que semeja la espuela de caballero y ésta parece que reproduce como en un lago, el límpido azul del firmamento. Estos colores, con la infinita variedad de verdes que tienen á su lado, me parecían un mosaico.

Yo no habia visto jamás ornato igual en la naturaleza que conocia, ni tal lujo de vegetacion, incluyendo la que nos reproducen los mil cuadros de paisaje de las distintas regiones de los continentes asiático y europeo.

Algunas veces perdiamos de vista estos valles pintorescos porque entrá-

bamos rápidamente á una hondonada, donde nos veíamos rodeados de una infinidad de montañas elevadísimas que se sucedían como las gradas de una escalinata, cubiertas de una vegetacion exuberante y coronadas, ó bien ceñidas por su base, de espesos bosques de encina, madroños y robles gigantescos, besando su pié grandes valles que se perdían en lontananza.

Para darte una pequeña idea de estos lugares que acabo de describir, recuerda el llano de Salazar en el monte de las Cruces ó aquel trozo de panorama que se mira bajando la cima del monte, que denominan la fábrica, desde donde se descubre una pequeña parte de la cúspide del nevado de Toluca. ¡Oh! estos dos trozos, apenas remedan algo de la grandiosidad y belleza imponente de esos lugares que vengo describiendo.

¿Sabes la impresion que me causó ver estos montes gigantescos con sus valles y sus bosques, trayendo á la imaginacion los lugares de las Cruces que

te he puestó por modelo? Pues me pareció salir de una pequeña casa, cuyos techos se tocan con la cabeza y entrar acto continuo á un palacio con grandes salones y espaciosa galerías, decoradas con lo mas bello y rico que puede producir la arquitectura.

Acaso te reirás de la comparacion porque la creas exagerada ipaciencia! Desearia, para que no lo creas así, verte viajando por esos lugares incomparables, y te aseguro, que pasarias como yo, de sorpresa en sorpresa, admirando á cada paso, nuevas y mas espléndidas maravillas.

Algunas veces que saliamos de una hondonada, se presentaban grandes grupos de corpulentas encinas mezcladas con la Haya y otros arbustos desconocidos, formando esta masa cerrada de vegetacion un primer término, sucediéndose otros y otros cortados casi siempre por planos horizontales de un verde dorado ó líneas que armonizaba con el negrusco severo de las encinas, contrastando algunas veces con un cú-

mulo de blancas nubes y otras envolviéndose los términos lejanos con el vapor de la atmósfera azulada. Esta perspectiva, por la tarde, parecia vista á través de un vidrio color de fuego.

¡Oh! cuando seguíamos á nuestros costados la cadena de montañas, por una elevacion de terreno, ó por otro accidente en que el camino describiera círculos concéntricos caracoleando, se nos presentaban por entre los huecos del bosque ó huecos de las montañas, nuevos panoramas, paisajes diferentes, como si un hábil maquinista pasara con rapidez las decoraciones de un escenario.

Extrañarás, María, que la descripción que te hago de este lugar encantado sea sin órden; pero te aseguro, que cada trozo, cada episodio, merece una mencion particular, y no adivino de que otra manera se podria formar un todo cuyas partes guardaran entre sí perfecta unidad. Yo desisto ya de la empresa y, aunque no quieras, te debes conformar con lo que he apuntado, su-

pliendo con la imaginacion lo que se me queda en el tintero.

Llegamos á la hacienda de Tepetongo á las cuatro de la tarde: se remudó el tiro y partimos rápidos, entrando á poco á los terrenos de la hacienda de Pomoca, que perteneció al malogrado é infortunado mártir de la libertad D. Melchor Ocampo. No te puedo dar una idea del interior de esa finca, porque solo pasé por su frente, que me pareció de agradable aspecto, revelando el orden y aseo del interior. Las paredes de la fachada, están blanqueadas con esmero; el zahuan es rasgado y las ventanas cubiertas con persianas verdes, extendiéndose á su frente un cuadrilongo extenso con flores, chopos y fresnos bien cultivados.

Desde luego anuncia este conjunto, el buen gusto y cultura del grande hombre, del habitante civilizado, que se separa de la línea de los demás propietarios que marcan el sello de su rusticidad y abandono en sus fincas.

La naturaleza continua rica y exhu-

berante en el resto que seguimos de camino hasta Maravatío, donde llegamos á las ocho y media de la noche á causa de lo muy fragoso del terreno.

Antes de concluir esta carta, no debo pasar en silencio un incidente que me chocó algo y son de aquellas circunstancias que le pasan á uno cuando viaja y todo lo vé con el prisma de la novedad.

Recordarás que te dije viajaba solo en el coche hasta mas allá de San Felipe del Obrage; pues bien, poco más adelante montó un individuo jóven todavía, bastante alto, de pantalon y chaqueta negros y sombrero de copa boleada y lorenzana por detrás, que todo junto le daba un aspecto de yankee y yo al pronto por tal lo juzgué. Por sus maneras y conversacion, me pareció uno de esos entes excepcionales cuya patria es el mundo y su hogar el primero que encuentran ó á veces el cielo razo, sin más patrimonio para vivir, que la industria en asimilarse con las personas que hallan al paso ó algun

otro recurso, que á la mirada del observador, está siempre cubierto con un velo impenetrable.

Contaba este individuo, que venia del ejército de Oriente y allí habia dejado á un hermano oficial: me contó algunas hazañas personales así como que lo ligaban relaciones de familia y amistad con algunos personajes de su posición; esta circunstancia me lo presentaba más singular ó más misterioso por su traza y su modo de viajar clandestino; porque se habia entendido con el cochero de la Diligencia, pagándole módicamente su asiento, el que abandonó á las inmediaciones de Maravatío por temor de que la administracion de la casa notare la supercheria del conductor.

Hacia largo rato que llegué á la posada, cuando se me presentó este ente singular con las manos en el bolsillo; yo le ofrecí se hospedara en mi compañía; pero me manifestó, que el alquiler era superior á sus facultades y que iba á buscar donde dormir. No sé, finalmente donde lo verificó; el caso es que

á otro dia lo divisé en la extremidad del camino que sale para Acámbaro, esperando al coche: habló algunas palabras con el cochero, la Diligencia siguió adelate y él se quedó. ¿Dónde pasaria la noche anterior, sin cama donde dormir ni una frazada con que cubrirse? ¿Cómo pasaria las noches siguientes y los dias que debia esperar la vuelta del coche, con tan poco dinero como tenia, segun él mismo dijo, y que seguia su ruta hasta Morelia?

Dios lo sabe.

Como dije antes, me instalé en la posada de la casa de Diligencias, que en esta poblacion es de pobre apariencia; busqué al criado que me sirvió una cena; en seguida me abandoné á un sueño reparador, del que me despertó el mismo criado á las siete de la mañana, que era la hora en que debia partir el coche.

Pero se alarga demasiado esta carta, y me propongo hablarte de Maravatío en la siguiente:

Adios, María, consérvate feliz.



tóchcnado con multitud de florecillas para mí desconocidas. Tome algunas de éstas y volví á montar en el coche, comenzando á caminar muy lentamente á causa del extenso y pagajoso lodazal que cruzaba, que tendrá más de una legua.

Yo iba sumido en hondas reflexiones: tan pronto admiraba objetos para mí nuevos y llenos de poesía, como experimentaba emociones dolorosas al ver que cada vez me alejaba más y más de mi país natal. Veía melancólicamente que las flores que llevaba en la mano se marchitaban, y decía: estas flores, hace un momento, se ostentaban frescas y lozanas en su tallo, difundiendo su perfume encantador; pero una mano las arranca y á poco languidecen y se inclinan mústias y marchitas. ¡Y yo—continuaba en mi monólogo—no soy semejante á ellas porque la mano del destino me arranca inelemente de mi hogar, dejando mis queridos lares para lanzarme á otros climas donde la sávia de mi vida no se alimentará ya del ju-

go de los que me alejo? Mis ilusiones queridas, los dorados ensueños juveniles que tanto me arrullaron, veré marchitarse en breve como estas flores olorosas? ¡Ay! ¡Qué incierto es el porvenir del hombre y por qué série de acontecimientos pasa en su vida, mientras camina á confundirse en el sepulcro!

Continuaba en estas reflexiones, cuando acabamos de pasar el inmenso lodazal: se pararon las yuntas y nosotros continuamos un camino más rápido, que en breve nos puso al alcance de las torres y edificios de Acámbaro.

Llegamos á esta villa á las doce del día; tomé mi equipaje, marchando á instalarme al meson, donde en el acto ajusté mi pasaje para Celaya con un criado que se encargó de buscar acémila para la carga.

Como llevaba una carta de recomendacion para los señores Eguiluces, personas acomodadas de la poblacion, me hicieron una favorable acogida y trataron de hospedarme, empleando sus ins-

tancias para conseguirlo; pero deseaba yo salir muy de mañana y esto me impidió hacer uso de su bondad; sin embargo de admitir un buen caballo y arneses de montar, que me franquearon sin estipendio alguno.

Como te he ofrecido estampar en el papel las impresiones de mi viaje, no extrañarás descienda á pormenores, al parecer insignificantes para los que nunca han viajado, y no conocen, que la menor peripecia de un viaje, tiene su importancia para el que vá recibiendo en todo, el sello de la novedad.

En la conversacion que tuve con los Sres. Eguiluces, descubrimos, casi simultáneamente, que éramos paisanos y amigos de la infancia: esto me causó un verdadero gozo porque hicimos reminiscencia de los placeres que se disfrutaban en tan feliz edad, la única en que el hombre vive exento de cuidados y no punze su corazón la espina del dolor.

Cuando fué un poco tarde, salimos á dar un paseo por la ciudad, la que tiene un aspecto algo melancólico; sin em-

bargo, la mayor parte de sus calles son rectas y regularmente empedradas.

Poseé dos plazas de alguna extension, la primera frente á la parroquia, con una línea de portales, y la otra frente al convento de San Francisco, templo monumental, que engasta en su cementerio una buena porcion de árboles corpulentos, que hacen vistosa y alegre la fachada del edificio.

No recuerdo á punto fijo el número de templos que hay en el recinto de Acámbaro; pero supongo que no deben pasar de seis, de los que solamente conocí el interior del de San Francisco, que no tiene una ornamentacion notable.

Despues de haber recorrido algunas calles, nos dirigimos al rio, que es por cierto una de las cosas que mas llaman la atencion por el caudal de aguas que arrastra en su cauce y el gran puente, cuya vista es grandiosa, aunque de sencilla arquitectura; pero su longitud que excede de ciento cuarenta varas, lo hacen majestuoso y envidia á contem-

plarse, así como las aguas que mojan los enormes troncos de la orilla y van ensanchando el río hacia el Poniente, torciendo su curso, á manera de una serpiente que tuerce su cuerpo en giros ondulantes.

Como soy amante de las bellezas naturales, permanecí largo rato en la ribera del caudaloso río, contemplando el murmullo de sus aguas cristalinas y algunas pequeñas olas que, lamiendo las orillas, se convertían á veces en copos de espuma.

El sol se despedía ya de su ocaso y extendiendo sus dorados rayos, se reproducía majestuoso sobre la superficie de las aguas, tiñéndolas de un rojo vivo que semeja á una corriente de lava, arrastrando rápidamente algunas pequeñas isletas y árboles que á veces se blandían á sus esfuerzos.

Regresamos mi compañero y yo á su casa, saboreando acto continuo un pocillo de rico chocolate.

Los Sres. Eguiluces bondadosamente me instaron á que hiciera oche en

su morada, pero me privé de sus favores, porque deseaba salir temprano para Celaya y no quería causarles molestia con mi madrugada.

En efecto, pasé la noche en el meson, donde, á poco de haber conciliado el sueño, un ejército de chinches vino á cebarse en mi pobre humanidad, quizá para sacarme la sangre que se me hubiese irritado por el molimiento del camino. Desesperado por las lanzadas que recibía de los insectos sanguinarios, encendí la luz y traté de oponer resistencia á los invasores, barriéndolos con el puño, cual otro Gulliver á los míseros liliputienses que apenas excedían de una pulgada.

El resto de la noche apenas pude dormir, porque las picaduras que antes recibiera y las de alguno que otro enemigo que habia quedado emboscado ó en dispersion, no me permitían entregarme por completo en los brazos de Morfeo.

Me levanté ántes de las cuatro y arreglamos el mozo y yo las cabalga-

duras; el cielo estaba nebuloso y hacia el Oriente se notaba un velo impenetrable, señal bien demostrada de que llovía por esa parte.

Partimos, y, cuando apenas pasamos el gran puente, el cielo nos envió una descarga cerrada de agua que me infundió gana de regresar á la ciudad; pero la consideración de que los caminos, oreados ya por un corto verano que habia hecho, se volviesen á poner intransitables, me obligó á proseguir mi ruta, con el alma un tanto angustiada por temor que el chubasco durara todo el dia y nos hundiera en la oscuridad y los pantanos. Agréguese á esto, que en el equipaje que conducia la mula, iba un largo tubo de hoja de lata ya magullado y roto de una parte á causa de los anteriores tumbos del carruaje, y como este era liso, resbalaba á cada paso ó se exponía por su parte fracturada á la acción del agua y ¡oh dolor! temia yo que mi querida colección de pinturas y algunas magníficas estampas, fuesen presa del rudo elemento.

Así es que, mal de mi grado, en la oscuridad de la mañana y lo cerrado de la lluvia, tenia que mandar apearse al criado para que arreglara la carga, desesperado yo de las averías que esta reportaba, de lo mucho que sufríamos con el agua y del tiempo que perdíamos.

Logramos por fin, arreglar el tren lo mejor que se pudo y seguimos nuestra marcha, envueltos siempre en la impertinente lluvia, que no nos abandonó sino hasta el Puerto de Ferrer. Antes de arribar á este punto, que está sobre una cuesta, paramos en una ranchería, cuyo nombre he olvidado, y que contiene en un espacio un grupo de chozas de madera rústicamente dispuestas que presentan, mezcladas á los árboles, un aspecto pastoril y poético. La presencia de los vaqueros que á esa hora, que eran las siete reunian en el recinto sus ganados para la ordeña, las voces femeniles de las mujeres, que hacian las tortillas de sus padres ó esposos, el mugido de las vacas y los becerros, el agua que habia disminuido y el sol que pug-

naba por abrirse paso, haciendo rodar algunas nubes blanquecinas como grandes copos de algodón sobre la falda de los cerros, y la generosa acogida de aquellos rústicos vaqueros, presentaban un cuadro encantador, cuyo marco era la novedad, que por primera vez se presentaba á los ojos con el aspecto de localidades desconocidas.

Tomamos un frugal desayuno, que consistía en dos jarros de tibia y espumosa leche y unas tortillas de harina de trigo que nos presentaban salidas del comal.

Cuando hubimos concluido, creí que esto me costára un par de reales; y, admirando la abundancia y la largueza que forma en lo general el carácter de México, tres centavos me cobraron aquellos pobres campesinos por dos jarros de leche y seis ú ocho gruesas y sabrosas tortillas de las que apenas no pude tomar una, guardando mi mozo el resto. Despues dí las gracias á esos hospitalarios rancheros y sin exigir lo vuelto de una peseta que puse en sus ma-

nos, comencé á ascender á la meseta del Puerto, teniendo algunas alternativas de llovizna hasta que nos dejó completamente, pasado el Puerto.

Olvidaba decirte que los caminos del interior al paso que en la seca son planos y cómodos para caminar, en la estación lluviosa se ponen intransitables, porque de un extremo á otro de su anchura, se convierten en un negro lodazal donde las cabalgaduras se hundens hasta los codillos y á veces se pegan como entre un estanque de derretida pez.

El camino que seguimos pasado el Puerto de Ferrer, fué ya algo mas trepado, y de trecho en trecho divisábanos en lontananza á Celaya y el hermoso cerro de Culiacan que es una altura bien regularizada en la punta y en la base. De Acámbaro á la ciudad referida, no hay mas que diez y siete leguas, pero lo fragoso de los caminos y la lentitud con que andábamos, me hicieron creer, que la distancia era el triple, y esto y no haberme apeado

en todo el día me causó un cansancio insoportable, que dos leguas ántes de llegar à nuestro término ya no podia más: me ladeaba de uno á otro lado de la silla para tomar descanso con las distintas posturas: pero sentia molida la rabadilla, las piernas y la espalda; y... pero llegamos al río, que está á una legua de Celaya y desmonté para pasarlo en una especie de lancha.

Yo he viajado otras veces haciendo jornadas hasta de veinte y cinco leguas á caballo; mas nunca me habia rendido tanto como esta vez, quizá á causa de la lentitud de nuestra marcha, de que no me habia apeado ó del movimiento del caballo en todos los lodazales; lo cierto del caso es, que al apearme, quedé estacado en tierra sin poder moverme y sin sentir las piernas; con inmenso trabajo dí algunos pasos y me senté en una desigualdad que hacia el terreno, esperando que mi mozo descargara los efectos y desensillara los caballos.

Cuando pasamos al otro lado del río, que iba bien crecido, procuramos ensi-

llar y arreglar nuestros objetos sobre la mula, porque á nuestra espalda, hacia el oriente, estaba puesta una negra cortina de agua que anunciaba aproximarse por algunos goterones. En efecto, apenas habiamos andado medio cuarto de legua, cuando furiosa se desató la tempestad, cayendo sobre nosotros torrentes de agua que nos cegaba é impeliéndonos un fortísimo huracan que zumbaba por nuestros oídos como el ruido producido por cien carruajes. Los rayos se sucedian á cada segundo, cayendo tan cerca de nosotros, que nos dejaban aturdidos con su fuerte detonacion y la fosfórica luz que producian. Aquello era ya un trastorno universal que hacia sobrecojer el corazon de espanto. Los animales, azorados por la furia de los elementos, no querian seguir adelante y solo giraban en un punto cabeceando y espantándose al ruido de los truenos. Algunas veces eran frecuentes, que mi caballo me ponía en la direccion del torbellino, éste me arrancaba el sombrero que yo procuraba sujetar inme-

diatamente, y en esta operacion, como que sacaba el brazo poniéndolo perpendicularmente para tomar la falda y esta era cóncava, resbalaba el agua que contenía por entre la manga de la chaqueta, llegando por el torso del cuerpo hasta los calcañales. La impresion que el frío me causaba al entrár el agua y el aire que recibia de frente mezclado de las gruesas gotas de la lluvia, casi me sofocaba, conteniéndome la respiracion. ¡Oh! tal vez al leer estos renglones, te reirás de la situacion en que me encontré, y la descripcion que hago de ella la crærás fruto, más bien de lo inexperto y poco experimentado que me hallaba de estas escenas de la naturaleza; pero me lisonjeo que hay una enorme distancia al considerar solo con la imaginacion un desborde de todos los elementos, figurándose que á poco aplacan su furia estableciéndose la serenidad del cielo, como acontece cuando se vé una de estas tempestades bajode techo y cubierto con los edificios de la ciudad, que cuando estas se pasan en el campo don-

de la soledad, la extension de los campos, lo elevado de las montañas, el eco producido en ellas con el fragor del trueno, y sobre todo por el aspecto imponente y magnífico del conjunto.

Pasó la tempestad que duraria cerca de media hora; los caminos se pusieron intransitables y nosotros procuramos seguir adelante, temiendo que antes de entrar á Celaya, de donde distábamos muy poco, nos sorprendiera nuevamente otro chubasco; no fueron fallidos nuestros temores, porque medio cuarto de legua antes de entrar á la ciudad, volvió el cielo á descargar sus furores sobre nosotros. La tempestad era violenta; acompañada de una fuerte granizada que azotando á los caballos, cabeceaban y daban vueltas sin obedecer el freno. Aunque próximamente habia algunas casas, no me quise guarecer en ninguna de ellas, sino que traté de llegar á la posada para descansar de una vez de las fatigas y mudar la ropa que me chorreaba al cuerpo. Al ir entrando por las calles de la ciudad, segura-

mente fuimos objeto de risa y al mismo tiempo de compasion de sus habitantes, porque la indocilidad de nuestras cabalgaduras nos ponian en la triste necesidad de caminar algunas veces por debajo de los grandes chorros de las canales, que nos hacia parecer á esos muñecos que se ponen en las fuentes en las combinaciones hidráulicas.

A Dios gracias, llegamos al hotel de Guadalupe, donde me apicé quitándome el mozo las chaparreras, que chorreaban torrentes de agua. Subí inmediatamente á tomar un cuarto y no me metí en la cama porque no tenía ropa sera que mudarme, á causa que la que traía, venia en el equipaje muy arpillada. Serian las seis y media, cuando llegué á la poblacion y me metia á la cama; apenas habia pasado una hora, cuando llegó la Diligencia del Interior, que me debía conducir á Querétaro, y salía pasada media hora y tuve el disgusto de no partir porque se me hacia duro volverme á poner la ropa y botas mojadas, por lo que diferí mi viaje pa-

ra la vuelta del carruaje, que se verificó el Domingo á las diez de la mañana. Miéntras, tuve lugar de conocer la ciudad con alguna extension; aunque me faltaba un cicerone que me hiciera algunas explicaciones sobre cosas importantes teniendo algunas veces que detener á algun trausenta para satisfacer la curiosidad que experimentaba para adquirir detalles; pero en la carta siguiente te hablaré sobre la impresion que me causó el aspecto de Celaya, dándote algunas noticias sobre el carácter de sus habitantes.

Adios, consérvate buena, y no olvides al que sin cesar se acuerda de tí.

Celaya, Setiembre 12 de 1862.

A la tarde borrascosa de la víspera, en que parece que los elementos pugnan entre sí por sembrar la destrucción en toda la naturaleza y aniquilarlo todo con su potencia formidable, sucedió una hermosa mañana en que el sol alegre y rubicundo difundía su suave calor iluminando los objetos con un suave tinte color de rosa. Las campanas de todos los templos difundían al aire sus sonidos argentinos, repicando á vuelo; los pájaros alegres entonaban sus amorosos cánticos, eruzando rápidos el éter y sacudiendo las perlas que

de sus álas quedarán pendientes con la lluvia de la víspera; toda la naturaleza reía y se mostraba placentera animada de nuevo calor, de nueva vida que comunicaba alegre á todos los séres.

Yo desperté á todo este agradable ruido, como si en la noche hubiese sido transportado por una hada benéfica á un país lleno de encantos y sonora melodía. Abrí bien los ojos y recordé que me hallaba en Celaya, ciudad donde no habiendo penetrado la mano de la Reforma, aun se continuaba el antiguo régimen, solemnizándose todas las funciones que anunciaba el calendario desde tiempo inmemorial.

Cuando el eriado entró á llevarme el desayuno, preguntando por la causa del repique á vuelo, me contestó; que era día doce, dedicado á la Virgen de Guadalupe; cesó entónces la sorpresa que me causaba al despertar, creyendo que las hadas celebraban mi venida con repiques y cohetes.

Me levanté á poco, y asomándome al balcon, que cae á la plaza, quedé agra-

dablemente sorprendido á la hermosa vista que se presenta desde luego; porque al cuadro perfecto de aquella, en cuyo centro hay una fuente en la que alardea una elevada columna corintia, se agregan los portales y la vista de los templos del Cármen y San Francisco, que asoman sus torres y cúpulas á la plaza.

Las calles de la ciudad son en lo general rectas y bien empedradas, de aspecto alegre y aseado.

Hay una alameda que vista á distancia, tiene buena apariencia porque en el fondo, hácia uno de sus ángulos, se eleva la capilla del Santuario de Guadalupe, coronada de una elegante torrecita; mas llegando al lugar, disminuye el efecto y solamente se mira un potrero, en donde vegeta uno que otro álamo y hay una fuente tosca y sin gracia, circundada de una glorietta en los asientos bruñidos de almagre; las callecitas practicadas en el terreno, están cubiertas de yerba y musgo, que esto explica lo poco concurrido de este paseo.

En uno de los costados de dicha alameda, hay unos baños al aire libre, cuyos cuartos de tablas delgadas están suspendidas sobre la superficie del agua de una acequia y solo esto tienen de particular; si no se agrega la circunstancia de que los bañadores del vecino placer ven á su sabor á los del inmediato por debajo de las paredes de tabla, que distan de la superficie del agua cosa de media vara.

La ciudad de Celaya en lo general, es de un aspecto bastante agradable por su posición, lo aseado de sus calles, sus templos de bella construcción y los bonitos edificios particulares; solamente que se nota ese no sé qué que huele á devoción, particularmente en las caras de los habitantes.

Una de las mañanas que yo salía de la posada, me encontré á toda la gente de la plaza, de rodillas; me sorprendí al pronto porque creí que temblaba; pero no sintiendo movimiento alguno pregunté la causa de aquella genuflexion y me contestaron, que alzaban en una de

las iglesias que quedaban detras de la plaza. No oia yo tampoco el sonido de la campana que anunciara la elevacion de la hostia; pero mas tarde que presencié escenas semejantes, me he desengañado de que sin necesidad de campana, se verifica espontáneamente una accion telegráfica en todos los transeuntes, aun los mas remotos; pues arrojándose alguna persona en el átrio de una iglesia, es bastante para que instantáneamente y como al impulso de la electricidad, se comuniquen esta singular devocion, privativa de los de Celaya, en casi todos los que transitan en ese momento la ciudad.

Aunque ésta es reducida en su perímetro, cuenta un número excelente de templos en proporcion de los que debia contener, atendido igualmente el reducido guarismo de sus habitantes; yo llegué á contar hasta doce, fuera de algunas otras capillas de menor importancia; eso sí, la piedad de los celayenses las ha decorado con los más vistosos arreos que posee el arte, en el interior

y exterior adecuado al lujo de los altares y á la riqueza de los ornamentos.

Los templos que más me agradaron, fueron el Cármen, obra ejecutada por el célebre pintor y escultor Tresguerras, de quien hablaré mas adelante; el de San Francisco por su magnífica cúpula oval, semejante á un huevo, cubierta con vistosos azulejos y una elegante linternilla, así como el pórtico compuesto de cuatro grandes columnas extraídas del orden Jónico y un hermoso cornisamiento que lo corona; su torre es sexágona de tres cuerpos con diez y ocho ventanas, las mas de ellas surtidas de esquilonos.

El templo de la Merced, es otro de los edificios suntuosos de magnífica arquitectura, obra no concluida del referido artista; el que imprimia en sus edificios un sello de originalidad y grandeza que agrada al primer golpe de vista y aun examinados minuciosamente.

Todas las iglesias, sobre poco más ó ménos, son parecidas, exceptuando la del Cármen que posee la singularidad

las iglesias que quedaban detras de la plaza. No oia yo tampoco el sonido de la campana que anunciara la elevacion de la hostia; pero mas tarde que presencié escenas semejantes, me he desengañado de que sin necesidad de campana, se verifica espontáneamente una accion telegráfica en todos los transeuntes, aun los más remotos; pues arrodillándose alguna persona en el átrio de una iglesia, es bastante para que instantáneamente y como al impulso de la electricidad, se comuniquen esta singular devocion, privativa de los de Celaya, en casi todos los que transitan en ese momento la ciudad.

Aunque ésta es reducida en su perímetro, cuenta un número excelente de templos en proporcion de los que debia contener, atendido igualmente el reducido guarismo de sus habitantes; yo llegué á contar hasta doce, fuera de algunas otras capillas de menor importancia; eso sí, la piedad de los celayenses las ha decorado con los más vistosos arreos que posee el arte, en el interior

y exterior adecuado al lujo de los altares y á la riqueza de los ornamentos.

Los templos que más me agradaron, fueron el Cármen, obra ejecutada por el célebre pintor y escultor Tres-guerras, de quien hablaré mas adelante; el de San Francisco por su magnífica cúpula oval, semejante á un huevo, cubierta con vistosos azulejos y una elegante linternilla, así como el pórtico compuesto de cuatro grandes columnas extraidas del órden Jónico y un hermoso cornisamiento que lo corona; su torre es sexágona de tres cuerpos con diez y ocho ventanas, las mas de ellas surtidas de esquilonos.

El templo de la Merced, es otro de los edificios suntuosos de magnífica arquitectura, obra no concluida del referido artista; el que imprimia en sus edificios un sello de originalidad y grandeza que agrada al primer golpe de vista y aun examinados minuciosamente.

Todas las iglesias, sobre poco más ó ménos, son parecidas, exceptuando la del Cármen que posee la singularidad

de tener la torre en el centro de la fachada, que es por cierto muy bella, así como todo lo restante donde Tresguerras hizo alarde de su génio arquitectónico. Este templo posee algunas pinturas del Miguel Angel mexicano; pues no solo se contentó con hacer gala de su inventiva fecunda en el magnífico plan del edificio, sino que lo enriqueció además con algunas composiciones originales, de las que solo recuerdo una que representa el Juicio final, cuadro en que hay mas fantasía que esmero en la ejecución.

Como solo dos dias tenía de llegado á la ciudad y carecia de relaciones, no me fué posible conocer todas las novedades naturales y artísticas que posee; así es que pocos interiores de patios ó claustros conocí, donde poder admirar algunas obras de pintores antiguos mexicanos; sin embargo, un clérigo apreciable que hallé en la puerta de los claustros de San Francisco, bondadosamente me introdujo en ellos y juntos admiramos una selecta colección de qua-

dros del célebre pintor mexicano Ibarra, que representan la vida de la Virgen con figuras del tamaño natural.

Imposible es calcular la facilidad y la asombrosa fecundidad de nuestros antiguos artistas, que sin escuela, y más bien en las inspiraciones de sugénio, nos legaron obras tan acabadas y ejecutadas con maestría y espontaneidad.

José Juarez, Juan Rodriguez, Cabrera, Ibarra, Villalpando, Esquivel, Vallejo y tantos otros, enriquecieron los monasterios de la República con las producciones de su talento, y pasma ver en ellas lo fácil de su ejecución, y sobre todo, ese bello ideal en las vírgenes de los tres primeros artistas que exprimen idealismo y belleza, que los hace comparables á Rafael y á Murillo, no equivocándome en decir, que algunas veces los sobrepujan. En los ángeles tambien ¡qué movimientos tan infantiles y graciosos! ¡qué morbidez en las carnes y cuánta gracia en el ronjuntó! ¡Ah! pero triste es decirlo, pocas personas conocen

en México el distinguido mérito de esos artistas privilegiados.

Primero yacian sus obras admirables en las lóbregas paredes de un claustro, donde los frailes ignorantes las veían desmoronar por la mano del tiempo, sin curarse de esta destruccion, poniendo los medios de evitarla; y despues, despues que la reforma los lanzó de allí, unos interventores no ménos ignorantes, aglomeran estas maravillas del arte unas sobre otras en el húmedo rincón de una galera, donde los ratones, el polvo y otros mil agentes destructores, acaban de dar cuenta de ellas, poniendo en evidencia nuestra cultura y el grande aprecio que hacemos del génio ilustre de México, que es mejor conocido y apreciado del extranjero.

Despues que hube contemplado todas las pinturas de Ibarra á mi sabor, me dirigí á la casa de la familia del artista celayense D. José Tresguerras, de la que todavía le vive una hermana, con objeto de conocer la morada y algunas otras obras de pintura de ese

hombre notable y aunque no hallé á esa señora, una antigua criada me mostró algunos cuadros pequeños en los que si no hay muy buen color y brillantez en la ejecucion, destellan el génio singular y raro de su autor, que supo reunir todas las bellas artes, siendo su fuerte la de la arquitectura.

En algunos de los mas pequeños que me mostraron, ví escritas algunas estrofas que chispean génio y hay atrevimiento y originalidad. De una Virgen extracté solamente el soneto que pongo á continuacion, como muestra de los adelantos que poseia Tres-guerras en literatura:

### SONETO,

Si pude yo atrevido, María amable,  
 Con tosca mano y lánguida pintura  
 Delinear de tu rostro la hermosura,  
 Siendo el más vil idiota y miserable;  
 ¡Cuán bella no serás, que inimitable!  
 En tu atractivo Santa, en tu dulzura:  
 Que en cuanto cupo en mera criatura  
 El Señor que te crió, te hizo admirable

Y si en amarte Dios te donó tanto  
 Como á su electa madre y fiel esposa,  
 Sin duda fuiste celestial encanto:  
 La única, la perfecta, la amorosa,  
 Gloria del cielo, de Luzbel espanto,  
 Y en alma, cuerpo y mente toda hermosa.

Este soneto te dará una idea del número poético del artista en cuestion.

Supe tambien en Celaya, y ya antes habia leído un artículo en el "Museo Mexicano," que cultivaba tambien la música, pero parece que en esta línea, el Sr. Tres-guerras, no era muy aventajado, y esta consecuencia la saco yo de la siguiente anécdota:

El artista se hizo para su devocion privativa una capillita, que existe en el mismo recinto donde se halla el convento de San Francisco, y ahí colocó una vírgen de Dolores de cuya advocacion era muy devoto. Los viénes solia el artista concurrir ante esa imágen, para desahogar los grandes afectos de su corazon, tocando un violin con un entusiasmo particular: y cuentan, que sin duda era éste tan ardiente, que hacien-

do rechinar las cuerdas, lastimaba el tímpano de los oídos de la afligida señora, porque prorrumpia en una exclamacion diciéndole: "hijo mio, cesa ya; no aumentes más mis dolores, que bastantes han sido con ver, á mi hijo muerto."

¿Qué tal seria la cosa, pues la dolorida señora tenia que contener el ardor flarmónico de nuestra músico, que se elevaba á una esfera de destemplanza atroz?

Cuando salí de la casa de Tres-guerras, me dirigí á la plaza, que como era domingo, estaba ya surtiéndose de todos aquellos objetos precisos para la despensa de las cocinas y otros usos de la vida comun, y en seguida me encaminé á los cementerios ó atrio de las iglesias para ver á las bellezas notables de la ciudad. Vagaban mis ojos y no encontraban sino muy pocas, pues creo que es artículo prohibido en el lugar, é iban con los ojos tan bajos y tan modestamente vestidas, que quizá eso hacia disminuir considerablemente su mé-

rito. Apenas veria yo dos ó tres crinolinas; seguramente las que las llevaban eran algunas almas descarriadas que huían de la influencia de los frailes, que domina en esa ciudad hasta en los irracionales. En todo parece que marca su dominio, porque se advierte un silencio y una severidad que hiela el alma del que viene de otras capitales, donde el ruido de la civilizacion penetra hasta en las cloacas infelices dando señales de vida y buen humor. En las dos noches que permanecí en la ciudad salia yo de la posada y me dirigia frente á las fachadas de las casas principales por ver si oía los sonoros écos de algun piano forte ó las modulaciones de una voz; pero nada, solo veia oscuridad, silencio, muerte. Regresaba yo al hotel con el corazon oprimido, llena la mente de una multitud de ideas tumultuosas que tan pronto me representaban la vida y la animacion de otras ciudades del continente, en donde han entrado sus habitantes á la vía de adelanto y cultura en la existencia civilizada, llenando es-

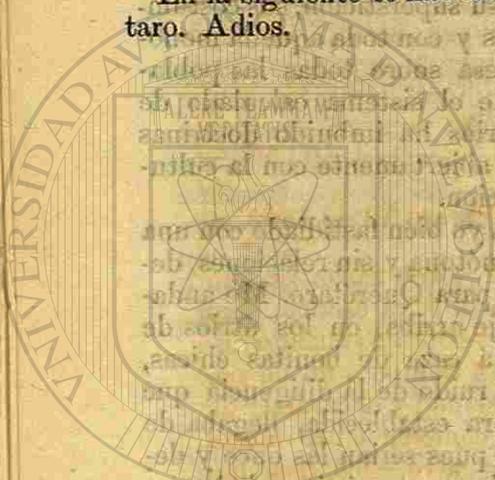
ta de encantos y de inocentes goces; y tan pronto me trasportaba á los pueblos que todavía parecen vivir bajo el sistema colonial, con su tiranía, su exclusivismo, su supersticion, sus costumbres groseras y con toda aquella monotonía que pesa sobre todas las poblaciones, donde el sistema calculado de los monasterios ha imbuido doctrinas que pugnan abiertamente con la cultura y civilizacion.

Ya estaba yo bien fastidiado con una vida tan monótona y sin relaciones, deseando salir para Querétaro. Me andaba, como dije arriba, en los átrios de los templos á caza de bonitas chicas, cuando oí el ruido de la diligencia que contra la hora establecida, llegaba de Guanajuato, pues serian las once y debia llegar á las cuatro ó cinco de la tarde. Un vuelco me dió el corazon porque llegaba el momento de ir á ver objetos nuevos, de recibir impresiones acaso más agradables.

Despues de haber tomado un pequeño almuerzo y arreglado mi equipaje,

monté en el coche, que partió rápido, dando yo un adiós á las calles y templos de Celaya.

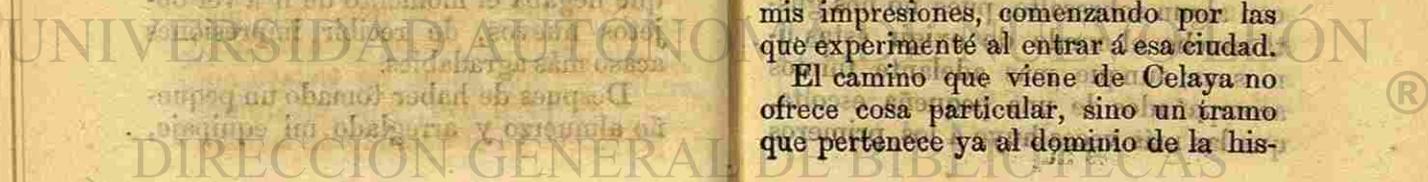
En la siguiente te hablaré de Querétaro. Adios.



Querétaro, Febrero 12 de 1863.

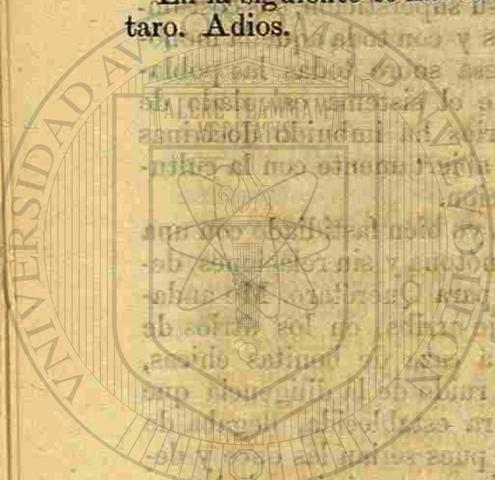
Debes extrañar, y con razon, que en mucho tiempo no te haya escrito; pero como me propuse verificarlo cuando hubiese pasado algun tiempo á fin de conocer á fondo la ciudad y el carácter de sus habitantes, y como en cinco meses que llevo de vivir entre ellos, creo haberlo logrado, ya que estoy en visperas de separarme, continuo trasmitiéndote mis impresiones, comenzando por las que experimenté al entrar á esa ciudad.

El camino que viene de Celaya no ofrece cosa particular, sino un tramo que pertenece ya al dominio de la his-



monté en el coche, que partió rápido, dando yo un adiós á las calles y templos de Celaya.

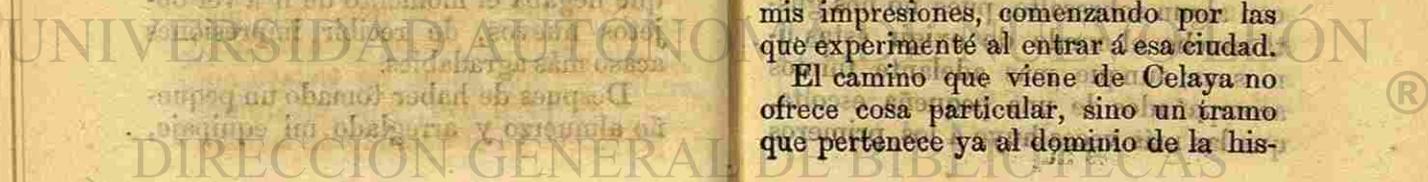
En la siguiente te hablaré de Querétaro. Adios.



Querétaro, Febrero 12 de 1863.

Debes extrañar, y con razon, que en mucho tiempo no te haya escrito; pero como me propuse verificarlo cuando hubiese pasado algun tiempo á fin de conocer á fondo la ciudad y el carácter de sus habitantes, y como en cinco meses que llevo de vivir entre ellos, creo haberlo logrado, ya que estoy en visperas de separarme, continuo trasmitiéndote mis impresiones, comenzando por las que experimenté al entrar á esa ciudad.

El camino que viene de Celaya no ofrece cosa particular, sino un tramo que pertenece ya al dominio de la his-



toria por haberse dado una batalla entre los liberales y reaccionarios, acaudillados los primeros, por D. Santos Degollado, hombre sincero, de buena fé y principios fijos, verdadera copia de Cincinnati; y D. Miguel Miramon, jóven audaz y valiente; cualidades únicas que en el país son suficientes para elevar á un hombre á los primeros puestos: estos dos caudillos se encontraron en la Estancia de las Vacas, punto que dista de Querétaro cerca de cuatro leguas, muy á propósito para cambiar en él los movimientos estratégicos de una batalla, y allí fué derrotado el primero; hay además una extensa arboleda que favorece igualmente, á los hijos de Caco, donde como á otro Gil Blas, exigen con el mosquete tendido una limosna á los pasajeros que van y vienen del Interior. No dejamos de pasar este lugar con algun sobresalto, pues no nos gusta mucho el modo de exigir estas limosnas; aunque mas adelante fuimos acompañados de una pequeña escolta, que las más veces huye á los primeros

tiros ó está en combinacion con los ladrones; sin embargo, algo disminuyeron nuestros temores.

Entramos finalmente á Querétaro á las cinco de la tarde el Domingo 14 de Setiembre.

Desde que el coche penetró por las primeras calles de la ciudad, noté desde luego la inmensa ventaja que esta llevaba á las que habia visto en el tránsito: porque además de ser más hermosa, se percibe mas vida y animacion: algunos balcones estaban coronados de señoras, agradándome esta circunstancia á causa de que en las poblaciones, que acababa de dejar, no ví alma viviente asomada á las ventanas; creí entrar, finalmente, á una capital.

Despues de haber tomado cuarto en el hotel, me dirigí, acompañado de un amigo de viage, á saciar esa curiosidad que se experimenta por conocer nuevos objetos: caminamos por algunas calles principales, deteniéndonos frente á los templos que hallábamos al paso y llegamos á la Alameda, paseo bastante

pintoresco, que lo forma un cuadrado perfectamente simétrico, cortado en toda su extension por callecitas, donde la yerba crece à sus lados, por lo poco frequentadas que son. Una fuente hay en el centro que seria hermosa si no le afeara notablemente una estatua de bronce, (1) en la que tuvieron intencion de immortalizar al Marqués del Aguila bienhechor de la ciudad, que introdujo el agua potable; pero que á la verdad más bien que retrato, parece un muñeco de cera de Campeche; lástima de bronce!

Hace diez años que estuve de paso por esta ciudad y la fuente de la Alameda estaba adornada con dos estatuas de piedra que sostenian un tazon, que eran superiores á la actual. En todo retrogádamos los mexicanos ¡hasta en política!

Despues del pequeño paseo que hicimos oscureció casi del todo, y solo pensé en visitar á la apreciable familia del Sr. Jáuregui, la que me hizo un recibimiento

1 Hoy no existe esa estatua.

digno de ella, instándome para que me hospedase en su casa, lo que verifiqué á otro dia. Jamás olvidaré las bondades de que he sido objeto por estas amables personas en particular por la Sra. Catalina Jáuregui, digna esposa de Don Bernabé Loyola, jóvenes ambos, bastante ilustrados y amigos excelentes, que no han desmentido ni un solo dia las bellas dotes que los caracteriza. Reciban, pues, como un testimonio de mi eterna gratitud, esta pequeña mencion que hago de ellos, que es un ligero destello de la memoria que arde en mi pecho y de la admiracion que existe en mi alma hacia sus virtudes y relevantes prendas. Quiera el cielo que los dos frutos de su cariño, que hoy son dos pimpollos, hermosos como la inocencia, sean su consuelo en el curso de su vida y el báculo de su vejez.

María querida, al trazar los anteriores renglones, mis ojos se humedecen, porque despues de cinco meses de vivir entre éstas personas queridas, modelos acabados de amistad y cariño, estoy en

vísperas de dejarlas, y como la virtud es tan escasa en el mundo, difícilmente encontraré otras personas que endulcen mi huérfana existencia y me concedan momentos de felicidad.

Continuemos:

Al otro día de mi llegada, comencé desde luego á recorrer la ciudad y á entrar en relacion con algunos de sus moradores. Esa me agradó bastante, y aunque la localidad que ocupa no está orientada, ni todas las calles son rectas é igualmente anchas, por la desigualdad del terreno, sin embargo su aspecto es risueño, notándose algun movimiento en las principales. Cuatro plazas embellecen la ciudad: la de armas, que denominan de Arriba, la del Recreo que es la más céntrica y extensa, la del mercado y otra pequeña frente al convento del Carmen. La plaza de armas es pequeña y está circundada de edificios altos que la hacen poco luminosa; tiene en su centro una hermosa fuente con una columna del orden Corintio sobre cuyo capitel está colocada una estatua del Mar-

qués del Aguila ejecutada en piedra, ménos mala que la de la Alameda: la columna está sostenida por un pedestal en cuyos lados se lee una inscripcion ó dedicatoria suscrita por el Ayuntamiento, al hombre que benefició á la poblacion con la introduccion del agua.

No sé por qué en los lugares públicos de las mas de las ciudades del país, se manifiesta un abandono punible en la ereccion de los monumentos de los géneros escultórico y arquitectónico, pues en ambos no se mira otra cosa, que mamarrachos insoportables, que dan una idea, bien triste por cierto, de la cultura y civilizacion de los habitantes de esas ciudades. Cuando los extranjeros llegan á un lugar, lo primero que visitan y observan filosóficamente, son las notabilidades naturales y artísticas, antes que su régimen civil y administrativo, y si la segunda no se halla normada por el buen gusto y al nivel de la de los pueblos civilizados, se forman el concepto mas desventajoso que darse pueda, y sus habitantes son tachados

de bárbaros y poco ilustrados. Me atrevo á decir, que en parte, tienen razon, si atendemos á que los hombres que ocupan los puestos mas prominentes, suponiéndose mas ilustrados que los demas, son los primeros que desacreditan el país, invirtiendo sus rentas de esta linea, en objetos que se hallan muy distantes del arte propiamente dicho, porque ocupan sin discernimiento artistas ignorantes, y las mas veces á un maestro albañil, ó algun extranjero charlatan, resultando de aquí un gasto, que siendo siempre muy cuantioso, es inútil porque se erogan en monumentos que ponen á prueba nuestra cultura y perpetuando á las generaciones venideras nuestro pésimo y extragado gusto.

Se dirá que no hay aun buenos arquitectos y escultores en el país, ¡vana suposicion! ¡La Academia de San Carlos cuenta ya en su seno multitud de jóvenes aprovechados en estos ramos y son muy capaces de dirigir grandes monumentos que pudieran admirar á los extranjeros. Rodriguez, pensionado en

Roma, donde han llamado ya la atencion, Mendez, Ocaranza, Vera y otros en el ramo de arquitectura; Soriano, Calvo, Sojo, Bellido y Patiño en escultura, son artistas que han elevado el arte á una altura que casi está al nivel del de Europa; pero estos jóvenes por su modestia son desconocidos y vegetan en la oscuridad; mientras que á otros, por sus buenas relaciones ó el favoritismo son ocupados, aunque inéptos, por los ignorantes mandarines, que si no poseen el arte de gobernar, como lo demuestran, todos sus actos, ménos pueden tener nociones en las bellas artes.

Continuo:

Los templos que hay en la poblacion son numerosos, contándose como los principales tres conventos de monjas: Santa Clara, Santa Teresa y Capuchinas; el colegio de Santa Rosa y el Beaterio de Carmelitas. Parroquias: Santiago, Santa Ana y San Sebastian, y además, el Espiritu Santo y la Divina Pastora, que hoy están agregados á las dos primeras. Conventos de religiosos:

el Cármen, Santo Domingo, San Agustín, La Cruz y San Francisco, Colegio de San Antonio, y además, dos congregaciones de clérigos, una y otra de felipenses. Hay también un colegio civil, el teatro de Iturbide bellamente construido y muy semejante al Nacional de México, que costó mas de cien mil pesos; una casa de Hospicio, un Hospital, el Palacio de Gobierno y una Academia de Bellas Artes, aunque en completa decadencia, porque además de estar servida por dos profesores ineptos, solo cuenta con una pequeña cantidad mensual que le asigna el Gobierno y que muchas veces no le suministra.

Uno de los mejores monumentos de la ciudad, es sin duda alguna, la famosa arquería ó acueducto del agua potable que fué construido del 15 de Enero de 1726 al 17 de Setiembre de 1738, según los queretanos, por el Marqués del Aguila, cuyas estatuas se miran, como te he dicho, en las principales fuentes, y según unos apuntes que consulté y que corren impresos con el tí-

tulo de «Glorias de Querétaro,» su fundador y que hizo el costo principal, fué el Marqués D. Juan Antonio Urrutia y Arenas, pues contribuyó con la cantidad de 82,987 pesos: los vecinos de la ciudad con 24,504; 300 un particular, 3,300 otra donacion y de los propios de la ciudad y venta de agua se reunieron 12,000 pesos.

La arquería en cuestion, sino tiene arreo alguno arquitectónico que llame la atención del viajero, es monumental por sus colosales dimensiones y el número de sus arcos, que constan de setenta y dos, con la asombrosa altura de treinta y cuatro varas y su espesor correspondiente, con diez y seis de profundidad en los cimientos.

Este acueducto se halla al Oriente de la ciudad, corriendo de Este á Oeste, cuyos extremos el uno toca á un cerro por la parte que toma el agua, y el otro á la pequeña eminencia donde está asentado el convento y huerta de la Cruz.

Quando el viajero entra por la gari-

ta de México y dá una pequeña vuelta por un accidente del terreno y las arboledas, se presenta á su vista, de una manera inusitada, este colosal monumento, que causa una impresion grata, tanto por su majestoso aspecto, como porque su presencia anuncia la entrada á la ciudad despues de la penosísima bajada de la cuesta China, que bien merece este nombre por lo erizado del terreno, compuesto de peñascos descarnados.

El agua que entra á la poblacion por esta arquería, se va á depositar á la concavidad de veintidos fuentes públicas, llamando solamente la atencion, por su bella arquitectura, la que está situada en el ángulo occidental de la plaza del mercado, que la forma un hermoso arco del órden dórico colocado en el centro del tazon y, bajo de este arco, una estatua de Neptuno con su tridente y uno de sus piés reposando sobre delfines y algas marinas, todo de piedra de cantera.

Al mencionar los templos, no hice

alto sobre el mérito de su arquitectura, que en la mayor parte no pasa de comun, exceptuando San Agustín y Santa Teresa que son monumentales, particularmente el primero por su elegante fachada toda de cantera y talladas en ella columnas del órden de Churriguera y Santos de la órden; la torre que no está concluida, hace paralelo en la talla y adornos con la fachada lo mismo que el primer patio, cuyas columnas son de cantera igualmente y en la parte que sostienen la cornisa, hay unos ángeles cargando las canales y están rodeados de flores y otros adornos de exquisito gusto así como los claustros y techo de las escaleras, todo de bóveda.

La fachada del convento de Santa Teresa, es obra de Tres-guerras, y es una magnífica portada del órden Jónico con cuatro grandes columnas estriadas y las torres sin concluir.

Se está construyendo en lo que ántes ocupaban los claustros de San Francisco, una biblioteca, y tambien se trata de formar una galería de pintura con

los magníficos cuadros de los conventos, que en su totalidad, son obras maestras de Cabrera, Juan Rodríguez, Villalpando, Ibarra. Tres-guerras y otros pintores sobresalientes del país. Todas estas obras casi pasan desapercibidas á las miradas de los queretanos, que desconocen el gusto por la pintura; aunque entre ellos hay muy buenos escultores, que á pesar de no tener escuela y solo con los preceptos tradicionales de sus antepasados, que dejaron obras notables, ejecutan muy buenas estatuas de santos de madera.

En cuanto á pintores, solo hay uno que imita con perfeccion la naturaleza muerta; pero que se halla atrasado en la figura.

La música, en la parte de ejecucion está tambien atrasada y hay poco gusto por ella en la sociedad queretana; algunos profesores que la cultivan poseen con alguna perfeccion la parte mecánica del arte y solfean con facilidad.

En cuanto á sociabilidad, han sido tachados los queretanos de faltos de

ella; pero á mi me parece que los que esto dicen no tienen mucha razon, porque su juicio es formado seguramente de diez años atras, en cuyo tiempo se cerraban las ventanas á la vista del viajero y el teatro estaba constantemente cerrado, así como los bailes y otras reuniones eran muy raras. En la época que te transmito estas impresiones, se baila mucho y se tienen algunas reuniones en las que brillan las buenas maneras de una culta sociedad; aunque no deja de traslucirse todavía en algunas familias, el régimen conventual, que dentro de poco tiempo habrá desaparecido al impulso de la civilizacion.

Para darles un mentís á las personas que deturpan injustamente á Querétaro, te diré; que en los cinco meses que permanecí en él, lo mas de ese tiempo estuvo dando funciones una compañía de verso, y el teatro, en las tres funciones semanarias que habia, hacia brillar en sus palcos y demas localidades la belleza de las queretanas y el porte

caballeroso y culto de los individuos del otro sexo.

A poco que llegué á la ciudad, comenzó una serie no interrumpida de bailes, y puedo decir, que en dos meses hubo más de veinte, la mayor parte en la casa del cónsul español, por diversos motivos, y en particular, por el de toma de dicho de los noviazgos, cuya solemnidad se acostumbra en Querétaro desde ha mucho tiempo, volviéndose á bailar el día de la boda.

Como me he propuesto transmitirte todas mis impresiones aun las muy triviales, no debo pasar en silencio por esto mismo algunas pequeñas circunstancias, que en general, hacen la fisonomía de una ciudad, de una población: los viajeros casi siempre, las pasan en silencio creyéndolas insignificantes, cuando para el que no las conoce tienen su poesía y van marcadas con el sello de la novedad. A estas pequeñas cosas pertenece acaso la de que en la mayor parte de las ciudades del Interior se verifica la plaza ó mercado en la noche, y

el comercio se halla abierto hasta las diez, concurriendo las señoras á comprar sus géneros y otras mercancías que en México se obtienen con la luz del día.

En la Plaza de armas de Querétaro, entre cinco y seis de la tarde, comienza á afluir una porción considerable de gente del pueblo á verificar una venduta que denominan baratillo, situándose los diversos artículos en ciertos lugares designados; entre los primeros hay en mucha abundancia ropa de uso y efectos del país, como sombreros, rebozos, zarapes, lana, zapatos, etc., etc.; y la particularidad de esta venduta es que mientras no se oscurece completamente, se nota poco movimiento y ménos actividad; pero cuando ya no se distingue lo blanco de lo negro, entónces comienza un bullicio y un movimiento comercial tan activo, que en poco más de una hora tienen salida todos los efectos, y compradores y vendedores toman el camino de su casa. ¿Y sabes por qué se verifica esta anomalia? Porque mu-

cha parte de los efectos son de mala clase, y los de ropa vieja no son de muy lícita procedencia, por lo que los vendedores engañan á favor de las tinieblas con sus efectos, y los que compran les encajan mucha moneda falsa.

Al Norte de la ciudad hay un rio que no lleva poca agua, y en el que hay mucha amenidad en sus riberas, engastadas de árboles frondosos y otros arbustos y cañaverales; por entre toda esta vegetacion asoman su fachada y sus techos muchas casitas que aparecen aquí y allí de una manera poética y pintoresca, aumentándose el buen efecto con algunos puentes que atraviesan la anchura del rio, cuyo curso tortuoso corre al Occidente, interrumpido por muchas lavanderas y bañadoras, que cuelgan su ropa; y á lo léjos todo el conjunto de gente, casas, árboles y agua, en contraposición de un horizonte teñido de los rayos de un sol que se oculta, y tiñe las aguas de color de fuego, presenta una vista encantadora.

La parte de la ciudad que se halla

situada á la otra parte del rio, la denominan «La otra Banda» y seguramente es la mas notable por su fertilidad y el número infinito de huertas, donde se produce la naranja, la lima y el limon, el plátano, la chirimoya y otras frutas de la tierra caliente, produciéndose tambien la de la templada, como el durazno, chavacana, etc., etc.

Si estos alrededores son muy bellos y los queretanos tienen en ellos un solaz agradable, poseen otro aun más bello que está al Oriente de la ciudad y dista dos leguas: ese hermoso paseo se llama la «Cañada.» Todo el camino que conduce á este lugar encantador, está decorado con hermosísimos puntos de vista y una vegetacion rica y exuberante, bajo la cual serpean arroyos de agua cristalina, que ó bien pasa por un acueducto que se dirige á la Fábrica de Hércules, cuyos arcos asoman á veces por entre las masas compactas del follaje y otras se ocultan, y las mas quedan descubiertas, retratándose los arbustos y las flores. Llega uno á la Cañada ¡oh!

esta es un verdadero paraíso, por los puntos de vista, por la multitud de huertas, y por la gran cantidad de agua que lleva el río, que es el mismo que pasa por Querétaro. Hay en ese paseo unos baños, que en el verano, siempre están ocupados por las familias que van de temporada ó á simples días de campo; estos baños están contruidos en departamentos diversos y sus piezas son extensas.

Algunas paredes manifiestan con el tapiz la literatura de los visitantes y sus nombres ó los de sus novias: yo dejé allí el tuyo Maria adorada, porque nuestra amistad es tan pura como el amor.

Esta carta se va haciendo demasiado larga: para darle fin, te hablaré por último, de las fábricas de hilados del Sr. D. Cayetano Rubio, la Purísima y Hércules.

La primera es un edificio situado á ménos de media legua de Querétaro, con vista al Sur, en el camino de la Cañada; la fachada es sencilla y de pro-

porciones agradables, al frente tiene un bello jardín perfecta y simétricamente cultivado, con una fuente de mármol en su centro, y frente á la fachada de la casa, hay un vestibulo, rodeando la escalinata unos magníficos jarrones de alabastro de primorosa forma y bellísimo ornato, sobre sus pedestales de cantera. El interior es extenso y construido expresamente para la fábrica de hilados y mantas, las que se tejen en cuatrocientos telares de bolillo.

La fábrica de Hércules es de mayor importancia y dimensiones que la primera.

Como á medio cuarto de legua antes de llegar, hay una larga calle formada de las casas de los operarios, y en ella se nota el movimiento de una pequeña poblacion, porque hay su gente en tránsito y algunas vendimias. Las habitaciones son bastante aseadas y simétricas en la forma, lo que produce bonito efecto. Llega uno al patio principal de la fábrica y la vista se recrea ante la muchedumbre de naranjos y otros ar-

bustos y ante una bellísima fuente en cuyo centro está colocada con majestad la estatua del patron de la fábrica, con la maza y las frutas doradas tomadas del jardín de las Hesperides, todo de blanco mármol.

El interior es suntuoso y denota que el propietario tiene magnífico gusto y no economizó el dinero para que el conjunto fuera útil, bello y majestuoso.

En la parte del alto y bajo del edificio principal, está la fábrica de hilazas. En las inmensas galerías y salones, yacen colocadas todas las máquinas y malacates, que á la fuerza motriz del agua se mueven con admirable precision y regularidad.

Centenares de operarios de ambos sexos trabajan allí y aumentan la animacion que imprime la maquinaria, formándose de todo el conjunto un ruido que hace despertar al que allí entra, de ese indiferentismo en que yace y en el que están la mayor parte de los mexicanos con respecto á industria, pues al

estar dentro de las oficinas, bajo la influencia de aquella, el trabajo y la actividad, se sienten remordimientos por el tiempo que perdemos miserablemente en ejercitar nuestras facultades en el vandalismo, la cábala y el asesinato en masa y en otras mil degradaciones que nos enervan y nos envilecen á los ojos de una civilizacion muy aventajada y la que es preciso nos haga graves cargos ante la posteridad.

Hay tambien como doscientos telares de bolillo y un molino de trigo; todo esto es movido por el agente del agua.

Hay otras oficinas de herrería, carpintería, carrocería y otras, arreglado todo con el mejor orden, economía y limpieza, añadiendo una pequeña fuerza que sirve para custodiar la fábrica.

Pocas personas tienen la ilustracion necesaria para saber acometer grandes empresas y arriesgar su dinero, como lo hace el Sr. Rubio, que tan profusamente lo ha gastado en las mencionadas fá-

bricas Hércules y la Purísima; que no solo contienen todas sus oficinas y equipo necesario, sino que todo se haya montado con lujo, manifestando que se gastó el dinero, como suele decirse, á talega abierta.

El Sr. Rubio, repetimos, sabe emplear muy bien su fortuna; porque después de obtener pingües resultados, beneficia con ella una gran parte de la población proletaria de Querétaro que, ¡quién sabe que haría si las fábricas faltasen!

Los hombres acomodados de Europa emplean su dinero generalmente en grandes empresas mercantiles, y de esta manera hacen colosales fortunas y dan lugar á la circulación; mientras que los ricos de México, guardan su dinero debajo de la cama y no se le vuelve á ver la cara; de esta manera, pocos capitales llegan á ser fabulosos y el numerario está sin circulación y extraído del comercio, así como el pueblo industrial, mucho de trabajo.

Pero esta carta se ha hecho larga y,

no teniendo que hablarte yo de cosas más notables respecto á Querétaro, te diré algo en la siguiente del camino de Guanajuato.

Adios, María querida.



Guanajuato, Febrero 23 de 1863.

Héteme ya en Guanajuato, en el país de las montañas, en la ciudad que está basada sobre el oro y la plata, y donde la naturaleza alterna con el arte para embellecer su aspecto haciéndola aparecer una ciudad de hadas. Pero antes de hablarte de la capital, preciso es darte algunos detalles acerca del camino y las poblaciones del tránsito.

Estoy aún en Querétaro,

Me fui á quedar á la casa de diligencias, por temor de dormir más de lo relor en casa y que el coche me dejara; más no hallé cuarto, y un excelente amigo, que me habia acompañado para verme hasta el último momento, me llevó á su casa, que estaba próxima, y allí pasé la noche. ¡Pero qué noche! Apenas acababa de apagar la vela, cuando sentí que me caía una especie de arena en la cara, y que andaba y se me introducía por el cuerpo debajo de las sábanas, experimentando una pequeña comezon, que no dejaba de molestarme, y la que impidió que yo pudiese cerrar los ojos en toda la noche.

A mí me sucedió en el curso de ésta lo que en ciertos casos acontece, que se experimenta un deseo, pero que aunque se tenga en la mano la posibilidad de realizarlo, hay una fatalidad que lo impide como á mí me sucedió esa noche: experimentaba una cruel incomodidad con esa arena que me caía sin cesar, y podia, para evitarla y poder dormir perfectamente en lo sucesivo, encender la

vela y trasladar en un instante la cama á otro lugar; pero en vano procuraba llamar el sueño á mis parpados, y éste huía de ellos á causa de la molestia, y lo que conseguía era dormirar, con lo que experimentaba más bien un insomnio, que me aumentaba el malestar. No encendía la vela, porque inmediata á mi cama estaba la de un amigo y temía despertarlo, y además, esperaba que por momentos cesara la incomodidad y pudiese dormir. Mas estaba decidido que trasnochase, y cuando fueron las tres de la mañana, y el criado tocó á la puerta del cuarto, para anunciar la hora de partir, encendí la luz, y al dirigir la vista sobre la superficie de mi cama, creyéndola llena de arena, ¡qué piensas que vil! Una muchedumbre incalculable de hormigas pequeñas, que abundan en muchas de las casas antiguas de Querétaro, y á mí me cupo la desgracia de que mi cama hubiese sido colocada en la direccion de un hormiguero. ¡Oh! si hubieras visto, María querida, te habrias horrorizado, porque era tanta la

cantidad de insectos, que parece que en el lugar que ocupé habian echado chorros de marmaja, y hasla creí ver mover la cama por el movimiento de los animalitos. ¡Con razon la arena que sentia caer en la cama, se me infiltraba por debajo de la ropa! ¡No fué mala la arena viviente con patitas!

Me dirigí á la casa de Diligencias, acompañado de mi buen amigo Aurelio, que estaba mortificado de la mala noche que me habian dado las hormigas, riéndome porque no habia encendido la bujía para saber la causa que me molestaba; mas habia pasado el malestar y solo me quedaba un poco molido el cuerpo á causa de la vigilia. Me despedí de ese jóven amable y subí al coche acurrucándome lo mejor que pude, por el frio intenso que se sentia á esa hora. Partieron los caballos, y salí de una ciudad que me habia proporcionado algunos goces, llevando la pena en el corazon al considerar que dejaba unos amigos excelentes, que en el tiem-

po que permanecí á su lado me impar-  
tieron generosos su cariño.

Volví á encontrarme en el camino  
que cinco meses ántes traje al pasar de  
Celaya á Querétaro, debiendo tocar en  
la "Estancia de las Vacas y el Rayo,"  
puntos peligrosos en que recordarás te  
dije que en tiempo de revolucion aso-  
maban con frecuencia los hijos de San  
Dimas; pero por fortuna no tenia temor  
alguno de su aparicion porque nos  
acompañaba una regular escolta, y al  
querer separarse de nosotros ántes del  
Rayo, porque hasta allí tenia orden de  
acompañar á la diligencia, tuve que su-  
plicar al jefe que la mandaba, nos de-  
jase en lugar seguro, acompañando á  
mis ruegos un par de pesos que puse en  
sus manos, lo que fué ya un poderoso  
estímulo para que no replicase una pa-  
labra.

Llegamos á Celaya á las diez de la  
mañana, allí nos detuvimos á almorzar  
y pasé en seguida á la casa de un par-  
ticular para entregarle una carta de re-  
comendacion, que un bondadoso ami-

go, el Sr. Mariano Ojeda, tuvo la bon-  
dad de darme, en union de otra para  
todas las poblaciones del tránsito, en  
caso de que fuera robado ó quisiera de-  
tenerme. Se dice generalmente que no  
hay buenos amigos y personas desin-  
teresadas; pero yo he tenido la fortu-  
na de hallar á los primeros y á las se-  
gundas, casi en la mayor parte de los  
lugares en que he tocado en mi viaje,  
y de unos y otros he sido objeto de la  
más cordial acogida, separándonos mú-  
tuamente con sentimiento.

De Celaya te hablé ya en otra car-  
ta, por lo que sigo adelante.

El camino de Guanajuato no ofrece  
cosa particular si no son las ciudades  
y villas que tiene en su curso. Entra-  
mos á Salamanca á la una del día. Es-  
ta villa tiene un aspecto triste, sus ca-  
lles son la mayor parte rectas, aunque  
mal empedradas y embanquetadas; la  
plaza principal es lo que tiene mejor á  
causa de que es nueva y está circun-  
dada de portales; en su centro hay una

fuelle con una columna que tiene sobre su capitel una águila. Posee de cuatro á seis templos, y el de la parroquia alardea una magnífica fachada de cantera tallada con primor sobre el orden de Churriguera; el interior no corresponde al exterior. Lo mas bonito y notable que se mira en Salamanca, es el famoso rio de Lerma, que en el tiempo de las aguas corre majestuoso y lleno hasta el extremo superior de sus riberas, sembradas de gigantescos sauces, cuyas hojas tocan á veces las claras corrientes. La vista que estos árboles producen es encantadora, pues le forman al rio un cuadro de esmeralda que se pierde en los confines del ocaso, reflejando las aguas por unos puntos el verde de sus ramas y por otros el azul del cielo, ó bien por la tarde el color de fuego y escarlata de las nubes teñidas con los últimos rayos del sol poniente. Para pasar de una ribera á otra del rio hay una barca, y todo el dia es constante el movimiento de gente y animales, navegando las aguas, éstos á nado

y aquellos embarcados, presentando todo esto un bonito conjunto.

La sociedad de los habitantes de Salamanca es bastante accesible y se prestan las familias á todas las diversiones, así como cuando un vecino se halla enfermo, hay la excelente y caritativa costumbre de que la mayor parte de las personas de la poblacion rivalizan en sus cuidados y atenciones, curando al enfermo, asistiéndolo eficazmente y velándolo: al grado de que los parientes de éste, en caso de fallecimiento, se pueden entregar á su dolor y no tienen que distraerse en la inhumacion y esas otras ocupaciones accesorias en tales casos; se disputan aun el hacer los honores de su casa á las personas que vienen á dar el pésame.

De pocas partes se oye hablar tan ventajosamente en línea de fraternidad social como de Salamanca, y esto á la verdad honra á sus habitantes á los ojos del mundo culto y á los de la humanidad.

Llegamos á Irapuato, bonita ciudad

que dista de la anterior villa cinco leguas. Posee muy bonitos templos en el interior y exterior. Dos hermosas plazas, la de armas que es extensa y está embellecida por una fuente con un gran tazón de bronce adornado de delfines, circundada de banquetas con sus asientos de piedra, y bonitos fresnos, y á su frente la iglesia de la parroquia que mira al Sur y la del Espíritu Santo al Poniente; la plaza del mercado es también bastante grande, bien provista de legumbres, frutas, carnes y muy animada de vendedores y compradores, situada al costado derecho de la parroquia, y que se mira por uno de los ángulos de la plaza principal. Las calles de Irapuato son alegres aunque un poco torcidas, muchas de ellas angostas, pero regularmente empedradas. Los alrededores bastante bellos á causa del buen cultivo y exuberante vegetación del clima, mirándose multitud de huertas cargadas de pintorescos árboles de la lima, el limón, la naranja, el durazno, entremezclado á esta variedad de hojas,

las majestuosas del plátano, y otros mil arbustos de distintos géneros.

En cuanto á sociabilidad hay muy poca á causa tal vez de que la mayor parte de los vecinos de Irapuato son agricultores y comerciantes, que por razón de su ocupación se recogen bien temprano. Una circunstancia he observado en el curso de mi expedición, y es: que en la mayor parte de los pueblos y ciudades del interior, las señoras son más sociables y tienen mejor trato que los hombres. En todas partes manifiesta la mujer la influencia que tiene en la suavidad de las costumbres, en que es la reguladora del movimiento social, y que á ella, y solo á ella, debe la civilización el gran paso que da día por día, sacando al hombre del embrutecimiento y encaminándolo á su perfeccionamiento moral. El hombre en el estado de la naturaleza tiene instintos feroces y posee tal terquedad por la conciencia de su fuerza, que á su paso, solo trata de arrollar cuanto se le opone, frunciendo el ceño y mirando con

desden cuanto le rodea. Pero encuentra á ese sér ideal, á ese sér que embelece la mitad del globo, y temple ya su ferocidad pagando á sus gracias el tributo merecido, convirtiéndose en un ente accesible y lleno de mansedumbre.

Salimos de Irapuato, y en el resto del camino solo encontramos de notable la pintoresca hacienda de «Burras,» que es muy amena por sus alrededores cubiertos de arboledas, y su magnífica huerta donde crecen los árboles frutales de la tierra caliente, y donde hay una riquísima colección de dalias de todas clases, así como una buena cantidad de arbustos de parra; esta hacienda contiene 3,000 habitantes. Poco mas adelante está la hacienda de «Cuevas,» también notable por una huerta mayor y mejor cultivada que la de «Burras,» y donde los guanajuatenses se solazan en alegres y festivos días de campo, jugando en la temporada de pascua, como se verifica en la ciudad de Tlalpam, á inmediaciones de México. En este lugar es en donde concluye lo plano del

camino, y á poco mas de una legua comienza uno á subir las lomas de los cerros de Guanajuato.

Quando recorria yo un camino que andaba por segunda vez, é iba á visitar una ciudad que habia conocido hacia diez años, y donde habia dejado muy buenos amigos, experimentaba diversas sensaciones de gozo y de pesar al mismo tiempo: de gozo, porque volvía á ver unas personas que me eran queridas, y con las que habia pasado momentos muy agradables; de pesar, porque algunas de éstas estaban ya durmiendo el sueño de la muerte, y al llegar á Guanajuato no volveria á conversar con ellas ni á disfrutar de esos preciosos instantes que su bondad me hizo saborear en otro tiempo!.... Ay! todos los momentos de la vida están mezclados de placer y de dolor; cuando el hombre se mece en sus ilusiones y se pasea por su jardín encantado, le asalta repentinamente esa tristeza que clava sus espinas en el corazon, haciéndolo sangrar; y cuando veía una pers-

pectiva iluminada de los mas bellos colores; se transforma ésta instantáneamente en un infierno envuelto entre las sombras de la muerte y los gritos de la desesperacion.

Desechemos estas ideas.

Al entrar á la cañada de Marfil, serian las oraciones de la noche, y ya comienza en este lugar á presentarse á los ojos del viajero la fisonomía de Guanajuato: empieza ya esa caprichosa naturaleza con sus grandes irregularidades, y principia tambien á ponerse de manifesto la lucha de los guanajuatenses para domar esa naturaleza salvaje, erigiendo sus hogares y sus palacios en la punta de una roca ó en el fondo de los precipicios.

Caminaba el coche por el fondo de la cañada, y como el crepúsculo iluminaba débilmente los objetos, se nos presentaban éstos con las formas fantásticas de las *Mil y una noches*, creyendo ver en la parte alta de alguna de las ha-

ciendas de beneficio un minarete ó las troneras de un castillo feudal, ó bien la gigantesca estatua del *Coloso de Rodas*, con el faro sostenido en uno de sus brazos. Otras veces, cuando el carruaje caminaba sobre terreno elevado, se bajaba la vista hácia una multitud de luciérnagas, cuya luz brillaba á nuestras plantas, y eran las velas de las diversas casitas que habia en una hondonada, las cuales desaparecian súbitamente, como si se corrieran los bastidores de una decoracion y se pusiera en su lugar el frente de un peñasco enorme sobre el que parecia nos íbamos á estrellar.

Concluimos el camino tortuoso y fantástico de la Cañada, y apareció el *Jardin del Cantador*, que está á la entrada de la ciudad de Guanajuato, por la parte occidental.

Llegué ya al término de mi viaje; estoy, segun te dije ántes, en la ciudad de las montañas; y como se alargaria mucho la descripcion del camino que

en el traje y maneras cortesananas; pero en el lugar de que te vengo hablando, hallé casi el mismo refinamiento de traje y porte que en México. Multitud de elegantes con el sombrero negro alto, el sombrero á la Garibaldi y la gorra, dirijian el lente ó fijaban sus miradas indagadoras en los recién llegados; entre toda esta comparsa curiosa, encontré á un amigo apreciable que me esperaba para llevarme á hospedar á su casa. ¿Té acuerdas del amigo más íntimo que te contaba tenia en esta ciudad? Si no lo recuerdas te lo diré; era el Sr. Manuel Leal, tipo de la honradez y la franqueza: jóven á cuya familia debí mil favores y cuya amistad ha sido siempre invariable.

Inmediatamente tomó un mozo mi equipaje y nos fuimos Leal y yo á su casa, donde nos esperaba su jóven esposa.

Cuando hube descansado un poco, me invitó mi buen amigo á dar un paseo al jardin, que estaba á pocos pasos de su casa. Este jardin es hermosísimo,

aunque de una forma algo irregular, á causa de la localidad que ocupa; pero contiene plantas y flores exquisitas y una preciosa y costosa fuente de bronce, con una figura de Sífide en el extremo superior del tazon, que está sostenido por unos delfines. Este lugar de recreo está situado en la plaza, frente al convento de San Diego, cuya fachada mira al Norte, y por el Oriente, con vista al Poniente, están las magnificas casas de D. Marcelino Rocha, obra de mucho lujo por la magnífica cantera de que está construida y por su bella arquitectura del orden jónico, con ventanas ojivas y elegantes embarandados corridos. Por el Poniente, con vista al Norte, hay un edificio, que si no es tan grandioso como el anterior por su arquitectura, si es de una cantera mejor escogida, porque en Guanajuato la hay más hermosa que en ninguna otra parte, pues que es de varios colores. La hay de un verde azufrado, de color un poco más azulado y de estos dos colores con jaspe; hay tambien otra mora-

da, lisa y jaspeada, así como otra blanca con vetas amarillas; entre estas diversas canteras hay unas de un grano tan cerrado, que casi, casi, imitan el mármol, y esto lo corroboro con la circunstancia de que el aguamanil y el buró que tenía en mi cuarto, los creí de mármol, y mucho tiempo despues supe que eran de cantera. Hay que agregar á esto que en Guanajuato existen los mejores canteros, pues trabajan la piedra con tanto primor, que las obras que salen de sus manos, parecen talladas en madera ó bronce: tanta así es la finura y delicadeza de la ejecución.

Al otro día de mi llegada comencé á visitar la ciudad que diez años atrás habia conocido, y la encontré notablemente mejorada y aumentada. Posee dos parroquias: la principal, que está en la plaza de Armas, y la de Belen; dos conventos, el de San Francisco y el de San Diego; una congregación de filipenses, que llaman la Compañía, con otros dos templos mas pequeños, San Roque y San José. Hay tres plazas

grandes, la de Armas, la de la Reforma y la de la Constancia: en las dos últimas se hace el mercado. Hay tambien otras pequeñas, que son el Baratillo, San Francisco y el Ropero; estas dos últimas son de dimensiones bastante reducidas.

Solo hay una calle un poco ancha y larga, que es la de Alonso, y sin embargo estrecha por algunas partes: las demas calles son de direcciones tortuosas é irregulares en su piso. La parte principal y mas bella de la ciudad, está sentada en el fondo de la cañada, sobre puentes sólidamente construidos; y como el rio caracolea de una manera caprichosa, tomando infinitas direcciones; de ahí resulta que por donde ménos se cree andar sobre él por algunas calles, lo anda uno sin saber que la calle es un gran puente, que parece el terreno más solido que darse pueda.

Los arrabales ó barrios de la ciudad, están situados en el declive de la loma, y las subidas y las bajadas, y las vueltas y revueltas, se suceden tan conti-

nuadamente, que unas ocasiones parece que se va á subir á una elevada torre, y otras que se baja á un precipicio, siendo finalmente, un verdadero Laberinto de Creta, pues á veces se hace necesario el hilo de Ariadna para salir de él. Esta irregularidad y esta alternativa de una naturaleza salvaje, con la suntuosa morada del hombre, donde ha desplegado el arte sus más ricas galas; hace de la capital del Estado de Guajuato la ciudad más original en su género y la más extraordinaria. Todo el mundo sabe que esta ciudad es minera y uno de los lugares más ricos en oro y plata desde el tiempo del gobierno español. Las minas más ricas de esa época, y que todavía no están exhaustas, son Valenciana y Rayas; en la época moderna, y que no data de diez años atrás, son las minas de la Luz las que han hecho tan poderosos á los guajuatenses y algunos mexicanos como Perez Galvez y otros.

Quando te acabe de describir la ciudad, haré una pequeña reseña del inte-

rior de una mina: por ahora ten un poco de paciencia y continuaremos.

Pasó la bonanza de la Luz, que tanto ruido hizo é improvisó muchas fortunas, y después de un interregno de cuatro ó cinco años, apareció la mina de la Purísima, que no dejó de llamar la atención, pero que solo fué una sombra de la anterior, quedando, en la época en que esto escribo, reducida á cubrir sus gastos, así como otras de su clase que apenas sostienen el movimiento de ese ramo.

Todavía hay infinidad de minas que aun están vírgenes y solo esperan capitales para producir otras bonanzas, como la de la Valenciana y la Luz; pero la revolución (1) que todo lo asuela y ha enervado el comercio y todas las empresas industriales, impide la formación de compañías aviadoras que pudieran explotar las fabulosas riquezas que aún guardan en su seno las minas del Estado. La de Valenciana, que tantos

(1) Se alude á la guerra de Intervención acaecida en esa época.

millones dió en el reinado de los españoles, está hoy embarrascada, á causa de haberse paralizado los trabajos por mucho tiempo, á consecuencia de la guerra de insurreccion; y si el estado de cosas en política cambiase en la República, y se formase una compañía de capitalistas aviadores, se podría desaguar, y segun los inteligentes, daría un tanto mas de lo que ha dado en otro tiempo. (1).

Las haciendas de beneficio son numerosas, pues la ciudad está circundada de muchas de ellas, las que tambien describiré á su tiempo.

El aspecto de la capital es muy bello, á causa de su misma originalidad, y, como dije arriba, la hermosa cantera favorece en gran parte la belleza, á lo que se agrega que hay gusto por la arquitectura mirándose por esto elegantes fachadas á cada paso, que revelan un interior vasto y cómodo, no

1 Haco cuatro años que se emprendió el desagüe de esta mina, á esta hora acaso estará ya en explotación.

obstante la mucha irregularidad que se observa en la mayor parte de las piezas que, ó son oblongas, romboides, angulosas ó pentágonas, teniendo que acomodar los muebles segun lo exija la forma de la pieza. Eso sí, el interior es suntuoso y está decorado con riqueza en la línea de la tapicería, imitando las mejores casas de la capital de la República.

Hay entre los habitantes mucho gusto por las bellas artes, en particular por la música y el canto, pues pasada la oracion de la noche se oyen por todas partes las acordes vibraciones del fortepiano ó las notas de una ária ó una cavatina. Como han estado algunas compañías de ópera, y además hay buenos profesores, se nota un regular gusto en la ejecución de las piezas, ya sean instrumentales ó vocales. Una cosa sí desilusiona un tanto la permanencia en Guanajuato, y es la poca sociedad que hay en sus habitantes, porque las familias son muy poco comunicativas y mu-

cho ménos cuando se trata de personas forasteras.

Hay, sin embargo, sus excepciones, particularmente entre la clase media, porque la aristocracia, que sabido no existe en América sino por el dinero, en Guanajuato no deja de ser exótica, á causa de que no cuenta sino con esto, y apenas data de la época de la bonanza de la mina de la Luz, en que la mayor parte de las familias que hoy se dicen aristocráticas antes guardaban una posición humilde. Por lo que se puede decir que los ricos de Guanajuato, con honrosas excepciones, imitan un tanto á los turcos, porque se encierran en sus harenes y se envuelven en sus batas de seda, rodeándose de sus odaliscas, sin exponerse á las miradas de los extraños, los que muy rara vez penetran al interior. Los hombres en la calle tienen su sociedad entre sí con motivo de sus negocios mercantiles, y las mujeres no van tapadas con un largo velo, como las mujeres de Oriente, sino que se

exhiben en los paseos, bien á pié, á caballo ó en una carretela abierta.

Sabido es que en algunos puntos del país abundan las mujeres bellas; pero Guanajuato no contiene una belleza propiamente dicha; de diez años á esta parte ha mejorado la raza, eso sí, y á la vuelta de otros diez ya brillarán algunos pimpollos que todavía no están en la adolescencia.

Hablando de paseos, son dos los principales que hay en la ciudad, el de la Presa y el Cantador; este último es moderno, porque no tiene de hecho arriba de cinco años, y se construyó como todas las obras de Guanajuato, luchando con la naturaleza. Este jardín está situado en la parte sudoeste de la población, á la falda casi perpendicular de un cerro, habiendo tenido que rebajar, á punto de barrén, una parte de él, y que variar el curso del río, apla-

1 Desde la época en que se escribió este viaje hasta 1876, en que el autor volvió á Guanajuato, trascurrieron doce años, y una parte no pequeña de su moral ha cambiado, mejorando en orden á sociabilidad y personal procedente de otras ciudades.

la Presa, y al nordeste, hay una explanada ó plazoleta bastante extensa, donde se situau los carruajes y caballos de los paseantes, quienes disfrutan al frente, mirando al Sudoeste, de la vista del agua y del precioso cerro de la Bufa; y un poco á la derecha, en la línea del Occidente, de las cornisas de las casas de campo que van descendiendo por entre una bruma de árboles y la ondulacion de los carros, que semejan las oleadas de un mar irritado que se pierde en el horizonte envueltas en polvo de oro.

Se me olvidaba decirte que al dirigirse á la Presa, se encuentra uno al paso algunas haciendas de beneficio, y como estas tienen sus presas particulares que dan al camino, colocando en ellas ruedas hidráulicas, añade mas belleza á éste, y mas en el tiempo de aguas, que cada dia se convierte en una inmensa cascada que semeja un cortinaje de cristal, teniendo á sus lados las paredes de los cerros vestidos de exuberante vegetacion.

Con respecto á la Presa, te diré que ésta es un estanque ó receptáculo, formado naturalmente por las faldas de los cerros del Norte y Sur, con un dique de calicanto de la altura de treinta y tantos metros, longitud como de doscientos y de cola sobre trescientos y tantos en direccion al Oriente.

Del agua que se recoge en esta Presa, en la estacion lluviosa, se surte la poblacion en su mayor parte, y es conducida á ella en barriles cargados por burros. Cada barrilado de agua valía medio real antes de que Rocha tomase la empresa, y hoy solo vale una cuartilla.

La introduccion del agua á la ciudad data de doce años, y es incalculable el beneficio que ha reportado á la poblacion, por el menor trabajo que impone y por la baja de precio que resulta de tomarla de muy cerca, en trece despachos distribuidos convenientemente, y que más tarde será de más provecho, porque el empresario, al expirar el término de la contrata é indemnizarse de

los gastos erogados en la presa de arriba y en las cañerías, deja ese beneficio gratis á la poblacion.

Cuando hablamos de las fabricas de Hércules y la Purísima, en Querétaro, hicimos mencion de los pocos hombres acaudalados que saben emplear su fortuna en beneficiar al público, redundando este beneficio en ventaja propia, pues el dinero, á más de ponerse en movimiento de circulacion, aumenta necesariamente sus productos en provecho de todos, y más aún, del agente principal.

Pocas poblaciones han tenido la fortuna de contener en su seno á uno de estos hombres filantrópicos y emprendedores. Toluca contó al Sr. D. José María Gonzalez Arratia, quien promovió y llevó á cabo todas las mejoras que embellecen hoy la capital del Estado de México. Erigió dos teatros, el de Alba y el Principal, donde trabajan las mejores compañías dramáticas que han contribuido á la cultura de los habitantes. Construyó los magníficos portales

que son el principal ornato de la ciudad, y que tienen pocos rivales; hizo un hotel y una casa de diligencias regularmente servidos; puso los baños en la plazuela de Alba y los del teatro principal, y por último, llevó á cabo multitud de obras, todas de utilidad y belleza para la poblacion.

Ya hablamos de lo benéfico que ha sido el Sr. Rubio en Querétaro y ahora hablaremos del Sr. Marcelino Rocha, el que hizo una presa de reserva por si llega á agotarse la de la Olla; introdujo el agua, que despues de catorce años dejará gratis á la poblacion; ha hecho una lujosa casa de diligencias con su hotel y fonda bien servidos; construyó otro hotel junto á la Compañía y unos magníficos baños con más de cuarenta placeres, tan bien servidos como los de México, situando en el alto de estos baños, un hermosísimo jardín, que, como los de Semiramis, está suspendido en los aires, gozándose en él de las mas lindas flores, de árboles gigantes y de la vista recreadora del agua.

Al hacer mencion de estos hombres generosos, siento humedecer mis párpados, porque veo que son estos comprenden la mision de hacer el bien, y que son los únicos que en los pueblos estrechan los vínculos de confraternidad social, creando ellos los medios de civilizar al hombre, de procurarle goces que suavicen las penas de la vida; mientras otros seres indignos son la plaga de sus semejantes y todo lo destruyen con el hierro y el fuego.

Esos hombres bienhechores merecen la eterna gratitud de los pueblos y la ereccion de estatuas ó inscripciones á su memoria; mientras que un guerrero ó un tirano de la humanidad, merece ser abatido de los pedestales donde los ha colocado la abyeccion y la lisonja.

Hemos dicho que la poblacion se surte de los despachos de agua que se han puesto en el interior de la ciudad, y debemos agregar que en la mayor parte de las casas particulares, hay aljibes de agua cristalina que tambien se recoge en las aguas. Su hermosura y

pureza se debe á que los mencionados aljibes están practicados en la peña viva y que anualmente se limpian, se ahuman con asfalto y se les echa cal viva, con la que mueren los insectos que pudieran corromperla.

En cuanto á fuentes, no hay sino las de los paseos de San Diego y el Cantador, y la de la plaza principal, que tambien es de bronce y el tazon figurando una enorme concha sostenida en su extremidad inferior por unos Delfines, tambien de bronce. Esta fuente sirve solo de adorno, pues tiene un barandado de hierro que impide que se tomen sus aguas.

Paseos nocturnos ó lugares de recreacion para entrar en sociedad, son algo escasos; pues el único portal que hay está situado en un lugar escondido, en donde están algunos juzgados, la cárcel y Arrecogidas, por lo que no presta comodidad á los paseantes. La única sociedad que hay y que merece poco este nombre, es la del "Caballo de bronce," donde se reúnen pocas personas

á jugar al billar y algunos juegos de cartas, pero en el que no se hallan helados ni esas golosinas apetitosas que generalmente hay en estos establecimientos. Los helados se venden en casas donde solo despachan ese artículo, y en donde se toman con bizcochos. 1

Hay un teatro bastante feo, y que no corresponde con el lujo desplegado en las construcciones de la ciudad; pero en cambio, cuando hay una compañía de ópera ó de verso, se le mira lleno y ostentando el lujo de los vestidos y las alhajas de los guanajuatenses. 2

Las festividades religiosas tienen mucho eco en el ánimo de los habitantes, quienes no dejan de desplegar en ellas cierta magnificencia que está en armonía con sus creencias religiosas. Sin

1 Los helados de la ciudad de Guanajuato son en calidad superiores á los de México, y allí se usa mucho helar las sandías [pastillas] enteras, que son riquísimas.

2 En 1876, en que el autor pasó por la ciudad (en su tercer viaje), halló casi al terminar, un hermoso teatro con una portada de diez y seis columnas de cantera azul, su interior basto y cómodo, y solamente faltaba techar. Probablemente á esta hora estará terminado.

embargo, hay muchos jóvenes de talento que comienzan hoy á figurar y que, á no dudarlo, cambiarán mañana el aspecto moral de Guanajuato, explotando los medios de sociabilidad con que cuenta y abriendo aquellos harenes, donde mas tarde brillarán los ojos de las nacientes bellezas, guanajuatenses, para solaz de los que necesitan del calor y la influencia de ese sol de la belleza 1.

Pero se hace larga esta carta, y espero, despues de pasados algunos dias, cuando tenga lugar de ver algunas otras rarezas de la ciudad y visitar los minerales, darte cuenta de mis nuevas impresiones, por medio de otra. Por ahora me despido de tí querida, hasta dentro de algunos dias.

F. S. G.

1 En efecto, el estado religioso público ha cambiado en Guanajuato como en toda la República, por las leyes de reforma que prohiben posesiones, etc.

## MINA DE LA PURISIMA.

Guanajuato, Julio 5 de 1864.

QUERIDA MARIA:

Hace algunos meses que no te escribo, tanto por falta de conducto, como porque no habia salido de Guanajuato sino hasta estos dias, en que tengo el gusto de hacerte nuevas trasmisiones de lo que he visto últimamente.

Salí para este mineral hace cuatro dias, por el camino que une en un tramo al de la Luz. Por supuesto que está practicado por entre los cerros y por esta circunstancia no deja de ser penoso; sin embargo, lo hice en cuatro ó cinco horas, porque no dista de Guanajuato arriba de cinco leguas.

Las vistas que posee el mineral de la Purísima, son bellísimas por cualquier parte que se las mire, y en cada casa ó promontorio donde el espectador se detenga, goza de una nueva óptica, formada por una naturaleza salvaje que, ó bien se presenta por una elevada altura, donde en la cima está algun pequeño caserío, ó ya es un tajo vertical que descende hasta el fondo de una cañada, en la que tambien hay casas que solo se miran por sus techos, y se va perdiendo aquella en ondulaciones variadas y pintorescas hasta el confin, donde nuevas crestas se elevan, presentando términos y términos en degradacion, envueltos en un vapor atmosférico.

Pasé esa primera noche con el deseo de que amaneciera para ir á visitar una mina, operacion que antes no habia practicado por mera desidia, pero que esta vez lo anhelaba con todas veras. Habia deseado tambien bajar por un tiro en otra ocasion, mas tambien se habia frustrado, teniendo solamente el gusto de haber visto hace algunos años el de Rayas, que es uno de los de más colosales dimensiones, y causa espanto el aproximarse solamente á la boca, que es de forma octágona.

Amaneció finalmente, y á cosa de las siete nos dirigimos mis compañeros y yo, á la mina de San Ignacio, que es la que está mas bonancible.

Nos presentamos al administrador, que es un excelente sujeto, y mediante la amistad de mi compañero, el bachiller D. Mariano Leal, despues de manifestarle mi deseo de bajar á la mina por el tiro, tuvo la galantería de acompañarme personalmente á la excursion subterránea, no sin latirme el corazón fuertemente, porque me veía á

orillas de un peligro, del que no podia retroceder, so pena de aparecer cobarde, aunque me espoleaba el anhelo de experimentar una sensacion desconocida.

Llegó el momento.

El administrador me dijo.

—¿Está usted ya en disposicion de que bajemos por el tiro?

—Cuando usted guste, le respondí, no sin alguna emocion.

—Pues pase usted por aquí.

Y me indicó un cuarto.

Cuando estuvimos dentro:

—Elija usted, me dijo, uno de estos vestidos.

—Pero para qué son estos vestidos? le pregunté sorprendido.

—Cómo, para qué? replicó; ¿no sabe usted que no se entra á una mina sin ponerse uno de estos vestidos, que sin ellos ensuciaría los que trae uno puestos?

—Pues, señor, vamos á ver, contesté resignado.

Ya me comenzaba á encajar el pan-

talon sobre el que traia, cuando viéndome mi interlocutor, me indicó que era necesario desnudarme enteramente, por lo mucho que se suda en el interior de la mina, y que la ropa se empaparía.

Al pronto me sonreí con aire de incredulidad y le dije que solo la ropa de encima me quitaria, dejándome la camisa y el calzoncillo.

Cuando acabé de vestirme y ví mi facha y la de mi compañero, no pude ménos que soltar una carcajada, porque pareciamos peregrinos ó pordioseros,

El traje consistia en un pantalon de gerga, un saco de lo mismo, un sombrero de ala ancha, de palma, muy gacho, de tejido bastante corriente, y un bordón en la mano.

Teniamos que pasar para la boca del tiro por el patío, donde habia más de cien operarios, y temia pasar por delante de ellos, porque me parecia que al verme se reirian de mi facha, si no me apedreaban; pero no fué asi, tal vez por respeto al administrador que me acom-

pañaba, ó por la costumbre que tenian de ver semejante traje.

Llegamos al borde de la boca del tiro, que es cuadrangular, y al inclinar la vista á su fondo, no lo encontré por la oscuridad que reinaba á las cien varas.

Me coloqué muy bien en el mecapal ó soga que sirve de asiento, atándome uno de los operarios por la cintura contra el cable.

No puedo expresar lo que experimenté cuando comenzamos á descender por aquel antro tan lóbrego y profundo. En el extremo de la cuerda iba el *morrón* que nos alumbraba con una hacha; seguia mi compañero y despues yo.

Cuando habiamos descendido cuarenta varas, comenzó el muchacho *morrón* á entonar el «Alabado» con una voz tan lúgubre, que aumentaba el horror del lugar y hacia mas imponente la descension. Como el cañon del tiro sólo está enjarrado á la entrada, y despues queda manifiesta la peña viva, que tiene un color negruzco y chorrea agua,

así como que tiene algunas desigualdades que le dan un aspecto terrífico, todo esto, junto con la luz rojiza de la mecha y un ruido sordo que se escucha en el fondo, infunde pavor en el alma. He oído decir que una piedrecita del tamaño de un frijol, ha matado á alguno cuando iba bajando ya á cierta profundidad, y al ir descendiendo yo, recordé esta circunstancia, que junto con lo imponente de lo que me rodeaba, me hacia creer unos momentos que no sería difícil se desprendiese un fragmento de aquellas peñas y me matase.

Llegamos por fin al plan de la mina, y unos operarios que estaban al extremo inferior del tiro, nos tomaron del extremo del cable, donde íbamos atados, y nos depositaron en tierra.

Allí encontré una explanada como de veinte varas de longitud sobre otras tantas de latitud, donde estaba colocado el despacho del administrador subterráneo, en uno de los ángulos, y allí también estaba puesta una luz que alumbraba á más de cincuenta operarios que

iban y venian con cargas de piedras metálicas y las depositaban junto á la boca del tiro. Todos estos trabajadores estaban desnudos y empapados de los piés á la cabeza.

Comenzamos nuestro viaje subterráneo, dirigiéndonos á las labores que estaban en trabajo. No te puedes figurar, María, lo imponente del interior de una mina; si existe el infierno como nos lo describen los teólogos, una mina es seguramente el trasunto más fiel, porque las excavaciones van tomando siempre la direccion que lleva la veta, y como ésta es irregular, resultan concavidades á derecha ó izquierda, arriba y abajo, ya oblicuamente, ya formando curvas, veredas tortuosas ó pozos profundos, de los que no se mira el fondo. Hay unas galerías de explanada extensa, con un techo de peñascos crizados, que al recibir en sus picos salientes la luz de las hachas, presentan un efecto fantástico; algunas veces de estas galerías, bien á la espalda ó frente del viajero, sigue un cañon horizontal ú oblicuo, de una dis-

tancia prolongada, y se ven vagar en él algunas luces, y allá en el confin, un grupo de figuras desnudas en movimiento, que parecen demonios dando tortura á los condenados, no siendo otra cosa que los trabajadores de una labor que, bañados en torrentes de sudor, aplican la barra con la que desprenden enormes trozos de piedra, que inmediatamente toman otros sobre sus espaldas. Es sorprendente el tino y la fuerza de estos cargadores, porque con una pequeña mecha que llevan, que más que alumbrar hacen mas palpables las tinieblas, caminan con un peso de doce y catorce arrobas, por veredas inclinadas, apoyando los piés en escalones practicados en la peña, donde sin peso alguno apenas puede uno detenerse, y sin embargo, estos hombres llegan al extremo inferior del tiro, donde depositan los metales para sacarlos por el cable.

Algunas veces teníamos que arrastrarnos para pasar por un camino demasiado estrecho; otras nos agachá-

bamos; otras teníamos que asirnos ó apoyarnos en nuestro bordo, para no descender súbitamente, y todo esto lo verificábamos con mucha fatiga y bañados completamente en sudor. ¡Qué calor tan intolerable hacia algunas veces! otras qué frío tan glacial salía de algun boqueron!

Si al entrar por el tiro se experimentan fuertes sensaciones, las que causan el aspecto terrífico y grandioso del plan de la mina, son más terribles; yo al ménos así lo experimenté, quizá á causa de la forma de la excavacion, de las espesas tinieblas que reinan en el lugar, y de los efectos de la luz roja sobre los objetos; por eso comparo este lugar al infierno.

Nos dispusimos á salir de este antro, pero ántes de emprender nuestro viaje, nos sentamos un momento para descansar de la fatiga que nos causó la excursion, así como para refrescarnos y no tomar súbitamente la impresion de otra diversa temperatura.

Nos colocamos de nuevo sobre nues-

tros asientos en el cable, y comenzó nuestra ascension, siempre con los mismos temores que cuando bajamos, y siempre tambien con nuestro *morron*, á quien al comenzar su canto fúnebre, impuse silencio para disminuir un tanto la emociion que me causaba nuestro peligroso viaje.

Cuando nos faltaban cosa de cien varas, y comencé á ver la luz del día y á respirar un aire puro, no se puede tener una idea del inefable bienestar que experimenté, porque parece que vuelve uno á la vida, y cuando creyó estar enterrado para siempre, se halla de nuevo con la vista del cielo y la pura luz de un sol reverberante y majestuoso.

Nos quitamos nuestros risibles vestidos de viaje, y entónces conocí que mi guía me habia dado un consejo saludable, haciéndome desnudar aun de la camiseta que estaba chorreando, y que fué preciso quitarme para pouverme la ropa que llevaba.

Yo quedé extraordinariamente fatigado de la expedicion subterránea, y

muy débil á causa de la abundancia de la traspiracion; apetecia por lo mismo tomar algun refrigerio, y para esto ya le iba á indicar á mi compañero Leal que partiéramos á nuestra posada para satisfacer el hambre, cuando, ¡oh felicidad! el administrador añadió una más á sus bondades: pronunció una palabra que en ciertos casos es como si oyera uno la noticia más plausible: "¡Que pongan pronto el almuerzo!" Dijo. Yo oí esta nueva seguramente con el mismo gusto con que los pastores de Bellem oyeron la del ángel que anunciaba la venida del Mesías.

Cuando estuvimos á la mesa, brillaron á nuestros ojos los suculentos manjares de la cocina francesa: una magnífica tortilla de huevos con una salsa deliciosa, un tierno *beefsteck*, un capon asado y otros platos que todos ellos despedían un olor celestial.

Embestimos á la viandas con un ardor bélico, y sólo alguna que otra vez salian de nuestros labios palabras que se encaminaban á encarecer la bondad

de los platillos, que sazónábamos con repetidos tragos de vino tinto.

Cuando concluyó el almuerzo, nos dispusimos mi compañero y yo á partir para el mineral de la Luz, siendo cosa de las doce del día, hora en que el sol enviaba perpendicularmente sus rayos abrasadores sobre nosotros, y las lomas descarnadas nos los reflejaban de rechazo, envolviéndonos en un calor insupportable.

#### MINERAL DE LA LUZ.

Este mineral, famoso por la bonanza que tuviera por los años del 45 al 54, yace hoy en un estado de abandono tal, que las diversas minas que ántes respiraban animacion y vida, están encargadas solamente á los cuidados de un conserje que vaga como el único habitante de estos lugares sombríos, que me trajeron á la memoria las leyendas feudales de castillos encantados.

Yo no habia visto nunca las oficinas y habitaciones adyacentes á cada una

de las minas de la Luz, pero por los vestigios que tenia á la vista, calculaba cual debió ser su movimiento en mejores días. De esta manera, los patios amenazando ruina, las obras que hay en tierra á causa de un hundimiento por lo hueco del terreno, la vista de los malacates destrozados, algunos montones abandonados de piedra mineral, la yerba crecida en el empedrado de los patios, y, sobre todo, la soledad del lugar, imprimian en mi alma sensaciones melancólicas con el recuerdo de la vida que un día animaba estos lugares, y hoy se enseñoreaba la muerte, rodeada de sus satélites la tristeza y el silencio.

Iba y venia con mis compañeros, y nuestras voces resonaban misteriosas en las galerías y sitios abandonados; por doquiera que voltease la cabeza, creía ver una figura ú oír alguna voz humana, y sólo la soledad se presentaba á nuestra vista, con esa espantosa majestad con que debe reinar en esas grutas misteriosas ó en los antiguos castillos y catacumbas desiertas. La excursion que

verificabamos á través de estos lugares abandonados, era verdaderamente penosa, porque la imágen que se nos presentaba, unida á los recuerdos de bonanza, cuando millares de pesos se habian sacado de sus excavaciones y millares de gentes habian respirado, dejaba en nosotros una sensacion triste y desgarradora.

Lo único que notábamos en algunas minas, era que alguno que otro pobre se ocupaba en buscar piedras minerales en los terrones abandonados, donde en la época de la bonanza se arrojaban algunas que contenian bastante plata, y que por la misma abundancia que habia, se las despreciaba. En el mineral de la Purísima, hay una capilla y varios patios y galerías que pertenecieron á una mina muy rica, y todos estos edificios están fabricados sobre un antiguo terreno. Pues bien, hago mención de esta circunstancia, para manifestar la abundancia que habia de metales en la época en que estaba en movimiento, pues se dejaban piedras que hoy se tra-

tan de recoger, echando por tierra los edificios mencionados, y estas excavaciones se hacen por cuenta de los dueños del mineral.

Regresamos del mineral de la Luz al de la Purísima, á las oraciones de la noche, y despues de tres dias de permanencia en este último, regresé con mi mozo á Guanajuato por el camino de Silao, donde estuve dos dias en la casa de un buen amigo, el juez de letras D. Luis Corona, obsequiándome su familia con toda clase de consideraciones.

Silao es una poblacion de un aspecto mas bien triste que alegre, aunque posee una bonita plaza con su fuente, sus banquetas, sus fresnos y sus portales por el lado Sur; por el Norte una capilla y por el Oriente la parroquia circundada de una balaustrada de piedra, encerrando en el vestibulo ó cementerio algunos rosales, naranjos y otras plantas que le dan una vista muy agradable.

Es de advertir que el costado derecho de la iglesia da á la plaza, pues la fachada mira al Sur; la torre es de tres

cuerpos y de forma octágona, con muchas ventanas ocupadas algunas de ellas por esquilas y campanas de varios tamaños. El interior del templo no ofrece cosa que llame la atención, por lo que después de darle un vistazo rápido, sale uno para recorrer las calles, que pocas son tiradas á cordel y pocas también anchas; las más de ellas empedradas, pocas embanquetadas y algunas llenas de polvo fino y arena, que ensucian notablemente el calzado y los vestidos de las señoras, cuando salen á dar un paseo por las tardes á los jardines, que son muy bonitos, en particular el de Rivera. Este jardín es más frecuentado porque sus dimensiones son más extensas y su vista muy agradable y pintoresca. Todas sus calles están bien terraplenadas y perfectamente sombreadas con la vid, así como por los lados hay una cantidad asombrosa de rosas de todas clases y flores exquisitas, naranjos, limos, plátanos, chirimoyos y otras mil plantas que exhalan un aroma embriagador, que unido al fresco,

á la vista pintoresca de las plantas, al gorjeo de las aves, á la música que se sitúa en el centro del jardín, y al aspecto de multitud de paseantes, se experimenta un bienestar indefinible. Causa un verdadero placer tender la vista desde un extremo al otro de alguna de las callecitas dilatadas de este jardín, porque en todo el techo que forma la vid, cuelgan infinidad de racimos desde el azul esmaltado de oro, el violeta, hasta el verde trasparente. Y la luz que penetra por entre los intersticios, y los pintorescos trajes de las señoras, que forman un contraste muy bello con el verde de las plantas, y todo el conjunto, convidan á no salir de aquel lugar encantador.

Cuando nos separamos de allí estaba próximo á oscurecer, y la luna comenzaba á enviar sus rayos plateados sobre la vegetación, desprendiéndose con fuerza el aroma del floripondio y el del *huele de noche*. Yo les compré á los jardineros algunos racimos de uvas para las señoras, y los había tan grandes,

que muchos de ellos pesaban hasta cinco libras.

Llegamos á la casa, y el dueño de ella nos tenía preparada una sorpresa muy agradable, porque se colocaba la esperma en los candeleros, se adornaba la sala, se alistaban algunas botellas de Champagne y otros licores, se colocaban sobre los charoles frutas de horno, puchas, rodeos, mamones..... corrían los criados á las casas de las familias para convidar á un baile, y las señoras de la casa entraban á la recámara llenas de alborozo para hacer su *toilette*....

—Pero hombre, le dije á Corona, ¿qué diablos es esto, qué todo lo ha puesto vd. en movimiento? ¿Se trata acaso de solemnizar el cumpleaños de alguno? ó.....

—Nada de eso, amigo mio, sino que hace mucho tiempo que no bailamos en Silao; figúrese vd., mas de quince dias, y es preciso bailar ya; además, creo que no desagradará á vd. conocer el bello sexo de la población.

—Oh! ya se vé que no me desagra-

dará, y agradezco á vd. que me proporcione una ocasion, que al paso que me divierta bailando, goce de la vista de las bellas del lugar.

Estábamos en esta conversacion cuando nos interrumpió una familia, en la que venian tres encantadoras muchachas, guapamente vestidas, que se dirigieron al estrado, dejando á su paso un ambiente de agua de lavanda y pachelí. Crujían los vestidos de seda al acomodarse en el estrado, y esto y los músicos que llegaban y comenzaban á templar sus instrumentos, y la luz de la esperma, y..... todos estos incidentes de un baile improvisado, tenía agradablemente suspenso el sentimiento.

Se bailó hasta las dos de la mañana, y á esa hora me entré á acostar para salir muy temprano para Guanajuato, donde permanecí pocos dias, disponiendo mi viaje para Colima. Mas ántes de separarme de esa ciudad, me encontré una mañana á un compañero de arte, y éste me invitó para que fuésemos á visitar los losersos. Ya me habian habla-

do otras veces de estas excavaciones ó canteras, de donde sacan la hermosa piedra para las construcciones de Guajuato; pero lo habian hecho con tanta indiferencia y con tan poco interés, que yo no habia tenido curiosidad de hacerles la visita. De manera que cuando Obregon me invitó, accedí mas bien por no parecer descortés, que por la gana que tenia de ver una cosa que me parecia no llamaba la atencion.

Salimos un domingo muy temprano, dejando arreglado que un mozo fuera á medio dia con nuestro almuerzo. Nos acompañó Acosta, otro amigo nuestro, y llegamos á la Presa de Rocha. De ahí comenzamos, caminando por su costado izquierdo, á ascender al cerro que queda al Oriente, y cuando hubimos trepado dos terceras partes, nos hallamos en la boca de uno de los losersos mencionados, y ¡cuánta fué mi sorpresa al encontrar que lo que de abajo se mira como un pequeño terreno, al estar junto á la cantera no es sino una gruta maravillosa, en la que la vista se sor-

prende y se pierde en sus inmensas galerías. Nos paramos primero en la boca de la gruta artificial, para contemplar desde allí la hermosa perspectiva que se desarrollaba ante nuestros ojos. El aspecto era tan sublime, que arrancó de nuestros pechos gritos de admiracion y de entusiasmo.

La boca de la gruta tendrá de alto sobre diez varas y cosa de doce de ancho; al paso que va profundizando se va ensanchando por sus lados y elevándose su techo, de modo que en el centro forma un anfiteatro; y como para hacer la excavacion han tenido que ir dejando algunos pilares en la misma roca, á fin de impedir el hundimiento del cerro, éstos dan al conjunto la apariencia de un templo. Pero lo mas singular es que los techos no son de una forma irregular, sino que á consecuencia de que la cantera está formada de capas, al desprender las últimas, quedó la superficie enteramente plana; y causa admiracion ver un cielo raso inmenso que se extiende desde la en-

trada hasta el extremo opuesto, con el agradable incidente de que, á más del pulimento natural de la piedra, presenta su cara colores muy variados y jaspes que semejan el mármol vetado.

Lo que hace mas imponente é imprime un carácter fantástico á estas grutas, son las muchas galerías de que están compuestas, porque todas ellas forman un laberinto, presentándose unas en línea recta del espectador, otras en una dirección oblicua, otras en una curva, otras en una inclinada hácia el fondo, y otras formando quebradas y recodos, que todo junto da el aspecto de ruinas, por la mucha piedra que ha quedado en tierra, y que como aun los fragmentos mas pequeños son planos en ambas caras, parecen residuos de capiteles, cornisas y entablamentos. En algunas galerías no penetra mas luz sino la que llega ya muy escasa de la boca de la gruta, y esto las hace misteriosas y recuerdan las catacumbas de Roma, porque todos sus detalles se presentan envueltos unas veces en un vapor cre-

puscular, y otras entre las tinieblas más espesas, que impiden ver el fin del so-cavon. Otras galerías reciben la luz por algun agujero del techo ó del lado opuesto á la entrada principal, y esto tambien presenta un efecto hermosísimo, añadiendo la circunstancia de que como por las paredes y las columnas han quedado algunos gruesos salientes de piedra por la parte del techo, éstos imitan fielmente cornisas y capiteles; por lo que la ilusion es completa en cuanto á creerse el espectador en las ruinas de Palmira ó en el Laberinto de Creta.

Visitamos mis compañeros y yo siete canteras, y todas ellas nos sorprendieron y agradaron sobremanera, porque todas difieren entre sí en diversos accidentes.

Cuando hubimos concluido nuestra excursión, que duró toda la mañana, tratamos de bajar el cerro á fin de salirle al encuentro á nuestro almuerzo, y como eran ya las doce del dia y habíamos hecho mucho ejercicio, nuestros

estómagos reclamaban imperiosamente algo que les confortara; pero el mozo no parecía; que bien habríamos deseado llegase cuando aún estábamos en alguna gruta, para almorzar dentro de ella, mirando de cuando en cuando la vista que teníamos en frente del panorama de Guanajuato.

Quando descendíamos á una hondonada formada por la confluencia de dos cerros que están al ángulo sud-este de la Presa de la Olla, encontramos el bien aventurado almuerzo, y debajo de un árbol, y sobre un enorme peñasco, pusimos el mantel, y nos preparamos acto continuo á atacar con desesperacion al enemigo. Este almuerzo fué muy alegre por los recuerdos que teníamos de las grutas encantadas, y por el aspecto agreste de la naturaleza que nos rodeaba, pues al frente y á nuestra espalda teníamos las paredes elevadas de los cerros, erizadas de peñascos y ornadas de vegetacion, y á diez pasos del lugar en que nos hallábamos, estaba el fondo de la cañada, la que pre-

sentaba algunas obras oscuras ó piedras de tamaños considerables.

Quando concluyó el almuerzo, nos dispusimos á marchar no sin la molestia del calor, pues serian cerca de las dos de la tarde.

Cierro ya esta carta, María querida, porque se ha hecho demasiado larga. En la siguiente te hablaré de la reventada de la presa y de mi salida para Leon.

Adios.

F. S. G.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

Guanajuato, Agosto 6 de 1864.

QUERIDA MARIA:

Te ofrecí en mi anterior hablar de la reventada de la Presa. Tú te admirarás, y con razón, de qué pueda tener de particular echar fuera el agua de un estanque, para que yo me ocupe de describirtela; cesará tu admiración cuando sepas, que la reventada de la Presa de Guanajuato es un acontecimiento, un

suceso notable, es un día grande y la mejor fiesta de todo el año.

Pues bien: ya sabes, por lo que te he dicho, que la población se surte del agua que la Presa recoge en la estación de las aguas y hay el cuidado, de que al aproximarse ésta, se levantan las compuertas para dejar libre paso á las aguas que quedaron del año pasado y recibir las del presente; y los guanajuatenses, quizá porque el agua es un artículo precioso para ellos por la carencia de manantiales, solemnizan la reventada de la Presa por el gusto que tienen de volverla á ver llenar su agua fresca, que servirá para proveerlos en el resto del año.

Desde la autevíspera de la fiesta, se nota el conato de las familias en procurarse una casa, un jacal ó algun otro lugar en que albergarse en los días que dura.

Todo el camino que conduce á la Presa de la Olla, está lleno de criados que van y vienen conduciendo muebles, legumbres, animales y otros artículos

de la bucólica; de vendedores que llevan sus puestos ambulantes de fruta, almuerzo, helados y otras mil chácharas de este género; por último, de paseantes que van á ver los preparativos que se hacen para la fiesta. Esta comienza la víspera en la noche con un gran baile en la casa del ayuntamiento, situada junto á la Presa, y cada cantina, cada puesto tiene sus músicos, sus cantantes y sus bailarines, que exhalan su alegría en medio de los vapores del mezcal, el colonche ú otra bebida fermentada.

Innumerables familias pasean toda la circunferencia de la Presa, que de la noche á la mañana se ha convertido en una poblacion, en un Edén, presentando una óptica muy agradable la vista del gentío con las tiendas de campaña, las cantinas, las luces y el contraste de los cerros que abrazan en un círculo, todo el conjunto, elevando sus cúspides al cielo estrellado y que están como atentos al espectáculo.

En la reventada de la Presa que aca-

bo de presenciar estos dias, la luna, en la noche de la víspera, iluminaba con sus plateados rayos el cuadro, formando un contraste seductor con las luces de las cantinas y cayendo perpendicularmente sobre los grupos del gentío, iluminando de vez en cuando alguna hermosura, que con el pelo suelto y un vestido aéreo y vaporoso, parecia una ondina que habia salido de las aguas.

Amaneció el gran dia: desde las seis de la mañana comenzó la afluencia de gente, de carruajes y caballos, dirigiéndose todos á la Presa.

En el lugar que se juntan las dos sendas que conducen á ella, paraban los coches y los animales y allí vomitaban toda la gente que traian, que acto continuo tomaba la direccion de las casas donde se instalara; mucha parte subia á los cerros, donde habia un sin número de chozas fabricadas la víspera, que se componian de ramas de árbol, frazadas y petates, presentando la apariencia de un panal de colmena, en las que se veia los mil colores de los vesti-

dos que bullian en constante movimiento.

A los bordes de la cañada ó barranca, donde está situado el calicanto de la Presa, esperaba la muchedumbre el momento en que se levantarán las compuertas para ver salir el agua mezclada del cieno del fondo. Todo el mundo esperaba con impaciencia y mas de cuarenta mil ojos estaban elevados en el punto donde se escapa el chorro; al ver este conato y este empeño, se creeria que esperaban una cosa extraordinaria y nunca vista. Yo era del número de estos curiosos y pagaba tambien el tributo á la simpleza; pero yo estaba disculpado, en mi concepto, porque era la primera vez que veia ese espectáculo que para mi tenia interés; al paso que la curiosidad de la multitud era una atraccion para la mia.

Pasaron horas y horas, y la Reventada no se verificaba, porque habian puesto un aparato para levantar la compuerta y no habia podido funcionar; por lo que concluyó el dia y apenas logra-

ron practicar una pequeña horadacion que arrojaba dos bueyes de agua.

Entre tanto seguian los almuerzos, las comidas, el champagne, el tequila, la alegría, los bailes y el canto popular en las cantinas, mezclándose informes todas las clases sociales en aquel maremagnum, que en estos dos dias sbandonan la ciudad, en lo que se podria andar desnudos sin temor de encontrar con alma viviente.

Este dia por fortuna no llovió, y me cuentan, que cuando acaece esta circunstancia, las guanajuatenses, hacen gala de arrastrar por el fango sus hermosos vestidos de gros y terciopelo y, cuando esto no sucede, creen que el paseo ha estado triste y desairado.

Al otro dia por la mañana, se logró romper, por fin, el dique que contenia el agua, y esta formó una avenida que duró mas de doce horas; con este motivo, se prolongó ese otro dia el paseo y hubo oportunidad de bailar todavia y divertirse con la concurrencia.

Como yo salia diariamente á pa ear

á caballo, visitaba algunas familias que, ó bien estaban de temporada en la Presa, que es el San Cosme de Guanajuato, ó bien á algunas que habian quedado de las que fueron al paseo de la Reventada y con ellas tenia el placer de estar en tertulia las mas tardes, donde cantaba y oia cantar. Una de las casas á que concurría era á la de Serrano, cuyas hermanas políticas cantan y tocan perfectamente el piano, siendo de las pocas familias de Guanajuato que han recibido una esmerada educacion, y son visitadas por los transeuntes de la capital y otras que siendo las mas, personas de representacion, las indemnizan del reojo con que las mira la aristocracia, nada mas porque no tuvieron parte en la bonanza de la Luz.

Antes de cerrar la presente, debo hablarte de la última cosa notable que ví en Guanajuato, y es el *Zocabon* de Sirena, que consiste en un tunel de seis varas en cuadro practicado en la peña viva, que tiene, segun datos positivos, setecientas varas de profundidad y es

perfectamente horizontal; de modo, que para penetrar á él cómodamente, se ha construido un pequeño ferrocarril y un carrito manejado por dos hombres por medio de un manubrio, y que puede contener de cuatro á cinco personas.

Es increíble la actividad y el atrevimiento que existe en Guanajuato para emprender y llevarse á cabo, obras como la de Sirena; pues siendo esta una mina que estaba ya casi emborrascada, se proyectó para su desagüe el mencionado Zocabon que es admirable por su longitud y estar abierto en la peña viva.

Ahora sí, amiga mia, he terminado la descripcion de la hermosa ciudad de Guanajuato y concluiré completamente mi carta con manifestarte: que para verificar mi despedida de los buenos amigos que aquí me han honrado con su amistad, promoví un pequeño concierto con baile, al que se dignaron concurrir los mas, en esta noche experimenté, entre las vibraciones de la música que tanto me fascinan, las emociones dolo-

rosas de mi separacion, de manera que se mezclaban á los acordes del piano y las sentidas notas del canto, tomando un sabor de melancolía que herian mi corazon con una llaga que me mataba y hacia sentir los harpones agudos del dolor. Veia, acaso por última vez, á las personas que acaso no volveria á ver porque muchas de ellas, dentro de breve iban á combatir al invasor de nuestra patria, y acaso el plomo de los asesinos de nuestros hermanos, traspasaria esas cabezas inteligentes, arrojándolas en la huesa de los que yacen al otro lado de la vida <sup>1</sup>. Esta consideracion me conmovia hondamente y no me hartaba de ver á mis amigos y de apretarles su mano siempre que los encontraba en el salon, como para despedirme de ellos para siempre.

Sonaron las dos de la mañana y, para evitar la triste emocion de una despedida, tomé mi plait y mi sombrero, saliendo furtivamente en un momento en que el baile estaba en su mayor ani-

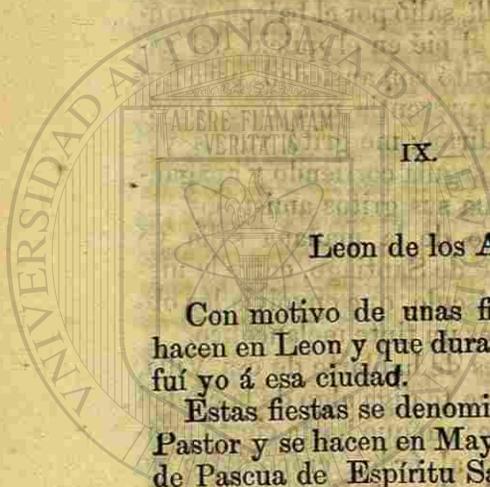
<sup>1</sup> Se alude á la guerra de Intervencion.

macion. Mi mas grande amigo, Manuel Leal, quizá con el instinto de la amistad, me buscó, sospechando que yo habia desaparecido, y, al ver que no me hallaba ya allí, salió por el balcon, cuando yo ponía el pié en el quicio del zahuán y me gritó con ansiedad; pero huí de él porque presentia una cosa horrible al despedirme; me gritó varias veces; pero yo seguía corriendo y apagando en mi alma sus gritos amistosos.

A las cinco de la mañana salia yo para el Valle de Santiago, entre la niebla del crepúsculo, que envolvía los objetos dándoles un tinte melancólico.

Pero antes de hablarte de esa Villa, preciso es que te diga algo de la ciudad de Leon; pue; aunque hasta cierto punto he faltado al orden cronológico no habiéndolo hecho oportunamente, antes de hablarte de las nuevas poblaciones que voy á conocer, atenuaré un tanto esta falta, describiéndote mis impresiones en esa ciudad para seguir despues con mas regularidad.

Adios, Maria.



IX.

## Leon de los Aldamas.

Con motivo de unas fiestas que se hacen en Leon y que duran cuatro días, fui yo á esa ciudad.

Estas fiestas se denominan del buen Pastor y se hacen en Mayo por los días de Pascua de Espíritu Santo.

Pero antes de hablar de ellas, debo decirte algo sobre el aspecto físico de la ciudad. Esta es bastante extensa y casi tiene una legua de garita á garita: sus calles son anchas y tiradas á cordel, con excepcion de muy pocas de las que se hayan en los suburbios: las

casas en lo general, son bajas y pocas de elegante apariencia en el exterior, y sí de bonitos y alegres patios, muchos de ellos con su fuente. Posee dos plazas, la principal y la del mercado: la primera está rodeada de banquetas y fresnos, y un zócalo comenzado en el centro. 1 A su frente, hacia el Poniente, tiene la parroquia, templo insignificante por su arquitectura, y junto á éste, un edificio que sirve de seminario de clérigos. Hay tambien otras cuantas iglesias, que de todas ellas solo la parroquia, que está en obra, tiene mejores proporciones y arreo arquitectónico: el oratorio, es uno de los mejores en su ornato interior, y apesar de la Reforma, encierra su convento adyacente una decena de clérigos todavía con su bonete de San Felipe Neri, que lucen en la calle.

El aspecto de la ciudad de Leon en general es triste, si se exceptuan las dos plazas y las calles que afluyen á ellas; el paseo si es bastante bonito,

1 Hoy se ha terminado este y es muy hermoso.

porque está situado al Oriente y lo forma una larga calzada con una calle en el centro, enladrillada, embanquetada y sembrada de rosales y naranjos que la hacen muy amena: esta calzada se remata en una glorieta y un puente a un extremo opuesto, que como está situado en lugar escampado, desde allí se abarca una considerable extensión de terreno. Por el lado derecho de esta calzada, se mira la Penitenciaría á medio construir, y por el izquierdo, algunas pequeñas casas de campo y unos baños de caballos con bonitos jardines. Como en la época que vivía Leon, había muchas familias emigradas de México, Guadalajara, Guanajuato y Lagos, había un considerable movimiento en la ciudad, sucediéndose sin interrumpirse los bailes, los conciertos, los días de campo y otras diversiones de este género; el paseo por consiguiente estaba diariamente bastante concurrido, en particular los Domingos, contándose algunas veces, hasta treinta carruages.

Otra de las cosas que gustan mucho

en Lepn, y á fé que son bastante agradables, son sus bellos alrededores: por el lado izquierdo del paseo principal, hay un batrio que llaman el *Cuicillo* y todo él está perfectamente cultivados y sembrado de árboles frondosos, que presentan hermosos puntos de vista. La sandía, el melon y las frutas de la estación de aguas, tienen mucho atractivo para los paseantes que se dirijen por ese lado, que despues de proveerse de estas frutas, que van tomando dentro de su carruaje, dan la vuelta en sentido opuesto, es decir, hácia el Poniente, donde hay otro paseo que denominan el *Ojo de agua*, y tiene de notable, sus bellos puntos de vista y dos ó tres manantiales, que siempre estan llenos de lavanderas y bañadores de ambos sexos. Por el Norte hay tambien otro paseo llamado de los Gomez, que dista una legua de la ciudad; y éste es una hacienda con arboledas muy frondosas de mezquite y un rio que conduce una regular cantidad de agua: en este paseo hacen los leoneses sus días de campo y

tambien en otro llamado de San Pedro y que está situado tambien á una legua al Nordeste de la poblacion. A propósito de este paseo, hay el dia del Santo, una gran funcion á la que, como en el dia de la Reventada de la presa de Guanajuato, se despuebla la ciudad y hay tambien bailes y comidas, con música y canto, los más de estos en un bosquesito de mezquite muy intrincado y ameno.

En cuanto á sociedad, los leoneses están aún, poco atrasados como casi los demás habitantes del Interior, de modo que los paseos, los bailes y dias de campo, son concurridos en su mayor parte por los emigrados de las distintas capitales.

Sin embargo de contarse ya en Leon ciento veinte mil habitantes, no tienen todavia un teatro;<sup>1</sup> cuando llega una compañía de actores, verifican sus funciones teatrales en una plaza de gallos, cuyas gradas son de mamposteria. La

(1) Hace pocos años que se ha abierto uno de hermosa y lujosa construccion.

plaza de toros está mejor construida y tiene gradas y dos órdenes de paucos del mismo material.

El paseo de la plaza en las noches de luna y cuando hay retreta, que es dos veces en la semana, es animado y concurrido como lo puede ser el de las cadenas de la catedral de México, brillando en él mil bellezas elegantemente vestidas, que revelan tanta cultura como las de la capital de la República.

La fiesta del buen Pastor, es la más solemne que se hace en todo el año y dura cuatro dias, concurriendo á ella, una numerosisima concurrencia de Guadalajara, Guanajuato, etc., etc. Esta fiesta se celebra en los dias de Pascua de Espíritu Santo, en la época de los sacramentos habituales; desde la tarde de la víspera del primer dia, se nota un gran movimiento en las calles por donde, en la mañana siguiente, debe pasar el viático, porque de todas las casas de estas adornan con arcos vistosísimos de tápulos, mascadas, ramos de flores y papel picado, haciendo mil combinaciones

ingeniosas; las paredes de las fachadas las adornan con altares, cortinas espejos, sofases y, finalmente, trasportan los muebles y adornos del interior, para embellecer la calle, que á las siete de la noche, esta ya muy iluminada y concurrida, porque todas las familias salen á pasear por toda la estacion, en la que dura la compostura hasta la mañana siguiente: A las ocho de esta, un repique á vuelo anuncia que la procesion sale de la parroquia, entonces la concurrencia aumenta notablemente y se le mira paseando y multitud de familias sentadas en los sofases y varios ordenes de sillas colocadas frente á las casas, resultando con esta circunstancia un efecto muy agradable en el conjunto por los mil colores de los vestidos de las señoras y los de los arcos y adornos de las calles, que semejan un gran salon.

La procesion es tambien muy vistosa, porque al viatico que sale debajo de pábulo, lo preceden muchos carros ricamente adornados que representan alegorias de cada uno de los siete sacra-

mentos, las virtudes teologales y otros asuntos por este orden. Por de contado que los personages de estas diversas alegorias son niños perfectamente vestidos segun el carácter que representan.

Era cosa original ver, por exemplo: el sacramento del matrimonio, al sacerdote de alba y capa pluvial, bendiciendo la union de dos esposos, con sus padrinos al lado y el sacristan que tenia el hisopo y el platillo con las arras: en el sacramento de la penitencia, al sacerdote con sobrepellis y bonete, contando á una dama de saya y mantilla, en el de la extrema unction, á un enfermo en su lecho y al sacerdote administrándole los oleos y así los demas, que por la propiedad con que estaban representados, y como esto era por chiquillos, causaba riza á todas las gentes.

En casi todas nuestras poblaciones hay alguna costumbre en las festividades religiosas, costumbres que tienden á materializar, por decirlo así, los actos todos del cristianismo. Muchas de es-

tas ceremonias ó farsas místicas, han tenido origen en el gentilismo, y nuestros sacerdotes toleran la mezcla informe de estos actos, con los sublimes y sencillos del cristianismo, que todos son de fé y deben entrar al corazón por el ministerio de la palabra.

¿No es altamente ridículo que en las procesiones del buen Pastor salgan esos títeres espirituales, haciendo reír á todo el mundo, poniendo en caricatura unos actos tan serios y respetables como son los de los sacramentos? ¿No es chistoso ver en la Semana Santa que muchos pueblos vistan sus sayones de la manera mas prosaica y ridícula, tratando de imitar los pasos de la pasión de Cristo de una manera, que léjos de aumentar la devoción de los asistentes, excitan su hilaridad, y se desea la llegada de la Semana Santa, no para conmemorar las peripecias de nuestra redención, sino para divertinos, con Simon Cireneo, con Poncio Pilatos, con Caifás, Heródes y los soldados romanos, que todos ó los más, sacan una

máscara deforme, unos grandes anteojos y trages de otras épocas posteriores? ¿No son extraños á lo sumo esos panaderos, esas danzas, esos Santiagos y tanta y tanta farza que se tolera en los pueblos, todo con el plausible pretexto de que se debe influir en la religion con estos signos externos y que se deben respetar porque se han establecido desde tiempo inmemorial? Dígasenos mas bien, que los directores de los pueblos especulan con su ignorancia, y que el día que atacaran sus errores de buena fé, ese día abririan esos pueblos los ojos y no se satisfarian ya con pantomimas risibles, sino que exigirian se les instruyera por la palabra y por el buen ejemplo, cesando entonces las festividades, que tienen mas bien un carácter profano que religioso; las ceremonias que solo atarantan al pueblo y le hacen gastar lo que no tiene; empeñando en adelante á los pastores en un verdadero trabajo para suministrar, de una manera positiva el pasto espiritual á sus ovejas, estableciéndose entonces, la ver-

dadera religion que hoy es un tejido de prácticas absurdas, sacadas de las religiones del paganismo.

Los sacerdotes y los fanáticos, si leyeran las anteriores reflexiones, estoy persuadido se indignarian y me dirian que al pueblo rudo, le debe entrar la religion por los pies; pero yo les contestaria, que por lo mismo que se ha empleado hasta aqui esta manera facticia, el pueblo crece en la religion una cosa material y han pasado siglos y siglos, y el pueblo está siempre en la misma errada ignorancia de esa religion y de las obligaciones á que está precisado como cristiano. Que no nos digan que es razon humano y las pasiones de los hombres rechazan la sana moral, porque entonces, menos los creemos, y siendo así, para que trabajan en persuadir á los pueblos la adopcion de unas creencias que no admiten á pesar de quanto se ha empleado con tal objeto?

Digan mas bien que el medio adoptado para plantear la religion y la mo-

ral, ha sido equívoco, porque la fé que se le dice al pueblo es la base de la religion, no ha pasado para él de una palabra de sentido negativo, pues todo se le enseña con figuras, que como digé antes, se le materializa y cuando no vé escenas de hálto en todo lo demás, solo haya un vacío, y obra entonces segun le dictan sus pasiones ó su organizacion, sin ver que sus acciones no son regidas por la buena moral, basada en la verdadera naturaleza de las cosas, ni en las leyes eternas de esta misma naturaleza que todo lo ha apreglado con una sabiduria y un orden admirable. Como no escribo para el público, no me detengo en otras reflexiones que surgen involuntariamente de la cuestion; los que legislan para el pueblo, los que lo moralicen, tomen sobre sí esta pesada carga; y si tienen conciencia y obran independientemente, sabrán combatir con audacia, las viejas preocupaciones que ha tantos siglos agobian la humanidad y serán de los pacos, bienhechores que vévère en sus altares el género

no porque lo han conducido por la senda de la verdad y de la razón.

En esta vez que yo iba á la fiesta del Buen Pastor, como queda dicho, me albergué en la casa del Sr. Arellano, ex-gobernador de Guanajuato, en la que habia ya cinco ó seis familias de esta ciudad y de algunas otras.

Figúrate, María, la batahola que meteria tanta gente reunida, en la que habia, además de los consabidos papás, una multitud de señoritas, jóvenes y un número no pequeño de muchachos. Todo el día y parte de la noche, nos solazábamos todos en el baile, la tertulia y juegos de prendas, de modo que aquello era una babilonia y el pobre piano, en esta faena, era el que pagaba el pató.

Por la tarde, todo el mundo marchaba al paseo; mientras las muchachas se entraban á arreglar su *toilette*, los jóvenes iban con los criados para ensillar y arreglar los caballos, que serian diez ó doce; los cocheros á poner los tres coches de la casa, y cuando todo estaba listo, aquí de la algazara de jó-

venes y viejos, niños y muchachas, que unos querian ir en carruage, otros á caballo, y algunos señores, deseaban verificar el paseo á pié para hacer la digestion.

Se ponía en marcha la comitiva; coches y caballos salian desempedrando el zahuan y se dirigian haciendo un ruido de los demonios, para el paseo. Allí todos imitábamos á los leoneses, que señoras y señores en coche y á caballo, van saboreando sus lechugas, sin darles un bledo que los vean: nosotros arremetimos á una pirámide de unas bastante grandes, de casi media vara, que comenzamos á gustar; en efecto, ¡qué buenas y que aceitosas que estaban!

Despues de recorrer el paseo principal, nos dirigiamos al *ojo de agua*, y dando allí muchas vueltas y habiendo gozado de la frescura y amenidad de estos lugares deliciosos, cuando ya pardeaba la tarde, nos volviamos á casa, en la que á poco nos disponiamos á bailar, á obsequiar á las visitas, jugar jue-

gos de prendas, á cenar y, despues de las diez de la noche, á ver componer las calles para la procesion de la mañana siguiente.

Algunas mañanas, los hijos de Arellano y yo, tomábamos nuestras escopeta: y en una de estas, al pasar por un rancho de este caballero, vi que en una certa vecina, asomaban multitud de ardillas, y dije:

— Amigos, aquí hay una caza magnífica y no necesitamos seguir adelante.

Quando esto oyeron y vieron los jóvenes, aieron de buena gana y me contestaron:

— Vaya unos bichos! Y ¿que va á hacer con ellos?

— Cómo qué, á llevarlos á casa para que los almuercen.

— Esto me se come, aquí, replicaron los muchachos.

— Hay veremos, si se comen ó no, les contesté.

En efecto, comencé á hacer á los animalitos una guerra sin cuartel, y tum bá una docena, que llevé muy contento

á la cocinera para que los aderézase para la cena.

De facto, despues de los primeros platos, vinc el guiso de ardilla, humeando en dos grandes fuentes.

Apénas supieron las señoras lo que era.

— ¡Fo, fo, esclamaron á una voz! ¡vaya con los mexicanos que comen cosas tan lompundas!

Por más que les rogué que tomaran de aquello, no hubo modo de persuadir las, suscitandose á renglon seguido, una acalorada conversacion sobre que los habitantes de la Capital éra la gente más despreocupada en comer juites, ranas, ajolotes, ardilla y cuanto bicho ha creado Dios; no así la gente del Interior (en la reunion no habia ningun mexicano).

Yo entre la rechifla y los áscos y de las señoras, tomé mi buena porcion del guiso referido, que por cierto estaba muy sabrososo.

Á otro dia, invité á la cocinera á que

volviera á enviar a la mesa el platon de la ardilla.

Nuevos áscos, risas de burlas por las señoras; entónces, á una jóven que se hallaba junto á mí, más despreocupada que las demás, rogué probara siquiera del guiso, para comprometerlas.

Ella accedió y apenas lo hubo gustado.

—Muchachas, dijo entusiasmada, ¡sí vieran que bueno está el guiso de ardilla! ¡qué bueno, qué bueno!, concluyó, volviendo á arremeter al plato.

—¡A ver, á ver! gritaron varias de la mesa; pónganme un poquito á mí, para ver si me gusta.

Yo mismo les serví sus platos, que despues de probar el sabroso manjar, repitieron y, todos á una voz, me rogaron que volviese á otro dia á cazar mas ardillas.

Yo me hice de rogar, manifestándoles tenia otras cosas que hacer y probablemente no me volveria á ocupar en salir á cazar; pero esto era una broma para excitarlas, pues era justo que aca-

baran de formar el gusto en saborear un plato tan delicado y no obsequiar sus deseos, seria falta de galantería.

Fué positivamente un triunfo para mí haber vencido la repugnancia de las señoras; que en esto de no querer probar algun manjar desconocido, por bueno que sea no es mas que una preocupacion y capricho por no dejarse persuadir de una persona que lo ha tomado mil veces.

Se hicieron varios comentarios sobre los diferentes manjares alimenticios y yo les decia, que todo se podia comer, pues Dios lo habia criado para regalo del hombre, hasta el zorrillo, la víbora, la langosta y otros animales de este jaez que inspiran repugnancia; por esto si no entraron algunas de las personas de la mesa; aunque no faltaron señoras grandes que lo aprobaron porque decian, que ellas alguna vez, estando enfermas, habian tomado polvos de víbora que sabian á gallina y tambien el zorrillo, que era delicioso.

Pasadas las fiestas se fué la mayor

volviera á enviar a la mesa el platon de la ardilla.

Nuevos áscos, risas de burlas por las señoras; entónces, á una jóven que se hallaba junto á mí, más despreocupada que las demás, rogué probara siquiera del guiso, para comprometerlas.

Ella accedió y apenas lo hubo gustado.

—Muchachas, dijo entusiasmada, ¡sí vieran que bueno está el guiso de ardilla! ¡qué bueno, qué bueno!, concluyó, volviendo á arremeter al plato.

—¡A ver, á ver! gritaron varias de la mesa; pónganme un poquito á mí, para ver si me gusta.

Yo mismo les serví sus platos, que despues de probar el sabroso manjar, repitieron y, todos á una voz, me rogaron que volviese á otro dia á cazar mas ardillas.

Yo me hice de rogar, manifestándoles tenia otras cosas que hacer y probablemente no me volveria á ocupar en salir á cazar; pero esto era una broma para excitarlas, pues era justo que aca-

baran de formar el gusto en saborear un plato tan delicado y no obsequiar sus deseos, seria falta de galantería.

Fué positivamente un triunfo para mí haber vencido la repugnancia de las señoras; que en esto de no querer probar algun manjar desconocido, por bueno que sea no es mas que una preocupacion y capricho por no dejarse persuadir de una persona que lo ha tomado mil veces.

Se hicieron varios comentarios sobre los diferentes manjares alimenticios y yo les decia, que todo se podia comer, pues Dios lo habia criado para regalo del hombre, hasta el zorrillo, la víbora, la langosta y otros animales de este jaez que inspiran repugnancia; por esto si no entraron algunas de las personas de la mesa; aunque no faltaron señoras grandes que lo aprobaron porque decian, que ellas alguna vez, estando enfermas, habian tomado polvos de víbora que sabian á gallina y tambien el zorrillo, que era delicioso.

Pasadas las fiestas se fué la mayor

parte de la gente que había concurrido a ellas; pero quedó la que estaba alojada en Leon hacia algun tiempo, compuesta en su mayor parte de las familias principales de las capitales de los Estados vecinos, como dije arriba; pues esta ciudad ofrece siempre una completa seguridad en las revoluciones, porque ha sido la única que han respetado las diversas facciones y jamás ha sido teatro de ninguna revolucion, ni ménos ha servido de campo de batalla; por lo mismo, Leon es el refugio de la gente pacífica en todas ocasiones. ¿Será acaso, porque en esta ciudad se alberga el trabajo, y sus habitantes son activos y laboriosos?

Puede ser; pues la revolucion se aco-ge las mas veces en el centro de los vicios y en donde la pereza estimula las pasiones, lanzándolas al exterminio de la sociedad.

Como ya no me detenía otra cosa en Leon, pues había gozado lo suficiente y conocido algunas de las costumbres, traté de arreglar mi equipaje para mar-

char en seguida; por lo que termino la presente, ofreciendo manifestarte en la siguiente mis nuevas impresiones al partir para el Valle de Santiago y las que recibas de aquel lugar.

Adios.

En el camino, no ocurrió incidente alguno digno de notarse sino fué la novedad de la posición que ocupa el valle que es hermosa y fértil por la mucha agua que corre en todas direcciones. Respecto del interior de la población ya he comenzado á describirla en cuanto á los cerros que la circundan y contribuye á aumentarle su bella posición geográfica, presentando una bonita perspectiva el remate de las calles por la posición recta del Cerro de la Batea. En cuanto á aquellas diré, que son todas perfectamente rectas y anchas, bien empedradas y embanquetadas; su alumbrado, bien servido y una excelente policía que vela por la limpieza, que aun los suburbios están aseados y respiran alegría. Tiene de cuatro á cinco templos, los mas notables, son los de la parroquia y el Hospital; aunque no pasan de comunes en su arquitectura. Hay una plaza de toros y otra de gallos: el mes de Octubre se estableció una casa de caridad ú hospicio, que recogió esa multitud de mendigos que molestan

tanto en todas partes y que en el Valle eran abundantes, no porque fuesen de la población, sino que emigraban de otras partes á causa de que allí encontraban mas recursos: pero hoy no se mira uno en las calles, y por consiguiente, tampoco destruyen la agradable armonía de ellas con el repugnante aspecto de sus harapos y su miseria.

Esta mejora se le debe al jefe político actual, D. Vicente de la Fuente que tambien ha hecho otras, como son, la de mandar empedrar y embanquetar muchas calles que aun faltaban, aumentar considerablemente el alumbrado y el número de serenos y poner la guardia bajo un pié que custodiando la población, no le es gravosa en lo mas mínimo. La administración de justicia y la policía ha mejorado notablemente, y por todas estas circunstancias que dan garantías á los ciudadanos, embellecen la población, y aumenta su movimiento comercial, es justamente querido el Sr. de la Fuente por las personas de todos los partidos. ¡Ojalá y en

los demas pueblos hubiera hombres beneméritos, que tuvieran la abnegacion y el desprendimiento necesario para hacer el bien; nó se quejaria el país del lamentable estado á que lo han reducido esa turba rapaz, egoista y revolucionaria de sus indignos mandatarios, que no miran sino su interes y bienestar individuales; progresaria asombrosamente por los bellos elementos con que lo ha dotado la Providencia, y hoy sería respetado de las demas naciones y nó estaria invadido por la que mas simpatías y beneficios ha recibido de los mexicanos! 1

Prosigamos, y echemos un velo á estas reflexiones que son tristes en demasia.

A la bella y pintoresca situacion del Valle, corresponde ó se armoniza perfectamente, la buena índole de sus habitantes, porque son finos, sociables y francos, prestándose siempre, á todas

1 Se alude á la Francia en tiempo de la Intervencion.

las reuniones ya sean de tertulias, bailes, conciertos ó dias de campo. Sin embargo de la fertilidad del lugar, el Valle carece de paseos propia mente dichos y solo tiene tres que son el del Campo Santo ó el Arroyo, la Cuevita donde en la estacion de aguas se hacen espléndidos paseos en burro, y la Alberca, que es el cerro horadado, de que arriba hice mencion. A este paseo van los valleones con mas frecuencia y es un lugar verdaderamente notable, que dista un cuarto de legua de la poblacion y cae al Poniente.

La subida al cerro se verifica por una loma de pendiente bastante suave, y al llegar á la meseta, se descubre una hoya perfectamente circular, cuyas paredes de peña viva parecen cortadas á pico, y que tendrán más de sesenta varas de alto desde la superficie del agua, ocupando esta sobre quinientos de longitud, segun los vecinos del Valle, y cincuenta de profundidad.

Ya dije arriba tambien, que la Alberca es el resultado de una erupcion

volcánica, y la piedra y lava que arrojó se miran hácia el Noroeste á muy poca distancia, formando un cerro pequeño que se halla cubierto de maleza. Otros dicen que esta hoya está formada por el hundimiento; pero entónces no se veria el pequeño cerro mencionado, en el que se nota con claridad, la lava y todos aquellos caracteres de una erupcion, añadiendo la circunstancia de encontrarse muy inmediato. La vista que presenta la Alberca, es grandiosa al descubrirse desde la cúspide del cerro, que es plano en toda la circunferencia, y aunque he dicho que las paredes son perpendiculares, no obstante, la bajada al nivel del agua, está practicada en el extremo Sud, por una senda que va caracoleando hasta llegar al plano inferior, sembrado todo de grandes peñascos que se han derrumbado por esta parte y que parece que la misma naturaleza quiso dar paso al hombre para utilizar las aguas salobres que yacen allí estancadas y tomar las dulces de un pequeño

manantial que está á una vara de la orilla.

Cuando el espectador está sobre el cerro, la Alberca se mira estrecha y como un grande pozo; pero al paso que vá bajando, vá ensachando su longitud, al extremo de que cuando ha llegado á la orilla del agua, presenta un lago espacioso, mirando los carrizales que hay al extremo opuesto, como pequeños matorrales que no pasan de media vara así como les islas que hay tambien pegadas á esa extremo, desaparecen y solo se mira la yerba como pegada á los peñascos.

Ayer tarde tuve el gusto de ver esta maravilla de la naturaleza acompañado de la familia del Sr. Lafuente y de la de Brabo. Llegamos unos en carruaje y otros á caballo á la meseta del Cerro; y acto continuo se apearon los de los carruajes, y montando á caballo hicimos todos la descension que es bastante incómoda por los muchos peñascos de que está regada la vereda, así como porque en algunas partes está muy

pendiente. Cuando hubimos llegado, quedé sorprendido de las proporciones gigantescas que había tomado la Alberca al extremo de aparecer muy reducidos los cañaverales, como he dicho, y ver que una canoa ó bote que estaba al extremo opuesto me pareció una chalupa de poco más de una vara.

Los compañeros de paseo se divertían de mis impresiones, como era natural, y se reían de mi sorpresa respecto de que, cuando la canoa se aproximaba para embarcarnos, abría yo tantos ojos porque veía que lo que me pareció tan pequeño, iba mostrando una capacidad que podría contener cerca de cuarenta personas.

Comenzamos todos á colocarnos convenientemente y el conductor del bote á remar hácia la parte opuesta. Causaba una delicia verse en el centro de aquel anillo inmenso de granito, y á medida que se acercaba la canoa, el extremo donde nos embarcamos se iba aplanando y los caballos tomaban la estatura de un perro por el tamaño, así

como los carrizales, y las islas que tan pequeñas me parecieron, se agrandaron notablemente á mi vista.

Desembarcamos en una isla, y quedé admirado al ver que esa isla rodeaba, como una cuarta parte de la circunferencia de la Olla ó Alberca y tenía por algunas partes hasta treinta varas de ancho, habiendo pequeños árboles y sembrado maíz y algunas hortalizas.

Ya se sabe que las señoras todo lo embellecen y á todo le comunican su encanto y alegría: las que iban en la comitiva, al desembarcar, tomaron tierra á brinquitos y se esparcieron en la isla metiéndose unas entre los carrizales, otras, sentadas debajo de los árboles, y otras templando una vihuela y cantando acto continuo alegres canciones.

Se puso la mesa sobre el césped de la isla y poniendo todas las provisiones de la merienda que llevábamos, nos rodeamos del mantel como pastores, tomando alegremente nuestros platos. Era muy pintoresco el cuadro, por el

contraste que hacian los paseantes, cuya espalda se destacaba del follaje, elevándose poco mas atras la inmensa pared de granito, teniendo á su frente la superficie cristalina de la Alberca.

Resonaban las voces y las alegres carcajadas de las muchachas, transmitiéndose el eco, á la otra parte de la orilla, y aquellas daban á veces pequeños gritos para divertirse con la transmision de la voz. Entre estas muchachas, iba una hermosa que tenia el poético nombre de Herminia que, á sus encantadores quince años, añadia una fisonomía angelica y dulce que tenia el tipo de las estatuas griegas.

Yo á fuer de artista, contemplaba la bella naturaleza de que estaba rodeado y admiraba tambien la figura de Herminia, con sus ojos rasgados, y sus labios de coral, su nariz recta, su barba como la de Juno y su estatura esbelta como la de esta Diosa. Estábamos acabando nuestra merienda, cuando comenzó á lloviznar, y ya solo dispusimos dar una pequeña vuelta por la isla pa-

ra embarcarnos enseguida; apretaba el agua, y no se extrañará que yo me hubiese puesto sobre el divino cuerpo de Herminia para escaparla de la lluvia; pues lo contrario, habria sido un delito de lesa galantería.

Llegamos donde nos esperaba la canoa y nos metimos á ella resistiendo siempre la fuerte lluvia pero sin dejar de armar jácara y las señoras de cantar trozos de algunas óperas, siendo de la traza que llevábamos á causa de lo empapados que nos pusimos y de que las faldas de los sombreros se nos venian á los ojos.

Cuando hubimos tocado al desembarcadero, tratamos ya solamente de tomar cada uno nuestras cabalgaduras y emprender la vuelta, siempre bajo la capa de la impertinente lluvia, que, sin embargo de que no dejaba de mortificarlos carnos, no atenuaba en lo mas mínimo la alegría de las señoras.

¡Sexo encantador! íntimo compañero del hombre en sus tristezas y en sus alegrías: en las primeras manifiesta un

valor á toda prueba para sobreponerse á las emergencias de las situaciones anómalas de la vida, y sin acordarse de sus propios dolores, nos suministran el bálsamo del consuelo, suavizando las penas del corazón; en las segundas, la mujer está presente para embellecer las horas de contento, y con su adorable presencia, la naturaleza toma un aspecto encantador, y la reviste de esa poesía que nos hace olvidar nuestras amarguras. Cuando ese ángel está ausente del hogar del hombre y no se halla junto al lecho del dolor ó no alegra nuestras fiestas con su presencia, falta siempre algo pero ¿qué digo? Falta todo, se encuentra un vacío que solo la mujer lo llena y entonces conocemos que valemos poco sin nuestra adorable compañera que es el complemento de la vida, de la felicidad y el sér que embellece la creación.

Llegamos á casa y solo se trató de cambiar la ropa mojada por otra seca y despues nos reunimos en la sala para

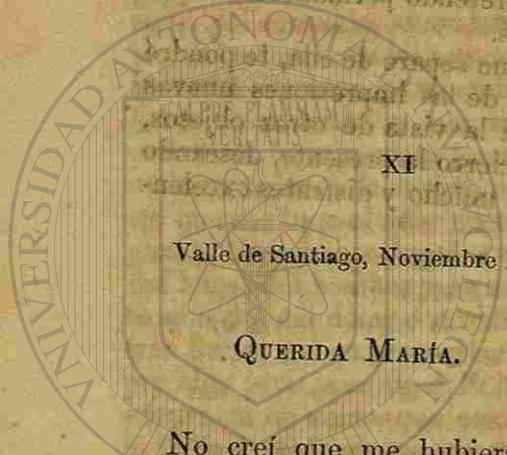
acabar la noche tan alegremente como habíamos pasado la tarde.

Como me gusta bastante la población del Valle, pretendo permanecer en ella algunos días.

Cuando me separe de ella, te pondré al corriente de las impresiones nuevas que reciba á la vista de otros objetos, por lo que cierro la presente, deseando te diviertas mucho y disfrutes excelente salud.

Adios.

recuerdo al recibir en el momento de  
 salir de la casa de los señores  
 González y de la familia de Lorenzita  
 del Valle de Santiago por haber  
 sido amigos de



Valle de Santiago, Noviembre 16 de 1863.

QUERIDA MARÍA.

No creí que me hubiera detenido tanto en esta población; y si no hubiera sido porque los franceses se dirigen ya para acá y no quiero verles la cara, de buena gana me habría demorado algunos días mas porque he encontrado muy buena acogida en sus habitantes y me divierte mucho las mas de las noches oyendo tocar el piano ó cantando

en las casas donde he hecho grande amistad, siendo las principales, la del ilustrado y excelente amigo Moisés Gonzalez y la de la familia de Lorenzita, notable pianista que ejecuta con gran fuerza las mejores piezas de Talberg, Ascher y otros autores de esta línea.

Vino tambien á esta población la Sra. Trinidad Marmolejo con su simpática hija Jacobita, otra gran ejecutista y que toca el piano tambien con bravura y sentimiento de modo, que cuando se reunian las dos jóvenes, que eran las mas noches, se establecia una especie de estímulo, excediéndose cada una en la pieza que tocaba y de esta competencia la que ganaba era la concurrencia.

Por las tardes solian juntarse estas familias con la de Brabo y otras y ó nos ibamos á la alberca ó á la Cuevita, especialmente los Juéves y Domingos por la tarde que iba allí la música militar y esta llamaba mas gente.

Por supuesto, que rara era la sema-

na que dejaba de haber algun baile ó tertulia en los que desfogaban su buen humor las hermosas del Valle y yo procuraba que no faltara el piano y el canto para amenizar la diversion; así es que gozábamos todos y quedábamos convidados para que no se pasara mucho tiempo sin dejar de reunirnos nuevamente.

Una de las frutas que mas sobresalen en el Valle por su aroma y su exquisito gusto, es el melon, que aunque no es tan grande como el del Sur de México, lo creo muy superior: en muchas de las esquinas de la Villa, se ven muchos vendedores de esta sabrosa fruta y una rueda de jóvenes del pueblo calandola, en cuya apuesta solo se pierde ó gana el importe de la pieza.

Este fué el único juego que yo noté á que eran apegados los vallenses; nunca ví ni supe que fueran afectos á los naipes, la rayuela y otros juegos que abundan en las demas poblaciones de México; será acaso porque en el Valle, la gente es trabajadora, no existe el

pulque y el mescal ó Tequila es un poco caro y la policía deshace oportunamente alguna que otra reunion que ha solido formarse en la que podia surgir algun desórden ó borrachera.

El Sr. La Fuente, no contento con los adelantos que habia impreso en los ramos de hacienda, policía, etc., intentó erigir una estatua sobre la columna de la fuente pública de la plaza principal: me indicó la idea y tratamos sobre el asunto ó personaje que debia representar dicha estatua.

El jefe político proyectaba que ésta representase la libertad; pero al mismo tiempo renunciaba á la idea porque decia: que no debia erigirse un monumento que caracterizase un emblema político porque en cualquiera de nuestros frecuentes cambios, seria lo primero en venir abajo. Entonces yo le inspiré la idea de que, en lugar de la estatua de la libertad ó cosa por el estilo, se pudiese mejor algun personaje mitológico, como por ejemplo, la Diosa Céres, patrona de la agricultura.....

Ambos convenimos en que fuerá esta; pues lo que se quería era colocar un monumento que embelleciera la plaza y la población.

Jamás he sido yo escultor; pero como me prendaba de la Fuente por su patriotismo y entusiasmo por las mejoras materiales, y yo deseaba contribuir en algo para embellecer el Valle sin que le costara un centavo, me ofrecí desde luego á ejecutar la estatua, para la que hice los preliminares indispensables en un boceto que agradó á los que lo vieron y que en efecto, no estaba tan malo.

Caliente estaba nuestro entusiasmo por erigir el monumento y el público y mis amigos ya deseaban verlo, cuando, al irlo á comenzar en grande, llega la desagradable noticia de que los franceses se movían para Guanajuato pasando por el Valle de Santiago.

Todos los proyectos de gobierno en la línea de progreso, nuestras tertulias y conciertos, y la inspirada estatua, se los llevó el viento y aun el jefe políti-

co y muchas familias tratan de emigrar, huyendo del inmundo hálito del invasor. Yo también dispongo mi viaje y de él te daré razon en la primera oportunidad que se presente.

Adios.

11X

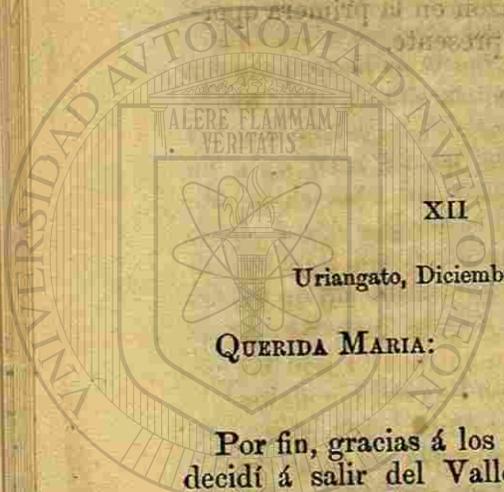
Tratado de Comercio y Consular

QUEBIDA MARIA

Por fin gracias á los esfuerzos me heido á salir del Valle de Santiago donde he pasado tres meses bastante divertido porque la hermosa vista de la población y bello y hospitalario en el interior de sus habitantes, me aparecieron de otro signo con pocas horas de haberme ido como lo he visto en otros viajes que he hecho al Valle de Santiago.

®

argine ob natus enlilara vabua y co  
 avai lob olibi obonmai lab olacod  
 y eiar im agropali molidua. F. 202  
 ne p moutiq al no mear drah ed de el  
 olacodiq de dny labiant  
 2017.



Uriangato, Diciembre 7 de 1863.

QUERIDA MARIA:

Por fin, gracias á los invasores, me decidí á salir del Valle de Santiago donde he pasado tres meses bastante divertido porque la hermosa vista de la poblacion y el bello y hospitalario carácter de sus habitantes, convida á no separaase de ella sino con pesar, pero como yo tengo que seguir como el Judío Errante sin detenerme en cada lugar mas que el tiempo necesario para

conocerlo, sacrificio mi gusto y tengo que devorar la pena que me causa dejar los pueblos y las personas.

Salí hace seis días para esta poblacion, donde te escribo y en pocas palabras te podré hacer la descripcion de ella, que es muy pequeña y triste, con una reducida capilla, las casas bajas y de color ceniciento así como las calles; pero en cambio las personas decentes que hay son buenas y se reunen los ratos de ócio en la tienda principal de D. Antonio Morales, sugeto instruido y apreciable, así como entusiasta por las bellas artes, de quien he recibido en los pocos dias que llevo en el lugar, pruebas inequívocas de aprecio así como de todos los vecinos mas notables, que tienen entre sí su sociedad, como he dicho, rien y departen amigablemente, manifestando, como Morales afecto por las porque concurren diariamente á mi cuarto para ver mi coleccion de pinturas, mirándolas con aficion y detenimiento, cosa que á la verdad me ha llenado de placer; pues en esto prueban su

buena organizacion y buen sentido, formando un contraste bien notable con las personas de algunas ciudades, que ven las artes con indiferencia, dando á conocer con esto su poca cultura.

Como á un cuarto de legua de Uriangato está situada una congregacion que denominan Meroleon y forma contraste con su vecino porque es de aspecto hermoso por sus alegres edificios.

Del carácter de sus habitantes no puedo dar ningunos detalles porque solo estuve algunos momentos en la poblacion, á la que me dirigia varias mañanas á pié para hacer ejercicio.

Tiene el pueblo un templo pequeño y una plaza espaciosa á su frente, en cuya circunferencia están fabricando edificios de alguna importancia.

Meroleon se puede considerar como una poblacion nueva porque no data su mejora de diez años, pues ántes de esta época, la formaban solamente unos cuantos jacales de paja y alguno que otro habitante que vegetaba en la miseria; mas hoy ¡qué diferencia! de la

época mencionada á esta parte, ha mejorado notablemente, merced á la fortuna que ha tenido, en poseer regulares autoridades, que han protegido el comercio y conceden garantías á los ciudadanos. Así como Meroleon mejora, Uriangato va cada dia en decadencia, y no será difícil, que á la vuelta de pocos años, su vecino lo absorba, quedando como uno de sus barrios.

Constantemente se ha visto en punto á autoridades, que cuando son buenas y saben cumplir con sus deberes, los pueblos adelantan y desarrollan sus elementos á una altura increíble; y lo contrario, cuando aquellas son pésimas, hacen desaparecer aun los gérmenes de bondad, los resortes de su bienestar y todo es anarquía, confusion y miseria; como desgraciadamente ha acontecido con nuestra desgraciada patria, que siendo tan rica en toda clase de elementos su pueblo dotado de un carácter dócil y apacible, la mala fé de sus mandatarios, su avaricia, su corrupcion ó su ignorancia, han hecho perder tan-

ta ventaja y México está hoy al borde del abismo.

Para corroborar nuestros asertos, véanse los buenos efectos que produce la buena fé y patriotismo de las autoridades de Meroleon, que hacen brotar un pueblo donde no lo habia; trasláde-se la vista á la capital del Estado de México en donde se verá de una manera palpable el influjo de la buena voluntad y el patriotismo, así como el de la apatía y falta de virtudes cívicas.

Cuando han estado gobernadores al frente de ese Estado, llenos sí de ciencia, de magnificas teorías, pero sin estar animados de hacer el bien y mejorar la situacion de sus habitantes, el Estado se atrasa notablemente, no emprende ninguna obra material y cae en la bancarota que trae por consiguiente el total desquiciamiento de las clases sociales que pierden el equilibrio de su modo de ser y entra el desórden, la inmoralidad y la miseria. Las veces que el Sr. D. Mariano Riva Palacio ha entrado á gobernar el Estado de México,

sin la ciencia tal vez ni el preclaro talento de sus antecesores, pero eso sí con su buen tacto de los hombres, su honradez y, sobre todo su acendrado patriotismo y su buena voluntad, ha cambiado la suerte del moribundo Estado como por encanto: desde el primer mes que se posesionó del gobierno, paga íntegro su sueldo á los empleados, la administracion de justicia está en corriente, el ramo de hacienda, entra en órden é inmediatamente se emprenden obras arquitectónicas y mejoras materiales de todo género: díganlo la Penitenciaría, la plaza del Mercado, la casa de Gobierno, el Palacio de Justicia, el Colegio del Estado embellecido y mejorado su sistema de enseñanza, amén de otras mejoras llevadas á cabo en todos los demas pueblos de la demarcacion. 1

1 En prueba de lo que dejamos dicho, acaso hasta donde puede la moralidad, honradez y patriotismo de un hombre honorable: el Sr. Riva Palacio, de todas sus acciones hacia surgir el bien: en todo lo que ponía la mano, buscaba solo el engrandecimiento y la gloria de México, en sus últimos días ha pues-

¡Esta es la verdadera manera de gobernar, de saber cumplir el sagrado deber que impone la conciencia cuando el pueblo ha delegado sus poderes en sus funcionarios, y de hacer todo el bien posible cuando en esto se experimenta la mayor satisfacción y mas tarde se reciben las bendiciones de los ciudadanos!

¡Ojalá y en nuestro pobre país hubiera media docena de hombres en los primeros puestos, como el benemérito Sr. Riva Palacio; guardaria una situación diferente y no estaria tan desquiciado y próximo á caer en el abismo!

Terminemos ya la presente y dejemos que ruede la bola; pues con buenos deseos y por mas que nos matemos, no hemos de mudar el corazon de nuestros compatriotas ni ménos corregir su desmoralizacion.

Como una de las causas que me de-

to el Montepío á una altura incomparable en fondos y en sucursales, que todo junto trae aliviar las necesidades de nuestra sociedad.

¡Honor á tan benemérito ciudadano!

tenian en Uriangato era, encontrar medios de transporte, y estos se me han proporcionado ayer tarde, preparo mi equipaje para Puruándiro y termino esta, ofreciéndote escribir de ese lugar.

Adios, María querida.



Salí de Uriangato el día 10 del corriente à las once de la mañana y me puse en camino para esta poblacion, en todo él apénas encontramos dos ó tres caminantes de modo que presentaba un aspecto desierto y triste por la soledad así como el campo que estaba árido y cenizo por todas partes. A las cuatro de la tarde que dimos vuelta por la fal-

da de la loma, descubrimos hácia el S. E. la villa de Puruándiro metida entre los cerros, que apénas enseñaba las torres de sus dos templos y alguno que otro edificio de los mas elevados y la asta bandera de las casas consistoriales. Penetramos á la poblacion á eso de las cinco é inmediatamente que me apicé del caballo me dirigí al centro que no deja de ser de alguna importancia por sus edificios, sus grandes portales, su palacio de gobierno y su plaza, que aunque reducida, es bastante bonita, teniendo su fuente de granito con una columna dórica y unos macetones sobre ménsulas al pié del pedestal. Circundan esta plaza banquitas y naranjos, y en uno de sus lados, hácia el Norte, está situada la parroquia, con un cementerio ó plazoleta bastante extensa é igualmente plantada de árboles frutales. El templo no pasa de comun entre los de su clase, y la torre, que á lo que se infiere debió ser de dos ó mas cuerpos, solo tiene uno, y el remate es un cono de una arquitectura tosca y

como provisional: el interior no tiene cosa notable. El santuario de Guadalupe, que es el segundo templo, es inferior y de más reducidas dimensiones que el primero.

En general, la villa toda, respira un aire melancólico, tanto por que los vecinos son de un carácter sombrío en sus costumbres que constantemente tienen cerradas las puertas y ventanas de sus casas, como porque al E. O. y Sud se elevan los cerros que semejan unas murallas que roban la hermosura de los horizontes.

En la falda de estos cerros, hácia el Nordeste, nacen multitud de vertientes de aguas termales, y la mas grande de estas tiene un pequeño acueducto que unas veces está debajo de tierra, y otras es visible como á la altura de dos varas; esta agua caliente entra á la villa y surte algunas de sus fuentes donde cae formando vapores. Los demas ojos de agua, que son innumerables, están en la direccion del que hemos mencionado en toda la extension del

llano, y forman bonito efecto por los grupos de bañadores y lavanderas que se miran en ellas á distancias cortas unas de otras y este efecto es mas pintoresco, si se les ve desde la loma inmediata que los domina.

Hay en el radio de cuatro leguas cuadradas que puede ocupar el valle, cuatro ojos de agua dulce, con la que se surte la poblacion, que se denominan: El Sauz al Este, el Ojo Santo al Sud; Cacándico al Oriente y Carano al Norte: estos ojos de agua son poco mas ó menos abundantes y esta es conducida en lomo de burros ó por las mujeres que llevan el cántaro sobre el hombro con cierta gracia y donaire, que hace recordar la Rebeca de la Biblia.

Esto es lo mas notable que te puedo decir de Puruándiro; en cuanto á su aspecto físico y su posicion topográfica; en cuanto á su industria, se reduce solamente á la curtiduria de cueros, que en otro tiempo eran muy apreciados en la capital de la República, para donde conducian algunos miles de pieles anuales.

les y calzada corriente que denominan de timbre; su comercio es poco activo en razon de lo arrinconado de la villa, y sus habitantes mas bien especulan en el ramo de arriería, conduciendo partidas de acémilas para fletar cargamentos á Colima, Morelia, Guanajuato y México; por lo demas, no ofrece otro interes la poblacion, y por tanto, no teniendo mas atractivo, solo espero medios de conducirme para seguir mi camino á Zamora, desde donde te ofrezco escribirte tan luego como llegue. Pasalo bien, amiga mia, y no te olvides de tu amigo que te ama.

## XIV

Zamora, Enero 8 de 1864.

QUERIDA MARÍA.

Llevo cinco dias de estar en esta ciudad; pero antes de hablarte de ella, debo hacer una pequeña descripcion del camino, que es á la verdad hermosísimo, particularmente en toda la parte del monte que tiene que andarse: la vegetacion es rica y exuberante; los puntos de vista, espléndidos y de un efecto pintoresco; las montañas formadas de

les y calzada corriente que denominan de timbre; su comercio es poco activo en razon de lo arrinconado de la villa, y sus habitantes mas bien especulan en el ramo de arriería, conduciendo partidas de acémilas para fletar cargamentos á Colima, Morelia, Guanajuato y México; por lo demas, no ofrece otro interes la poblacion, y por tanto, no teniendo mas atractivo, solo espero medios de conducirme para seguir mi camino á Zamora, desde donde te ofrezco escribirte tan luego como llegue. Pasalo bien, amiga mia, y no te olvides de tu amigo que te ama.

## XIV

Zamora, Enero 8 de 1864.

QUERIDA MARÍA.

Llevo cinco dias de estar en esta ciudad; pero antes de hablarte de ella, debo hacer una pequeña descripcion del camino, que es á la verdad hermosísimo, particularmente en toda la parte del monte que tiene que andarse: la vegetacion es rica y exuberante; los puntos de vista, espléndidos y de un efecto pintoresco; las montañas formadas de

líneas grandiosas y, por último, todo el valle es extenso, comenzando por el cerro de la Beáta hacia la parte oriental, que se enlaza á otros muchos y le forman su dilatada lontananza.

Al descubrirse el cerro de la Beata por el frente del camino, dirigiéndose siempre al Oeste, descuella en toda su magestuosa elevacion, y su picacho cónico que á distancia de quince leguas se ha venido descubriendo sobre la cima de otras montañas, entonces es mas grandioso y está como un gigante recostado que tiene á su espalda la ciudad que para llegar á ella, hay que ir costeando la falda del cerro, describiendo en la marcha un extenso semicírculo hasta que vencido este, aparece el valle en toda su totalidad; y cuando se esperaba ver á Zamora á la falda anterior de la Beata, se descubre apénas en lontananza envuelta entre el follage esmeralda y el vapor atmosférico que le dá un aspecto fantástico, inspirando el deseo de llegar cuanto antes por el interés que presenta desde léjos.

En efecto, siguiendo adelante, ya el camino no ofrece sinuosidades en el terreno porque es plano y solamente está cortado paralelamente por zanjas de agua cristalina y una multitud de árboles corpulentos que acusan la mucha fertilidad del sitio. Al paso que se vá llegando á la ciudad, crecen sus dimensiones y van apareciendo todas las torres y los edificios mas elevados, siempre envueltos entre las copas del follage.

Concluí, pues, el camino que traía hacia el Sud, y acto continuo giramos sobre la derecha, describiendo un ángulo recto que nos puso en direccion al Oeste frente á la ciudad á cosa de media legua de distancia.

Entramos finalmente á la garita, á cosa de las cinco de la tarde, y lo primero que se me presentó á los ojos, fué el reten de soldados franceses que custodiaban la fortificacion, espantajos de que venia yo huyendo: uno de ellos me detuvo para preguntar mi procedencia y lo que conducía en mi mula de carga.

Los franceses no se manifestaron muy escrupulosos á la verdad como dos mexicanos que hacian de guardas; estos me querian jugar la mala pasada de hacer descargar la mula fiando los objetos á las pesquizas que quisieron hacer de ellos y exigiéndome la guía de una manera apremiante: yo que no la llevaba, por haber salido ese dia de una poblacion ocupada por las fuerzas liberales, trataba de hacer ver la dificultad de haberla obtenido, dando esto por resultado la determinacion de decomizar el equipage hasta nueva orden; pero los franceses fueron mas generosos y me dejaron ir bajo mi palabra de no traer objetos prohibidos, realizándose en esta ocasion el axioma de que "no hay peor cuña que la del propio palo."

En fin, llegamos al mezon que hubo desocupado, que por cierto era bastante malo, despues de haber andado antes mendigando posada, metiéndonos á unas partes y volviendo á salir, presentando un espectáculo risible con nues-

tros trages polvosos y los semblantes tostados por el sol.

Como soy bastante curioso, apénas me asié un poco, salí para conocer la poblacion y me chocaron grandemente sus calles, porque aunque son anchas y rectas, tienen sin embargo una apariencia sombría por los tejados de que están cubiertas las casas que, á mas de ser elevados en la parte superior, vuelan considerablemente, formando una ceja bastante saliente como las casas de nuestras haciendas de campo. Por supuesto que los órdenes arquitectónicos son desconocidos en casi todos los edificios y no hay una fachada que revele un interior agradable, y pocos tambien que desmientan lo desairado de su exterior. 1

o Algunos de los portales y frentes de

1 En estos últimos años, Zamora ha mejorado notablemente en todas líneas: la civilidad toca al grado de los pueblos mas cultos, el comercio ha aumentado sus transacciones y la parte material se ha embellecido, haciendo desaparecer algunas de esas feas casas que habia y sustituyéndolas con edificios de dos pisos de buena construccion.

edificios, se hayan manchados con multitud de telarañas, que desde alguna distancia semejan salpicadas de cieno.

La plaza del Mercado es mediana y esta decorada, como casi todas las de su género, con una fuente en el centro y banquetas y arbolillos en su circunferencia cuadrangular. Hay también otra pequeña, saliendo por uno de los ángulos de la principal, que es donde se colocan las mercancías en los días de trabajo. Al costado derecho del santuario de Guadalupe, se encuentra situada una plazuela grande, que parece que no tiene objeto y está desaseada.

Hay cuatro ó seis grandes iglesias, fuera de otras tantas pequeñas; de las primeras, las que son algo notables por su arquitectura son, la parroquia, que no está terminada en sus torres, pero su cúpula es hermosa: el Santuario de San Felipe y un convento de monjas.

Paseos propiamente dichos, no existen; si no son los hermosos alrededores, que son bellos á causa de la rica vegetación, sus puntos de óptica por lo

bien cortado de las montañas, la inmensa extensión de las lontananzas y el río que lleva un regular caudal de aguas cristalinas y estas se reparten en multitud de pequeños canales.

El sitio que puede calificar verdaderamente de paseo y que efectivamente lo distinguen los zamoranos, es un pueblecillo que está hácia el Sur, á una legua de distancia de la ciudad y se denomina *Jacona*, del que hablaremos después.

Para demostrar algunos rasgos sociales de los habitantes de Zamora, debo decir, que contrage relaciones estrechas con un caballero muy fino, que tiene un gusto por las artes y la bella literatura, y este me puso en contacto con algunas personas notables del lugar y me obligó á exhibir algunos de mis cuadros en su misma casa á la que concurrieron pocas personas á verlos.

Para conocer la sociedad Zamorana, propuse á esa persona promoviera en las noches siguientes algunos conciertos de piano y canto porque tenía yo deseo

de escuchar algunas notabilidades femeninas y masculinas en esas dos líneas. Se consiguió que tuviesen lugar en tres casas notables, pero no se presentó ninguno de los individuos de los dos sexos á ejecutarlos, y las familias invitadas concurren para escuchar al recién venido artista que creyeron, que si pintaba un poco, debía disfrutar de iguales facultades en el canto.

En efecto, no presentándose nadie á la palestra, mi amigo y otros sugetos me estrecharon á que cantase algo acompañado de un filarmónico, que era el profesor de Zamora, y que todo el día había estado machacando dos ó tres acompañamientos de las piezas que debía yo cantar.

Llegó el momento; me puse en pié, y cuando estaba ejecutando una de las piezas, comenzó la conversacion en varios grupos de la concurrencia, que antes había estado silenciosa y ahora parece que le habían dado cuerda. Terminé y algunos aplaudieron. Me instaron á que volviese á emprender la ta-

rea y nuevas conversaciones se suscitaron, al grado de que me distraia el rumor de las voces y desviaba yo la atencion de lo que hacia: volvia la cabeza como un reproche á los que faltaban á la urbanidad, que seguramente fué notado, por que oí que un papá llamó al orden á su familia; aunque siguieron unas ancianas que estaban muy próximas al piano.

No me atrevo á creer que esta desatencion fuera muestra de poco gusto por la música; sino mas bien que la ejecucion no era del gusto de los concurrentes, pues que yo no me podia lisonjear de ser un cantante en toda forma.

Por mas que hice, no pude conseguir que alguna de las señoritas que se hallaban en la reunion tocasse ó cantasse siquiera una cancion; todas se escusaban con que estaban roncas ó no sabian algo de memoria. Pero yo conseguí mi objeto que fué el de conocer reunidas varias familias, que sin este motivo, difícilmente hubiera conocido.

Despues supe que la negativa de las

personas que podían haber hecho algo en el piano y en el canto, la ocasionaba esa división de partidos y las etiquetas que reinan en las ciudades de provincia, en las que unas familias con otras se tienen ojerisa.

Ahora entro á hablar ya de Jacona, el paseo predilecto de los habitantes de Zamora.

Después de pasado el trayecto que hay entre esta y ese pueblo que es todo árido por la estación, se mira á Jacona en medio del invierno como un verdadero oasis gozando de una primavera en toda su plenitud: riachuelos de aguas abundantes y cristalinas por todas partes; pequeños arroyos que murmuran por debajo de los arbustos y de las flores, mirándose las lajas, la arena y las pequeñas piedrecitas á través de sus cristales; los grandes árboles cargados de la aromática chirimolla, el mamey y la guayaba; los frondosos platanos haciendo ondear su abanico majestuoso y los pájaros de diverso plumaje que bulliciosos saltan de rama en

rama, comunican su alegría á toda la selva, á todo aquel paisaje encantador.

Yo estaba admirado de la belleza y lozania del lugar y no me cansaba de ponderar á las personas que me acompañaban, semejante fenómeno en medio de la estación de la seca.

Nos entramos á una de las muchas huertas que hay allí, que son extensas y en las mas se miran casas de campo, cenadores y kioscos, debajo de los árboles ó cubiertos de emparrados; penetramos á uno de estos y sacando las provisiones que llevabamos, nos dispusimos á saborearlas, mezclando en los sabrosos bocados, el rico vino de naranja que se fabrica en la misma poblacion, vino agradable y que deja muy buen gusto en el paladar.

Después de haber paseado la mayor parte del día y admirado el prodigio de vegetacion de ese feliz lugar, nos dispusimos á regresar á la ciudad, cuyo camino de una legua es grandioso por los corpulentos árboles que lo flanquean.

Todavía permanecí ocho dias en Za-

mora que ya no tenia para mí ese aire melancólico que le noté á mi llegada, tal vez por la hora que era y los ruinosos suburbios por donde penetré; hoy, al contrario, me parece alegre y animada quizá por el movimiento de las tropas, las frecuentes retretas que las músicas militares daban las mas noches en la plaza principal, en las que tenia yo ocasion de ver y conocer á los habitantes de la ciudad ó tal vez porque ya tenia algunos amigos y me habia familiarizado con el aspecto de la ciudad; el caso es que ya siento separarme de ella y con pesar hajo mis preparativos para seguir mi derrotero para Colima. Adios, simpática María.

XV  
Jiquilpan, Enero 29 de 1864.

QUERIDA MARIA:

A las cuatro de la tarde llegué á esta poblacion, que aunque algun tanto reducida, su centro es alegre y la plaza principal alardea sus árboles y asientos, no siendo inferior en aspecto á otras que he dejado en mi camino.

Pero antes de continuar la descripción de este pueblo, debo decirte algo acerca de lo que ví en el camino que he

traído desde Zamora, porque no deja de tener su poco de interés.

Salió bien temprano de aquella y, como á las doce del día, penetramos á un extenso monte que tiene el prosaico nombre de «La Cuesta del Zapatero,» debiendo tener otro mas poético, por la magestad y belleza del punto.

Figúrate, María, una extensa loma ó planicie, un poco inclinada hácia el Occidente, y tersa y limpia, como el pavimento de un salón, adornada de árboles magestuosos, pero tan rectos y elevados, que parecen las columnas de un templo. Sobre nuestras cabezas, tegia el ramaje una espesa sombra que obstruía completamente los rayos del sol y las voces hacían eco á mucha distancia, como si estuviera uno en una basílica espaciosa, experimentándose un sentimiento religioso, que convida á contemplar aquella maravilla de la naturaleza. Por sobre las copas de la hojarasca, revoloteaban mirlos, zenzontles, clarines y otros pájaros cuyos trinos resonaban en eco melodioso en el

confín y todo junto imponía un silencio respetuoso y llenaba el alma de ideas sublimes.

Cuando salíamos de éste monte extraordinario por entre el hueco de los últimos árboles, se divisaba otra perspectiva no menos grandiosa..... pero ¿qué digo? Mas sorprendente.

Apenas salimos al raso, se presentó á nuestro frente la decoración mas atrevida y pintoresca: era un Océano de vegetación que teníamos á nuestras plantas, que se extendía á una distancia considerable; delante de ésta, seguían unas tras otras, multitud de cadenas de montañas que ondulaban como las olas de un mar irritado, percibiéndose en el confín, los gigantescos picachos cónicos de los volcanes de Colima, como presidiendo toda aquella maravilla.

Caminaba yo extasiado, lanzando alguna que otra vez, exclamaciones entusiastas á mis compañeros de viage, á quienes les preguntaba, qué distancia podría haber del punto en que nos habíamos á los volcanes que se envol-

No hay duda, esa hermosa perspectiva, tenia algo del hábito de la serpiente, que fascina al inocente pajarillo: su belleza me atrajo sin sospechar en el peligro que corría.

En la noche, hicimos alto en Ario y al otro día llegamos á esta poblacion, de la que pienso no añadirte mas, de lo dicho arriba, porque no tiene cosa que llamar pueda la atencion.

Hasta otro día.

XVI

Tonila, Febrero 3 de 1864.

QUERIDA MARÍA.

Esta tarde he llegado a Tonila, bien molido á causa del penoso viage por el paso de las grandes Barrancas de Atenuique y Beltran, segun se asegura las mas grandes de América.

En los cuatro días que ha durado dicho viage, pasé por varias haciendas y pequeñas poblaciones como son: Mazamitla, San Lázaro, hacienda de Contla, Zapotilté y Tamazula. En este último

pueblo está al terminarse un lindísimo templo ejecutado por el plano de uno de los mas suntuosos de Roma, cuyo material lo compone una cantera color de rosa, y te aseguro que es una obra verdaderamente monumental; ¡lástima que esté en un pueblo tan feo y solitario como el de Tamazula!

Llegamos al Platanar y allí pernoctamos para pasar á buena hora las Barrancas de Atenquique y Beltran.

Serian las diez de la mañana cuando llegamos al borde de la primera y, no te puedes imaginar, amiga mia, la enorme profundidad de ésta, cuyas paredes son perpendiculares en general, con algunos árboles y matorrales que brotan de las ábras de los peñascos, algunos de estos rodeados aquí y allí y el todo formando un aspecto aterrador y espantable.

Al fondo de esta Barranca hay una venta formada de tablas de varias comparticiones, con una cantina, cocina y una mesa mal cubierta, en la que se suelen detener los pasajeros á almorzar y

mas adelante, que es el plano inferior del fondo, corre una gran porcion de agua cristalina por entre guijas y peñascos.

A las tres ó cuatro leguas se llega á la de Beltran y ésta es aun de mayor profundidad y anchura que la de Atenquique, al grado de verse las gentes en el fondo como liliputienses.

Del fondo de la Barranca brota un elevado cerro casi inaccesible, en donde los insurgentes se hicieron fuertes contra los españoles y subieron á él piezas de grueso calibre.

El descenso y ascenso, es fatigoso por la misma profundidad y longitud de los extremos opuestos, de modo, que antes de pasar al otro lado, vé uno con temor la dificultad y se piensa en acometerla.

La bajada y subida en ambas barrancas, se practica caracoleando ó mejor dicho, haciendo zig-zag, y aunque el piso está bien acondicionado, cansa sin embargo la operacion, habiendo algunas personas, que para no molestar de-

## XVII

Febrero 5 de 1864.

La Tonila, en la parte material, no tiene cosa notable que llame la atención, sino es su amenidad y su risueña posición geográfica por estar al pié de los volcanes, que están situados al Nordeste.

La plaza es grande y la circundan, por el Norte, algunos edificios regulares, y por el Sur, una línea de portales, en donde hay tiendas de ropa, mercería, etc. Tonila, por estar á solo siete leguas de Colima, es el Eden donde las familias de esta ciudad van á pasar el verano y en la que han colocado bonitas

huertas y donde se miran una buena cantidad de flores y arboles frutales.

Como el carácter de los colimenses es alegre y comunicativo, casi todos los dias festivos se reúnen en diversas casas y en ellas forman sus tertulias y bailes, al grado que muchos leonitos y novios de la capital del Estado, emprenden el viaje la víspera en la tarde para encontrarse en esas reuniones y entonces, la pequeña población, ofrece un aspecto bien animado y como de una pequeña fiesta.

Algunas tardes y en las noches de luna, las calles ofrecen un espectáculo agradable, por las caravanas de paseantes que sobre los lomos de los burros, con guitarras y alegres cantos, van paseando, bien á alguna huerta, ó simplemente por los alrededores ó al pié de los volcanes; pero no se crea que estas parrandas sean de dos ó tres familias solamente, no señor; las más son formadas hasta de doscientas ó trescientas personas.

Este número dará idea del bochin-

che que se irá armando por la multitud de muchachas y de los jovencitos que no se les desprenden á guisa de caballeros como que van cuidando no den una caída, de las mamás que involuntariamente por la indocilidad de sus burros se han separado de sus hijas y les dan voces para que se les reunan, mientras que el novio solícito se ocupa de Conchita para evitarle una desgracia con un atropello de la cabalgata, y otros caballeritos dan la mano á Adelita y á Lupe que han tenido la desventura de que su alimaña dé algunos reparos y, para no descender, reciben los officiosos servicios de los donceles, cuyas cabalgaduras dejaron y ellas van buscando á sus semejantes, atropellando sin consideracion todo lo que se les pone delante.

Estos cambios de temperamento que se verifican en los pueblos de todos los países para pasar el verano, por las familias acomodadas, encierran la idea de la fraternidad que reina entre ellas y por eso, en cuanto se aproximan los

meses del calor que casi siempre son deseados, especialmente por los jóvenes de ambos sexos, se mira el conato de las familias para trasladarse al campo. Esto mismo pasa en todas partes, en Europa como en América; pero creo indudablemente que en esta última, las familias que van al campo buscando el fresco ó el reparo de la salud quebrantada, han de gozar doblemente que las europeas, supuesta esa sencillez fraternal que domina aun en nuestras costumbres y que todavía no están alambicadas por el egoismo ni el frio interes que forman en la actualidad los vínculos de las sociedades del viejo Continente y aun los de las del Norte. En Europa, en la temporada del calor, se van á tomar los baños de Biarritz y otros, en los que mas bien se juegan cantidades fabulosas de dinero y brotan de esos puntos crónicas escandalosas y hasta dramáticas; lo mismo que en Saratoga, Estados Unidos, en donde hay un verdadero *mare magnum* de *ladies* y *Gentlments* desocupados que se engol-

fan en el goce de los placeres más ideales mientras que los maridos trabajan en Nueva York.

Eso sí, es preciso que la sociedad aristocrática de Europa y de Nueva York, huya del calor de las ciudades y vaya á buscar la frescura de los campos.

Entre nosotros, á Dios gracias, no hay todavía la malicia que en las sociedades referidas y las salidas al campo tienen un fin más noble y, cuando más, es una temporada que se consagra al descanso, á variar de objetos, á disfrutar de la sociedad con mas expansion y de vez en cuando á formar alguna tertulia ó baile; como sucede en Tacubaya, San Angel inmediaciones de México; en San Pedro, vecino á Guadalupe.

En todas las ciudades que he venido mirando en mi camino, con pocas excepciones, se observa esa confraternidad en las familias y el conato de reunirse para gozar de momentos agradables; solamente en algunas épocas en

que la revolucion ha recrudecido los ánimos y los partidos han puesto una valla entre los habitantes de un lugar, es cuando se les ha visto separados, haciéndose la guerra ó aislándose unos de otros como sucedió en la capital de la República en los primeros años de la Reforma de 1850 á 1857 en que la diferencia de puros liberales y conservadores monarquistas, sembró una espantosa division entre las familias, al grado, de que las señoras liberales, se ponian el calzado verde ó azul para denotar que tenian á sus piés á los últimos y usaban adornos rojos como distintivos de su bandera, y las conservadoras usaban el calzado rojo con el mismo objeto que sus émulas, para manifestar que hollaban á los liberales y el color de su bandera era el azul ó verde; pero felizmente, con el transcurso del tiempo, ha ido calmando el furor de los partidos y se ha hecho lugar la buena índole dominante de los mexicanos que vuelven á asociarse y á gozar las dulzuras que prestan las épocas de

sus fiestas periódicas y los campos en donde van á buscar año por año el fresco y la distraccion, olvidando esas antipatías que habian dejado desiertos todos los lugares de recreacion y los salones que siempre habian resonado con los festivos y sonoros ecos de la alegría y la fraternidad.

Como he andado hoy mucho visitando á algunas familias, paseando por algunas huertas y el calor es ya sensible para mí, ceso de escribirte, María, anunciándote mi salida muy de madrugada para llegar á buena hora á Colima, de donde volveré á escribirte.

Adios, amiga mia.

## XVIII

## COLIMA.

QUERIDA MARÍA.

Es una bonita ciudad, cuyos alrededores son fértiles y pintorescos. La naturaleza se ostenta por doquier galana y pomposa, excediéndose, digamoslo así, en una exuberante vegetacion. Todo en ella es colosal y magnífico: la palmera gigantesca ondea su elegante penacho sobre las elevadas copas de los árboles, que á porfia pugnan por pre-

sus fiestas periódicas y los campos en donde van á buscar año por año el fresco y la distraccion, olvidando esas antipatías que habian dejado desiertos todos los lugares de recreacion y los salones que siempre habian resonado con los festivos y sonoros ecos de la alegría y la fraternidad.

Como he andado hoy mucho visitando á algunas familias, paseando por algunas huertas y el calor es ya sensible para mí, ceso de escribirte, María, anunciándote mi salida muy de madrugada para llegar á buena hora á Colima, de donde volveré á escribirte.

Adios, amiga mia.

## XVIII

## COLIMA.

QUERIDA MARÍA.

Es una bonita ciudad, cuyos alrededores son fértiles y pintorescos. La naturaleza se ostenta por doquier galana y pomposa, excediéndose, digamoslo así, en una exuberante vegetacion. Todo en ella es colosal y magnífico: la palmera gigantesca ondea su elegante penacho sobre las elevadas copas de los árboles, que á porfia pugnan por pre-

sentarse á la vista: el tamarindo, el mamey de grandes hojas, el guayabo, la primacera, el camichin, la higuera de tortuoso tronco, el café y otros arborescentes aromáticos, luciendo majestuosamente entre toda esa gala de vegetación el gallardo plátano, cuyos tallos ondean dulcemente al suave soplo de la brisa.

Si Colima tuviera un clima más benigno y el calor no fuera tan intenso, se podría decir que era la morada de los espíritus celestes ó el paraíso donde el hombre viera la luz primera; pero el calor sofocante hace molesta la residencia en ese lugar tan hermoso, especialmente para las personas procedentes de los climas templados, que desde bien temprano comienzan á experimentar los efectos del calor y buscan ansiosamente los baños de agua fresca para recibir consuelo.

La ciudad de Colima, en la parte material de sus edificios, está todavía en la infancia, porque apenas data la construcción de los más modernos, de

diez años, época en que el Manzanillo fué habilitado puerto de cabotaje. Las casas antiguas, que ocupan aún una gran parte, son bajas y pesadas, con los techos cubiertos de tejas, circunstancia indispensable, según los antiguos moradores, para contrariar los terribles efectos de los terremotos periódicos; sin embargo, actualmente se hace poco caso de esa pretendida exigencia, y se consulta en la nueva construcción un gusto más artístico y perfecto.

Yo llegué á esta ciudad el día 29 de Enero á las cinco de la tarde, é inútil es decirte que dando rienda suelta á mi espíritu curioso é investigador, me eché á andar por esos mundos de Dios, dirigiendo mi excursión para el centro de la ciudad. Llegué á la plaza de armas, que es de regulares dimensiones con un embanquetado de ladrillos, su hilera de naranjos y sus asientos de mampostería. Tres ángulos les forman portalerías, siendo la mejor y recién construida la del Diamante, de arquitectura gótica: el cuarto ángulo lo forma la fa-

largo período de un año; no he sabido que alguien haya muerto por la picadura del niño. Hay también otro animalito muy pequeño, que nombran adomen, y es un gusanito fosfórico que se vé pocas veces en la superficie de un suelo húmedo, y más bien se encuentra en las excavaciones: igualmente se teme de este insecto. Con la noticia que anticipadamente recibí de estos bichos en el camino de Colima, te debes figurar que tendría yo mis temores al acostarme, temores que me han durado el tiempo que llevo en esta ciudad, pues ellos me hacen ser minuciosamente escrupuloso con mi cama, al ponerme la ropa y el calzado. En fin, con temores ó sin ellos, dormí perfectamente la noche de mi llegada y al otro día continué mis excursiones artístico filosóficas por la ciudad. Efectivamente, al alba me despertó el canto de un numerosísimo coro de gallos, que los hay aquí en abundancia, y solo traté de levantarme, pues aunque estábamos en la estación del invierno, en esta ciudad, siem-

pre es verano, y mas bien experimenté mucho bienestar con la tibia temperatura.

Después de tomar mi almuerzo, salí á la calle para seguir haciendo mis observaciones y estudiar el terreno. Efectivamente, aunque la ciudad de Colima lleva muy pocos años de haberse erigido en capital del Estado, sin embargo se notan en ella muchos adelantos en la parte material, en sociabilidad y refinamiento de las costumbres. Personas que conocieron diez años atrás la ciudad, y muchas de las principales familias, hacen reminiscencia de sus costumbres y su modo de vestir que era por cierto muy modesto, porque los hombres apenas conocían el uso de la levita y el sombrero alto, y las señoras vestían poco más ó menos como la gente del campo: pocas gastaban el vestido usado á la última moda. Se llevaba en Colima una vida patriarcal y todo el mundo estaba encerrado en su casa á las ocho de la noche. Hoy ¡qué diferencia! el contacto de las familias ale-

manas y del interior del país, que se han establecido, el aumento del comercio y el cultivo del café, han verificado una completa transformación en todo. Colima está montada en la actualidad como una de las mejores capitales del interior, porque se edifica á la moderna, consultando los mas bellos órdenes arquitectónicos; los hombres y las señoras visten con lujo y á la última moda; las reuniones son frecuentes y del mejor tono; el piano resuena en muchas casas; los baños son numerosos; así como bien servidos los seis hoteles que posee la población, y el paseo de la Albarradita, lugar encantador en donde campea la gallarda palmera; el plátano, la chirimoya é innumerables arbustos y flores, es muy concurrida. Estos son los milagros que verifican la inmigración y el comercio; en un instante ejecuta sus metamorfosis, de un páramo hace una ciudad y de un bárbaro un hombre civilizado.

En la primera noche de mi llegada hice relaciones con Jcsus Gonzalez, ja-

liciense, pianista de talento, establecido en Colima; su amistad me sirvió mucho para relacionarme con algunas de las familias principales, y cada presentación mia era un acontecimiento para mí, porque se me festejaba como á un antiguo conocido, se me obsequiaba, y los dueños de la casa manifestaban cultura y francas maneras, sin esa mezcla chocante de tirantez y falsedad de otras sociedades gastadas.

El viajero que llegue á Colima, en dos ó tres dias puede conocer de vista las principales familias, porque á causa del calor, cuando por la tarde sopla la brisa del mar, se sacan asientos á las aceras y ahí forman su tertulia, recibiendo en el estrado improvisado á todas las visitas que llegan. Yo paseaba diariamente á caballo, y con este motivo tenia oportunidad de ver á las lindes colimenses, que muchas con el pelo suelto y respirando frescura, por el baño que acababan de tomar, yacían reclinadas en sus sillones, aspirando el aroma de un buqué ó de una florecita,

penachos las palmas de coco y los platanos sus gigantescas hojas, así como la perspectiva se ensancha y extiende hasta terminar en los elevados volcanes.

En el corredor ó frente de estos baños generalmente hay un jardincito, hamacas colgadas para tomar fresco y algunos vendedores de frutas; se acostumbra despues del baño, y sentado en una hamaca, tomar agua de coco que el bañero con su machete afilado destapa de un tajo diagonal; entonces se empuña la fruta con ambas manos y se apura la sabrosa agua que contiene nitro y es por esto muy refrescante. Estos cocos divídense en dos clases: de cuchara y media cuchara; los primeros tienen la pulpa gruesa y suave, y los segundos delgada, y ambas se toman raspándolas con una cuña que se forma de la misma corteza. La tuba es otra producción de la palmera y es un agua blanca que se toma fermentada y es muy sabrosa: ésta se extrae cortando el extremo del cogollo y colgando en él una olla, que

está llena en pocas horas, y causa admiración ver la agilidad con que un hombre sube por el tronco del árbol, por unas escopleaduras que practican hasta el penacho, montándose en una palma ó tallo para recoger su agua que deposita en un calabozo que lleva con tal objeto.

Todas las frutas de tierra caliente son bastante grandes y de muy buen gusto, especialmente el melon, la sandía, la chirimoya y los mangos; de éstos hay de varias clases. La naturaleza en el Estado de Colima es exuberante, como que está asentada sobre la costa, y el mar dista apenas veinte leguas. Cuando yo llegaba á la línea divisoria de dicho Estado, á pesar de que dejaba la vegetación de Michoacan que habia hallado grandiosa, en comparación de la de México, juzgaba aún mas bella y colosal la de Colima, por sus gigantescos árboles y la multitud de arbustos y plantas que yo veía por primera vez. ¡Lástima que el calor que hace en este país, neutralice en mucha

parte los placeres que se disfrutaban en él, que de otro modo seria un paraíso! Si de las diez en adelante el calor se deja sentir con alguna fuerza, de las doce hasta las cuatro es insoportable, y las gentes recurren á la hamaca, se bañan ó cambian de lugar, creyendo encontrar consuelo; pero de las cuatro en adelante ya es otra cosa, como dije arriba, y esto obliga á que las familias estén casi siempre fuera de la casa y frecuenten los paseos y la plaza de armas de noche, especialmente en las de retreta, que generalmente son dos á la semana. En éstas pueden verse á las jóvenes con vestido ligero de verano, luciendo sus lindas cabelleras sueltas que bajan á dos terceras partes del cuerpo, ó un sombrerito de paja de arroz y cintas de color; morenas y rubias, y todas ardientes como la naturaleza de fuego que las produce, y todas insinuantas porque su sangre hierve en sus venas, y muchas haciendo lucir sus gracias, que enloquecen al que las mira, por muy poco sensible que parezca. ¿Ni có-

mo ser indiferentes á unos ojos negros, cuya pupila lanza los dardos del fuego tropical, á esas manos y piés diminutos, á esas blondas cabelleras que ondean al tibio soplo de la brisa, ni á tantas gracias que se presentan con todo el atractivo que inspira el ardoroso clima, que tan bella y lozana presenta á la naturaleza? Los bailes y todas las reuniones son tentadoras, porque hay en el bello sexo esa gracia que toca á la desenvoltura, se vierten especies bastante libres que, escuchadas por primera vez, causa extrañeza sean salidas de unos labios de rosa, pero que despues la costumbre de oirlas con frecuencia, las hace parecer muy naturales.

La sociedad de Colima es exclusivista en cada una de sus clases, por lo que en sus diversiones es intransigente y pocas veces se hacen partícipes las unas de las otras de sus respectivas reuniones. Los bailes de la aristocracia, que se compone de los alemanes almacenistas y las principales familias de la ciudad, son de bastante buen gusto y de

un refinado carácter aristocrático que nada deja que desear, señores y señoritas se presentan con verdadera elegancia en el traje y el tocado, la orquesta, el adorno de la sala y el ambigú corresponden en un todo. Los bailes de la clase media no por eso son inferiores; al contrario, reina en ellos una circunstancia que los hace mas atractivos: la franqueza y la cordialidad, así como el buen gusto y el lujo en los vestidos, únicamente está desterrada la tirantez y prosopopeya peculiares de los de alto coturno. Los bailes y diversiones del pueblo se separan completamente del carácter de los anteriores y son esencialmente nacionales, con su tipo provincial que los distingue de los demas pueblos de México. Su modo de bailar es distinto, su canto tambien particular, y el uso del violin y el arpa, que poco se conocen en otra parte, allí son de rigor, en los bailes del pueblo, y particularmente el arpon, cuyo extraño sonido es de un tono indefinido, que más bien remeda al de un cubo arrojado á

una nòria ó pozo profundo. Jamás se verá diversion donde no se toque esta arpa singular, ¿Qué más? hasta en los entierros de los niños lo llevan suspendido del cuello en un cordon, y la parte superior del instrumento es conducida por un muchacho.

A propósito de estos entierros diré una cosa particular.

Tan luego como muere el chico, se le viste con el traje de algun santo, se le enflora y coloca en unas andas que hay *ad hoc*: se invitan multitud de muchachos para que vayan en la procesion con cañas y banderas, la música de cuerda detras del muerto, añadiendo al conjunto una salva de cohetes y repique á vuelo. Es esto tan original, que una vez murió el hijo de un vecino rico, y á mas de la inseparable farándula de costumbre, llevaba por añadidura la música militar y se repicaban las campanas de todas las iglesias, causando un efecto tan súbito, que todas las gentes se asomaban á sus ventanas, creyendo seria la plausible noticia de algun triunfo ú otra

cosa de mas consideracion, y cuando veian el chasco se retiraban mohinas algunas y otras riendo de ver que tanta batahola solo era por un muerto.

Otra de las costumbres de la poblacion, es la que hay establecida anualmente por las fiestas de San Felipe, que se compone de una octava de bailes y corridas de toros, iluminaciones y grupos de pueblo recorriendo unos las calles con sus alegres músicas, y otros situados en muchos puntos de la plaza. La organizacion ó preliminar de cada uno de estos dias de fiesta, merece una mencion particular, por la rareza que en sí encierra y que llama por eso la atencion de los forasteros. Desde las ocho de la mañana comienzan á reunirse centenares de individuos en la casa de la persona que patrocina el recibimiento, título que dan á la ceremonia de ir á encontrar el ganado para el torreo; cada uno de estos individuos vá á caballo llevando una bandera, segun la nacion á que pertenece. Estando los convidados reunidos, se les obsequia

con un opíparo banquete, en el que brillan los guisados mas exquisitos, y se cruzan las copas y vasos de vino generoso y el hirviente champagne, reinando una alegría y una fraternidad encantadoras. Concluido el almuerzo, se dirige la comitiva al *recibimiento*, que es regularmente á extramuros de la ciudad, llevando bandas de excelente música acompañada de una salva atronadora de cohetes y repiques á vuelo. Fuertes latidos de corazón anuncian á los recibidores que en una polvareda que se distingue á alguna distancia, vienen los feroces animales que horas despues partirán embravecidos tras los audaces toreros. En efecto, llegan á poco y se mezclan á la inmensa multitud, que compacta recorre las principales calles, y á la plaza que hay dispuesta de antemano, entran en medio de los alegres ruidos de una fiesta bulliciosa y atronadora.

Cuando todos los caballeros entran á la arena, parten la plaza con varias figuras vistosas, que traen el recuerdo

de las que verificaban en los torneos los caballeros de la Edad Media, por el carácter romanesco y aire belicoso, y concluyen á todo correr en medio de una nube de polvo, de los aplausos de la multitud y los dulces acentos de la música, saliendo en seguida el imponente toro de once, que rabioso sigue á todos los objetos que se le ponen delante, con lo que se dá fin á la función de la mañana. A las dos de la tarde afluye de nuevo la concurrencia, que ávida toma las lumbreras y asientos de la plaza para presenciar la corrida de las cuatro, en la que se lidian seis toros de las haciendas más acreditadas. A la noche, en el baile que da generalmente el que hizo el *recibimiento*, brillan los ardientes ojos de las hijas de Colima; y en los que el pueblo se da en los ámbitos de la plaza, las gracias artísticas de los cantadores, en las que sobresale el extraño *tin tan* del arpon referido.

Positivamente, la población de la República de México es alegre por carácter, y concurren para ello, en mi con-

cepto, su procedencia en su mayor parte andaluza, pero más que todo influye su benigno clima, la inspiración poética de su cielo, sus vergeles floridos, sus risueños valles, sus espléndidas montañas, sus lagunas apacibles, en las que se retratan como en un espejo los verdinegros bosques y los millares de pueblos que tienen á su alrededor, y toda la naturaleza, en fin, que en pocas partes se presenta tan galana y poética como en México. El aspecto encantador de esta parte del continente y el amable carácter de sus habitantes, retienen por más de una vez al extranjero que no gusta ya de la severidad de la sociedad europea, en su mayor parte austera, estirada, egoísta y cuyo corazón está gastado por el interés y por esas pasiones sordas, que son el patrimonio de una civilización alambicada. El extranjero vé en los mexicanos, seres nuevos en cuyas costumbres puras brilla aún el tipo sencillo de los primeros tiempos de la naturaleza; compara sus gustos, sus diversiones y sus ten-

deñcias, con los gastados y enmohecidos de los moradores del Viejo Continente, y su alma se plega dócil á esa hermosa y encantadora sencillez, concluyendo con fijar definitivamente su domicilio en las tierras de Colima, desde donde da su último adiós al país que lo vió nacer.

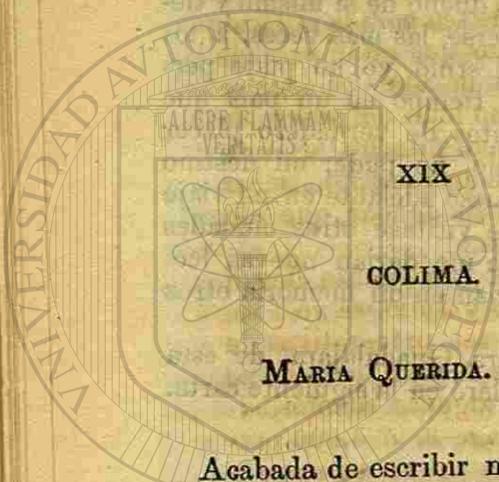
Pero si los pueblos de México, en general, son alegres por carácter, hay algunos que sobresalen, y entre éstos se puede contar á Colima, que en todas sus diversiones y aniversarios, resuena con una alegría más extrepitosa, con una tendencia por todo lo que sea el pasatiempo y el placer que se hace notar inmediatamente de los que visitan la población por primera vez. Una de las épocas apacibles de mi vida, ha sido para mí seguramente la que pasé en Colima, porque en esta ciudad encontré lo que busca una alma sensible y apasionada: el sentimiento, la majestad de la creación y la sociabilidad y francas maneras de un pueblo impregnado, digámoslo así, de los aromas de esa ve-

getación colosal y siempre lozana, que se perciben en los actos y las costumbres de los colimenses. Pero como el hombre no es dueño de sí mismo y tiene que someterse, las más veces, á los decretos del destino, yo no pude permanecer más tiempo en un país que tantos momentos de verdadero placer me ha dado; no, no pude; mi destino ordenaba siguiese adelante en mi viaje artístico y que visitase otras ciudades y pueblos, que me darian nuevas lecciones y dejarían en mi memoria otros recuerdos.

Me voy para Guadalajara, de esta ciudad te hablaré en la siguiente carta.

Adios.

F. S. G.



MARIA QUERIDA.

Acabada de escribir mi carta en la que te doy parte de mi salida de esta ciudad, me ocurrió ponerte otros renglones separados, para hacerte una pequeña descripción de un paseo que hice á las Salinas del Real hará unos dos meses, del que no te he dado cuenta por mero olvido y que hoy trato de reparar.

Es el caso, que muy recien llegado á Colima oí decir que los habitantes de esa ciudad, hacian cada año un paseo ó, mejor dicho iban de temporada al Real, que son unas salinas que están á orillas del mar que distan de aquí 20 leguas, hácia el Oeste, y no léjos del puerto de Manzanillo: el objeto principal es, mas que cambiar de temperamento, tomar diariamente los baños de mar, que allí son muy saludables.

Con este motivo, en cuanto llegan los meses de Junio y Julio, se vé á las familias haciendo sus preparativos de viage y trasladarse al Real; pero no se crea que estas son algunas cuantas, sino que hacen el viage 3, ó 4,000 personas acompañadas de su correspondiente cortejo de músicos, carcamaneros, roleta, monte, fondistas, dulceros, fruteros, y en fin cuanto concurre para una fiesta; de modo, que los colimenses, disfrutan de una diversion que dura de dos á tres meses; los amantes dan rienda suelta entonces á sus tiernos sentimientos; el amor tiene mucho que ha-

cer y entra en parangon con el gusto general en juego constante, que apenas da á basto con tantos jóvenes como lo llaman, disparando él sus flechas á diestra y siniestra que como está ciego, algunas van á dar al corazón de individuos de edad provecta.

Desde la primera noche que hay ya familias suficientes, comienza una série de bailes que se repiten todas las más, debajo de una enramada ó cobertizo, en donde las hijas de Colima, ardientes, insinuantes y seductoras, provocan á los más reconcentrados, para entregarse á los placeres de Terpsicore.

Al otro día desde muy temprano una multitud de Ondinas y Nereidas, con su larga cabellera flotante sobre la espalda, se miran mezcladas á la blanquísima espuma, luchando á brazo partido con las olas que á veces las conducen á remolque hasta la playa, oyéndose en seguida alegres carcajadas de todos los bañantes y pugnando por volver á entrar al mar, asidas algunas de ellas, por sus novios, sus amigos ó compañeras y,

cuando van de esta manera, una nueva oleada, arrebatada esas parejas ó, zambulléndose instantáneamente aparecen triunfantes en pié pasando aquellas sobre sus cabezas.

Algunas mamás y centenares de espectadores que yacen sentados en la playa; gozando con los embates de las olas y con la muchedumbre entre mezclada en ellas, están de esta manera distraídas con el espectáculo, cuando ¡oh sorpresa! una ola más atrevida que las demas, osa llegar hasta los curiosos, quienes sin poderlo evitar, han sido empapados hasta la mitad del cuerpo: una explosion de carcajadas acoje el gracioso acontecimiento, huyendo los mojados de aquel lugar, y avanzando sobre la parte más alta de la arena para que no se repita el accidente.

Cerca de la orilla del mar, hay unas chozas de paja improvisadas, en donde se tiene una provision de agua dulce, para, que los que salen del baño de agua salada se enjuaguen con ella, pues

de otra manera quedaria áspero el cutis con la sal.

A mañana, tarde y noche, se miran siempre centenares de bañadores de ambos sexos, y no faltan familias que llevan á las chozas referidas, sus almuerzos y comidas para no tener que ir á las Salinas á tomarlos estando estas, á algunas cuadras de la playa y solamente en la noche se retiran para formar tertulia, baile, visitarse y entre-garse en los brazos de Morfeo.

En fin, esta temporada es muy alegre, y en Colima se desea su llegada, porque todos los que acuden á disfrutar de ella, gozan cada cual á su manera y, en general, disfrutan del espectáculo de la naturaleza en aquel mar, que en las Salinas del Real se presenta tan imponente y con las mil peripecias del paseo.

La descripción que antecede, la habia oido poco más ó menos semejante, de boca de muchas personas y esto me excitó el deseo de conocer las Salinas, aunque en la actualidad estaban desier-

tas porque, haria quince dias, terminó la temporada de los baños y las familias habian regresado á Colima. Sin embargo, como yo no conocia el mar aun y de esa ciudad apenas distaba 20 leguas, promoví un paseo é invité á Jesus Gonzalez y á otros cuatro amigos, para que me acompañasen.

Efectivamente, tres dias despues, un miércoles, á las tres de la tarde, saliamos los seis viajeros de la ciudad en nuestros caballos, llevando consigo dos mozos, tres mulas con equipaje y bastimento para tres dias.

El viaje lo haciamos alegremente porque todos eramos jóvenes y, el placer y el contento se pintaba en los semblantes, é inundaba nuestras almas. Cada uno iba contando una historieta, un cuento, ó alguna anécdota que excitaba la hilaridad de todos: se hablaba de música, de pintura, de ciencias, de toda una miscelánea y cada uno daba su voto, emitia su parecer; pero la alegría se mezclaba en las discusiones, los chistes, y la sal ática de algunos de aquellos jó-

venes, eran la salza de la conversacion; algunas veces se cantaban arias y coros de algunas óperas conocidas y, si agregamos á todo esto y al grupo de nuestra caravana la poesía del conjunto; esa vegetacion rica con todos los arbutos, árboles, las gramíneas, parásitas, el pintado plumaje de las aves, su dulce canto, las blanquísimas nubes, que como sendales cruzaban por el éter y algunas veces hacian fondo al verde de las Ceibas y las gigantescas higueras y al fin el cielo; se tendrá una idea de la felicidad que nos rodeaba, del extásis dulcísimo que adormía nuestras almas, aumentado con la idea de la próxima realizacion de nuestro antiguo deseo por conocer el oceano, cuya maravilla íbamos á contemplar dentro de pocas horas.

Ninguno de los que íbamos en la reunion conocia el mar y, por consiguiente, hacíamos comentarios anticipados de él y deseábamos con avidéz, llegase el momento de contemplarlo.

En esto se puso el sol, un fresco repa-

rador se extendió sobre el paisaje y las sombras comenzaron á descender; mientras que la luna esta baya perpendicular sobre nuestras cabezas, para suplir la falta de la luz de aquel.

Habíamos andado la mitad del camino y aparecia allí inmediata una finca en donde nos propusimos descansar una hora, mientras que los animales hacian otro punto y tomaban un pienso. A esto llaman en Colima y en otras partes sestear.

Acabábamos de tirarnos sobre la grama, al lado de nuestras monturas, cuando dos de nosotros escuchamos detonaciones á lo léjos; volvimos la cabeza hacia la parte de donde venian y preguntamos á nuestros criados lo que podria ser, y nos contestaron; "Es el ruido de las olas del mar."

Figúrate, María querida, las orpresa que á todos nos causó oír semejante respuesta, porque no creíamos posible que el rugido del Océano, se pudiese oír á distancia de diez leguas; pero así era en efecto porque guardando silen-

cio los que allí estábamos, continuaba el estrépito y éste nos infundía una especie de pavor, derespeto, que nos hacía considerar cuan imponente debía ser la maravilla que lo producía.

A mi me latía el corazón y no hallaba ya con mis amigos atento solamente á los lejanos truenos que llegaban á mis oídos y mirando, que por la parte de donde venían, no había ya montañas, sino que estaba el horizonte despejado, señal bien clara, pensaba yo, de que el Océano estaba allí; ese lugar escampado depositaba aquel piélago inmenso en donde respiraban millones de seres en sus cristales y esa inmensidad proclamaba la de su autor.

Montamos á caballo nuevamente y al paso que avanzábamos á la costa, la intrincada vegetación se hacía mas poderosa: había lugares casi impenetrables é íbamos constantemente bajo un dosel de entretegidas ramas, en las que se mezclan con profusión mil enredaderas, cuyas flores rozaban nuestra mejilla: de trecho en trecho se elevan pal-

meras, bosques de árboles que tocan á las nubes, cuya negra masa hacía aparecer como un grupo de gigantes; por último, el aroma de las plantas y las flores, la soledad del desierto, la luna que llevábamos de frente y el rugido de las olas que cada vez era mas intenso.

A la animada conversacion que antes lleváramos los de la comitiva, sucedió un silencio religioso y solo se escuchaban las pisadas de los caballos y algun canto de un pájaro desconocido. Entre tanto, llegamos á un lugar desierto, escampado, y á poca distancia, se columbra con unas masas parduzcas de donde salía una que otra luz y los ladridos de los perros. Eran las Salinas del Real; era que habíamos llegado al término de nuestro viage.

Nos acercamos á las casitas de paja y los compañeros, se disponían á apearse del caballo; pero yo les dije:

—No, señores, nadie desmonta; ya que tanta avidez experimentamos por

como er el mar, avancemos un poco y satisfaremos nuestro deseo.

—«Sí, si, exclamaron todos: A ver, á ver el mar!

Y acto continuo seguimos de frente hasta la playa, que no distaba sino pocas cuabras de allí.

Quando hubimos llegado al frente del gigante detuvimos nuestras cabalgaduras porque la ola que salia, mojaba sus cascós y les subia algunas veces hasta los tobillos.

La luna, aunque débilmente, alumbraba todavía la escena y se veian elevar las grandes olas, que instantaneamente se azotaban con estruendo y producian murallas de blanca espuma, que formaban nuevas olas y que, silvando como un huracan venian presurosas á bañar las arenas de la playa.

Atentos contemplábamos aquello y, cuando hubo pasado otro momento, dispusimos la vuelta á las salinas, descanzar y tomar un desayuno mientras acababa de amanecer, pues serian las cinco.

Así lo hicimos; se desensillaron los caballos, tomamos chocolate y, cuando aclaró perfectamente y el sol venia asomando sus rayos refulgentes por el horizonte, tomamos todos el camino de la playa.

No se puede describir el asombro que nos causó la vista del mar iluminada ya con la luz del dia.

Sentados sobre la arena, contemplábamos la ebullicion de las aguas, su movimiento perpétuo, el ir y venir de las olas y el estruendo que producian al caer, semejante al trueno que iba repercutiendo á largas distancias.

Algunas personas del Real me aseguran, que en pocas playas, como en las de éste, el mar tiene una reventazon tan alta ni el ruido tan atronador. En Mazatlan, Veracruz y otros puertos, no produce el Océano el efecto tan imponente ni magestuoso, que en las Salinas del Real; quiza á causa de la configuracion de la costa, que es horizontal, porque ya cerca del puerto del Manzanillo, que es irregular, el movi-

miento no es tan grande ni el estruendo tan notable.

Con la vista fija, veíamos cómo se elevaba gradualmente, como a doscientos pasos de nosotros una grande ola; comenzando primero, por hincharse la superficie de las aguas: luego formando una gruesa muralla verdinegra, y á medida que se iba elevando, aclarar, y cuando tenia ya como 16 piés de altura, formar un tubo cilíndrico y caer en seguida, comprimiendo el aire que causaba el trueno. Esta grande ola producía una cama de blanquísima espuma que venia corriendo y formaba una segunda que á su vez caía haciendo igualmente cepos de espuma, y así sucesivamente hasta cinco, subiendo la última sobre la playa y resbalando en seguida.

Este juego del mar es perpétuo, produciendo diversos accidentes en la formación de la reventazon porque unas veces la ola tiene un verde oscuro al irse formando; otros los diversos del ópalo por las arenas que se levantan del lecho del fondo y otras parece que

la gran superficie de las aguas está cubierto de un velo de punto con exquisitas labores por las espumas y á veces se miran atravesar grandes peces.

Al caer la ola de la reventazon, se divide en trozos que se chocan unos con otros y entonces se producen columnas de vapores que se elevan á la altura como de diez varas, y como esto va repitiéndose en todo el largo de la playa con su correspondiente detonacion, simula perfectamente una descarga de artillería por compañías.

Aquel espectáculo imponente, nos causaba pavor y, aunque pensamos tomar algunos baños, francamente teníamos algun recelo; pero al segundo día de nuestro arribo, recordábamos que las familias de Colima lo verificaban, y era vergonzoso que unos gandules tuvieran mas temor que una muchacha.

Entonces nos decidimos y nos votamos al agua.

Mucho reíamos por los percances que nos acaecian, porque algunas veces nos cogian las olas descuidados y nos

votaban, sacándonos algunas veces hasta fuera de la playa; otras, zabullíamos y el agua pasaba sobre nuestras cabezas.

Intentábamos avanzar hasta cerca de la reventazon: pero rarísima vez lo conseguimos, porque las olas secundarias lo impedían si no era zabulléndonos. cuando éstas venían y así íbamos ganando terreno: mas no dejaba de haber algun peligro en intentar tal propósito, porque acaece una circunstancia de vez en cuando y es: que, por ejemplo, el fenómeno de la reventazon se sucede con una regularidad matemática, cada dos minutos, pero de tarde en tarde, hay una pequeña interrupcion y entonces, las olas que propenden constantemente á dirigirse á la playa por causa del empuje de la reventazon, faltando ésta, lo verifican en sentido inverso, entrando al mar y formando una especie de ángulos, que llaman corrales, que arrastran cualquiera objeto que hallan al paso.

Esta circunstancia ha sido funesta varias ocasiones, en que las familias es-

tán de temporada, por que los corrales se han llevado á algunas personas al otro lado de la reventazon y no han vuelto mas. Hace seis años que uno de esos, arrastró á dos jóvenes hermanas, mar afuera y, sobreviviendo en seguida la reventazon interrumpida, no pudieron regresar; luchando mucho tiempo para ver si lo conseguían. Se ahogó una de ellas y la que quedó viva, mirando muerta á su hermana, montó sobre el cadáver para sostenerse y en esta postura, alzando los brazos al cielo y prorumpiendo en gritos de desesperacion, pedia socorro á la muchedumbre asustada que yacia en la playa, gritando, agitándose y algunas personas ofreciendo grandes premios á algun buen nadador para que, arrojándose al mar, salvase á la infortunada muchaha; pero nadie se atrevió, ni quiso exponerse á un peligro tan inminente.

A mi me hubiera sucedido algo parecido, si en Colima al referirme la circunstancia anterior, no me hubiesen prescrito la manera de salvarse un in-

dividuo de esos corrales de la manera siguiente: no sobrenadar sobre ellos, mejor dicho, en el espacio que circundan; sino zambullirse inmediatamente y afianzarse fuertemente al fondo, dejando que las corrientes pasen por encima para que no lo arrastren.

Perfectamente me salió la receta.

Porque al tercer día de nuestra llegada, bañándome solo, cuando mis compañeros estaban ya vestidos, cesó un instante la reventación; sobrevinieron los corrales y yo, distraído y gozando con sentirme flotando sobre una gran masa de agua, me dejaba arrastrar muellamente; cuando ¡oh sorpresa! advierto que la reventación había cesado y los corrales me arrastraban con vertiginosa rapidez mar afuera (\*). No sé lo que entonces pasó por mí mirándome llevar rápido por las olas á un peligro cierto; instantáneamente recordé á los que habían perecido de esta manera; admití

\* Así se dice en términos marinos, debiendo decirse: mar adentro.

creencia de que iba yo á morir. Pero ¡oh fortuna! recordé en el mismo instante, la salvadora receta y...

¡Todavía era tiempo! Más veloz que la electricidad, me zambullí hasta el fondo y, asiéndome fuertemente de las arenas, pasó el oleaje sobre mi cabeza y á poco me puse en pié cuando ya había pasado el peligro.

Tremulo y amedrentado de lo que me acababa de pasar, no esperé más corrales, sino que en el acto salí del baño y me vestí, haciendo con mis amigos, los consiguientes comentarios sobre lo que me acababa de pasar.

El cuarto día y último que debíamos permanecer en el Real, estando nosotros en la playa sentados sobre la arena, mirando y admirando los diversos giros de la reventación, aparecieron á nuestra espalda algunas familias que acababan de llegar á las Salinas é iban á tomar los baños. En efecto, á poco de su arribo, se vinieron á la playa y dispusieron bañarse en el acto, como lo verificaron en presencia de nosotros.

Excitados por su ejemplo imitamos á los cañadores y en un instante andábamos mezclados entre ellos y luchando con las olas al lado de seis ó mas muchachas, que mas arrojadas que nosotros, se acercaban demasiado á la reventazon.

Como media hora despues de estar en el baño, traté de acercarme yo tambien á la grande ola; pero no lo podia conseguir, aunque algunas veces lograba aproximarme algun tanto, gracias que me zabullía para que al caer aquella no me arrastrara la masa de sus aguas y me hiciera perder terreno: otras, no me valía ese ardid, porque euando ménos pensaba, era llevado por la segunda ola hasta la playa, sepultándome su pujanza en las arenas.

Insistiendo en este empeño, me distraje y no pensé, que además del peligro de los corrales, podia haber otro tal vez de mas gravedad que no seria fácil esquivar y fué el siguiente: estando yo ocupado con esa distraccion, no noté que los bañadores se habian sali-

do del mar y que estaban en pié sobre la playa: por una casualidad volví la cabeza hácia esa parte y veo que todos agitan los brazos como indicándome algo que estaba cerca de mí; notaba la accion de gritar; pero yo no oia nada por el estruendo de la reventazon; extiendo entonces la vista por todos lados ¿y qué veo? Que me hallaba encerrado entre dos terribles tiburones, que no léjos de mí, pasaban de cada lado, siendo visibles solamente por las aletas color de plomo, que llevaban sobre la superficie del agua á manera de abier-tos abanicos.

Cuando yo ví esto, se me heló la sangre; me senté yerto, con la vista espantada y fija en los dos mónstruos: no osaba respirar por temor de que me sintiesen: ellos caminaban paralelos, esperando yo latente que de un momento á otro, retrocediendo y dando un giro para el lugar en que me hallaba me viesén, sepultándome acto continuo entre sus mandíbulas. Mas felizmente siguieron la ruta que llevaban y no me

vier-n que si no, no te cuento el cuento, María, ni ves las demas cartas de los demas países que aun tengo que recorrer.

Cuando hubieron desaparecido los tiburones, me salí del agua en el acto, con propósito de no seguirme bañando, porque me parecía ver en cada cresta de las olas, un tiburón, una tintorera ú otro de los cien mil mónstruos que pueblan el mar.

A las diez de la mañana, seguimos paseando á la orilla en direccion al Norte, divirtiéndonos con los innumerables cangrejos que, ó estaban en pié, dormidos ó daban carreras sobre la arena; los había de diversos tamaños, pero los más eran como el puño.

Conchas y caracoles habia igualmente en gran cantidad de las que nos guardamos las que nos cupieron en la bolsa, escogiendo las mas bonitas.

Así andando, llegamos á la embocadura del río de la Almeria que desemboca en el mar y de allí no pudimos pasar adelante, sino era siguiendo por

su ribera hácia el Este; pero nos detuvimos llenos de sorpresa al ver un sin número de tiburones que hormigueaban y se agitaban no muy léjos de allí, entre las dos aguas.

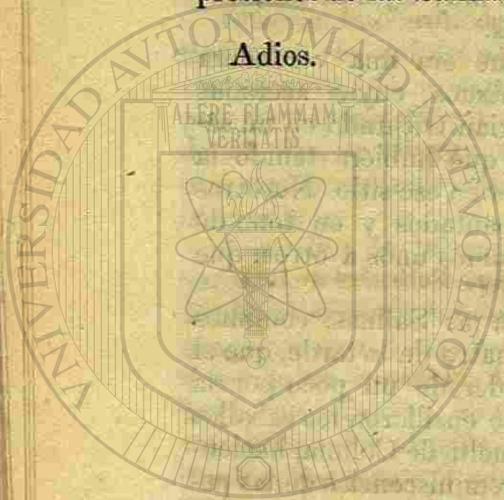
Aquello sí que era una verdadera jauría de mónstruos, cuyas aceradas dentaduras habrian triturado en un segundo al infeliz que hubiera tenido la desgracia de caer en ese sitio. Nosotros los veíamos espantados y en tono de chanza nos decíamos unos á otros: que ¿no nos bañamos?

Regresamos á las Salinas, comimos y, como á las cuatro de la tarde, que el calor habia moderado un poco por la brisa del mar, se ensillaron los caballos y tomamos la vuelta de Colima, haciendo agradables reminiscencias de las peripecias que nos habian ocurrido y de lo muy contentos que habiamos estado en el Real.

A las diez de la mañana del dia siguiente, llegamos á Colima y cada uno se marchó á su respectivo albergue y yo, á mi hotel de la Siberia.

Con la presente carta, queda á cubierto la omision que cometí en no haberte hablado á su tiempo de mis impresiones de las Salinas del Real.

Adios.



XX.

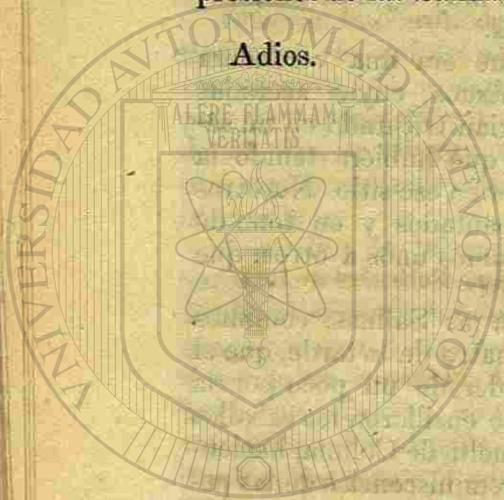
Zapotlan, Noviembre de 1877.

APRECIADA MARÍA,

Extrañarás ver la fecha tan reciente de esta carta respecto de la de mi anterior de Colima; pero la causa de no seguir el orden cronológico en el tiempo fué el no haberte escrito de esta poblacion cuando pasé por ella la primera vez que fuí de Colima á Guadalajara en 66; y hoy que encuentro de nuevo

Con la presente carta, queda á cubierto la omision que cometí en no haberte hablado á su tiempo de mis impresiones de las Salinas del Real.

Adios.



XX.

Zapotlan, Noviembre de 1877.

APRECIADA MARÍA,

Extrañarás ver la fecha tan reciente de esta carta respecto de la de mi anterior de Colima; pero la causa de no seguir el orden cronológico en el tiempo fué el no haberte escrito de esta poblacion cuando pasé por ella la primera vez que fuí de Colima á Guadalajara en 66; y hoy que encuentro de nuevo

Zapotlan, me propongo suplir esta omision para no faltar al orden en la enumeracion de las poblaciones que constituyen el derrotero que seguí en todo mi viaje y para que la coleccion de tus cartas sea completa.

Efectivamente, con motivo del segundo viage que emprendí para San Francisco el año pasado, pasé por aquí y encontré en la casa de Diligencias á dos antiguas amigas de Colima, Asuncion y Juana Dominguez, jóvenes muy apreciables: la primera me presentó á su esposo D. José Perez, actual administrador de la casa referida, que tambien me dispensa igual aprecio.

Ya, por estas relaciones que tenia en Ciudad Guzman, y hallándome en Colima de vuelta de California, así como estando próximas las fiestas de esta poblacion, fui invitado por esas amables personas, para venir á disfrutar de ellas, trayendo yo el doble objeto de conocer las costumbres, supuesto que no conocia bien la poblacion por haber estado otras ocasiones solamente de paso.

Mas ántes de hacer mencion de las fiestas de Zapotlan, debo hacer una pequeña reseña de la ciudad: ésta se compone de una larga calle que corre de Este á Oeste que es la principal y sirve de continuacion al camino real que viene de Colima á Guadalajara; hay otras paralelas y transversales que no dejan de tener alguna importancia por sus buenos edificios. Posée varias plazas, y la principal que corta la calle del centro, es grande con su fuente en el centro y al Este un bonito jardin: hácia el Sudoeste, está situada la parroquia, templo monumental de grandes dimensiones, con otros al lado: los cuatro lados de la plaza están flanqueados de buenos portales y edificios de importancia, mirándose allí, por el lado Este, la Casa Municipal y por el Norte la casa de Diligencias. Puesto el espectador en pié desde cualquier punto de esta gran plaza, disfruta de una vista magnífica por los edificios y las elevadas cordilleras que circundan la ciudad, especialmente por la del Sur que es un

altísimo cerro de bella forma, que parece que se inclina para ver la población.

A la espalda Oeste de la plaza grande, está la del mercado que cae frente á la fachada de la parroquia y también está circundada de portales y un comercio activo; su compartición es cómoda y tiene bien distribuidos los departamentos para la fruta, hortaliza y demás víveres.

Los alrededores de Zapotlan son magníficos por su verdor y hermosos puntos de vista, pero el que mas llama la atención es, el que está situado á la parte Este que contiene una laguna surtida de islotes, bosquecillos y lugares encantadores, terminando la perspectiva con extensas lontananzas y cerros de suaves líneas. Por las tardes se miran pasear por este ameno sitio, multitud de familias y cazadores diseminados en persecución de grandes parvadas de patos, garzas y gayaretas que abundan en el lago.

Como es grande el perimetro de Ciu-

dad Guzman, no es extraño, que no estando el número de sus habitantes en proporción, se vean las calles un poco desiertas en tiempos normales; sin embargo, en las fiestas que acaban de pasar, la abundancia de la gente que afluyó á ellas, le comunicó un aspecto risueño y la población tenía todo el aire de una ciudad populosa: esto quiere decir, que solamente hacen falta habitantes para completar la armonía de sus bien empedradas y embanquetadas calles, así como lo moderno y bien construido de sus edificios y sus templos monumentales.

Hay también un pequeño teatro, que si no es interesante por sus arcos arquitectónicos, tiene la capacidad suficiente para contener á las lindas zapotlanejas que concurren á solazarse cuando las suele visitar alguna compañía de verso.

El jardín que está situado en la plaza grande, es de proporciones justas, tal vez excede á las del Zócalo de México; aunque ménos rico en su orna-

mentacion; pero con todo, está ornado de cinco fuentes de cantera, pequeños kioskos, arbustos y flores escogidas y una serie de callecitas terraplenadas que cortan simétricamente el terreno, circundado de una barandilla de madera y los asientos correspondientes en la parte interior.

Este bonito jardin es visitado á mañana, tarde y noche, por la concurrencia mas notable de la poblacion, que van á aspirar á él, la fragancia de las flores, tomar el fresco del ambiente y disfrutar de la vista panorámica de las cadenas de montañas que circundan el valle y que, como dijimos, desde el jardin, tienen una vista encantadora y gradiosa.

Y sabes, María, lo que tiene de más notable este jardin? Que es la obra del patriotismo, la emanacion del buen gusto y el resultado de los esfuerzos individuales de una sola persona, que ama al país más que los que están en el poder que cuentan con sobrados elementos para emprender obras de arte que

siempre honran á un país y le imprimen el sello de la civilizacion.

Esa persona benemérita convocó á algunos vecinos de Zapotlan y les hizo presente: "Qué ya que la plaza de la ciudad era bien grande y que su misma extension la hacia desairada por falta de un monumento, sería bueno que, ya que no habia fondos en el Municipio para erigir una buena estatua, se pusiera al ménos un pequeño jardin, como lo estaban practicando las demas ciudades; porque, además de que embellecian sus plazas, cortando la monotonía arquitectónica y dura de los edificios, eran esos jardines un elemento higiénico de salubridad para los habitantes."

Algunos de aquellos señores ofrecieron cooperar para la realizacion del pensamiento; pero al fin, solamente uno que otro coadyuvó con pequeñas cantidades. Entonces, el autor de la idea, mirando la apatía y poco espíritu de progreso de los demas, se acordó de las bellas máximas. "Querer es poder." "Con

la fé y la voluntad se hace todo" y en el acto se propuso llevar á cabo la empresa, que está á punto de terminar por sí solo.

Tú desearás saber el nombre de la persona que llevó á cabo el imposible para un individuo de pocos recursos y de qué manera se salió con la suya; voy, pues, á satisfacer tu curiosidad, María, para que le tributes tu homenaje de admiracion; esta persona honorable es, mi bueno y querido amigo D. José Perea, el administrador de la casa de Diligencias de Zapotlan, y el recurso de que se valió este señor para proporcionarse fondos para construir el jardin, apénas puede creerse: fué organizar una compañía dramática con su misma familia, ayudada de alguna que otra persona extraña para engrasarla y dar cada ocho, cada quince dias una comedia, á la que concurrían gustosas las familias de Zapotlan que sabían el noble objeto de su representacion.

El próximo término de esta obra ti-

tánica de un solo individuo sin elementos, realizará los dos axiomas referidos y pondrá de manifiesto asimismo, cuanto puede el simple deseo y decidido empaño de ejecutar un pensamiento; es como el *Fiat* ó "hágase" del Génesis, de cuya palabra surgió toda la creacion.

El Sr. Perea se pone esta vez al lado de los Sres. Riva Palacio y Gonzalez Arratia en el Este de México; al de Rocha en Guanajuato y al de Rubio en Querétaro, para beneficiar á la humanidad, aumentar los goces sociales y honrar al país, con la ereccion de monumentos que lo embellecen.

Reciba este benemérito ciudadano los plácemes y la gratitud de la sociedad á los séres que la honran.

Vamos adelante, amiga mia.

Como te he dado ya una pequeña idea del aspecto material de la ciudad, voy á decir ahora unas pocas palabras sobre las fiestas que acaban de pasar, que duraron ocho dias y que á la verdad han estado espléndidas y concurridas.

Estas se parecen algo ó participan de los espectáculos de las de Colima, que llaman de San Felipe y de las de Leon, en el Buen Pastor, de que ya tienes conocimiento: de los de la primera son el Recibimiento de los toros y las corridas; de los de la segunda, las procesiones y alegorías de niños que representan asuntos bíblicos ó sacramentales.

Para proceder con orden, comenzaré con los preliminares indispensables de toda función, que casi son semejantes en todas nuestras comarcas.

Como en Colima, días ántes de las fiestas se reúnen los individuos mas notables de Zapotlan y en Junta, arreglan el programa de la solemnidad, nombrando a los que han de apadrinar ó erogar los gastos de los Recibimientos, en los ocho dias consecutivos, dejando la libertad de que cada uno les dé más ó menos brillo, según sus recursos ó su vanidad. En seguida se distribuyen los lotes que deben ocupar los palcos de la plaza de toros para que los

suscritores erijan el suyo y las familias tengan donde concurrir á las corridas.

Los indígenas, por su parte, se encargan de las funciones de iglesia, fuegos artificiales, abarcando, asimismo, algunos quintales de pólvora y miles de gruesas de cohetes para solemnizarlas de una manera estruendosa que pueda compararse al sitio de Sebastopol ó á la batalla de Sedan, según los furibundos camarazos que disparan en todo el tiempo que dura la misa y la procesion. Yo he oido en otros pueblos las detonaciones de las cámaras; pero no guardan comparacion con las de Zapotlan que parecen verdaderos krups por su estruendo y prepotencia.

Siguen á continuacion los particulares, en que las señoritas hacen el principal papel en el arreglo de los trajes de los niños que deben representar alguna de las alegorías, los carros y andas que deben sostenerlos y todo ya preparado, llega definitivamente la víspera del primer dia de las fiestas, y véñse llegar de las avenidas de los ca-

minos, gentes á pié ó á caballo, carruajes de varias formas, algunos sin pescante, como los de antaño y cubiertos de camisas de lona y empolvados, llevando á las familias de las haciendas ó de los pueblos vecinos; carretones cubiertos de un toldo de petate ó frazadas, en los que vienen robustas y moletudas rancheritas vestidas de los colores solferino, verde ó azul hermoso, ostentando rebozos de bolita ó tálalos encarnados; caravanas de indígenas vestidos segun el uso de su pueblo y muchachas de entre estos, luciendo sargas de corales entrelazados en el cabello, cintas encarnadas, el *quesquemil* bordado y algunas con zandalias ó *guaraches*: suelen verse bonitas muchachas con estos adornos trayendo ramos de flores naturales ó artificiales de papel y los hombres armados de dos ó mas libras de cera para ofrecer al santo patrono de Zapotlan, como lo verifican todos nuestros indios en la mayor parte de los santuarios ó fiestas, á las que concurren de muchas leguas á la redonda, en me-

dio de mil fatigas, acosados de los fuertes calores, del frio y del viento, volviéndose en seguida á su pueblo, acaso pidiendo limosna y muertos de hambre.

En la tarde de la víspera, ya se mira un turbion de gente por las calles y plazas; la fruta, las demas vendimias, las roletas, partidas ambulantes y el *carcamán*, situados en sus respectivos sitios, cuando un repique á vuelo y las cámaras hacen oír sus furiosos estallidos, anunciando que las fiestas han comenzado.

En tanto los hoteles están llenos, los mesones y aun muchas casas no pueden contener la concurrencia que ha llegado, y se vé á muchas personas solicitando alojamiento bien á pié á caballo ó en coche y la multitud armando un alegre bullicio, excitador y que conmueve las fibras del sentimiento, pre-disponiéndolo á gozar de todos los espectáculos que se preparan.

¡Llegó el dia!

Entre nueve y diez de la mañana,

míranse asomar, por los ngulos de la plaza principal uno a uno, los carros y andas que contienen los pasos ó alegorías de niños y la gente aglomerarse á ellos en tropel prorrumpiendo en exclamaciones, risas y en toda clase de comentarios por la gracia ó más ó menos propiedad con que están disfrazados; porque ya es el legislador de Israel con una gran barba que le da á la cintura, que con una vara hiere la peña, de donde saltan borbotones de agua y los isrealitas sedientos se aproximan à beber y algunos toman con sus cántaros; ya es el rey Asuero sentado en un trono y á sus piés Esther confundida ante la majestad del monarca y á los lados de este, Aman y sus demas ministros; ya es Sanson con la quijada del asno matando filisteos y á sus piés varios exánimes; y ya finalmente otros diez y seis ó veinte alegorías por el estilo que, aunque vestidos los chiquillos con propiedad, esto mismo causa la risa de los espectadores, pues los liliputienses personajes van representando

su papel con una gravedad y un aplomo digno de los mismos originales.

Cuando estin reunidos ya todos los carros, andas y estandartes, sale la procesion en medio de un mar de gente, escuchándose el alegre repique á vuelo, el terrible estampido de las cámaras y el diluvio de cohetes que pueblan el aire.

Otra cosa hubo nueva para mí en Zapotlan, y fueron los estandartes formados con morillos de ocho ó diez varas vestidos de flores, manifestando triángulos y otras figuras y uno ó mas cuadros de santos embudidos: estos guiones ó estandartes eran conducidos por muchos hombres, de manera que cada uno de estos llenaba la calle y podía constituir una procesion.

Despues que hubo recorrido esta cierto número de calles, volvió al templo y se deshizo todo el aparato de carros, gente y estandartes y á poco se organizó el Recibimiento.

Multitud de hombres á pié y á caballo se dirigieron al camino que debian

traer los toros para irlos á recibir..... todo esto lo mismo que lo que dejó referido de Colima en las fiestas de San Felipe, excepto en lo de llevar las banderas de las diferentes nacionalidades.

Después del encierro, del toro de once, etc., se encaminaron los convidados de ambos sexos al gran almuerzo á una de las casas grandes de la plaza: igual cosa se repitió en los días siguientes en las diferentes habitaciones de los que recibían.

Se deja entender que los banquetes fueron suntuosos y lucida la concurrencia, rematando la diversion en la noche con bailes.

El pueblo tenía también los suyos en la plaza bajo las tiendas de lona ó de tabla y al cielo raso, bailando al són del harpa las jaranas y el violín y se jugaban rifas, albures, roletas ó saboreaban el tequila y el pulque de Sayula que estaba de lo bueno.

Yo estuve divertido en las referidas fiestas y como reunía con algunas familias de Colima y Guadalajara, en los

ratos que no había que ver de procesiones, salíamos por la tarde á los alrededores, á oír el piano en algunas visitas ó rematabamos en el baile ó la iluminación que francamente en Zapotlán es artística y del mejor gusto, porque las calles principales de una á otra acera, están tapizadas de líneas de faroles venecianos interrumpidas de vez en cuando de pabellones y en el confin una alta pirámide que desde lejos y en conjunto produce un efecto óptico de los más seductores; ni en la capital de la República he visto iluminación semejante.

Hace seis días que terminaron las fiestas; las familias forasteras han regresado casi todas á sus diferentes tierras; la plaza de toros la están desbaratando; todo va quedando quieto y vuelve á su estado normal; las fiestas y todas sus peripecias pertenecen ya á la historia y pagan su tributo como lo que llega y pasa que "hoy es y mañana no." ¡Esto es lo efímero de todas las cosas!

Yo también tomo mi portante, Ma-

Por ahora comenzaré por decirte, que cuando estuve en Colima, y me hallaba en algunos círculos de personas jaliscienses, oía referir de Guadalajara maravillas, elogiando unos su hermoso cielo, otros sus magníficos edificios; estos el bello aspecto de sus calles, aquellos la magnificencia de sus plazas y paseos, sus baños, sus jardines, sus pintorescos alrededores, la belleza de las mujeres, el talento de los jóvenes, su valor, y en fin, cosas que me dejaban con la boca abierta. Estas descripciones, lleno de admiración, ponían alas al gran deseo que yo tenía de conocer á Guadalajara de años atrás, porque entrañaba para mí una tierna afección, la de que esta poética ciudad había sido la cuna de mi padre.

¿Cómo no había de experimentar emociones al irme acercando al valle donde, á la distancia de dos leguas, hacia el Sudeste, comencé á descubrir, sobre la línea de una loma, las agudas puntas de las torres góticas de la catedral, y al paso que ganaba terreno iban

creciendo sus dimensiones, poniendo en evidencia el resto de su arquitectura, apareciendo después la cúpula, el resto del gran edificio, y subsecuentemente otros templos de segundo orden y un considerable número de casas? La emoción que experimentaba ante el encantador panorama que tenía á la vista, era indescriptible; me hallaba poseído en ese momento de sentimientos encontrados; pensaba con tristeza en las bellezas de Colima y en los buenos amigos que en ella había dejado; pensaba que iba por fin á visitar la tierra natal del que me dió la existencia, y todas estas ideas estaban envueltas en la sorpresa que me causaban los imponentes objetos que tenía delante.

Pasó un momento, avanzó un poco más el carruaje que me conducía, y otras nuevas lomas ó quebradas del camino comenzaban, como el telón de un escenario, á ocultarme el hermoso panorama que tenía á la vista..... Se perdió por fin, y solo me rodearon las cor-

dilleras de montañas que circundan todo el valle de Jalisco, las inmensas lontananzas que se miran á los lados del camino, y me hallé poseído de la impresión que había dejado en mi alma la grandiosa perspectiva que hacia un momento tuve á la vista, y los deseos de volver á verla y llegar á tocar los objetos muy de cerca. Oh! el que haya viajado, se ha de haber visto en las mismas circunstancias que yo al aproximarse á una ciudad, á un lugar del que tenga anticipadamente noticias ventajosas, ó que, habiendo hecho un viaje dilatado, se sienta con deseos de llegar al término de él, fatigado con las molestias consiguientes de un vehículo que camina las mas veces sobre un terreno no muy igual, cuyo balance tortura los miembros del cuerpo. Esto, y el vehemente ardor de ver objetos nuevos, de tratar á otras gentes, de observar nuevas costumbres y de experimentar gocees desconocidos, que la imaginacion abulta y hace encantadores, ponen alas al deseo y es una verdadera inquietud

la que se experimenta, una molesta impaciencia.....

Pero ¡qué veo! vuelvo á tener delante las extremidades superiores de la torre de la Catedral..... asoman ya otras..... hermosas cúpulas ponen á la vista sus linternillas.... Oh! los edificios forman un océano arquitectónico, cuyo fondo cierran las azuladas montañas de la Barranca. Comienzo á ver las primeras calles al volver de una quebrada..... la gente, semejante á pigmeos por la distancia, los carruajes.... en fin, toda una ciudad, cuyo aspecto hace latir el corazón con un indefinible placer, porque en breve se tocará á sus puertas.

Rueda finalmente el carruaje sobre los empedrados, y algunas familias asoman a los balcones y ventanas para ver á los pasajeros, y éstos á su vez pasean la vista rápidamente sobre ellas y por todos los objetos que se presentan por delante.

Llegamos al hotel á las cinco de la tarde y á poco se desprendieron grue-

sos goterones de una nube tempestuosa, que mas tarde inundaba la ciudad, oyéndose á cada instante la detonacion del trueno.

Por mas que deseaba comenzar mi excursion por las calles para saciar mi curiosidad, la lluvia me lo impidió y tuve que resignarme á quedar preso por esa noche.

Fuí entretanto á los salones de billar, y despues al restaurant para tomar una comida, que el ejercicio que hice en el dia me la hacia apetitosa.... Mañana comenzaré á tomar posesion de la ciudad y te daré noticia de mis impresiones.

Es de dia: la atmósfera está pura y serena; el cielo de un azul limpio hermosísimo; algunas nubecillas blancas ruedan por el espacio, semejantes a pequeños copos de algodón, y un vivo sol

derrama su luz sobre una naturaleza encantadora, que solamente en los trópicos se ostenta galana, haciendo brillar los diamantes que la lluvia de la víspera depositó sobre las hojas de los arbustos; todo es alegre, todo tiene un color de rosa que lo baña de un tinte indefinible.

Las campanas de algunas iglesias llaman á misa y mucha gente pulula ya en las calles para respirar el dulce fresco de la mañana y ocuparse de sus diarias tareas.

Yo despues de haberme refocilado con un opiparo almuerzo, tomo el portante y, lleno de gozo porque iba á ver coronados mis deseos, doy principio a mi paseo me dirijo, primeramente á la plaza principal.

La plaza de armas que se halla situada al costado izquierdo de la Catedral, aunque no es muy extensa, es bastante hermosa por la disposicion de su ornato, un bello jardin y la fuente de agua cristalina que tiene en su centro, como igualmente por los naranjos

que circundan sus lados, cuyas flores de azahar aromatizan el ambiente, y en fin, por sus anchas aceras y asientos que contienen de noche la multitud de familias, que, á la luz de la luna ó el gas, van á tomar el fresco.

Contribuyen tambien para hermo-sear esta plaza, la Catedral y la fachada del palacio que está situado hácia la parte oriental, cuya estructura es severa y grandiosa. Aquella es grande y de bello aspecto en su interior y exterior; el primero por la riqueza y elegancia de sus altares, sus grandes órganos y hermosa cúpula: por el exterior, ésta y sus torres góticas, dan gallardía al conjunto, que en su mayor parte, es del orden compuesto.

Hay tres manzanas de casas que están circundadas de portales, dos de éstas tienen frente á la plaza de armas, en las que se miran las bonitas tiendas de ropa, platerías, mercerías, etc. Frente á la fachada de la Catedral que mira al Poniente, hay otra plaza mas pequeña y a su derecha está situado el pala-

cio episcopal, edificio que llama la atención por sus dimensiones y magnífica arquitectura.

Al costado Norte de la Catedral alardea una plaza grande, en la que se halla un cuartel de infantería, y la fachada al Poniente del Colegio del Liceo de Bellas Artes; ambos edificios son de grandes dimensiones y de buen aspecto.

Todas las calles de la ciudad son rectas, bien empedradas y enlosadas, aunque no muy anchas; los edificios en general son hermosos, y mas aún los nuevamente construidos. La poblacion, aunque consta de ciento diez mil habitantes, aparece poco numerosa, quizá á causa de que la ciudad ocupa una legua de extremo á extremo y aquella no se halla en proporción a las dimensiones de ésta: conventos de ambos sexos, parroquias y otras iglesias abundan las mas de ellas de una arquitectura sencilla, algunas hermosas y ricas en su interior y exterior, especialmente Santa Maria de Gracia, San Agustin, San

Felipe, Jesus María, San Diego y otros.

Existen cinco grandes colegios, todos ellos monumentales; el de la Compañía, Seminario y Liceo para hombres, y el Hospicio y San Diego para señoritas. Estos grandes edificios son espléndidos y ricos en su arquitectura, especialmente los de la Compañía y Hospicio: éste tiene un templo circular en su centro, con una elegante cúpula, y de las cuatro puertas parten avenidas que dividen el edificio en cuatro grandes porciones que contienen hermosos departamentos con las oficinas del establecimiento, y patios con sus fuentes y una abundante colección de plantas y flores en todos ellos, que hacen risueño y agradable el conjunto..... ¡Oh! la vista de la fachada del Hospicio y la hermosa cúpula que la corona, produce un efecto óptico de lo mas seductor; visto en todo el largo de la calle de este nombre parece un monumento romano.

¿Y qué diremos del Hospital de Be-

len? Este es un edificio que, con el panteon que tiene á su lado, puede ocupar un cuarto de legua en cuadro. Grandes salones para los enfermos, espaciosos patios, algunos de ellos adornados de fuentes y jardines, competentes oficinas para los empleados y una buena escuela de ambos sexos, dirigida por las Hermanas de la Caridad.

El panteon de Santa Paula, adyacente al Hospital mencionado, es superior al de la capital de México, del mismo nombre. tanto por sus dimensiones como por su arquitectura del órden jónico; véñse un número considerable de mausoleos de diversos órdenes arquitectónicos, muchos de ellos ricos en su ornamentacion, obras algunas de los artistas jaliscienses, Galvez y Carreon. El cuadro que circunda el panteon y que abriga los sepulcros ó urnas embudidas en los muros, es un portal de bóveda y elegantes columnas. El centro está ocupado por una capilla gótica, elevada sobre cuatro escalinatas, que conducen á otras tantas fachadas ó puer-

tas, y debajo un subterráneo en el que se miran algunas urnas de personas notables.

De esta capilla parten multitud de callecitas que cortan toda la área del terreno, simétricas y hermoeadas con árboles y flores, que hacen apacible el lugar y disminuyen la tristeza de que se debe estar poseído al visitarlo; hay una especie de poesía que convida a detenerse en compañía de los que allí reposan.

Después de haber visto los edificios mencionados, un amigo que me servía de *cicerone*, y yo, nos dirigimos á ver los teatros. Son dos, el antiguo de Zumelzuy, cuya arquitectura no ofrece cosa notable, y el de Alarcon, que actualmente termina Gálves á expensas del ayuntamiento de la ciudad. Este teatro es una obra verdaderamente monumental por su solidez y estructura, entrando solamente el hierro y la cantera en su material, y aunque no hay en él una severa regularidad en sus órdenes arquitectónicos, llama, sin embargo, la

atención por sus grandes dimensiones y el golpe de vista que presenta. Todo el edificio ocupa una manzana, y tanto por sus costados como por su espalda, está circundado por una elegante portalería y tiendas, y la fachada es un peristilo compuesto de un soberbio intercolumnio, que cuando esté concluido debe dar gran majestad al conjunto.

La rotonda ó antepatio es oval, con columnas que sostienen otros dos cuerpos que hacen juego con el primero, y en seguida se penetra á otro vestibulo mayor, cubierto de cristales, que conduce definitivamente al salon. Penetrando á éste, la vista se dilata entre las enormes dimensiones del patio y palco escénico, mayores que los del teatro Nacional de México: una magnífica cúpula semi-cóncava, en la que hay ejecutadas escenas de la "Divina Comedia" por el aventajado jóven artista Suarez, corona el patio, que está circundado de cinco órdenes de palcos, cómodos y elegantes, sostenidos unos por otros con esteltas columnitas y

hermosos balaustrados, todo decorado con estuco y oro.

El proscenio ó palco escénico tiene mucho fondo, y un profundo subterráneo, cruzado todo de fuertes arcos de piedra que sostienen el piso; este subterráneo sirve para guardar en él algunas decoraciones y colocar maquinarias para las comedias de magia.

El lugar donde se coloca la orquesta es otro pequeño subterráneo que forma la caja de una guitarra á fin de tomar tornavoz... Finalmente, el teatro Alarcon reúne á su belleza artistica la mayor comodidad para gozar de los espectáculos, pudiendo verificarlo desde los cómodos asientos centrales del patio hasta el hueco mas hondo de la galería y rincones de los palcos de los costados, porque todos los asientos converjen perfectamente al centro.

Después de haber admirado el teatro Alarcon, nos dirigimos á mi hotel para tomar descanso, porque era la hora del medio dia, y quedé sorprendido al ver las calles casi desiertas y la mayor par-

te de las tiendas cerradas. Pregunté á mi amigo cuál era la causa de esto, y me contestó que en Guadalajara habia la costumbre de cerrar el comercio á la una del dia para irse á comer los comerciantes y se abria á las tres de la tarde. No quedé poco sorprendido de esta costumbre singular, que existió en la época de los Virreyes, y no la habia visto en ninguna otra parte.

Después de haber tomado algun refrigerio y un corto descanso, volví á emprender mi excursion dirigiéndome á la plaza de toros, que llama la atencion porque es de mauposteria, y se compone del tendido ó gradas y dos órdenes de palcos sostenidos por esbeltas columnas; sus dimensiones son como las de la plaza de toros de Bucareli en México. Concluida mi visita, como eran ya las cinco de la tarde, regresé al paseo, que está allí inmediato y queda al Oriente de la ciudad. Este lugar lo forma una gran calzada de cuatro hileras de árboles, que marcan una ancha calle en el centro y dos laterales, más, extre-

chas, con multitud de asientos de piedra, y se extiende un cuarto de legua, corriendo paralelo un canal, que tiene á un extremo opuesto bonitas casas de campo con huertas y jardines, embelleciendo el conjunto la hermosa iglesia de San Juan de Dios con su hospital y cuartel inmediato, y una serie de puentes que comunican á las calles que continúan la parte oriental de la ciudad. En el centro de este paseo, formando una tangente, está situada una grande alameda con algunas fuentes y glorietas, y la principal se adorna con una estatua de Neptuno, de piedra cantera, de escaso mérito artístico.

Comenzaron á rodar los carruajes de las familias de la aristocracia; en los que á porfía brillan las beldades jaliscienses: asomaron grupos de apuestos ginetes montados y vestidos, unos á la mexicana, en magníficos caballos, y otros á la inglesa ó á la francesa, en ligeros albardones. Veíanse entre otros grupos señoritas semejantes á ligeras Amazonas, que con el mejor garbo y

donaire manejaban su corcel, ondeando al ligero soplo de las auras las blancas plumas de sus sombreros ó sus velos transparentes. Por entre toda esta turba cabalgadora venia mezclada la gente pedestre; hermosas jóvenes que aunque tenían carruaje, preferirian dar el paseo á pié por hacer algun ejercicio; muchachas que aunque pertenecian á la clase media, no lucian por eso ménos sus hechizos, y todas, ricas y pobres, y aun las hijas del pueblo, atraian la atencion del extranjero por su garbo en el andar, su pié breve y calzado con esmero, y sobre todo, por sus divinos ojos, ojos hermosísimos, que traen á la memoria los de las bellas mugeres de la Alhambra, que nos pintan los poetas, y no es extraño, la raza de las de Guadalupe viene más directamente de la andaluza, que pobló una parte no pequeña del interior de la República.

Largo tiempo estuve contemplando aquellas hileras de carruajes y caballos que, á semejanza de una linterna mágica, pasaban rápidamente por mis ojos,

escribirte estas líneas, que termino ya porque está bien entrada la noche y han sido demasiado extensas.

Hasta otra vez, amada María.

F. S. G.

XXII.

Guadalajara, Octubre 12 de 1877.

QUERIDA MARIA:

Mucho tiempo he dejado de escribirte, pero recordarás que dije en mi anterior, que lo verificaria cuando estuviera próximo á salir de esta ciudad, y como hoy es la víspera, cumplo mi palabra, dándote cuenta de los demás detalles referentes á ella.

En mi anterior te hice una reseña de

escribirte estas líneas, que termino ya porque está bien entrada la noche y han sido demasiado extensas.

Hasta otra vez, amada María.

F. S. G.

XXII.

Guadalajara, Octubre 12 de 1877.

QUERIDA MARIA:

Mucho tiempo he dejado de escribirte, pero recordarás que dije en mi anterior, que lo verificaria cuando estuviera próximo á salir de esta ciudad, y como hoy es la víspera, cumplo mi palabra, dándote cuenta de los demás detalles referentes á ella.

En mi anterior te hice una reseña de

los principales edificios y de lo más notable que ví á mi llegada; hoy, despues de algun tiempo de residencia, en vista del conocimiento que he adquirido de las costumbres y caracteres de los habitantes, así como de otras cosas que he visto, concluiré bosquejando mis impresiones para que te formes una idea mas completa acerca de lo que es Guadalupe, física y moralmente.

En todo el trascurso de un año hay tres paseos principales: del de la Alameda hablé ya, que es en la estacion de la seca, y se verifica diariamente; ahora diré algo sobre el de las Barranquitas, que es el de las aguas, y despues mencionaré el de San Pedro. El primero, el de la Alameda, tiene un caracter mas sério, tanto por su forma, como porque la concurrencia en su mayor parte es más escogida; este paseo remeda, por sus caracteres aristocráticos, al de Bucareli de México.

El de las Barranquitas se parece igualmente al de la Viga, de la misma capital, porque tambien es popular y

afuyen á él todas las clases de la sociedad los dias de fiesta. En efecto, ¿no se podria decir, sin equivocacion, que este paseo es más bonito y poético que el de la Alameda, porque la misma variedad lo hace risueño?

Los dias de fiesta, desde las tres de la tarde, millares de carruajes corren por todas las calles adyacentes á las barranquitas, especialmente en la que está a la línea recta; mucha gente de a pié y á caballo, las lindas chinas (1) jaliscienses, luciendo su donaire y gallardía, ora en la compuesta enagua de seda, ora en el rebozo (2) que llevan con exquisita gracia; ora tambien en el coqueto zapato ó botín, brillando en el primero una *mancuernilla* de oro; ya, mas particularmente, en esa mirada lasciva, que enciende el fuego en los coranes mas helados.

¿Y qué diremos de ese ramillete de

1 Mujeres del pueblo.

2 Especie de chal de hilo ó de seda, color azul, negro ó café.

olorosas flores que se ostenta gallardo engalanando las aceras de toda la larga calle del paseo? Lindas morenas de ojos de azabache y rizos de ébano con una crespa pestaña que aduerme la mirada blandamente; rubias con cabellos de oro y ojos de color de cielo, de un mirar apacible; caras sonrosadas, que han robado su púrpura al clavel mas delicado, y cuellos largos, rizos castaños, ondean levemente acariciando un cuello de cisne; y beldades que muellemente reclinadas sobre los almohadones de sus sofás y los respaldos de sus sillones sonrien de amor; desplegando dulcemente sus labios de coral á la vista de un doncel, que ligero cual una exhalacion ha pasado hincando la espuela en los hijares de su caballo al desfilarse frente á su adorada.... millares de objetos, en fin, que llenan el corazon de los paseantes y les dejan impresiones muy profundas.

Toda la gente va y viene en la avenida principal de este paseo, y en su término, que es un pequeño llano con algunas desigualdades en el terreno y

bancas de piedra, se sitúan multitud de grupos, ya en pié, ya sentados, ya en movimiento; carruajes y caballos que se mezclan en la muchedumbre, otros que forman dos hileras en uno de los lados del campo, como soldados en batalla; muchachos que triscan con sus borregos; otros que con risueña algarabía dan vueltas en el volador, y hacen columpio ó suben y bajan en el bimbalote, y parejas de señoritas que corren por el tapiz de aquel vergel, produciendo los diferentes colores de los trajes y la mezcla informe de los objetos, un conjunto pintoresco, que no es fácil describir.

Como los jaliscienses son alegres por carácter, inútil es decir que son afectos á la música y en general á todas las bellas artes. Existen en Guadalajara una Academia de pintura, dirigida por D. Felipe Castro, alumno de San Carlos, para los varones, y en San Diego, para señoritas; hay también una sociedad filarmónica, de ambos sexos, que da mensualmente un concierto, diri-

gida por D. Jesus Gonzalez. Como artistas profesores en pintura son notables el mencionado Castro Suarez, Villaseñor, Gálvez padre é hijo y Valdéz, así como las señoritas Alejandra y Gregoria Velasco. En escultura Gálvez autor del teatro Alarcón, y D. Espiridion Carreon, que ha construido edificios de formas ligeras y elegantes, que embellecen algunas calles principales.

En música Don Jesus Gonzalez, los dos hermanos Rojas y Aguirre; el primero ha formado á la mayor parte de artistas que llaman la atención, y el último es notable por la organización de músicas militares y su gracia en la composición de piezas ligeras; D. Miguel Meneses posee el título de maestro por que ha formado falange con los de la capital de México, en la composición de la música clásica ha compuesto dos óperas notables. Nada diremos de los muchos jóvenes que cultivan la literatura, y en el bello sexo descuella como la mas notable, la Señora Isabel Prieto, por sus composi-

ciones líricas y dramáticas. En general podemos decir que el cielo de Guadalupe inspira á sus habitantes para ejercer con brillo las ciencias y las artes, así como inflama su sangre para todo lo que es movimiento y vida, haciéndolos notables en toda la República.

Existe tambien una sociedad de artes plásticas, bien organizada, de la que son sócios, no solo artistas y literatos, sino algunos particulares; semanalmente tienen sus reuniones, y se discute sobre artes y organizan las exposiciones anuales.

No debo pasar en silencio los grandes adelantos que hay en los dos colegios de señoritas, San Diego y el Hospicio. He presenciado los exámenes en ambos, y me sorprendieron los rápidos progresos que han hecho en poco tiempo. Las jóvenes fueron examinadas en física, geometría, matemáticas, cursos de historia sagrada y profana, música, dibujo y pintura, y todas causaron, como era justo, la admiracion de los circunstantes hasta humedecer algunos

párpados por el entusiasmo; algunas señoritas leyeron, el día de la repartición de premios, hermosas composiciones poéticas, escritas por ellas mismas, que arrancaron frenéticos aplausos: otras ejecutaron selectos trozos de las mejores óperas de Rossini, Verdi y Donizetti, y las mas llenaron divinamente su misión, dejando satisfecha á toda la concurrencia que asistió al acto.

El mismo tributo de admiracion que pago á las señoritas jaliscienses por su talento y aptitud para los estudios en su educacion secundaria, pago igualmente á las guanajuatenses, morelianas, queretanas y á todas las que he visto lucir sus talentos en las ciudades por donde he pasado.

Vamos á otra cosa.

Ya sabes que las principales ciudades de México tienen sus parques ó puntos

favoritos, donde las familias acomodadas van á pasar la estacion del calor. Así como la ciudad mencionada tiene á Tacubaya, San Angel, San Cosme, Tizapan, y Coyoacan, Edenes floridos donde todo es poesia, flores, amores, bailes y placeres, así Guadalajara tiene á San Pedro, nombre de la poblacion en donde remata uno de los tres paseos que mencioné arriba y que dista una legua de la ciudad. San Pedro es una villa corta, compuesta en su mayor parte de lindas casas de campo, preciosos jardines, huertas con toda clase de árboles frutales, y á su derredor campos de esmeralda en los que hay situadas haciendas con multitud de ganado y algunas fincas que las hacen vistosas.

En la poblacion mencionada establecen su residencia multitud de familias en los meses de Julio, Agosto, Setiembre y Octubre, que huyen de Guadalajara para buscar el fresco y el descanso en esta época del calor. Si en los meses anteriores San Pedro era una villa silenciosa, en la que una que otra tar-

de se oía rodar una carretela y se veía una que otra persona por las calles, mas bien como fantasma en el peso de la noche, si en este tiempo, decimos, se entrara á algunas de las muchas habitaciones de las casas de campo mencionadas, se notaría un silencio pavoroso, algun raton que corría á las sonoras pisadas del visitante, las telarañas que colgaban por los rincones, algun saltapared <sup>1</sup> que huía espantado, y cuando más un pobre anciano á la extremidad del edificio, especie de conserje ó guardian en la ausencia de los amos; esto sería lo único que se notaría en la época de soledad, de silencioso abandono. Pero llega el mes de Julio; la calzada del paseo es obstruida por carruajes que llevan, como pirámides ambulantes, el menaje completo de uua casa, y el criado y recamarera armados de una escoba y plumero para sacudir el polvo y alejar á las pacíficas trabajadoras, que

<sup>1</sup> Pajarito gris que, cantando, recorre una escala y se alimenta de arañas.

se habian encargado de tejer algunos doseles en las habitaciones. Concluye esta operacion importante, y á poco, nuevos vehículos, diferentes de los primeros, conducen á las familias y, entónces las salas que ántes sonaban con eco pavoroso por algun ruido extraño, resuenan ahora con el piano, con la risueña algarabía de los niños y el tiple melodioso de las muchachas.

Anteriormente las calles estaban desiertas; pero hoy las jóvenes y leoncitos las llenan, y en la tarde centenares de carretas tiradas por bueyes, yacen frente á las fachadas, y otras caminan ya al paseo, haciendo un verdadero contraste su forma rústica y tosca con las de las bellezas que lleva consigo. Rostros encantadores, ojos hermosísimos, pequeñas manos y gentiles talles y algunas veces descuidado el hechicero pié, son los atractivos objetos que tiene á la vista el afortunado paseante, que ya á pié ó desde su caballo, es atraído por esta pintoresca multitud. En algunas de esas carretas va la guitarra y se

canta, y casi las más llevan tras sí, á guisa de escuderos, apuestos jóvenes que cabalgan en magníficos caballos y que van mendigando sonrisas.

El paseo de San Pedro, como uno de los tres principales, tiene su época, que es la misma en que las familias están de temporada. A este paseo se traslada la concurrencia que tuvimos ocasión de ver en el de la Alameda, y además hay que agregar una multitud de carretas pertenecientes á las familias veraniegas; esta mezcla da cierto carácter extraño al conjunto porque contrasta la forma rústica de aquellas con la aristocrática de los cupés y cargas inglesas, así como el paso tardío de los bueyes, con el inquieto y brioso de los caballos.

En la fiesta del patron titular de la villa hay que ver el gentío de Guadalajara que se traslada á ella, viandando literalmente el paseo de carretas descubiertas y cubiertas, saliendo de ellas la voz de los cantores y cantoras mezclada á los acordes de una guitarra ras-

gada con salero; caballos y vehículos de toda forma, gente á pié, vendedores de todas clases de golosinas, tiendas situadas aquí y allí de frutas y refrescos, fondas, juegos, corrillos de ciudadanos alegres con el mezcal ó Tequila, 1 que ó cantan ó bailan, y barahunda, en fin, que atruena los oídos, y cuya vista heterogénea y abigarrada produce el vértigo en el paseante.

Además de los paseos de la ciudad ya referidos, hay otros campestres que son también atractivos, tales son los de la Barranca. Conozco dos de ellos, uno es el de una hacienda que llaman del Padre Lago, y el otro el de Portillo. Ambas situaciones son bellísimas, porque están ubicadas en la ribera del caudaloso río de Lerma, cuyas aguas corren á veces en un cauce profundo y encajonado, elevándose en sus orillas altísimas montañas de granito cubiertas de vegetación, en donde á porfía crece

1. Vino extraído de un maguey particular con la apariencia de agua clara.

el plátano, el naranjo, el limonero, la dulce caña de azúcar, el guayabó y otras frutas de la tierra caliente, cuyos árboles y arbustos apenas dejan penetrar los rayos del sol.

Estos puntos pintorescos se hallan á ménos de tres leguas de Guadalajara, hácia el Nordeste. A poco más ó ménos de una legua de la ciudad es una delicia contemplar la imponente perspectiva que se desarrolla ante la vista del viajero, que comienza á descender gradualmente por entre una sinuosidad de terreno, cubiertas sus veredas y laberintos de una riquísima vegetacion que llena el ambiente con su aroma, formando á veces las ramas de los árboles doseles ó cúpulas de verdura, en donde se halla entrelazada la campanula, la madreselva, el manto de la Virgen y otras enredaderas, que á veces caen en graciosas espirales que rozan suavemente la mejilla. Al paso que se adelanta, se descubre allá, en el fondo del inmenso panorama, que mas bien remeda un océano de verdura, una cin-

ta de plata: es el rio que corre majestuoso y severo, y el que, como un rey, está rodeado de toda su corte de altísimos peñascos, cortados perpendicularmente, árboles colosales, espesas selvas, flores de mil formas y colores, y el inseparable concierto de pajarillos que revolotean alegres en todas direcciones.

Por mas fria que sea el alma del que visita estos lugares encantadores, la grandiosidad de una naturaleza magnífica la conmueve é inflama de un fuego desconocido: es necesario ser insensible, casi un réprobo, para no experimentar emocion alguna á la sorprendente vista de tanta maravilla.

Y ¿qué diremos de la famosa cascada de Juanacatlan?

Para hacer la descripcion de esta otra maravilla, confieso francamente que no hallo expresiones suficientes para encarecer su sorprendente aspecto; baste decir que se la considera en tercer lugar despues de la del Niágara.

Pocos dias hace que tuve la fortuna de visitar la cascada de Juanaatlan, en

á todos, que corrimos á detenerlo.... era que poseido de una religiosa admiracion, saludaba con la cabeza descubierta aquella obra de Dios y agitaba el sombrero en los aires exhalando gritos de entusiasmo.

Mucho tiempo contemplamos esta maravilla, admirados de que el inmenso caudal de aguas del del gran rio de Lerma se precipitara á la altura de sesenta varas, formando una cortina de cristal de la anchura de doscientas, y complacidos tambien de los mil arcos iris que se formaban con los vapores.

Inútil es decir que los tres dias que permanecemos en Juanacatlan, visitamos á mañana y tarde la hermosa cascada, y varias veces trepábamos algunas alturas desde las que descubrimos preciosos panoramas y las ondulaciones que hacia el rio en su curso, que era manifesto á muy larga distancia por la mayor espesura del bosque inmediato á sus riberas.

Este paseo lo hicimos, como dije ántes, en el mes de Julio, cuando las aguas

están ya en su fuerza, así es que el campo estaba cubierto de verdor y las florecillas del césped abrian amorosas su corola. Saliamos á veces á caza de tórtolas ó liebres, casi siempre mojados por una menuda lluvia, y nos acompañaba Carolina, jóven americana, muy varonil, y que solia ser más afortunada en esa operacion.

Volvimos á Guadalajara, las señoras en sus coches y los hombres en nuestros caballos, haciendo reminiscencias de todo lo que habiamos visto.

A nuestra llegada, solamente pensé en los preparativos de mi viaje, y hoy, que todo lo tengo arreglado para marchar, he tomado la pluma para borro-nearte estos apuntes, ofreciendo continuarlos cuando llegue á mi destino.

Adios, María querida, no olvides á tu amigo.

F. S. G.





Tepic, Octubre 15 de 1866.

MARIA.

A las cinco de la tarde de hoy, he llegado á esta ciudad un poco cansado porque la jornada que hice fué demasiado larga.

El camino que hay de Guadalajara á esta ciudad es hermoso, especialmente el trozo que comienza desde Santa Isa-

bel, porque de aquí principia el monte formado de una série de planicies, elevaciones, barrancas profundas y una vegetacion siempre magnífica.

Anoche dormí en un rancho que está poco antes del punto ya mencionado, y en verdad que es precioso por la mucha agua, los hermosos puntos de vista y las barracas ó pequeñas casas que están como engastadas entre la verdura, semejantes á los nidos de los pájaros.

Como llegué temprano, tuve lugar de pasearme por varios sitios y de ver igualmente á los jóvenes que habitan este pequeño paraíso; y se puede decir que son otras tantas Evas que podrian hacer comer la manzana á otros tantos Adanes por lo hermosas que son. Algunas estaban ocupadas en sus tareas domésticas dentro de las casas y á otras se les veia encaminarse con un cántaro al vecino raudal, de donde volvian con él puesto sobre el hombro como Rebeca, ostentando una gracia antigua como la de las mugeres que se miran pintadas por Vernet.

La casa en que me hospedé, era de un honrado labrador, ya algo entrado en años; tenía éste dos hijos varones y cuatro hembras, muy agraciadas á la verdad, que se ocupaban en varias labores al lado de su madre.

Confieso que estas muchachas me impresionaron fuertemente, porque además de ser bonitas, tenían ese aire cándido y franco que se nota en la gente de nuestros campos y esto las hacia en extremo amables.

¡Qué diferencia, murmuraba yo interiormente, entre estas jóvenes tan puras, tan sencillas y trabajadoras, cuyos sentimientos no están corrompidos por el hálito pestilente de las ciudades, y las que están en medio del bullicio de una sociedad que se llama culta, llena de extravagancias y sobre todo, de costumbres estragadas!

Los que se afanan por encontrar una muger virtuosa, debían salir al campo y allí la hallarian fácilmente; pero de liro; una joven del campo, no cuadraría con las exigencias de una civilización

que busca el refinamiento en las acciones; el que se uniera con una de ellas, se avergonzaria de presentarla en los círculos aristocráticos, porque en ellos es necesaria la simulacion, la falsedad, una sonrisa en los lábios aunque esté sangrando el corazón y otros movimientos que están en abierta hostilidad con las costumbres de una naturaleza simple; por eso, aun cuando se sacrifique la paz del alma, aunque se deseche una felicidad encontrada, todo se sacrifica en las aras de esa sociedad implacable y llena de extravagantes impertinencias.

Al otro día bien temprano, mi criado ensilló las cabalgaduras y partimos, internándonos por el monte entre un cendal de trasparente niebla que cuando comenzó á disiparse, se condensaba en grandes copos, semejantes á una nube que reposa en las quebradas, asomando por algunas partes los verdinegros pinos ó las elevadas crestas de las montañas.

Se elevó despues el sol resplande-

ciente y tiñó con su dorada luz todos los objetos. Era una delicia ver la colosal vegetacion que ornaba por todas partes el risueño panorama que se tenia á la vista. El pino secular, la corpulenta encina, la higuera, el guayabo, el plátano silvestre, la enredadera que trepaba por los troncos de los árboles, la yerbesita que crecía sobre el césped, las grandes elevaciones de granito que perpendicularmente se elevaban hasta las nubes y los riachuelos que á cada paso dejaban escuchar su alegre murmullo, el canto de las aves; todo, todo esto impresionaba el alma y llenaba el corazon de una delicia encantadora.

Despues de dos horas de camino, nos reunimos con algunos viajeros y estos me hacian observar algunos lugares notables en otro tiempo, ó porque habian presenciado escenas de nuestra Independencia, de la guerra civil ó hubiesen sido guaridas de ladrones. Actualmente no se tenian temores de asalto alguno por esos hijos de Caco, porque el jefe político de Tepic, tenia bien cus-

todiado el camino, así es que marchábamos en agradable conversacion, gozando de la belleza de las perspectivas.

Llegamos, finalmente, á Tepic, despues del toque de la oracion: nos hospedamos en el mezon de Guadalupe y salimos á dar un pequeño paseo á la plaza de la ciudad. <sup>1</sup>

Si los edificios de esta no merecen mencion particular, por ser todos de una construccion comun, el conjunto de ellos, la disposicion de las plazas y calles vistas con el contraste de los muchos árboles frutales y las montañas que se elevan á sus alrededores, producen un efecto sumamente pintoresco y agradable.

La montaña ó cerro de San Guagüey que está al Sudeste de la poblacion, es gigantesco y de líneas hermosísimas; generalmente se posa sobre su cúspide, alguna nubecilla ó la niebla por

<sup>1</sup> En la actualidad, hay en la plaza un precioso jardín circundado de una barandilla de hierro.

En ider, un cementerio con buenos monumentos. Hay tambien unos baños.

su base como una corona de jazmines. La montaña de San Juan es también, muy elevada y está situada al Noroeste; desde su cima se mira el mar que dista aun, más de 25 leguas, por el puerto de San Blas.

El paseo favorito de las familias de Tepic, es el de la *Loma*, situación verdaderamente bella que se halla al Poniente y muy cercana al centro. De este punto, que es un poco elevado, se mira todo el panorama de la ciudad que es un conjunto de edificios y vegetación, elevándose á su espalda un altísimo cerro semejante á una pirámide egipcia y el elegante San Guanguéy.

Al Oriente está situado otro paseo que se denomina de Jauja. En él se mira ubicada una gran fábrica de algodón perteneciente al Sr. Barron.

Desde que se sale de la ciudad para ir á este paseo, se disfruta de puntos de vista los más hermosos que puedan describirse y, al llegar á una especie de garita ó casa de la que rompe el camino para la citada fábrica, se elevan por am-

bos lados, pequeñas lomas coronadas de verdura, alternando árboles de todas clases y formas, y el río que va serpeando en toda la extensión del camino hasta llegar á aquella.

Llegado el paseante á la plataforma y terraplen que está al frente de la casa, disfruta una vista seductora, porque los edificios forman un agradable contraste con las elevaciones graníticas, con la mucha agua y la verdura que tienen á su alrededor.

El jardín es inmenso y dispuesto con arte y buen gusto; forma un navío por sus contornos exteriores que los recorta el río de que está circundado; las habitaciones de la fábrica son bastas y de una construcción fuerte y costosa. Frente á la fachada de ésta que mira al Norte, pasa el camino que sigue en ascenso y también al lado de este se vé otro edificio de arquitectura griega con un corredor sostenido de columnas, que visto á alguna distancia y por entre las ramas de los árboles, parece el templo

antiguo del Partenon ú otro edificio clásico.

Inútil es decirte María, que como permanecí algún tiempo en ésta poética poblacion, diariamente y á mañana y tarde visitaba los diferentes lugares que la embellecen. Unas veces iba yo á Jauja y antes de llegar á la fábrica, me detuve en una pequeña loma, desde donde se domina el resto del camino que gira por una pequeña llanura irregular, donde va haciendo *zig zag*; á una de sus extremidades caracolear el río, que por algunas partes son visibles sus cristales; al Norte hay otra loma en cuya cima se ven unas casitas de paja y establos dibujados sobre el fondo del cielo, y al frente del bosque, junto al río, cerrando los cerros la óptica seductora, está la casita blanca metida entre la enmarañada vegetacion, como una blanquísima paloma en su nido. A la espalda de esta casa hay una especie de derrumbaderos que caen al río y estos forman algunos huecos ó depósitos de agua sombreados por álamos y otros ár-

boles gigantescos, y no es extraño, que si un curioso viagero se introduce por uno de estos laberintos, descubra por entre los intersticios, alguna Náyade ó á Diana bañándose con sus ninfas, porque estos son unos baños naturales y las lindas tepiqueñas los visitan con frecuencia.

Otras veces caminaba yo por el Hospital y de ahí bajaba al camino que corre paralelo con el río, en direccion al Este y contemplaba aquella dilatada perspectiva cerrada por el poético San Guanguéy. Las más tardes me iba á pasear á la Loma para gozar del efecto que los rayos del sol poniente, causaban sobre el panorama de la ciudad, situada al levante ó me dirigia al Sur para contemplar una larga hilera de árboles colosales, que cobijan una grande área de terreno cada uno, por sus estendidas y caprichosas ramas y seguia de frente hácia el Sud Oeste, por un pequeño llano que remata en un antiguo convento que llaman el Desierto, y que positivamente tiene el caracter

de una iglesia de hermitaños, por su severidad y por estar en el confin del llano; al pié de los cerros, los que por la tarde unen su oscura masa con la del templo, haciendo irradiar por su contraste, la luz del sol que semeja una hoguera que brilla en el horizonte.

Yo tomé en mi album multitud de puntos de vista, de los más notables y hubiera querido ser poeta, para cantar las bellezas de Tepic, por que merecen ser cantadas; pero me conformaba solo con admirarlas.

Dos meses he permanecido en esta ciudad, viviendo en compañía de mi amable compañero y amigo Job Carrillo, siendo objeto de las consideraciones de él y de su señora; visitando á algunas familias, cuyo trato es amabilísimo y cordial.

Muchas noches he pasado en las casas de éstas, gozando las armonías del piano y de la magnífica voz de algunas jóvenes, porque en esta poblacion, como en la mayor parte de las de la República, hay gusto especial por la mú-

sica y pocas familias, medianamente acomodadas, dejan de estudiarla.

Concluidos los negocios que me retenian en Tepic, dispongo mi viage para San Blas en union de Carrillo y su familia, saliendo mañana muy temprano.

... y pocas familias, modestamente acomodadas, de las de estudio.

Conchidos los negocios que me re-

tenian en Tepic, dispongo mi viaje pa-

ra San Blas en unión de Gerardo y de

también saliendo mañana por el pri-

mo.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

XXIV.

San Blas, Diciembre 16 de 1866.

QUERIDA MARIA.

Hace pocas horas que llegué á este puerto y, aunque un poco fatigado del camino y lo que he andado para conocer la población, te trasmito sin embargo, las impresiones de mi salida de Tepic así como las del camino.

Ayer á las cuatro de la mañana llegaron los mozos que nos debían condu-

cir y acto continuo comenzaron á ensillar los caballos y á arreglar las mulas de carga.

Las señoras de la casa se hallaban ya en pié, así como los que debíamos partir nos arreglabamos; y el desayuno nos esperaba.

Inútil es decir, ó mas bien pintar, las emociones que se experimentan la víspera de una partida y especialmente el momento en que se ha de verificar. En la víspera, va uno por todas las casas que se han visitado en el transcurso del tiempo que duró la permanencia en el lugar, despidiéndose, dando el último adiós á todos los amigos y demas personas con quienes se contrajeran relaciones de amistad y esto se expresa de una manera patética, sentimental, segun la menor ó mayor estrechez que ha mediado en ellas.

—Cholita; he venido con el esclusivo objeto de despedirme de ustedes.

—Cómo ¿siempre ha dispuesto vd. su partida para mañana?

—Sí.

—¡Oh! esto es demasiado pronto. ¿Tanto le fastidia á vd. esta poblacion y el trato de sus habitantes, que ya intenta dejarla?

—¿Qué dice vd? Al contrario; he estado muy contento en todo el tiempo que he permanecido en este poético país, y harto prendadísimo del trato civil y hospitalario de las personas que me han dispensado el honor de recibirme en su casa; pero..... ya sabe vd. que es necesario continuar mi viage por mas pesadumbre que me cause ausentarme y no continuar disfrutando de la amabilidad y excelente trato de las personas de esta ciudad.

—¡Oh! respondió Cholita, nos hace vd. demasiado favor; ese cariño con que lo hemos tratado, se lo merece por sus relevantes prendas y su carácter alegre y bondadoso.... vamos, siéntese vd. Luisita, toca un poco el piano y vd. regálenos con alguna de las piezas, que tan bien sabe cantar.

—Con mucho placer; mas primero deseo tener el gusto de oír á Luisita.

Vamos, niña, tócanos algo.

—Pero ¿qué toco, mamá?

—Sírvasse vd., exclamé yo, ejecutar esas variaciones de Guillermo Tell que tan bellamente interpreta.

—Gracias, me contestó sonrosada la jóven, y se dirigió rápida al piano, manifestando en la flexibilidad de sus dedos, los grandes conocimientos de música, que en el corto período de tres años habia adquirido.

Despues que concluyó y dádole yo las gracias, así como tributádole los merecidos elogios, me dirigí á cantar una pequeña aria de Hernani, que concluida y tocadas otras dos piezas por Lupita, continuó una conversacion, siempre animada y saturada con las peripecias del viage que iba yo á emprender y de los objetos que debian presentarseme á los ojos por la primera vez.

Cuando concluyó la visita y la despedida, partí á otras casas, donde se repitieron escenas poco mas ó ménos semejantes; pero siempre con su dósis

de sentimentalismo por mi separación; pues es bien conocida la sensibilidad de las personas de México y su dulce y sincero carácter.

Esto mismo ha acaecido en todas las ciudades, y poblaciones por donde he pasado y, francamente confieso, que de cada una, me he separado con verdadera tristeza y pesadumbre en vista del aprecio y la hospitalidad con que he sido acogido.

¿Sucederá esto mismo en Europa? No lo sé, aunque si se deben creer los informes que he recibido de las personas que han estado allí, no disfrutaré de sus habitantes iguales muestras de simpatía y hospitalidad. . . . veremos, por que algunas veces las relaciones que se hacen de puntos distantes son exageradas y otras muchas, faltas de verdad.

Cuando todo estuvo preparado para el viage, montamos á caballo y salimos uno á uno de la casa, repitiendo los adioses y las protestas de amistad y cordialidad.

Los mozos se fueron por delante con

las mulas de carga y nosotros caminábamos pian, pian, volviendo yo con pena la cabeza hácia todos los lugares que habia visitado y despidiéndome de aquella naturaleza alegre y encantadora.

¿Que te podré decir del camino que se recorre hasta San Blas, amada María, cuando sabes ya que toda la República es un tesoro de vegetacion, que por todas las partes que se vuelve la cara, la vista queda asombrada con los imponentes cuadros que á cada paso se desarrollan?

En efecto, Carrillo y yo como artistas, admirábamos en silencio unas veces y otras, lanzábamos exclamaciones de admiracion y entusiasmo cuando á alguna quebrada del camino ó á la salida de un laberinto del follage, troncos y enredaderas, descubriamos nuevos bosques, árboles gigantesco, montañas que se perdían en las nubes, riachuelos que conducian murmurantes cristales ó la espesa y colosal vegetacion, donde se mezclaba armoniosamente la grande

hoja del plátano cimarrón ó la ondulante palmera enana.

Todo este espectáculo ha estado patente los dos días que ha durado el camino que rerricomos y hoy, como á las dos de la tarde, divisamos el puerto de San Blas. Cuando lo teníamos aun en lontananza, ví con sorpresa, que por entre los penachos de las palmeras, y las copas de los árboles, se dibujaban en el horizonte. ya despejado de montañas, los palos mayores de algunos buques que estaban anclados en la bahía.

Inútil es decir la fuerte emoción que experimenté á su vista, porque aunque conocía ya el mar, jamás había visto un buque, bote ó cosa que se le pareciera y, como á esta circunstancia venía mezclada la idea de que uno de aquellos me debía transportar al extranjero, figurate, lo que por mi alma pasaría, después de los ardentísimos deseos que de muchos años atrassentia por emprender un largo viage á través de los procelosos mares y al ver que aquellos de-

seos se iban á realizar dentro de breves horas.

Llegados á la población, solo se pensó en que tomáramos un corto refrigerio y, después de verificado esto, Carrillo y yo partimos al puerto inmediatamente, pues me devoraba la curiosidad por ver de cerca los bajeles que de lejos había descubierto. Los contemplé á mi satisfacción, paseamos la playa y seguimos visitando las casas del puerto cuya apariencia en general es sencilla y modesta excepto la Aduana y otras nuevas que están en construcción.

Mañana te seguiré contando mis impresiones sobre lo que vea en adelante.

Adios.

avenci ab ortach taxilact h nadi se avca  
 zioni

Llegamos a la poblacion al h abogah  
 ad no pas tomamos un cono  
 tio y despues de un rato

mente pues me des  
 por ver de cer  
 los habia descubierto  
 en un lado al ad  
 y al lado del cerro  
 y al lado del cerro

San Blas, Diciembre 17, de 1866.

MARIA.

De esta poblacion muy poco te podré hablar en razon de ser pequeña y poca poblada; del aspecto de las casas, te digo ayer algo, añadiéndote que en su mayor parte son de paja y pocas de adobe y de cal y canto.

La bahía es bastante grande y bien

abrigada, circundada por la parte Occidental de un cerro poco elevado, cuya cúspide está formada de una linea recta y la bocana practicada al Sudoste, por donde desembocan los buques al Pacifico.

Lo mas interesante que existe en San Blas y que es por cierto digno de visitarse, es la antigua Aduana, situada al Sur del puerto, sobre una pequeña eminencia desde la que se descubre toda la extension del mar al Oeste, mucha parte del campo al Norte y las cordilleras al Este.

De esta Aduana no quedan mas que vestigios, que son visitados por casi todos los viajeros; pues ademas de su risueña situacion, tienen estas ruinas un carácter secular y aquel aspecto que dicen tener las de las antiguas ciudades de los Continentes asiático y europeo.

En efecto, llegado el visitante a la planicie del cerro, mira por aquí hileras de arcos, que pocos permanecen en pie, otros medios truncados, fustes de columnas, algunas basas, paredes derrui-

das á cuyo derredor ha crecido la yerba y de las grietas de algunos trozos arquitectónicos, salen troncos de árbol, cubriendo sus ramas pintorescamente una buena parte. El terreno es de lo mas irregular que se pueda imaginar á causa de los escombros y tambien de los diferentes pisos de que se componia el magnífico edificio, además de las desigualdades propias de la montaña; todo esto forma un conjunto hermoso que convida á contemplarse.

Cuando estaba yo sobre esta altura, visitando las ruinas, serian las cinco y media de la tarde; el sol rielaba sobre las olas del Pacífico y la verdura de los prados y de los bosques, así como los vestigios de la Aduana, estaban teñidos del color de oro de sus rayos. ¡Con cuanto placer admiraba y contemplaba este cuadro encantador! Vivos deseos tenia de que me favoreciesen las musas, para describir en armoniosos versos sus bellezas, ó un gran pintor para trasladarlas al lienzo.

Con verdadero pesar descendí de

aquella altura porque dentro de pocos momentos debia ocultarse el sol en el horizonte y me dirigí á mi posada, en la que nos esperaba una buena cena de pescados y otros mariscos, que en el puerto de San Blas, son de una excelente calidad, en especial, las ostras que son de un tamaño extraordinario.....

Como estoy bastante cansado por el ejercicio de hoy y además es ya muy noche, suspendo la presente para continuarla mañana antes de partir.

Adios.

20000 ab...  
 lo...  
 no...  
 ob...



Diciembre 18 á bordo de la "Panchita."

Hace media hora que me instalé en esta balandra, que no es más que una pequeña embarcación con una vela y en la que hago mi primer ensayo de navegación; pero antes de que se mueva el buque, quiero acabar de contarte lo que me falta de San Blas.

Esta mañana Carrillo y yo volvimos á visitar la bahía; pero quisimos no solamente caminar por la playa, sino embarcarnos en un bote y pasar al otro

extremo, desembarcando á la falda del cerro; desde este punto, San Blas tiene una hermosa vista por los grandes edificios del Sr. Barron y el de la Aduana, que descuellan en el primer plano por entre un bosque de palmeras, que se extienden en todo el largo. Este de la bahía hasta tocar con el Sur y Norte.

Después de regresar á tierra, paseamos un poco la población y solicitamos de nuevo algun buque para seguir nuestro camino, porque no era posible esperar un vapor que hacia la carrera periódicamente de aquí á Mazatlan y era incierto el día de su llegada. Por fortuna, después de ocurrir á algunas casas consignatarias, conseguimos, que uno de los buques que se hallaban anclados en el puerto, se diera á la vela para aquel puerto y tratamos de aprovechar esta circunstancia.

En efecto, á las siete de la noche salimos para el muelle y entramos á una lancha para trasbordarnos á la "Panchita," que no estaba de allí muy distante.

Yo habia oido hablar y aun habia visto en las Salinas del Real, que el agua del mar cuando se movia, tomaba una apariencia fosfórica; pero no creia que esto fuese de una manera tan remarkable como se presentaba en la bahía de San Blas; porque cuando los remos que se levantaban, para remar, chorreaban sobre la superficie del agua, esta parecia formar gotas de fuego azulado bastante intenso, como si callesen de un achon encendido de pez. Esto lo veia sorprendido, como era natural, lo mismo que debe suceder con las demas cosas que se me seguirán presentando en el curso de mi viage, como que es la primera ocasion que verifico uno semejante.

Va á comenzar á andar el buque porque ya levantan el ancla. Adios, hasta de aquí á algunos dias.

XXVII.

Mazatlan, Diciembre 22 de 1866.

QUERIDA MARIA.

Gracias á Dios que he llegado á este puerto y antes de hablar algo acerca de él, voy, querida María, á hacerte una pequeña reseña de lo que me sucedió y ví en la travesía.

Figúrate en primer lugar, que el bu-<sup>®</sup>

Yo habia oido hablar y aun habia visto en las Salinas del Real, que el agua del mar cuando se movia, tomaba una apariencia fosfórica; pero no creia que esto fuese de una manera tan remarkable como se presentaba en la bahía de San Blas; porque cuando los remos que se levantaban, para remar, chorreaban sobre la superficie del agua, esta parecia formar gotas de fuego azulado bastante intenso, como si callesen de un achon encendido de pez. Esto lo veia sorprendido, como era natural, lo mismo que debe suceder con las demas cosas que se me seguirán presentando en el curso de mi viage, como que es la primera ocasion que verifico uno semejante.

Va á comenzar á andar el buque porque ya levantan el ancla. Adios, hasta de aquí á algunos dias.

XXVII.

Mazatlan, Diciembre 22 de 1866.

QUERIDA MARIA.

Gracias á Dios que he llegado á este puerto y antes de hablar algo acerca de él, voy, querida María, á hacerte una pequeña reseña de lo que me sucedió y ví en la travesía.

Figúrate en primer lugar, que el bu-<sup>®</sup>

que en que por primera vez hice mi aprendizaje marino, no fué de grandes proporciones, como te dije en mi anterior, sino al contrario, muy pequeño, era una balandra, la embarcacion de una vela.

Cuando aun caminaba por la bahía, el movimiento que llevaba, era suave, casi no se sentia; pero apenas comenzamos á entrar al mar y la marejada era más gruesa, el movimiento era ya más fuerte, más sensible, y se veian estrellar las olas contra los costados de la balandra.

Entonces, no puedo expresar el cúmulo de ideas que me vinieron á la mente: reflexioné que iba yo apenas sobre un armazon de débiles tablas, que un choque ó el menor impulso de una borrasca, podia sepultar en las ondas: sentia el golpe de estos, al fondo habia un aóismo, me hacia latir fuertemente el corazon y casi helárame la sangre.

Con terror recordaba historias de naufragios y mi imaginacion se abismaba en los mil episodios desastrosos y

terribles que han acompañado á estas catástrofes lamentables. Decia para mí: «si este buque tropesara en un banco de arena, se estrellase contra una roca ó alzándose un viento fuerte lo volcase en el mar, ¡qué horror! en un momento me veria anegado y poco despues daria el gran paso al otro mundo.

Al hacer estas reflexiones, extendia yo la vista por el espacio, el que apenas estaba iluminado por un levisimo crepúsculo, que más bien lo presentaba imponente y más terrible: las crestas de las olas se veian chispeantes y á distancia, semejaban chozas iluminadas en una oscura noche ó ruinas, donde algunos vírgeros descansaban al derecho del fuego.

Al otro dia, á pesar del pequeño terror que me causaba verme en la embarcacion tan reducida, y muy en alta mar, gozaba, sin embargo, con el espectáculo que tenia á la vista y más cuando comenzó á adquirir confianza y á familiarizarme con el peligro.

De allí á poco, comenzaron á dejarse

ver algunas ballenas colosales á lo lejos, que las más veces, eran solamente visibles por la cabeza ó por la cola y algunas, formaban, al sumergirse, un semicírculo, asomando gradualmente, primero la cabeza, despues el cuerpo y finalmente la cola que, al azotar sobre la superficie de las aguas, producía un trueno sordo, elevando en la circunferencia de la vértice que formaba el mónstruo, una bomba de agua de una altura considerable: eran tambien visibles por dos chorros de agua paralelos que lanzaban al respirar. Otras ocasiones se veían grandes peces, bogando al derredor de nuestra barca y de cuando en cuando, daban saltos, saliendo sobre la superficie de las aguas para volver á zambullirse de nuevo y continuar su marcha. Esto era muy divertido.

El segundo día, en su mayor parte, lo pasamos muy bien, siempre gozando con el espectáculo de la inmensidad, de las ballenas que aparecían por diversos lados ó por peces de otro género que saltaban con frecuencia sobre las aguas;

mas á eso de las cuatro de la tarde, se alzó un viento algo fuerte y las olas comenzaron á engrosar y á tomar proporciones amenazantes. El cielo estaba poblado de nubes, que con la inclinacion del sol sobre el horizonte, recibían de él un color rojizo que se comunicaba á las aguas, dándoles la apariencia de fuego derretido. Este aspecto, á la vez que era siniestro, era tambien seductor, por las mil formas que las ondas tomaban, estrellándose contra la balandra y haciéndola oscilar terriblemente.

Cuando comenzó esta escena, el capitán dió sus órdenes para que las tres señoras que iban con nosotros, se encerrasen en el camarote subterráneo y se cerrasen herméticamente todos los huecos de la barca para que el agua que comenzaba á entrar, no penetrara. ¡Magníficos preliminares para un novicio!

Los pocos pasajeros que venían á bordo se demudaron al ver el peligro en que estábamos y más aún por ver los preparativos que se hacían como precursores de una catástrofe.

Carrillo iba demasiado pálido y creo que yo no iría ménos; pero procuraba yo manifestar sangre fría y, para animarlo, algunas veces le dirigía palabras en tono de chanza, que él acogía con sonrisa forzada.

Para disminuir un tanto el terror que me causaba la consideracion de una próxima muerte, que á la verdad creía inevitable, porque jamás me habia visto en semejante trance, procuraba distraerme, sacando un partido artistico de lo que se me presentaba á la vista y que alguna vez, gracias á este recurso, casi me ensimismaba en la imponente belleza de las mil formas que tomaban las olas con el color escarlata que les daba el sol, olvidando un poco el peligro.

El piloto que dirigía nuestra pequeña nave era portugués, y á la verdad muy hábil en cortar diestramente las olas que á veces venian de frente y parecían querernos tragar en un embate. Para esto iba siempre oblicuando la direccion de la barca, unas veces saliendo mar afuera y otras, aproximán-

dose á la costa; cuando verificaba lo primero, confieso que la impresion que experimentaba, era bien desagradable porque me parecia que alejándome de la costa, más difícil sería nuestra salvacion en caso de un naufragio y, al contrario, cuando nos dirigiamos á ella, se me abria el corazon á la esperanza; bien, que si hubieramos sozobrado, como aun cuando nos acercáramos á tierra esta distaba aun seis ú ocho leguas, siempre habriamos perecido. Pero ya se sabe que el hombre se alimenta de ilusiones, por más que esté persuadido de su irrealizacion y falsedad.

Después que el sol se ocultó enteramente y que el cielo tomó un color plomizo, las olas cesaron de estar teñidas del iris de escarlata y tomaron la apariencia del hierro, que naturalmente les comunicaba un aspecto hórrido; pero afortunadamente á poco, comenzó á calmar el temporal y con esta calma renacieron nuestras esperanzas, rompiendo todos el silencio que nos habia impuesto el miedo.

Se abrió la puerta del camarote y se pensó en preparar la cena, que se había olvidado con el peligro; pero que á poco saboreábamos muy contentos.

Al otro día, que era el tercero de nuestro viage, hizo una mañana hermosísima y nos divertíamos en ver las muchas ballenas que aparecían á diversas distancias; dos de ellas pasaron muy cerca de nuestra barca, y un momento teminos, se acercasen demasiado á ella y la volcasen; pero pasaron de largo y á poco las vimos zabullirse en la inmensidad.

Casi á la misma hora del día anterior, volvió á descomponerse el tiempo, y á renacer en nosotros los temores de la víspera; pero tuvimos la fortuna de que el viento no fuera tan tempestuoso, ni que se llegara al grado de repetirse los preparativos, que se hacen como preliminares en una borrasca.

A las doce de la noche, al viento que antes impulsara la embarcacion para diversos lados, sucedió una calma imperturbable, que á la verdad era más

molesta que el mismo temporal á causa de las fuertes oscilaciones que imprimía sobre la barca que la balanceaba ya á un lado, ya á otro, causándonos mucha molestia.

A causa de esta calma, nosotros quedamos clavados en un punto y para nuestra desgracia, á pocas leguas de Mazatlan, imposibilitados de poder llegar á la mañana siguiente, como hubiera sucedido si hubiéramos tenido un poco de viento.

Mientras estábamos estacionados sobre las aguas, oía con frecuencia el ruido que las Toninas hacían al asomar sobre la superficie para respirar, semejante á un fuerte bufido de toro. En esto, acierto á inclinarme hácia el costado de la barca y quedé asombrado al descubrir infinidad de luces fosfóricas, de todas dimensiones, en la profundidad del mar: eran las Toninas que desde muy abajo se iban elevando y, por consiguiente, creciendo la aparición de su irradiación, hasta que saliendo encima y tomando aire, volvían otra vez a

fondo, quedando reducida su proporción á la de una luciérnaga.

Otras veces no eran esos peces, los que se veían; sino las Mantarrayas las que extendían su luz sobre la superficie del agua, como si tendieran una gran sábana, desapareciendo á poco. Si un accidente imprevisto le causare á uno una caída en el mar, estando cerca de alguno de estos vichos, en el momento se vería envuelto en sus pliegues y el vampiro acuático le extraería la última gota de su sangre.

De esta manera, en un naufragio, está uno expuesto en todos sentidos; porque si no perece ahogado, concluye sus tristes días en el estómago de alguno de los mil mónstruos que pueblan el fondo de los mares.

Amaneció finalmente, y á poco comenzó á soplar el viento, que puso en marcha nuestro buque.

Las montañas de Mazatlan estaban á nuestra vista y, aunque parecían inmediatas, esto no impidió que hubieramos tenido que emplear una buena par-

te del día en llegar al puerto. En efecto, serían las dos de la tarde cuando avistamos la bahía y los grandes y pequeños buques, que estaban anclados en ella. Un poco despues, se comenzaron á ver los edificios de la ciudad y las riberas cubiertas de palmeras y otros árboles.

Llegamos frente al Creston, un elevado cerro, casi perpendicular, cuya falda está bañada por las olas; en el se han estrellado multitud de vapores, porque la entrada á la bahía forma grandes corrientes por esa parte; aun aquella no es muy segura por estar descubierta por el Norte y este inconveniente ha causado naufragios allí mismo; no hace cuatro años que se perdieron en una mañana siete buques en presencia de los vecinos de la ciudad sin poderlos socorrer; de manera que rara vez entran los grandes vapores á esa bahía ó cuando lo verifican y sobreviene algun temporal, procuran salirse fuera con anticipacion.

No te puedes imaginar el placer que

me causó volver á poner los piés en tierra despues de los sustos que habia pasado los dos dias anteriores.

Nos transbordamos en un bote con nuestros respectivos equipages y, ya desembarcados, nos dirigimos al hotel.

Cuando venia yo á bordo no sufrí trastorno alguno en el estómago; pero cuando salté á tierra y caminaba por la calle, se me iba la cabeza como si estuviera embarcado aún, y á veces daba traspies de la misma manera que si me hubiera tomado una regular dosis de licor.

Tomé posesion de mi alojamiento y despues de hacer una comida, me dispuse á recorrer la ciudad; pero en la siguiente, cuando haya yo visto algo, te haré una pequeña reseña de ella.

Pásala bien, María.

XXVIII

Mazatlan, Enero 15 de 1867.

MARIA QUERIDA.

Hoy es la víspera de embarcarme para San Francisco California y antes de verificarlo y alejarme del suelo mexicano, quiero darte cuenta de lo que he visto y me ha pasado en los veintitantos dias que llevo en esta poblacion, así como hacerte una pequeña reseña de ella.

Te diré, María, que Mazatlan me agrada sobremanera, porque estando la ciudad circunvalada de agua, excepto por la parte Oriental, que une al continente, tiene por lo mismo una vista deliciosa.

Al Poniente y Norte está bañado Mazatlan por el Océano Pacífico y al Sur por la bahía. Por la parte que la ciudad mira al mar, hacia al Oeste, queda el paseo que llaman de las "Olas altas" y está formado de un extenso terraplen, que corre á lo largo de la playa, teniendo á su espalda éste la hilera de edificios entremezclados de palmeras, que le dan una vista encantadora.

Por la tarde se reunen en este paseo las familias de la ciudad para ir á recibir el fresco, contemplar la puesta del Sol que parece que se sepulta en las aguas del Océano, circundado de una aureola de fuego y gozar de la perspectiva de las olas que van y vienen, estrellándose con estruendo en las rocas vecinas.

Del terraplen mencionado hácia la

parte Sur, se comunica el otro paseo, que da frente á la bahía, el que tambien es hermoso, porque, formando esta un medio punto, ornado de los edificios, el bosque de palmeras, los tamarindes y los plátanos con el conjunto de buques de vela, vapores y el muelle, le dan un aspecto pintoresco, y más si se agrega el bello edificio de la Aduana que está como coronado por el picacho fantástico del cerro de San Pedro que se halla detrás.

Desde la cima de este ó del Fuerte que está en el Creston se disfruta de la bellísima perspectiva del mar, de la ciudad y la bahía al mismo tiempo.

Mazatlan se extiende considerablemente sobre una superficie plana, de Este á Oriente y sus calles son generalmente rectas de un ancho proporcionado y bien empedradas.

Hay pocas iglesias y de pobre aspecto, que manifiestan lo poco devotos que son los mazaltecos, pues es sabido que, con pocas excepciones, los habitantes de los puertos de México son indiferen-

tes: sobre este particular hablé de Colima, que allí la gente del pueblo bajo es la única que oye misa y muy pocas personas de la clase alta. ¿Podemos creer por esto que los porteños son más ilustrados que los habitantes del interior por estar más en contacto con los extranjeros, que les transmiten sus costumbres, ó que el mayor movimiento comercial de la costa y la actividad en el trabajo, respecto del quietismo del interior, ahogan el sentimiento religioso? No lo sé; si creo yo que la ociosidad empuja á cometer algunas faltas y una de ellas es ese extremo ultramontano que llaman fanatismo, del que, más que los hombres, están expuestas las señoras, especialmente, las que carecen de familia, las solteras y demás personas que no tienen grandes ocupaciones. El hombre como es más ocupado, está menos propenso á tocar ese extremo; por este juzgo yo colectivamente á los moradores de nuestros puertos y supongo que del mismo modo se pueden juzgar los ingleses, franceses, ale-

manes y americanos, que siendo más activos que los demás y más ilustrados, se entregan á sus deberes religiosos, sin pasar los límites ni perder el tiempo miserablemente yendo á calentar los templos á todas horas, abandonando tal vez sus casas y lo más peor, la vigilancia de sus familias.

En fin, este asunto deben resolverlo los teólogos ó los filósofos; yo no soy más que borronador de tela y de impresiones: sigamos adelante.

Los edificios del centro de la ciudad de Mazatlan son bien construidos y de buena arquitectura: las calles aseadas y bien empedradas. La plaza principal es bastante grande y forma un cuadrilongo de Este á Oriente está flanqueada por algunos portales y grandes edificios, teniendo en su centro un cuadro circundado de asientos y naranjos donde en las noches de retreta pasea multitud de gente de todas clases.

La plaza del mercado es bonita y de mucha capacidad para el comercio, que se hace diariamente entre las cuatro y

siete de la mañana á la luz artificial de achones y petróleo, porque seria incómodo verificarlo en las horas del calor.

Carrillo y yo nos levantabamos á la primera hora mencionada para ir á dar un paseo á este mercado, que nos agradaba pictóricamente por el bello efecto de las sombras y las siluetas de los objetos, en contraposicion de las luces de los puestos y las tiendas, así como por un número no pequeño de bonitas muchachas que, al lado de las mamás y de la criada, iban sembrando miradas que se metian en el corazon de los paseantes; muchas de esas morenas de ojos de fuego, llevaban ya sus magnificas cabelleras sueltas que aun desprendian de sus rizos algunas gotas cristalinas como otros tantos brillantes ó chispas de fuego; era que iban ya bañadas y por eso tambien manifestaban su epidermis rozagante: Carrillo y tu amigo, como adoradores del arte, caminábamos á veces en pos de alguna de esas huries; pero no creas, María, que con otro objeto, sino con el de admirar

la naturaleza en aquella, de sus obras mas perfectas.

Otra de las secciones de esa naturaleza y que era la que verdaderamente nos hacia madrugar los más dias, era el número y la infinita variedad de pescados que se vendia allí y creo sin equivocarme, que en pocas partes será tan hermoso ni variado en sus clases, formas, colores y tamaños. En este mercado conocí peces que jamás habia visto y, en todo el tiempo que he permanecido aquí, diariamente he tomado de dos ó tres clases diferentes.

La fruta tambien es muy buena así como los vinos y demas artículos nacionales y extranjeros, que indudablemente se toman mejor que en el Interior, á causa de que en este puerto, se compran acabados de salir del buque.

Todos los días, á mañana y tarde, me iba yo á pasear por los diferentes puntos hermosos que tiene la ciudad, bien por la bahía para ver los buques que llegaban ó los botes cargados con los hostiones que importaban de San

Blas, superiores à los de aquí; bien por las olas altas para estender la vista por el espacio y recrearme en ese movimiento constante y grandioso de la reventazon, cuyas olas azotan furiosas contra los peñascos de la plaza ó los de la falda del San Pedro, elevando grandes cópos de espuma blanquísima al estrellarse. Subia tambien al Fuerte que está inmediato al Creston y casi enfrente; ó iba yo costeano por el extremo S. de las Olas altas, remontando la falda N. del San Pedro que desde aquí forma un tajo perpendicular sobre la superficie de las aguas; llegaba casi á la cola del cerro, de donde se domina el Pacífico y si bajaba la vista un poco, tenia una profundidad como de cincuenta méetros, y allí se miraban grandes peñascos derrumbados entre la ebullicion de los remolinos de las aguas que van á encontrar, un su retirada, á la grande ola que las arrastra, y juntas se estrellan en aquellas moles.

Una de las veces que íbamos por estos lugares Carrillo y yo, al subir á San

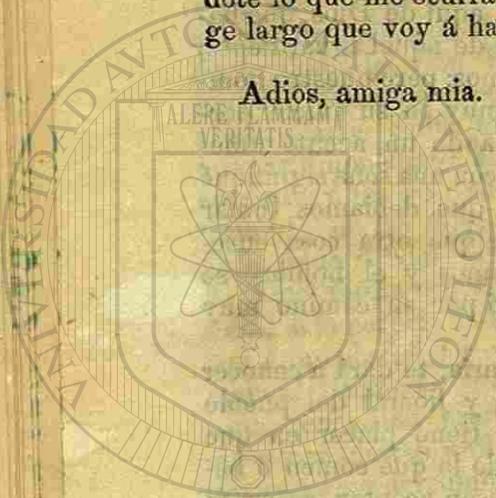
Pedro, nos encontramos con un hombre del pueblo, barquero, pescador ó que se yo; llevaba debajo del brazo una botella de catalan y, al vernos, se dirigió á nosotros y, aquí de Dios, que habíamos de tomar de aquel aguardiente; nosotros resistiamos; pero nuestro hombre, que no iba muy en su juicio porfió, y ya iba tomando un acento amenazante, cuando con una seña signifiqué á mi compañero, que debiamos tomar del catalan, antes que otra cosa sucediera: lo verificamos y el hombre se aquietó y marchó por su camino muy contento.

Este rasgo, María, te dará á conocer el carácter franco y liberal del pueblo de México, que tiene placer en que otros participen de lo que comen ó beben y que si rehusan aceptar, se creen ofendidos en su amor propio ó despreciados.

Como únicamente me detenia en Matatlan la llegada del vapor de Panamá para seguir á California y llegó esta tarde, me dispongo á salir de esta ciu-<sup>34</sup>

dad, en la que he permanecido veintidos días muy contento. A mi llegada á San Francisco te escribiré, noticiándote lo que me ocurra en el primer viaje largo que voy á hacer por mar.

Adios, amiga mía.



XXIX.

San Francisco California, Enero 31 de 1867.

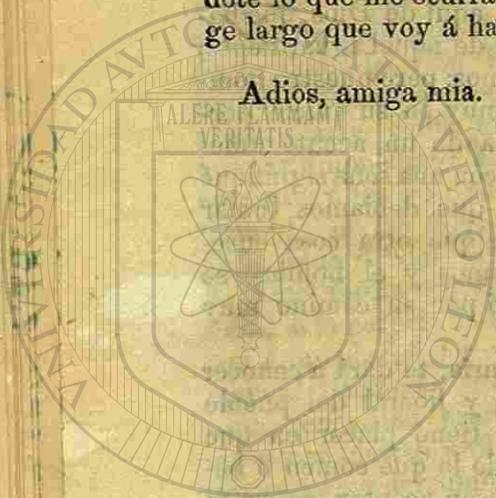
QUERIDA MARIA.

Necesito echar una mirada retrospectiva á lo que me pasó en Mazatlan en los últimos momentos que permanecí allí, para que no quedes en duda de los más mínimos detalles de mi viaje.

Amaneció el 16 día en que debía hacerse á la vela el «Continental» á las

dad, en la que he permanecido veintidos días muy contento. A mi llegada á San Francisco te escribiré, noticiándote lo que me ocurra en el primer viaje largo que voy á hacer por mar.

Adios, amiga mía.



XXIX.

San Francisco California, Enero 31 de 1867.

QUERIDA MARIA.

Necesito echar una mirada retrospectiva á lo que me pasó en Mazatlan en los últimos momentos que permanecí allí, para que no quedes en duda de los más mínimos detalles de mi viaje.

Amaneció el 16 día en que debía hacerse á la vela el «Continental» á las

cuatro de la tarde: con este motivo, fui á despedirme de algunos amigos y por la mañana, antes de que apretara el calor, dí mi paseada por los lugares que habian sido de mi predileccion.

A las tres de la tarde me acompañó Carrillo para ir á bordo, en una lancha y subimos al vapor: entramos al salon y lo encontramos lleno de señoras y caballeros, que unos hacian el viage y otros habian ido solamente á visitar el buque; sonó la campana, avisando que iba á partir; despidiéronse los que volvan á tierra de los amigos que iban á marchar; yo hice otro tanto de mi querido compañero, que debia dejar de verlo por muchos años y tomamos una copa por nuestra mútua felicidad, dándonos un apretado abrazo.

En la tarde á las cinco en punto, levó ancla el "Continental" y nos hicimos á la vela para California, dando un adios muy tierno, desde cubierta, á los buenos amigos que dejaba en el puerto de Mazatlan, al adorado país que iba á abandonar por algunos años y que tal

vez no volveria á ver, porque me iba á lanzar á peligros desconocidos, y mirando los alegres y pintorescos edificios de la ciudad, que poco á poco se iba envolviendo en la bruma de la atmósfera.

Se perdió, por fin, y apenas se vislumbra el picacho del San Pedro y el Creston, que como centinela avanzado baña sus piés en las aguas del Océano. Quedé abismado, con la vista elevada sobre las costas de México, llena la mente de ideas melancólicas porque ese día fué el último que yo pisé el querido suelo de la patria, la que ya comenzaba á amar doblemente y en mi imaginación la veía vestida con los arreos más seductores de la poesía y el encanto; todos los recuerdos halagadores de mi infancia y mi juventud, se agolparon á mi memoria como fantasmas que me convidaban á no separarme del suelo que me vió nacer y me lanzaban un reproche porque abandonaba tantos gozes y una felicidad segura por lo incierto que buscaba en otro suelo y en otras

gentes que como á extranjero me verían con ceño.

Me sentia triste y casi maldecia las aspiraciones que me obligaban á hacer aquel viage, considerando que compraba muy caros los adelantos que obtendria en las Bellas Artes, adelantos que tal vez no serian recompensados á mi regreso por mis compatriotas. Mas al pensar que este viage que emprendia, en el que hacia el sacrificio de mis ilusiones y mi tranquilidad, me ponía en los centros del arte, que iba á beber en sus fuentes, que iba á gozar de las delicias de la civilizacion y á engolfarme en el emporio de los conocimientos, me animaba y templaba la pena que sentia en dejar todo lo que constituía mi patria, su magnífica naturaleza, su hermoso cielo, los parientes y los amigos.

Tocaron la campana para comer, y yo bajé de cubierta entre triste y alegre, animándome con la idea de qué, para ser hombre de provecho, se necesita hacer grandes sacrificios; y para

obtener todo lo bueno, es indispensable comprarlo caro.

Pero estoy ya en San Francisco y es tiempo de contarte algo de mi viage y de la impresion que ha producido en mí el aspecto de la ciudad.

Comienzo, pues, diciéndote: que mi viage, en general, fué muy feliz; aunque nos hizo constantemente un fuerte viento Noroeste; mas como el vapor es bastante grande, y antes habia hecho mi aprendizaje en la «Panchita,» esta vez me pareció juego de niños la alteracion del mar.

Antes de embarcarme en el «Continental,» tomé algunos informes respecto del pasaje, y todas las personas á quienes consulté, unánimemente me aconsejaron lo tomase en segunda cámara, porque no valia la pena gastar 90 pesos en primera, solamente por la única ventaja de comer un poco más temprano que en aquella y con uno ó dos platos de mas, mientras que el trato en ambas cámaras era igual.

¡Qué chasco me llevé con el consejo!

La dichosa segunda cámara en los vapores americanos, es infernal, porque así como los pasajeros de primera están en la gloria por la magnificencia de su departamento, por la excelente asistencia, por la selecta sociedad con la que están en contacto; los de la segunda, van sumidos en la más inmunda cloaca, en donde el aire es mefítico á causa de lo poco ventilado y que la mayor parte de la gente que va en ella, es bastante soez, donde están los borregos y bueyes, las gallinas, los perros, etc., donde matan las reses para el gasto, donde los marineros tienen sus útiles y obra muerta y hacen la mayor parte de sus faenas, en donde todo el mundo está confundido y las mugeres (perdonen la expresión) se basquean en frente de uno; donde los muchachos chillan, uniendo sus gritos á los de los loros que van allí y donde, finalmente, está uno en el infierno.

A las seis y media de la mañana y á las doce y cuatro de la tarde, se toca á comer en ambas cámaras. Los de la pri-

mera, se sientan á una mesa elegantísima, en la que se sirven ocho ó diez plattos exquisitos, frutas, postres y rico café. El comedor está magníficamente decorado con blanco y oro, con embutidos de caoba y otras maderas preciosas; los asientos son forrados de terciopelo carmesí y todo, todo respira lujo y magnificencia.

Los pasajeros de la segunda, tienen su comida debajo de un cobertizo, donde los espera una tabla suspendida provisionalmente del techo por medio de unas varillas de hierro, y en la que se les sirve, en un plato de zinc, un trozo de buey crudo y medio frio; galleta dura que puede romper la cabeza, papas y café endulzado con meluza negra, cuyo sabor es el de un brebaje: rara es la vez que aumentan otro guiso ó varían el condimento de la carne de buey; eso sí, siempre desabrida y obligada á goma elástica.

La primera mañana del Domingo que me encontré á bordo, fué únicamente cuando les hice el gasto, y eso

por la necesidad, por mas señas que el detestable almuerzo y un trago del café, me descompusieron el estómago y estuve trastornado todo el día.

Pero en la tarde ya fué otra cosa: me informé con el contador de sí podría cambiar de camara y, contestándome que sí, en el acto pagué el exceso y pasé á instalarme á mi nuevo departamento, que me pareció un palacio y que del purgatorio habia salido para gozar la dicha de los bienaventurados.

La tal segunda Cámara del Continental, no era sino proa en todos los demas vapores, la que se reputa tercera clase; en donde va la pobre gente que ó no puede pagar lo que vale la primera cámara, ó desea economizar dinero. Yo he visto en esa clase en otros buques, personas regulares que para no avergonzarse de ir entre los grumetes ó gentusa que viaja en ella, ponerse los vestidos más humildes y el día que termina el viaje y se salta á tierra, salir vestidos de caballeros con un buen equipaje que sacan de la bodega. Eso

sí, los tales, no hacengastodela inmunda comida que dan en proa sino que, ó se arreglan con el cocinero para que les sirva algunos buenos platillos; ó antes de entrar á bordo, se proveen de carnes frias, quezó, pan y botellas de vino: entónces la cosa cambia un poco de aspecto; aunque no pueden evitar la compañía de la gente soéz, de los animales y de otros objetos despreciables.

Yo me he dicho cuando he visto viajar en proa á algunos individuos que vienen á América: ¡Cuantos de estos que van hoy mezclados con los bueyes y las gallinas, comiendo galletas apolladas y revolcándose en la inmundicia, se nos venden en México por gente decente, por caballeros, que dejan los pergaminos en su tierra, se la echan de nobles y miran de reojo á los mexicanos! Pero este es el mundo, está la vanidad en el cambio de posicion; y por esto ¡que pocos de los extranjeros que tratamos en México son de buen origen! ¡Y nosotros que los vemos como un prodigio! ¡Y nuestras mujeres

que los prefieren para enlazarse, al mexicano mas caracterizado! Que en efecto contraigan nuestras jóvenes alianzas con extranjeros honorables por el trabajo ó por su buena educacion, está bien; pues el amor se va donde quiere y tambien es una necesidad imprescindible el cruzamiento de las razas, pero que solo las verifiquen por sistema y solo por que son extranjeros los que las pretenden, es una monomanía y querer continuar el antiguo refran del tiempo de la colonia que dice: "marido y breaña de España".

Volviendo á nuestro asunto, te debes figurar, María, lo contento que estaría yo con el cambio de cámara, tanto por las comidas, como por la clase de gente que trataba y la libertad de ir y venir, subir y bajar por todas las comparticiones del buque, privilegio de que solo disfrutaban los de primera; porque los de proa, están encerrados como bestias feroces, y cuando la navegacion es monótona por que va uno concretado al corto espacio de que se

puede disponer á bordo, es muy agradable pasarla lo mejor posible y moverse á su placer.

Por fin, el domingo, á las seis de la mañana, se avistó la costa de San Francisco y la alegría mas extremada se posesionó de mi corazon, tanto porque iban á concluir los trabajos de la navegacion, como porque tocaba la cima de mis deseos en órden à verme cercano á una ciudad, que tanto habia anhelado conocer por los ventajosos informes que habia recibido de ella.

Llegamos al muelle á las dos de la tarde y no tienes una idea, María, de lo sorprendido que quedé al ver la multitud de buques de vela, vapores y barcos de todas clases y tamaños que allí estaban anclados; la muchedumbre de gente que esperaba al vapor; el sinnúmero de ómnibus y coches instalados y el movimiento, vida y animacion de aquel lugar.

Positivamente, nuestros puertos de México forman, por desgracia, un contraste desconsolador con el de San

Francisco, presentando la imagen del abandono, del quietismo y la soledad; mientras aquí todo es vida, inteligencia y movimiento. Los mástiles y las chimeneas son tan numerosos, que presentan el efecto de un espeso bosque; al paso que la bahía que es dilatada y pintoresca, está surcada de embarcaciones y pequeños vapores que, semejantes á palacios ambulantes, van y vienen en todas direcciones, conduciendo gente á las costas vecinas ó llevando frutas, legumbres, animales y otros artículos de comercio.

Salí, finalmente, del vapor y positivo trabajo me costó abrirme paso por entre la multitud de curiosos para tomar el carruaje que me condujera al hotel. A poco de instalado allí, como me devoraba la fiebre por verlo todo, salí á pasear y confieso francamente, que quedé asombrado al contemplar el conjunto de rarezas que se me ofrecían á la vista. Todo me cogía de nuevo; la forma de las calles, la construcción original de los edificios, la novedad de las

costumbres, el vestido de las mujeres, la caricatura de los chinos, que son numerosos y otra porción de menudencias y particularidades, cuya descripción haría difusa esta carta, si yo me propusiese relatarlas.

La extensión de la ciudad de San Francisco, es considerable; su latitud corre de Nordeste á Sudeste y su posición es risueña y pintoresca. Por la parte del Sudeste, es un poco elevada, con algunas irregularidades en el terreno y por la del Este, plana que, formando una media luna, confina con el mar, cerrando la perspectiva con el bosque de mástiles y chimeneas de los vapores.

Situado el espectador en la extremidad Sur de las calles un poco elevadas y tendiendo la vista para abajo, no te puedes imaginar el panorama mas variado y encantador que presenta el conjunto, con sus edificios de mil caprichosas formas, sus torres góticas, las astabanderas, sus diez mil carruages, los transeuntes y al fin los bosques, el mar y costas fronterizas. ®

Los edificios, como he dicho, son de formas caprichosas y raras, en los que hay confundidos todos los órdenes arquitectónicos; pero todo con mucho gusto, ó cierta extravagancia romancesca, siendo la pintura en general de sus fachadas, el pardo, rojizo y gris. Hay muchas casas que por su aspecto, se pueden considerar monumentales, la mayor parte de estas son grandes hoteles; actualmente se construye uno en California *Stret*, hermosísimo con todas sus columnas, cornisas y adornos de puertas y ventanas, de hierro colado; el aspecto de su fachada, es singular por su disposición arquitectónica y su rica ornamentación. En general te diré, que la estructura de los edificios, es ligera y elegante; aunque muchos de ellos, examinados en su estructura sean, como suele decirse: "de popotes y barajas;" por que en sus paredes, entra solamente el grueso de un ladrillo, el fierro en lámina, el yeso y la madera: esto explica porqué en tan pocos años, se ha improvisado una gran ciudad y la

causa porqué actualmente, es inferior á México en lo monumental de sus construcciones, en donde la vista aerea de sus cúpulas y torres, que siempre contribuyen á hermosear un conjunto, sus playas y dilatadas calles y todos sus paseos y frondosos alrededores.

En San Francisco pululan mil carruajes por cada calle; pero los mas son pequeños y de comercio; mientras que en México transitan millares de ricas carrozas tiradas por troncos de mucho valor. Esta circunstancia, hasta cierto punto, es desventajosa, porque las señoras mas hermosas y ricamente vestidas se ocultan á la vista dentro de un vehículo, que pasa como una exhalación; al paso que en California las familias enteras y las señoras mas elegantes andan á pié ó cuando más en los wago-nes que corren á todas horas en todas las calles, por consiguiente, la vista se recrea, admirando su belleza y el buen gusto de sus trajes.

Está fuera de duda, que existen en San Francisco, mil cosas superiores á

las de México y la principal, el gran movimiento comercial, la magnificencia de sus tiendas, sus ricos y elegantes almacenes de la calle de Montgomery y calles adyacentes, donde brillan en lujosos aparadores de cristal de tres y cuatro varas, hermosas telas de seda, encajes, terciopelo, lana algodón; joyería, quincallería, mercería y otras mil curiosidades de la industria europea. Los almacenes de ropa hecha, también son muy grandes, las sombrererías, camiserías, pulperías ó fruterías, colocadas éstas con un cierto artificio ó coquetería en la que se vé de á legua la civilización de este pueblo.

Las plazas del mercado tienen una localidad separada, cada una comprende cerca de una manzana: en una hay fruta la mayor parte encajonada; en otra está la verdura, y en otra el pescado.

Es de advertir, que estas plazas están cubiertas con un techo de madera ó zinc y así son impenetrables á la lluvia y al sol.

Como hay alguna escasez de piedra, pocas calles están empedradas y las más tienen el piso de cuñas de madera, que á la verdad, son mejores y más duraderas; las banquetas, en su mayor parte, son de asfalto, y las hay también de madera.

Otra de las causas que embellecen notablemente la ciudad, es lo muy ancho de sus calles, tiradas á cordel, así como la cómoda amplitud de sus banquetas de diez varas de ancho.

No hay puerta ni fachada que esté vacía: todas están llenas de grandes rótulos..... qué más? hasta sobre las banquetas hay carteles recargados ó figuras de tablas pintadas que tienen su anuncio y rótulos de hierro embutidos en las lozas.

Los hoteles, como es sabido, son los mejores del mundo, y California posee un gran número de todas categorías, así como infinidad de restaurantes americanos, franceses, italianos, alemanes y mexicanos.

Entre los primeros hoteles pueden

figurar: el Lie House, el Continental, el de California, San Nicolás, el presente hotel y otros.

He visto algunos templos protestantes, por su parte exterior, cuya arquitectura generalmente es gótica; entré únicamente á dos católicos que casualmente estaban abiertos á mi paso, y no ha dejado de causarme estrañeza su interior, que más bien me parece el de un teatro, por la disposición de sus asientos y una especie de anfiteatro en los muros de los costados. El altar es bastante sencillo; un púlpito en el costado izquierdo; el alumbrado es de gaz, cuyas lámparas están colocadas en el fuste de las columnas y un gran candil de bombas apagadas que pende del centro del techo.

He notado que en San Francisco, los templos católicos, están en minoría, pues no pasan de cinco ó seis; mientras que los protestantes pasan de cincuenta; á los primeros concurren solo irlandeses y la raza española y á los

segundos, americanos y otras nacionalidades.

Los policías de San Francisco, están vestidos como un paisano, su ropa es gris y los distingue un escudo de laton que tienen sobre el pecho, medio cubierto con la solapa en el lado izquierdo.

No tienes una idea de la novedad que me han causado los chinos; su número pasa de diez mil, 1 viven en un barrio particular; su traje es incómodo y ridículo, especialmente el de las mujeres. Esta raza, es vista por los americanos con el más alto desprecio, porque sus costumbres pugnan abiertamente con las suyas, pero lo que más provoca su ódió es, que los chinos son extraordinariamente trabajadores, sóbrios y económicos, de modo que se acomodan á trabajar por la mitad del salario ó precios en la manufactura que las demás nacionalidades, al grado de

1 Hoy pasan de sesenta mil y en todo el Estado, de doscientos mil.

Al hablar con los guardas manifesté que no llevaba contrabando alguno porque era yo artista; apenas hubo escuchado estas palabras, cuando contestó con algun agrado:

¡Oh! artist?

Esta palabra sacramental creo que fué mi salvacion porque inmediatamente modificó sus pesquisas, ó mejor dicho, las suspendió y me dejó ir en paz.

Llegué á un hotel de la calle de Montgomery, y héteme aquí en nuevos trabajos, porque ni el administrador ni yo nos entendiamos para arreglar el precio del cuarto, hablamos uno y otro en nuestro idioma peculiar gestinulábamos, pateábamos y nos arrancábamos los pelos del bigote, por no poderlos entender. Le indiqué entónces, con dos palabras mal dichas en inglés, que si él sabia francés, nos entenderiamos mejor: al oír esta proposicion, ya risueño me tomó de la mano y me condujo á una zapatería próxima, cuyo dueño era francés, hablé con éste, tambien con mucha dificultad, porque en

su lengua estaba yo, punto mas, punto ménos como en la inglesa; pero en fin, quedamos definitivamente arreglados.

Despues que tomé posesion de mi cuarto, me salí á correr calles é inútil es decir que todo me cogia de nuevo, en todo hallaba extrañeza y admiraba ese sello excepcional que distingue á los americanos de los demas pueblos.

Para completar el inconveniente de la carencia del idioma, te contaré, que al volverme á las seis de la tarde, no daba ya con el hotel. Ya iba y venia, andaba y desandaba para orientarme y, nada. Con algun temor me atreví á preguntar por la calle de Montgomery, próxima á la de donde vivo; pero por única respuesta, se me quedaban mirando y, si me daban las señas, era como si no me las diesen, porque maldito si las entendia.

De esta manera seguí andando á la ventura, temiendo me cogiese la noche en la calle y me fuera por esto mas difícil encontrar mi casa. Hasta que en medio de estos temores, lo logré á la

oracion de la noche por una casualidad.

Entonces vi por propia experiencia, que era mentiroso el refran que dice: "el que boca tiene, á Roma va," y yo agrego: si en esa boca se hablan dos ó tres idiomas.

Me dirás que si pensaba viajar ¿porqué no me preparé antes de salir, con el estudio del francés y del inglés? Pero te diré la causa porque no lo verifiqué:

En el Instituto Literario del Este, habia cuatro jóvenes adelantados en inglés y que habian obtenido los primeros premios; por lo que se consideraba que estaban perfectamente idóneos en el idioma. Llegaron una vez tres ingleses á visitar el establecimiento, y el Sr. Sanchez Solis director de él, llamó á los referidos jóvenes para que sirvieran de intérpretes y, cádate ahí, que ni unos ni otros se entendian y solamente se miraban las caras. Por el mismo tiempo regresó á México una familia que habia recibido en los Estados -Unidos dos años solamente y ésta y los criados, venian hablando inglés perfectamente.

Por lo que deduge, que la práctica en hablar y educar el oido en el país donde se habla el idioma que se desea aprender, es preferible á estudiarlo por los libros y por un maestro extranjero á él, que no poseé el acento: con esta conclusion, renuncié á calentarme la cabeza inútilmente echándome gramáticas con el cuerpo y me propuse aprender idiomas con la práctica al ir tocando los respectivos países donde se hablaran. Tal vez no fué muy acertada mi determinacion; porque no habria sido malo estudiar algo antes de partir llevar eso mas adelantado y que estudiando inglés en México ú otra República española, siquiera sirve para traducir algunas obras.

Aunque yo habia estudiado algo de inglés y francés en mi colegio cuando joven, ya lo habia olvidado todo y al llegar á los Estados-Unidos no sabia ya ni pedir pan.

En fin, ayer minoraron mis trabajos en la línea del idioma porque me encontré con un muchacho chileno muy

inteligente, y éste me acompaña á todas partes y me sirve de cicerone.

En atencion al gusto que tienes por las Bellas Artes, te participo que he encontrado aqui alguna afición por ellas, mucho mas que en México; pero antes de hablarte de algunos cuadros notables, te diré, que me han sorprendido extraordinariamente los grandes adelantos en la fotografía.

Desde las tarjetas de visita hasta los bustos solares del tamaño natural, son de una precision y finura admirables.

En cuanto á iluminacion, tambien juzgo difícil se pueda hacer cosa mas perfecta, con una verdad de color y mecanismo tan hermoso y limpio, que no se cansa la vista de mirar.

Termino mi tarea por ahora porque me siento un poco fatigado. En la siguiente carta te contaré algo mas de lo que vea de esta ciudad y continuaré mi relacion sobre las obras de pintura que te acabo de iniciar.

Me voy á comer para seguir esta tarde mi excursion. Adios, María.

XXX.

Enero 3 de 1867.

MARIA QUERIDA.

Son las siete de la mañana y hace un tiempo de perros; antes de salir á la calle, temo la pluma para contarte lo que he visto en los dos dias mas que he recorrido la ciudad que cada vez la hallo mejor y mas simpática por su aspecto. Los edificios por todas partes son hermosos y su estilo completamente origi-<sup>®</sup>

inteligente, y éste me acompaña á todas partes y me sirve de cicerone.

En atencion al gusto que tienes por las Bellas Artes, te participo que he encontrado aqui alguna afición por ellas, mucho mas que en México; pero antes de hablarte de algunos cuadros notables, te diré, que me han sorprendido extraordinariamente los grandes adelantos en la fotografía.

Desde las tarjetas de visita hasta los bustos solares del tamaño natural, son de una precision y finura admirables.

En cuanto á iluminacion, tambien juzgo difícil se pueda hacer cosa mas perfecta, con una verdad de color y mecanismo tan hermoso y limpio, que no se cansa la vista de mirar.

Termino mi tarea por ahora porque me siento un poco fatigado. En la siguiente carta te contaré algo mas de lo que vea de esta ciudad y continuaré mi relacion sobre las obras de pintura que te acabo de iniciar.

Me voy á comer para seguir esta tarde mi excursion. Adios, María.

XXX.

Enero 3 de 1867.

MARIA QUERIDA.

Son las siete de la mañana y hace un tiempo de perros; antes de salir á la calle, temo la pluma para contarte lo que he visto en los dos dias mas que he recorrido la ciudad que cada vez la hallo mejor y mas simpática por su aspecto. Los edificios por todas partes son hermosos y su estilo completamente origi-

nal; resultado de que no haya en ellos una severa regularidad en su arquitectura porque juzgo al mismo tiempo la gótica, la griega y la romana cuya mezcla produce un efecto romanesco que deleita la vista: el primer cuerpo está formado de columnas esbeltas de hierro y vidrios de cuatro y de cinco varas de alto: en esta parte están los almacenes y en general las casas de comercio: los demas pisos que son hasta seis ó mas, los forman una especie de almohadillas, que son los balcones ó ventanas, cuyo aspecto es pesante y Churrigueresco y el remate ó azotea es cónico de pizarra ó zinc.

Las casas de los alrededores ó suburbios, en donde habitan las familias acomodadas, son de mejor aspecto, unas formadas de un solo orden arquitectónico en su fachada y otras con la mezcla de todos: al frente rompe desde la banqueta una escalinata de dos ó tres varas de altura hasta nivelar con la puerta de entrada principal, y de dos de anchura: los lados que revelan, y

hácia donde caen las ventanas del subterráneo ó comedor, que está al nivel de la calle, están ocupados de jardincitos, fuentes pequeñas de bronce ó mármol ó alguna estatua, subiendo algunas veces, enredaderas por los fustes de las columnas del pórtico ó el marco de la puerta que le comunican un aspecto muy agradable. Generalmente estas habitaciones de campo ó de calles transversales que no son de comercio, tienen dos pisos y rara vez tres: el primero, como ya digimos es el comedor, cuya comunicacion es interior y subiendo la escalera de la calle, se entra inmediatamente á la sala y siguen las demas piezas; esta sala está dividida por una puerta corrediza que, cuando hay necesidad amplia corriendo la referida.

Las casas de mas importancia, están aisladas en medio de jardines, con es

¶1 Tambien tienen una exterior por el jardincito para que salgan los criados y entren los viveres, el carbon, etc., para las cocinas: con esto se evita el paso por la sala: pues las casas de los Estados-Unidos no tienen patios ni zaguan.

calinatas de mármol, y el zócalo ó plataforma en que se eleva el terreno, circundado por su parte exterior de un fuerte recinto de granito y algunas veces con barandillas de hierro.

Yo me admiraba de una anomalía que existe en casi todas estas hermosas construcciones; que mientras que se emplea la piedra cantera, el granito, el mármol y hierro, en el jardín, escalinatas y adornos, las casas ó habitaciones, interior y exteriormente, sean de madera, porque muy raras son de ladrillo.

Eso sí, estos edificios anuncian desde luego que sus dueños son unos potentados, que no han escaceado el oro para fabricarlos y en los barrios donde están ubicados, se mira una línea de palacios y jardines de uno y otro lado que deben recordar algo de aquellos suntuosos de Nínive ó Babilonia.

Todas las casas del centro de la ciudad tienen subterráneos, que unos sirven para bodegas y los mas son cantinas, fondas y cafés cantantes: á estos subterráneos, cuya entrada está practi-

cada en la banqueta por medio de una escalinata, les entra la luz por el guarda-polvo de la fachada á través de enrejados ó sobre la misma banqueta por medio de lozas de vidrio muy grueso; el caso es que están bien iluminados y secos, son unos salones tan bien decorados y alegres como los de los pisos altos.

Todas las calles de San Francisco están cruzadas de dos pares de rieles y los wagones corren desde las seis de la mañana hasta las once de la noche llenos siempre de gente: los boletos cuestan cinco centavos y se pueden comprar en junto para muchos días; consisten en unos cartoncitos impresos de poco mas de una pulgada.

Hay varios teatros, que solo conozco hasta ahora exteriormente; cuando los haya visto en su interior, daré una descripción de ellos.

Los cafés cantantes, como he dicho, son bien alumbrados de dia, y tambien de noche con el gaz; en uno de los extremos del salon, se encuentra la can-

tina, en la que hay dos ó tres pipas de cerveza en la parte inferior del armazon; sobre este, el botallege, puros, etc., el mostrador y dos dependientes ó cajeros. En otro de los extremos, hay un piano tocado por un individuo pagado todas las noches y es acompañado por un violín y una flauta, ó por clarinete ó piston y alguna vez por cantantes de uno ú otro sexo. Todo el día son concurridos estos salones; pero especialmente de noche, que se miran las mesas llenas de parroquianos, bebiendo cerveza y whiske ó arrojando grandes bocanadas de humo del tabaco de Virginia, mientras la música, no puedo decir que suelte al aire sus acordes vibraciones, porque entre los americanos está en la infancia; el pianista manoteo que es un gusto, el violín rechina y el clarinete da unos berridos, no queriendo quedarse atrás de sus compañeros, porque estos yankees hacen consistir la bondad de la música en lo extridente y recio de la ejecución; pues cuando una banda es completa, el bumbo ó tambo-

ra, suena como un cañón de á quinientos y el músico con el bolillo en la mano, mira satisfecho y arrogante á la concurrencia como si acabara de disparar un krup: no se diga de la *ladye* ó soprano que está en pié junto al piano, entonando esas canciones yankees ó inglesas de unas melodías tan ingratas y desabridas que corren parejas con el saber de sus guisos.

Hay, igualmente muchos subterráneos ó salones, servidos por seis ó más mugeres, princesas disimuladas, bien vestidas y algunas de ellas muy bonitas.

Tan luego como se sienta á la mesa algun parroquiano solo ó con algun amigo, se le rodean dos ó más de éstas. *Miss* hablándole cariñosamente, sentándose á su lado y hechándole familiarmente el brazo. El licor, sangría ú otra bebida que se pide, va siempre en vasos dobles ó segun el número de las muchachas que rodean la mesa.

Es inútil hacer observar que está uno en absoluta libertad de besarlas, ®

acariciarlas y cuando se quiera á plena luz y ellas son unas sirenas que encantan con sus mimos, para hacer aflojar las monedas, haciendo repetir con frecuencia los brindís de vino ó sangría. Con frecuencia están llegando hombres y mujeres á vender dulces, frutas, pasteles y ramos de flores, y las muchachas se le encaran á uno; acto continuo con una sonrisa insinuante, y tiene que comprárseles lo que desean que, cuando el objeto consiste en un buqué, ésta cuesta la friolera de cuatro reales, de modo, que al entrar á una maldita casa de éstas, es necesario llevar la bolsa bien provista.

Cataño y yo, á pesar de ir prevenido de lo que eran los tales salones, gastamos tres pesos cada uno. ¿Qué sucederá con un incauto que sin conocerlos se entre de rondon y se deje sorprender por esas honradas hijas de Eva? Hay otros salones de segundo orden y éstos están al nivel de la calle, que son lupanares desimulados en los que si se embriaga un pobre diablo, porque

de intento le dan brebages compuestos, lo bolsean esas ladronas al estarlo bebiendo ó acariciando, ó cuando se queda dormido; bien, que estas escenas no se repiten con mucha frecuencia, gracias á la constante vigilancia de la policía.

En los dos salones que visité anoche, la mayor parte de las muchachas eran alemanas y en uno de ellos, me encontré á una tepiqueña, que hablaba inglés perfectamente y tenía ya todo el aire de una americana. A esta la noté más seria y más pudorosa que las otras y, ¿qué quieres, María? fue á la que me tocó cortejar, confesándote, que por hacer algo de lo que hacian los demas y no singularizarme, le planté un beso en una mano, que por cierto las tenía muy bonitas y le dí sus palmadas en los cachetes.

Me aseguran, que pasan de mil las muchachas que trabajan en los salones, porque estos son innumerables; hay calles en las que hay cuatro ó seis y algunas hasta diez y cuando se pasa de noche frente á donde están situados, se

oye salir de dentro una batahola infernal de voces avinadas, entre mezcladas del ruido extridente de los desacordes instrumentos, porque en punto á música, como queda dicho, no está muy adelantado el buen gusto de los americanos.

Cuando pasaba frente á un salon de éstos en donde este bullicio era atroz, me dió gana de entrar para ver lo que era, y descendí por los escalones que conducian al subterráneo. Era, que un grupo de hombres y mugeres bailaban desafortadamente un can-can, en medio de las rizas y los chirridos del clarinete y una corneta piston. Terminó este baile; siguieron los vasos de cerveza, las bailarinas se sentaron en fila sobre una larga banca que allí habia. A poco se anunció una polka, y los bailadores acto continuo dejaron una peseta sobre el mostrador de la cantina y se dividieron á tomar su respectiva compañera. De esta manera, siguieron otros bailes, anticipando siempre la misma peseta y tomando á las compañeras alquilonas

que formaban fila, esperando que un marinero, carretero y cualquiera hombre soez de aquellos parroquianos, las sacara á bailar, dejando el provecho al cantinero.

En todo manifiesta este país sus tendencias positivistas y metálicas y el sentimiento es una moneda desconocida en él. ¿Qué ilusion puede tenerse en bailar con una desconocida pagando por bailar un wals ó una polka que cuesta el dinero? Creo que un individuo de la raza latina al proponerle semejante cosa, se indignaria y se marcharia cubierto de rubor.

Antes de terminar el negocio de los salones, debo decirte, que los que especulan con ellos, deben realizar grandes ganancias porque las mugeres que trabajan en ellos tienen un sueldo que no baja de tres pesos por noche y donde hay ocho ó diez y se tienen que hacer los gastos del alumbrado, renta de casa contribucion y otros, necesitan vender mucho ó adulterar sus bebidas para que no pierdan el dinero.

Vamos á otra cosa.

Pasando ayer por la calle de Montgomery, me encontré á Aurelio Gallardo, poeta mexicano, y me introdujo á una Barra de mucho tono y quedé sorprendido á la vista de un magnífico cuadro que representa á Sansón en el momento de ser atado por los filisteos. Las figuras son del tamaño natural, ejecutadas por un artista contemporáneo; ¡oh amable María! te aseguro que es una de las más bellas producciones que me han cautivado en mi vida. La figura del Sansón está perfectamente dibujada y modelada; el torzo es semejante al del Hércules Farnesio; la anatomía es bien entendida y no hay en ella exageración muscular: las actitudes de las demás figuras, la muelle posición de Dalila el color y rica armonía de toda la composición sorprendé en extremo. Afirman que este cuadro está asegurado en diez mil pesos. 1

1 Hace cuatro años que volví á California, si yo que este cuadro valía ya 15,000 pesos.

He tenido ocasión de observar atentamente á las muchachas americanas así como á las de las demás naciones y en efecto hallo que las primeras son bastante hermosas y tienen los piés pequeños; pero tienen ese no sé qué de gringo extrangerado que me desagrada. Entre las demás nacionalidades hay tipos perfectos, especialmente el de las judías y las cuarteronas, yo siempre, ¡qué quieres qué te diga? prefiero á las seductoras mexicanas de mirar de fuego y cuyos atractivos volverian á hacer caer á un pobre hombre como á otro Adán.

Anoche he visto con la ausencia de la luz del sol, la calle de Montgomery y me agradó en extremo su iluminación y el comercio activo de sus tiendas.

En la tarde estuve en los suburbios de la ciudad, pero ¡qué suburbios! ya di una idea poco antes de ellos; pero hablé del pormenor y construcción de sus edificios y ahora aunque parezca una repetición, vuelvo á insistir en darte una idea de como se presentan en conjunto

por los accidentes del terreno y la inmensa variedad que presentan en las distintas localidades, así como tengo que añadir algunos más accidentes que forman el total del cuadro.

Pues bien, en otras ciudades son estos los más pobres y las casas de mezquina construcción muchas de ellas arruinadas; mas en San Francisco ¡qué diferencia! Los suburbios están habitados por los más ricos comerciantes ó propietarios que despues de concluidos los negocios, en la ciudad, se retiran á las cuatro de la tarde para comer. Las casas de esos suburbios son unos verdaderos palacios de hadas, unos templos ó moradas de un gran señor de esas que nos trasmiten las leyendas orientales. Estas casas la mayor parte son de madera; pero tienen toda la apariencia de la mampostería, porque la superficie exterior tiene una capa de arena parda que les da la apariencia de cantera. Cada uno de estos edificios son de uno y hasta de tres pisos separados unos de otros por amenos jardi-

nes, y juega en ellos la más delicada arquitectura, la más rica ornamentación así como los bustos y estatuas. Algunas tienen al frente un pequeño jardín con sus fuentes de mármol blanco que produce agradable efecto con el verde de las plantas; en algunas puertas y ventanas trepa una enredadera que le forma un contra marco ó docel... Vamos, todas estas casas reunidas que puestas unas mas altas que otras por los accidentes del terreno, alternando en ellas la verdura de los jardines, bien el fondo de alguna pequeña montaña que tienen á su espalda ó la bahía con sus buques y las poblaciones de las vecinas costas, producen una perspectiva que embriaga y convida á disfrutar horas enteras.

Cuando haya yo pasado algun tiempo en San Francisco y conoze sus costumbres mas á fondo, así como algunas otras particularidades, te volveré á escribir, María, otra carta, completándote un poco más la idea sobre mis impresiones de esta ciudad. Adios. ®

XXXI

Julio 1.º de 1867.

QUERIDA MARIA.

Mucho tiempo hace que no te he escrito y hoy que me hallo en vísperas de salir de esta ciudad, voy hablarte más á acerca de ella, supuesto que en año y medio que he permanecido, conozco mas su parte física y moral.

Tal vez incurra en algunas repeticiones respecto de la descripción que te hice en mi última carta, pero creo que

no serán del caso y antes bien será como una rectificación para que quedes mejor enterada de aquellas.

Comenzaré diciendote: que hay en la ciudad de San Francisco millares de grandes y pequeñas cantinas que se denominan barras: estas son de diversa categoría, según la gente que concurre á ellas. Algunas están montadas con lujo y son unas verdaderas galerías que contienen magníficas pinturas; el mostrador y armazon son de exquisitas maderas y no es extraño ver en ellas siempre, de la mejor concurrencia de la sociedad.

Quando se entra á una de estas barras, se dirige el parroquiano si quiere, á una mesa que queda un poco al fondo ó frente al despacho y en ella se encuentran hasta ocho ó diez potages como, pavo asado, pierna de carnero, jamon en vino, macarrones, queso, aceitunas, etc., etc., etc. Si desea uno ser servido, un criado que está ahí dispuesto, pone en un plato lo que se le pide y si no, uno mismo lo toma, sirviéndose si

lo apatece, de todas los manjares; concluida esta operacion se dirige uno al mostrador y pide cognac, ponche, cerveza ó cualquiera otro licor, pagando por todo lo que se ha tomado la módica cantidad de diez centavos.

No puede darse cosa mas barata en esta línea, y estoy seguro, por propia experiencia, que con el *lunch* que se hace en esas barras tiene uno lo suficiente para todo el dia.

Igual cosa sucede con los restaurantes, especialmente los americanos é italianos; los franceses son un poco más caros.

En los americanos hay platos de 5 á 30 centavos y, á medida que se van pidiendo potages pone el criado sobre la mesa el valor de cada uno, expresado con números en un pequeño carton, que se cambia, segun va subiendo la cuenta. Despues que se ha concluido, se dirige el parroquiano á la cantina, pagando el valor de lo que representa el último carton y, con este sistema, se

evita el fraude en los servidores, los que no exigen propina alguna.

En las fondas italianas se come bien y barato: por cuatro reales sirven seis platillos abundantes, media botella de cerveza ó vino, fruta ó dulce, café con leche ó cognac. En las francesas hay diferentes precios, y en todas, americanas, italianas y de las que venimos hablando, están puestas sobre la mesa grandes fuentes colmadas de mantequilla, azúcar y jarrones con sabrosa miel. 1.

Esta baratura de las fondas y comestibles, está en oposicion con la abundancia metálica y lo subido de los salarios, etc; pero esto se explica por la gran fertilidad del país, que produce frutas, hortaliza y granos en abundancia.

Los criados, perciben un sueldo de

1. En la época actual han desaparecido de las mesas estos artículos, por el abuso que cometían los americanos en tomar con exceso de ellos, y solo se pone una poca de mantequilla en un platito.

25 á 30 pesos mensuales, y esta circunstancia precisa á las familias, de la clase media á no tener ninguno, sirviéndose así mismas, cosa que en España y México no se usa, y que sería hasta indecoroso; pero en los Estados Unidos, que no existen esas rancias, vulgo aristocráticas, una persona decente toma su canasto y se dirige al mercado para proveerse, sin quedar degradada por esta circunstancia.

Hay por fortuna la ventaja, de que los vendedores conducen á las casas sus mercancías y siendo esto así, solo el arroz, especias, y otros artículos de droguería ó abarrotes, se tiene necesidad de salir á comprar; pero el lechero, panadero, carnicero, etc. llevan muy temprano su correspondiente artículo á las casas y lo colocan, si la familia duerme aún en un hueco que hay practicado en el descanso de las escaleras, sin que estos objetos sufran ménos cabo, alguno de los vecinos ó de alguna gente de la calle, pues en punto á seguridad, pocas ciudades como San Francisco, con-

tarán la fortuna de poseerla. Y si no, digáseme ¿en alguna otra parte quedan los bancos y joyerías cerrados solamente con las vidrieras? Las droguerías dejarían los sacos medio abiertos que contienen las patatas, el arroz, garbanzo y otros artículos, fuera de la puerta, lo mismo que las ferreterías, carpinterías, etc., sus objetos tirados sobre la banqueta?

Lo mas extraño de esta seguridad, es que, emigrando de Europa, como se sabe, una cantidad no pequeña de hombres viciosos, y componiéndose la población de la mayor parte de éstos, estén tan seguros los intereses de las personas; pero ¿se sabe á que es debida esta circunstancia?

A las sabias leyes que el pueblo americano se ha sabido dar y á los guardianes de ellas, que no las eluden ni consideran como simples papeles escritos.

En los Estados-Unidos impera la ley y cualquier representante de ella se hace obedecer, por manera, que cuando se

ha dado el caso de un tumulto, pleito ó cosa semejante, con solo presentarse un policía, hablando en nombre de aquella, todo el mundo se retira sin chistar una palabra. Cuando suele haber un robo, es tan eficaz la policía que rara vez se escapa el ladrón y dejan de recuperarse los objetos robados.

En el tiempo que he permanecido en San Francisco solo he oído hablar de un solo robo que se cometió, pleitos ó tumultos no he visto ninguno; de manera, que ese orden lo he envidiado mas de una vez, que he recordado el desgraciado estado de nuestra sociedad.

Los Estados-Unidos están compuestos, como no he sabido, de los elementos mas heterogéneos y hay en el corazón de su sociedad una corrupción escandalosa; pero la ley y el trabajo, neutralizan esta anomalía con sus saludables efectos, y el equilibrio se sostiene perfectamente.

En las barras subterráneas, además de las servidas por mugeres, de que hablé arriba, hay salones de baile donde

ponen una música chillona, compuesta generalmente de un clarinete, piston y bajo. Estos instrumentos tocan walses, polkas y contradanzas, que son bailadas por los parroquianos, que pagando una peseta por cada pieza, toman una compañera de las diez ó doce muchachas que la casa paga expresamente, y bailan con ellas armando una batahola infernal; en la que sobresale el chirrido del clarinete.

Hay que advertir, que la pieza que se baila, no pasa de un cuarto de hora de duración y por esto, se calculará el dinero que sacarán los dueños de esos salones.

En general, los americanos, al paso que se hayan adelantados en la mecánica y otros ramos de la industria, en bellas artes están atrasados y especialmente en música. El piano en los Estados-Unidos se toca muy mal y dando manazos sobre el teclado; pues creen que de esta manera se produce mejor el efecto: por el estilo sucede con los demás instrumentos. Así como en Méxi-

co la pintura y la música son cultivados hasta por las señoras, y pocas que tengan recursos, dejan de adornarse de estos ramos las familias de los Estados- Unidos los desecuidan y, aun cuando por ostentacion se tenga el piano en las casas decentes, éste es tocado pésimamente: lo mismo que de la música, podemos decir de la pintura.

En cuanto á teatros te diré, que hay cinco ó seis y son insignificantes: el de Bush, el Stret, aun no se concluye y dicen que es uno de los mejores. Como los referidos no tienen mucha capacidad en el palco escénico, no se pueden cantar óperas y, cuando suelen venir algunas compañías, se contentan con dar conciertos. Solo una temporada se dieron algunas óperas incompletas en uno de los mas grandes.

Hay que notar ademas que siendo los americanos, poco afectos á la música, en los primeros dias que se dan conciertos, concurre su regular número; pero pasado algun tiempo comienzan á desertar y despues solo se mira el tea-

tro concurrido por extranjeros. A la comedia y el drama, si son aficionados, y todas las noches hay funciones en la mayor parte de los teatros.

Antes de pasar á otra cosa, es necesario hacer una descripción de éstos: su figura interior, es de herradura como los nuestros; pero no tienen palcos sino solamente el patio y de este rompe una série de gradas que llegan hasta muy arriba. Esto dá por resultado, que la concurrencia no luzca como en México en donde, al mas del lujo con que representan las señoras, están perfectamente visibles en los palcos y se ven separadas las diversas familias. En los teatros de los Estados- Unidos sobre las gradas referidas, se mira una masa informe de señoras, niños y caballeros sin poderse distinguir las personas ni los trajes; hay otra circunstancia, acaso favorable, para que las familias no se priven de la diversion por falta de un buen traje para presentarse y es, que las personas se presentan al teatro tal cual andan en la calle y ésta es otra

ventaja igualmente, para los empresarios que tienen siempre concurrencia.

Hay otros teatros que llaman Minstrls de diversas categorías: unos, á los que pueden concurrir señoras y toda clase de personas; y otros á los que solo concurren hombres despreocupados. En los primeros, se presenta una fila de hombres y mugeres vestidos con decencia y sentados en el fondo del palco escénico, los primeros tocando instrumentos y las segundas cantando: hay tambien dos negros sentados en las extremidades exteriores del foro, uno con castañuelas y otro con panderos, que acompañan á la orquesta referida. En los entreactos de ésta los negros improvisan historietas ó refieren la crónica de la semana, agregando sus sátiras y correspondiente sal, que excita la hilaridad de los espectadores. En otros momentos se paran uno ó dos de aquellos músicos que tienen calzados unos enormes zapatos con dos dedos de zuela bailando de una manera tan grotosca y dando tan sendos zapatazos, que pa-

recian cañonazos de ochenta: esto excitaba la risa de los concurrentes y especialmente la mía, que encontraba nuevo, semejantes payasadas.

Los Minstrol, donde concurren, donde como dijimos hombres alegres y despreocupados, se presentan casi los mismos objetos que en los primeros, es decir la misma fila de hombres y mugeres con los dos negros; con una diferencia que aquellas se presentan semidesnudas y los últimos improvisando crónicas escandalosas, desvergonzadas y de un color tan subido, que podian avergonzar á los mismos presidiarios. Por lo mismo no pueden presentarse señoras á semejante espectáculo, propio mas bien de calaveras y libertinos.

Lo original de esta clase de espectáculos, es que no hay plan en lo que se representa, sino que todo es improvisado por los dos negros, y cuando más habrá algun arreglo en el orden de las piezas que ejecutan los músicos y en las canciones desabridas que eje-

tan con las narices aquellas prima-dona destrafalarias.

Para mí, lo mas gracioso es que en las diversiones de los teatros y otros espectáculos, es la manera de aplaudir, que no se verifica como en otras partes con las palmas de las manos, sino á silvidos atronadores; es tan estravagante el gusto de los americanos en la música, que cuando aquellas cantantes de los Minstrils ejecutaban una de sus horrendas canciones, que podia pagar-seles por no escucharlas, el público prorumpia en una explosion de aplausos á su modo, con tanta insistencia, que hacian repetir hasta seis veces dichas canciones, mal gusto que nos fastidiaba horriblemente con sus repeticiones á los que participábamos de él.

Voy á hablarte ahora de una de las singulares costumbres de los Estados-Unidos, relativa á los noviazgos, costumbre que á lo que parece es solo peculiar de los americanos.

Desde el momento que un jóven manifiesta intenciones de contraer matri-

monio, adquiere en la casa de la muchacha una gran confianza, de modo que cuando por las noches va á visitarla, puede hablar á solas con ella, separándose del círculo de la familia ó visitas que se hallan en la sala; si á otro día es de fiesta y desea dar un paseo fuera de la ciudad ó dentro de ella, se lo anuncia á la niña para que se disponga, fijándole la hora á que él debe venir por ella. En efecto, llega la mañana y el jóven se presenta á la casa, y tomando del brazo á su futura, la saca á pasear, ya á pié ó en coche, volviendo á la casa de la niña á una hora bien entrada de la noche.

Lo que hagan los dos palomos sin la importuna presencia de los papás, solo Dios y ellos lo saben; baste saber que se casan pasado algun tiempo, aun cuando haya acaecido algun accidente fortuito; pero en los Estados-Unidos la falta de un contrato matrimonial se paga con el dinero ó con el presidio, y las muchachas jamas quedan deshonoradas

ni para vestir santos, como suele decirse.

Muy al contrario de las infelices mujeres de las demás naciones, especialmente de España y México, que cuando entran á la pubertad y se presenta un novio á requerirlas de amor, perdiendo con él uno, dos ó tres años, y despues, por un incidente muy frecuente entre los amantes, ocurre una ruptura, esa jóven queda cesante por algun tiempo, hasta que se presenta un nuevo adalid. Viene éste, vegeta con la niña otros dos ó cuatro años, y repite la escena de su antecesor; así se presentan un tercero, un cuarto ó más; resultado: que la jóven perdió la flor de su juventud en amores inútiles; ha llegado á los treinta años, y ó se maleasa con el primero que se le presenta, ó se prostituye ó se vuelve coqueta y quedó célibe contra su voluntad; convirtiéndose en humo sus más bellas ilusiones, y aumentando el número de las víctimas sociales.

La ley que protege los contratos ma-

trimoniales en los Estados Unidos, es más eficaz y produce más saludables efectos en los contrayentes, que esa estúpida rutina de los padres de familia de los demás pueblos, que fiscalizan las más inocentes acciones de los novios, que no les quitan el ojo de encima, que no los dejan hablar alguna vez á solas de sus negocios particulares, llevando su necedad é intolerancia al grado de impedir que esos pobres jóvenes se visiten y se traten. ¿Qué resulta de esto? Que mirándose tiranizados, procuran solo, por todos los medios posibles, vencer cuántos obstáculos se les presentan y su amor irritado y excitado por la resistencia, les aconseja entónces enlazar-se lo más pronto posible, sin calcular que cometen una imprudencia al verificar un enlace sin conocerse. Así sale ello; pasado algun tiempo se cuentan en el catálogo de los seres desgraciados y maldicen á sus padres y á la pésima costumbre que los condujo á ese estado deplorable.

Repetidas veces se leen en los periódicos

es, como en los Estados Unidos, es  
 dicos de Norte América, demandas he-  
 chas ante la autoridad, no ya solamente  
 de padres de familia contra algun indi-  
 viduo que ha faltado á su palabra de  
 casamiento dada á sus hijas, sino aun  
 de solteras ó mujeres libres que piden  
 reparacion, ya pecuniaria ó ya de gale-  
 ra para los contraventores.

Es así como la moral se conserva en  
 esta línea y se profesa un gran respeto  
 á la mujer.

Aquí una jóven puede andar sola de  
 dia y de noche hasta muy tarde sin ser  
 molestada, requebrada etc. Es verdad  
 que hay multitud de mujeres prostitui-  
 das y de hombres perversos é inmora-  
 les; pero esto lo hacen sin escándalo y  
 à sabiendas, quedando á cubierto una  
 mujer que se quiera manejar con ver-  
 dadera honradez. En las demás nacio-  
 nes ¡qué poco se respeta! Ella está ex-  
 puesta casi siempre à los insultos, no  
 solamente de hombres iguales á ella  
 socialmente, sino hasta de los de la ínfi-  
 ma clase, y las pobres jóvenes necesi-  
 tan constantemente, ser acompañadas

de sus madres ó de otra persona de la  
 familia.

¡Triste situacion la de la muger en  
 esas naciones, en donde la depravacion  
 y las corrompidas costumbres les coar-  
 tan su libertad y las obligan muchas  
 veces á ceder á la seduccion!

Pasemos adelante.

Muchas veces habrás leído, querida  
 María, que entre los americanos, hay  
 tambien la extravagante costumbre de  
 que alguna soltera, y á veces doncella  
 libre se ofrezcan por los periódicos, co-  
 mo una mercanca, anunciando su res-  
 pectiva edad, caracter, fisico, profesion  
 y los recursos metálicos con que cuen-  
 tan; y lo gracioso es, que hallen hom-  
 bres que, se casen con ellas, ó se com-  
 prometan por cierto tiempo.

Cuando por primera vez pasé los ojos  
 sobre uno de estos avisos singulares,  
 solté la carcajada y no creí semejante  
 cosa; pero lo cierto es, que la experien-  
 cia me ha dado á conocer la realizacion  
 de esta circunstancia y de que estos ca-  
 sos se repiten, con no poca frecuencia.®

Como el cerebro de los americanos está tan metalizado, hasta la línea del honor llega su explotación: un marido se pone de acuerdo con su muger para estafar cierta cantidad á un individuo que saben que tiene dinero. Forman su plan, la muger entra en relaciones con el caballero, fingiendo ella una segunda edicion de la muger adúltera; tienen sus entrevistas furtivas ó francas, ella le pide dinero muchas veces, aprovecha cuantas ocasiones puede para disfrutar de paseos, convites, y otras diversiones acompañada del marido; pero cuando ya es tiempo de coronar el plan premeditado, en un momento inventa la muger una escena conyugal con el amante: aparece instantaneamente el marido; grita, amenaza, se indigna; y la muger se confunde, no osa levantar los ojos; el amante se marcha y el marido y la muger se quedan riendo de lo bien que han desempeñado en la comedia sus papeles. Al otro dia llega una cita á casa del amante en la que es demandado por daños y perjuicios; y ahí tienes al po-

bre diablo, desollado con 20, 30, 40,000 ó más pesos segun el capital que posee.

Ya ves que esto es muy expuesto para los caballeros que van de nuestros países que, siendo calaveras ó cediendo á los encantos de alguna de estas sirenas, está á punto de caer en un abismo.

Voy á hablarte ahora de otra singularidad que tambien coge de nuevo en San Francisco, en su parte material y es: la del transporte de las casas de madera de un lugar á otro; pues teniendo 22 años de existencia la ciudad, como sabes, y habiendo entrado la madera en la construccion de sus primeras casas, hoy, que se reponen con materiales más sólidos como el ladrillo y el hierro, son cortadas de sus cimientos y conducidas íntegras, por medio de rodillos, un grueso cable y un pequeño torniquete girado por un solo caballo, á un punto fuera de la ciudad á fin de ser utilizadas; pero no creas que esas casas sean de un solo piso y endeble; no, al contrario,

las hay de dos y hasta de tres y con una apariencia de mampostería.

Es original ver, que repentinamente aparece por una boca-calle, á cierta distancia, una gran fachada que la cierra y cuando esto acaece por la noche y en la mañana vé uno este fenómeno, se pasa estupefacto y dice:—¡Cómo! pues yo no habia notado que esa calle era cerrada: ¿cuándo han fabricado esa casa? Suelta entonces la carejada, mirando desvanecida su ilusion.

Para que veas hasta donde llega el espíritu emprendedor de los americanos y su atrevimiento en acometer dificultades, al parecer insuperables: oye lo que sucedió con el Oriental Hotel del Rearny Stret, cuando se verificaba el ensanche de esta calle.

Debiendo continuarla, por la parte donde estaba situado ese Hotel, y siendo demasiado grande y de ladrillo y mezcla, se hacia indispensable echarlo á tierra, supuesto que por su misma materia y gran peso, no podia trasla-

darse íntegro á otro sitio, como las casas de madera.

¿Qué hace el dueño entónces? Que se resuelve á echarlo abajo; cuando se presenta un ingeniero y le propone hacerlo retroceder diez varas que eran indispensables para el alineamiento de la calle, exigiendo seis mil pesos por esa operacion.

Quando el propietario oyó esto, vió el cielo abierto y en el momento aceptó; pues consideraba que tal vez esta cantidad ú otra mayor, costaria la demolicion.

En el acto se ponen por obra todos los preparativos; se cortan los cimientos, montando las paredes sobre gruesas planchas de madera: se abren otros cimientos á retaguardia para recibir aquellas; se sitúan al frente del edificio, máquinas de agua y en poco más de un mes retrocede aquel sin lesion alguna la necesaria distancia. La sola operacion de la maquinaria para empujar el Hotel, solo duró 24 horas.

¡Admirable operacion!

Así son los americanos; para ellos no hay imposibles; todo lo emprenden y desprecian ese axioma nuestro de que «lo que no se hace hoy se hace mañana,» que nos hace tan indolentes y perezosos.

Antes de concluir esta carta, que ha sido bien larga, voy à darte algunas nociones sobre el carácter, costumbres y trajes de los chinos residentes en California.

Estos ascienden ya à 10,000, ó más en la ciudad de San Francisco y diariamente va aumentando su número à causa de los viages periódicos que un vapor recién establecido hace à la china. 1

El traje de los chinos, en general, es pantalon y blusa azul de canton, lustrina ó cosa semejante; usan sombreros alemanes fieltros: la cabeza la llevan rapada por el pontal ó la parte delantera y por la otra, pende una trenza,

1 En la actualidad los chinos, en San Francisco pasan de 60,000 y en todo el Estado de California háy ya 200,000: pues el mencionado vapor y otros que se han establecido traen cada mes de 400 à 600.

que entretejida con cordones negros, les llega à los calcañales.

Los aristócratas usan un calzon negro de punto ajustado y una pelliza de nutria ó de marta, y en la cabeza un solideo como el de nuestros curas; todos ellos llevan zapatos tejidos de pita blanca y de una forma amelonada, que concluye en punta vuelta hácia arriba.

El traje de las mugeres es muy semejante al de los hombres; solamente que la blusa es más larga, las mangas acuchilladas y los calzones bombachos. Los zapatos son más amelonados, de modo que tienen que guardar el equilibrio, à causa de lo convexo de la planta. Llevan argollas de acero en los tobillos y su peinado està en direccion de la raya ó partido, semejando la cola de una gallina, y unos ahuecados que les cubren las orejas; usan zarcillos y corales; algunas veces se cubren el ridiculo peinado con un paliacate, llevando un paraguas ordinario à guisa de sombrilla si van à visita, para la que toman un

carro cualquiera como si fuera una magnífica carroza.

Las chinas, á causa del calzado que usan, que les obliga á guardar tanto equilibrio, son cargadas de hombros y tienen el cuello corto; generalmente son más feas de rostro que los hombres, por que tienen los ojos exajeradamente atravesados; muy salientes los pómulos, la nariz corta y aplastada lo mismo que la frente; y la boca como una simple abertura ó incision.

Pero eso sí, los chinos son gente muy activa y trabajadora, y disputan el trabajo á los americanos que por esta causa, les profesan un odio mortal.

Sus tiendas en San Francisco son pequeñas y de apariencia mesquina; cerca de la puerta se vé un chino con las antiparras caladas, subido sobre un pupitre, á guiza de pulpito, con un libro delante: es que escribe con una pluma de caña, las cuentas ó apuntes del día.

Tienen sin embargo, en la calle del Sacramento dos grandes almacenes arreglados al estilo europeo, muy diferen-

tes de las tiendas mencionadas: allí se miran las más bellas producciones de la industria china, como son; objetos de seda, magníficos bordados, trabajos en márfil y en madera, abanicos y pinturas de flores, pájaros, mariposas de una imitacion sorprendente y con los mismos brillantes colores del natural. En este género sobresalen los chinos; pero lo que es en la representacion del natural del hombre, si están muy atrasados y desconocen completamente la perspectiva y la estética.

A pocos dias de haber llagado á San Francisco un amigo mio redactor de la Alta California, me llevó á un taller chino, de pintura, cuyo artista hacia retratos al oleo, valiéndose para esto de la fotografia; por decontado que empleaba en la confeccion de estos un mecanismo extremadamente lamido, que debia gustar mucho á alguno de nuestros compatriotas que reprueban la pasta del color y aman lo embarrado, á lo que llaman pincel fino.

El referido artista me pagó la visita

gante y su cultura disiente en gran manera de las demás naciones.

De la música de los chinos ¿que podré decir?

Parece increíble, pero este pueblo que cuenta tantos millares de años de existencia y ha llevado algunos ramos, á una admirable perfeccion, en la música se halla en la infancia. Sus instrumentos son pobres y ridículos y las sonatas tan extravagantes y monótonas, que causa tristeza y risa el escucharlos. Usan una especie de handola que consiste en una caña de tres cuartas de vara de largo, con unas cuerdas de tripa adherentes á ella, y cuyo sonido es semejante al de un pequeño violin, ó al zumbido de un mosquito. Tienen tambien otro que es de la misma configuracion de una chirimía y cuyo sonido es muy semejante al de esta, aunque mas agudo. Estos fueron los únicos instrumentos que conocí y que por cierto no deberán producir una combinacion tan armónica que digamos.

No sé si te habré hablado ántes de

lo apto que son los chinos para todos trabajos de la industria europea; pero por sino lo hubiere verificado aunque incurra en repeticion te contaré algo sobre este particular. Pues bieu, los chinos, trabajan un calzado de señores y señoras, tan perfecto como lo pueden hacer los europeos: hacen ropa blanca de hombre y de muger; son excelentes sastres, carpinteros, ebanistas, relojeros y cuanto se necesita para el uso comun. Son buenos criados y cocineros; de modo que las familias ricas y pobres, ocupan de preferencia á los chinos, sobre los europeos; tanto por economía, como porque son mas humildes y trabajadores que éstos. En cuanto á eso y al servicio en general, la industria y hasta en la línea de vapores, son ocupados los chinos; y de aquí resulta el ódio que les profesan europeos y americanos; pues se puede decir que los chinos han monopolizado los trabajos.

En esta concurrencia, las familias de San Francisco han ganado, y principalmente las de la clase media que hoy

pueden tener fácilmente un criado chino que les gana poco dinero; así como el lavado que antes pagaban muy caro á los franceses, y hoy lo desempeñan los chinos por una tercera parte.

La narracion que contiene los dos antecedentes párrafos, pertenecen á la actual época en que ha variado el sistema de trabajos y salarios por la afluencia de los chinos que, como arriba dijimos, hoy pasan de 60,000 en San Francisco. Estos dos párrafos, debieron haberse reasumido en una nota; pero considerando que ésta seria muy larga, me propuse hacer la anterior relacion de esta época mezclándola con la pasada en la que ha trascurrido un período de doce años. Hecha esta explicacion sigamos adelante.

No debo omitir en la narracion de mi viaje á San Francisco la situacion que guardan los negros en esta ciudad.

Estos son bien numerosos y como están ya libres, se dedican al trabajo por su cuenta y son muy laboriosos. Visten con tanta decencia como los

blancos y sus modales y costumbres no difieren en nada de las de los europeos. Son aptos para todas las artes y las ciencias; poseen cuatro ó seis iglesias y las mas noches así como los domingos todo el dia, tienen sus ejercicios, en los que tocan un órgano perfectamente y ejecutan coros tan bien organizados, como los que pudieran oirse á una compañía de ópera.

Solo la ignorancia y la fuerza, pudieron haber esclavizado á éstos seres desgraciados, únicamente porque su clima hizo negro el color de su epidérmis; pero por lo demas en nada difieren moralmente de las demas razas.

Los Estados-Unidos han dado un gran paso en la civilizacion emancipando los millones que pueblan su territorio; y, no sé porque la España aun persiste en conservar la esclavitud en hombres, que son tan hijos de Adan como todos los demas.

Pero al hacer esta reflexion se me ocurre una idea y es que, los señores que no están por la emancipacion de

los negros, tienen sus razones para no aceptarla: porque tratándose de intereses, sacrifica lo mas caro y, sobre este particular, se olvida el hombre de la humanidad y de todos los buenos sentimientos que germinan en su alma aunque conozca que se hace violencia.

Los dueños de ingénios en Cuba, aducen razones para sostener el sistema de la esclavitud: una de ellas es, la pérdida de grandes intereses, en caso de verificarse la emancipacion de la raza africana, porque tienen empleadas grandes cantidades en ella; y la otra razon es: la de que los blancos no podrian soportar la fatiga y los grandes calores que soportan los negros en el trabajo; por consiguiente en esta línea, incurren esos señores en el pecado de lesa humanidad, cometiendo la injusticia de exonerar á una raza en detrimento de otra.

No será fuera de propósito que ahora que te hablo de los negros hiciera mencion de algunas peripecias que corresponden á la línea de cultura social.

Una de ellas es, lo perfectamente que visten hombres y mujeres, sin distinguirse de las demas nacionalidades. Una negra, viste con tanta elegancia, lujo y propiedad como una Zadye americana, y sabe llevar tambien la ropa, como ella, manifestando el mismo señorío, las mismas maneras y ese no sé qué, propio de la gente decente: un negro es tan elegante y tiene el mismo porte caballeroso, que cualquiera otro. Por detrás se miran á estos dos individuos, como personas que pertenecen á la aristocracia de cualquiera otra nacionalidad; pero cuando se ven por delante, el color, el maldecido color, por la no ménos maldecida preocupacion rebaja el mérito físico y moral de aquellos individuos: ya no son personas, ya no son seres racionales; ya son cosas y objetos indignos de nivelarse con la raza humana.

¡Pobres negros!

En fin, María, he sido un poco difuso en esta carta, porque me anima el deseo de que entres en conocimiento

con muchas de las cosas notables de este país, sin omitir algunas pequeñeces que, aunque insignificantes, no dudo que encontrarás gusto en leerlas, supuesto que son nuevas para tí: en la siguiente te contaré un chasco que me pasó en una iglesia protestante de la calle de Bushs.

Adios, María.

XXXII

San Francisco Marzo 20 de 1867.

AMIGA MIA:

Voy á cumplir lo que te ofrecí en mi anterior, relativo á lo que me pasó en un templo protestante el Domingo pasado.

En uno de los dias de la anterior semana, nos hallábamos reunidos Aurelio Gallardo y otros tres amigos mexicanos y se hablaba de las bonitas muchachas.

con muchas de las cosas notables de este país, sin omitir algunas pequeñeces que, aunque insignificantes, no dudo que encontrarás gusto en leerlas, supuesto que son nuevas para tí: en la siguiente te contaré un chasco que me pasó en una iglesia protestante de la calle de Bushs.

Adios, María.

XXXII

San Francisco Marzo 20 de 1867.

AMIGA MIA:

Voy á cumplir lo que te ofrecí en mi anterior, relativo á lo que me pasó en un templo protestante el Domingo pasado.

En uno de los dias de la anterior semana, nos hallábamos reunidos Aurelio Gallardo y otros tres amigos mexicanos y se hablaba de las bonitas muchachas.

chas mexicanas residentes en San Francisco.

Uno decía:

—Hombre, en la calle de Stockon viven dos lindas muchachas hijas de D. Manuel Emparan.

—¡Oh! si las conozco; Emilia y Rosa es el número 308; de veras que son guapas.

—Sí, añadió Aurelio, en esa calle vive mucha gente decente de México.

—Lo mismo que en Dupent, Market y..... añadió otro.

—¡Claro está! repuso Fernando; en esas calles vicito algunas chicas.

—¡Ya se vé! si vamos registrando calle por calle, encontraremos muchas familias mexicanas que ó han nacido en San Francisco ó han venido á establecerse: de Mazatlan, Sonora la Baja California y otras ciudades de la frontera.

—A mi me gustaria, dije yo, conocer á algunas de las muchachas mexicanas, para ver que impresion me hacen, despues de haber visto á las americanas; bien que he visto ya á algunas,

que no les son inferiores y tienen sobre aquellas ese *schic* y esa sal que se sobrepone á la misma belleza.

—Ya se vé que las has visto, dijo Fernando, no recuerdas á las hijas de D. Cosme Guerra de Sonora?

—Hombre! no me recuerdes à esas ayacadas, presumidas; esas no son ya mexicanas.

—¡Pero si te agradaria, Lupe, Ernestina y Teresa, hijas del Sr. D.... de Durango.....

—¡Ya se vé! interrumpió Fernando; por señas que he seguido frecuentando la casa de esa familia recomendable.

—Bueno, pues si Gutierrez desea conocer à otras mexicanas, las verá en masa y al escoger en la iglesia Católica de la calle de Brodway los Domingos, en la misa mayor.

—Todavía es mejor en otra parte, añadió Aurelio, y allí va la aristocracia; van las muchachas francesas, chilenas, argentinas, etc. y se pueden hacer comparaciones.

—¡Y dónde es esa parte? Preguntó

yo, por el deseo y la curiosidad que tenía de ver á mis compatriotas.

—En la iglesia francesa de la calle de Bush, respondieron varios de aquellos jóvenes; verá vd. allí lo mejor de nuestras mexicanas.

Con esta buena noticia, procuré retener el nombre de la calle y me preparé á concurrir á la iglesia mencionada el próximo Domingo, á las diez de la mañana, hora en que se decia la misa mas concurrida.

Llegó aquel, y, despues de haberme arreglado un poco y tomado un ligero almuerzo, partí á la calle de Bush y ví en efecto una iglesia con su fachada formada de una elegante columnata y á los dos extremos, escaleras que conducian á la puerta de entrada, que estaba como à tres varas de alto sobre el nivel de la calle.

Entraban al templo muchas señoras y caballeros, lujosamente vestidos: me dirigí yo tambien al interior para tomar lugar y, al estar á dos pasos de él, noté que aquel templo era protestante

y no la iglesia francesa que yo buscaba. Iba á retroceder, cuando dos caballeros de casaca negra, chaleco, corbata y guantes blancos, viendo mi indecision, se dirigieron á mi muy atentos, invitándome á que pasara y, colocándome en el centro del templo.

Por no parecer descortéz y que no notaran mi curiosidad ni que no era protestante, admité, con intencion de salirme á poco, despues de presenciar algunas de las ceremonias que practicaba el ministro en la plataforma ó presbiterio, sentado á la gran mesa cubierta de damasco, y con un libro abierto cargado sobre un cojín de terciopelo.

Se ocupan todos los asientos de la nave y, cuando quise salir de la iglesia, no era fácil verificarlo sin molestar á las personas que tenia á los lados y hacerme notable; por lo que desde ese momento, me consideré cogido en una red y que era necesario sufrir la parada hasta que aquel ejercicio concluyera, que no dejó de ser bastante prolongado. ®

¡Que chasco me pegué!

Hacia un instante apenas que yo había llegado y comenzado las ceremonias cuando, te vés á reir, María, un individuo que se hallaba en el asiento inmediato, tal vez por urbanidad, tomó una biblia de las que había en una tablita pegada al respaldo de los asientos lo abrió y me señaló la parte en donde debía leer.

¡Que apuros!

Yo no sabía una jota de inglés, pues hacia pocos días que había llegado á San Francisco y al recibir el libro, pensé devolverlo, considerándolo inútil; pero reflexioné al mismo tiempo, que si tal cosa hacía, me denunciaba como intruzo en aquella iglesia y si aquel individuo era tal vez, maestro de ceremonias me exponía á que me lanzara de allí con cajas destempladas, abochornándome delante de aquella brillante concurrencia.

Pues señor, toleré la parada y me resigné para disimular, á hacer cuanto vieran que hacían los demas.

Tomé el libro fingiendo que leía: cuando observaba que las personas que merodeaban, lo cerraban, hacia yo otro tanto; si lo ponían sobre la repisa, idem; si lo volvian á tomar y á abrir, repetía la acción y así sucesivamente.

Un orangutano no habría imitado tan exactamente los movimientos que yo, con la misma gravedad y mesura que todos los circunstantes. Si tú, María, ó mis amigas de México, me hubierais visto por un agujerito, se habrían tendido de riza al ver á un protestante de nuevo cuño y, sobre todo, de verme con la biblia en la mano muy atento, leyendo en inglés, sabiendo que este idioma era griego para mí.

A poco, se colocaron frente al Ministro, dos charolas de metal blanco ó plata perfectamente labradas, conteniendo cada una enormes panqués hechos pequeñas rebanadas: el ministro comenzó á decir algunas palabras y á practicar ciertas ceremonias sobre esos objetos, á la vez que yo notaba que salía alguna gente de la iglesia: Yo me detuve ma-

quinalmente para ver el fin que tendrían los atractivos panqués, cuando á poco ví que aquellos dcs elegantes tornaban las charolas y caminando por ambos extremos de las bancas, las acercaban á la concurrencia y, cada persona, con la mayor veneracion, tomaba una rebanada, la ponía en la boca y se cubria el rostro con el pañuelo en actitud de quien medita.

Entónces comprendí, aunque tarde, que se trataba de comulgar y que la gente que habia salido, seguramente no tenia las disposiciones necesarias para verificarlo.

¿Me deberia haber salido en el acto? Habrian creído que yo estaba loco.

Pensando esto, me guardé de hacerlo, y más que se observaba un profundo silencio; estaba yo sentado en el centro de la concurrencia y consideraba que me hacia notable con mi salida.

Entonces dije entre mí: ¡pues á almorzar panqué que estará muy sabroso! Y me resigné á comulgar como los demas.

Me reia interiormente y al mismo tiempo tenia algun temor de que me juzgaran intruso y que por lo mismo se resistieran aquellos maestros de ceremonias en acercarme la comunión; me parecia que en la cara me conocian la superchería; pero esta misma circunstancia me hacia disimular y decidir á tomar valientemente mi parte de panqué.

¡Llegó el fatal momento!

Se acerca á mi uno de los individuos con la charola: me la presenta y yo arrogantemente tomo mi tajada y ¡zas! á la boca, tomando acto continuo el pañuelo, cubriéndome é inclinándome hipócritamente, en profunda meditacion como los demas; mas no era esto solo; sino que con esta accion, ocultaba y procuraba contener la riza que me retozaba interiormente.

En fin, así cubierto el rostro, saboreaba el bizcocho, que á la verdad era igual ó superior á nuestros mamones.

Pero me esperaba otra nueva sensa-

ción que debía ser el cumplimiento de la del panqué, el vino.

Cuando hubieron comulgado todos el cuerpo de nuestro señor Jesucristo, debía seguirse con la sangre.

Toma entonces el ministro dos grandes calices de cristal llenos de esquisito vino de parra; los bendice, pronuncia sobre ellos otras palabras y los señores maestros de ceremonias, emprendieron un nuevo viage con ellos, repitiendo la operacion de los panqués, así como la concurrencia, de cubrirse el rostro y meditar despues de haber gustado el vino. Inútil es decir que yo, me eché á pechos un valiente trozo de aquel rico vino que me supo á gloria, inclinándome y cubriéndome como los demas, pero para saborearlo y reir más alegremente.

Siguió á esto la plática en inglés y esto si ya no me agradó mucho, porque en primer lugar no la comprendia y además era ya bastante atrazado el tiempo y se acercaba la hora de ir á almorzar con la familia del cónsul mexi-

cano por el que estaba yo invitado desde la víspera.

Pasaba el tiempo y el ejercicio no concluía.

Me daba ya al diablo; me desesperaba y maldecia la equivocacion de que habia sido víctima, entrando á esta iglesia, en lugar de la francesa, en donde me habrian esperado mis amigos, y me habia privado igualmente de gozar la vista de mis lindas compatriotas, en vez de estar oyendo un idioma que no entendia é ir á tomar panqué y vino de parra.

Pero no habia remedio: era necesario esperar porque nadie se movía de su asiento.

Hasta que Dios quiso que aquella farza terminara y entonces salí, atropellando á algunas de aquellas gentes y me lancé à la calle porque era la una del dia y estaba yo citado á las doce para el almuerzo.

Cuando llegué al consulado y conté la emergencia que me habia pasado, para disculparme de mi tardanza, reian

Godoy y su señora, haciéndoles coro las demas personas que allí se hallaban.

En la mesa, al quitar los sabrosos platillos que se servian, los sazónábamos, hablando de las excentricidades del país y haciendo comentarios más ó ménos epigramáticos: se mencionaban los paseos ó días de campo que los americanos llaman *Ptek-nicks*, de Chiff-House Woodward's Garden y otros, recomendándome no dejara de conocer estos lugares que eran encantadores, tenian su tipo especial y una gran novedad para mí.

Un buen amigo que nos acompañaba en la mesa, propuso hacer un paseo á Chiff-House terminado el almuerzo; invitacion que no aceptaron los demas señores porque tenian ocupaciones; pero Aurelio Gallardo me excitó á admitirla ya que se presentaba ocasion de que yo conociera el referido paseo.

En efecto, se mandó traer un *voghe* de dos asientos tirado por un caballo y Kunard y yo, volábamos á poco por las afueras de la ciudad en direccion de

Chiff-House que estaba situado hácia el Sudeste de San Francisco.

El camino que llevabamos no carecia de interés por los demas vehículos que se dirigian al mismo punto que nosotros ó volvian de allí, en los que se veian parejas de novios, radiantes de felicidad. En los más se admiraban esas divinas mugeres que como una vision se perdian á poco en un torbellino de polvo en el que se mezclaban las cintas de seda y los rizos de oro. O era una jóven que como en las carreras olímpicas, dirigia ella sola su faeton y pasaba como una electricidad dejando en la imaginacion de los paseantes esa ilusion de arcángel que se mira en un sueño.

Por uno y otro lado se elevan algunas lomas descarnadas y entre estas, hácia el Norte, se descubrian á poca distancia, el cementerio de los protestantes y el de los católicos; al frente y al confín, formaba lontananza el Océano, cuya superficie rielaba con los dorados rayos del sol suspendido del firmamento.

Se perdió á poco esta perspectiva; no se vé ya el mar y solamente continúa el camino en una especie de hondonada que flanquean las lomas cenicientas.

Se detuvo el carruaje frente á la fachada de una casa: nos apeamos, dirigiéndonos á la puerta principal que, al abrirse, nos presentó de una manera inesperada, exabrupta, el grande Océano á nuestros piés, que se sostienen sobre un corredor de tres varas de ancho, elevado sobre la playa y poco mas allá el oleage.

Nos detuvimos asombrados ante esa perspectiva grandiosa que, al venir por el camino, una legua antes de llegar á Chiff House, nos la ocultaba un accidente del terreno y la fachada del edificio, ingeniosamente dispuesto en ese sitio, para producir un efecto grandioso y repentino.

Me recargué en la barandilla del corredor para contemplar el tendido Océano y ver dos peñones ó promontorios que están en frente como á distan-

cia de tres cuadras, en los que ladrando ó mugiendo, hormiguean multitud de lobos marinos de diversos colores: unos echados largo á largo, durmiendo ó reposando; otros sentados ó en pié; otros saliendo del agua y trepando por las peñas y, por último, algunos que se arrojan al mar, simulando muy bien al hombre cuando hace lo mismo.

Toda la gente que estaba en pié ó sentada en aquel largo corredor, se divertía con aquellos anfibios largas horas, y despues se entraban á refrescar ó á comer al restaurant ó á departamentos privados de que esclusivamente se apoderan las parejas de novios, ó familias que desean estar solas.

Cuando salimos de San Francisco para dirigirnos á nuestro paseo, notamos á lo léjos un grupo de gente que rodeaba á algun objeto: era que un ministro protestante, subido, sobre un carro descompuesto, predicaba á la multitud, escuchándolo atentamente. Lo particular de este episodio fué, que tres ó cuatro horas despues y cuando

volviamos de Chiff-House, aun predicaba su reverencia. ¡Qué gasnate debía tener el buen señor!

En los Estados Unidos todos los americanos nacen oradores y la tribuna es en ellos un accesorio indispensable: se perora en el congreso, en los templos, en los banquetes, en los clubs y hasta en la calle, como hemos visto al anunciar una mercancía, ó al tratar de embahucar al público con cualquiera bagatela. Se asegura que el idioma se presta perfectamente para perorar: lo que es yo, soy muy desgraciado con él porque se me atraviesa en la lengua y no solo perorar pero no puedo ni pedir pan. Dias pasados fui á comprar al almacén un pantalon negro porque en la noche tenia que hacer una visita de etiqueta y el que tenia no estaba ya muy bueno; entro á la tienda; me lo pruebo; me queda bien.

—¿Cuanto vale? Pregunto al almacenista; y este me responde.

—Diez pesos.

—¿Quiere vd. noventa? le pregunté.

Soltó una carcajada y bondadosamente me dijo:

—Querrá vd. decir nueve, no es así?

Algo me ruborizó la ocurrencia, pero como ya se sabe que en el inglés una letra mas ó menos cambia el sentido de la frase, no es extraño que por decir nueve hubiera dicho noventa.

Este señor que era un alemán, desde este momento fué un grande amigo mio, que me presentó á su familia, le hice dos retratos y me convidaba á comer con frecuencia.

Vean como cualquier incidente y hasta equívoco, es capáz de hacer ganar un amigo, ó adquirir una fortuna ó de irse de cabeza en un pozo.

De los oradores de calle te diré, María, que algunas noches suele verse en las esquinas, un gran concurso y en el centro iluminado con una lámpara de gaz, á un ciudadano que sobresale media vara sobre de todas las cabezas; es que está colocado en una tribuna ó tarima, con una pequeña mesa á su frente y encima varios objetos. Con una

voz estentorea, proclama la bondad de su mercancía, empleando una elocuencia tal, que retiene un auditorio que puede pasar á veces, hasta de doscientas personas. A cada momento se escuchan sonoras carcajadas de la concurrencia, porque el orador satura su discurso con gracejadas y chistes oportunos, anunciando la eficacia de algunas yerbas para ciertas enfermedades; ó tomaba en la mano derecha un afilado cuchillo y con la izquierda una hoja de papel, que dividía medio á medio para probar la bondad de su aparato de afilar: toda esta operacion era ejecutada, sin cesar de hablar un solo instante.

Otras veces y de dia era un hombre de tipo inglés, en mangas de camisa, de pantalon trepado hasta el pecho detenido con tirantes; sombrero negro abollado; de cara rubicunda y patillas rubias, que, subido en un carrito provisto de botellas de betum, y con el cepillo y una bota, encarecía la bondad de su charol y de vez en cuando se acercaba á uno de sus oyentes, le colocaba el pié

sobre su muslo y, sin dejar de hablar, en un santiamen le lustraba los zapatos que podía uno hacerse la barba frente á ellos como en el mejor espejo.

Como los americanos emplean el humbug, como ellos mismos dicen, es decir: la hipérbole, la exageracion ó el engaño, para todas sus cosas; cuando tratan de anunciar la venta de una mercancía, una nueva casa de comercio, diversiones ó casa por el estilo, emplean los ardidés imaginables para producir efecto y llamar la atencion. Anuncian por ejemplo, cigarros; llevan un carro que figura todo él un gran puro y dentro dos ó tres trompetas que van armando un escándalo de todos los demonios: ¿se trata de una carnicería? Pues el carro figura una cabeza de buey y dentro va una tambora tocada con furia tal, que parecen escucharse disparos de cañon de á ochenta.

¿Y que diremos de los anuncios escritos? Su redaccion es retumbante y sus dimensiones de dos y tres varas, con grandes letras coloradas, verdes,

azules, etc., y muñecas ó animales: no solo se contentan los americanos con fijar uno solo en cada esquina, sino veinte ó treinta juntos, especialmente en donde hay una cerca de tablas, una tápia ó lugar desocupado. ¿Qué más? En los caminos sobre las piedras y los troncos de los árboles, con cal ó yeso, se ven anuncios de tiendas de San Francisco distantes diez ó quince leguas: el caso es llamar fuertemente la atención y meter por los ojos sus mercancías que son capaces de anunciarlas hasta sobre las nubes.

En todo, absolutamente en todo, entra el hum-bug y es necesario para precaverse, tener el ojo listo á fin de no ser víctima de un engaño ó una superchería; porque el objeto capital de los especuladores, personificados en la inmigración que pisa el suelo de Norte América, es hacer pasar con habilidad por medio de la astucia, el dinero ajeno á sus tragaderas insaciables.

Por eso se vé en los Estados Unidos viniendo de Europa esós colonos,

empedrando calles; llevando un carrito de fruta que pregonan con voz gutural; remendones con una pequeña cajita á cuestas; ropave-geros; lustradores de zapatos ó esa multitud de oradores ambulantes, que encomian pegamentos de loza ó cristal; botellas con elixir para embellecer el rostro ó curar toda clase de enfermedades. Todos estos aventureros, decimos, llegan con los codos rotos; pero á los pocos años son unos millonarios que acometen grandes empresas mercantiles, establecimientos de bancos, ferrocarriles, minas, etc., etc. ¡Oh poder del trabajo y la inteligenzial

En nuestro país aquel es nulo porque todo el que se sueña gente decente, creé degradarse trabajando porque el trabajo lo supone propio para la canalla: por esto, esa preocupacion, aun despues de emancipada la America española, ha hecho subsistir esos hábitos ridículos de nobleza y aristocracia, que aun no pueden destruirse á pesar del tiempo y el cambio de instituciones; y por eso esa misma preocupacion, preci-

sa á sus moradores á vivir del erario público, y como no tiene para todos los que están fuera del gremio de los bienaventurados, se lanzan á la revolucion y trastornan el orden público, hundiendo á su patria en la anarquía y en la miseria.

Otros, dizque para no degradarse, se dedican á las carreras científicas como la medicina, la abogacía, la carrera eclesiástica y pocas veces á las ciencias exactas que dan la mano á la industria y á la agricultura; y como tambien hay ya millares de profesores en aquellas carreras, no pueden cubrir sus aspiraciones y se lanzan, igualmente, á destruir la paz pública.

Ese horror al trabajo y los humos de aristocracia han invadido no solamente las capitales; sino los pueblos y los campos. Un pobre diablo de alguno de estos no quiere que sus hijos sean tan burdos ni ignorantes como él; quiere que sacudan el polvo de la dehesa, y como vé que al Sr. Cura, al médico y al tinterillo del pueblo se les guardan

mil consideraciones, porque son unos pozos de ciencia, lleva á sus hijos al colegio y los dedica á esas carreras, porque no tiene antecedentes de las que auxilian la agricultura, la minería y la industria; no tiene idea de las artes ni de todo aquello que constituye la base de la prosperidad: de esta manera, los hijos de este patán, engrosan los gremios de abogados, médicos y sacerdotes; los pueblos quedan exhaustos de brazos que podian cultivar los campos, y las ciudades están repletas de millares de cada uno de estos, que se quitan mutuamente el pan de la boca; los mas toman parte en la política y, en último caso, tienen que optar por un destino de escribiente, de curandero de un regimiento ó de un mal párroco ó capellan de un hospital: y mientras, durmiendo la industria y todas las artes útiles; y mientras, dejando que de fuera, vengan millares de extrangeros inteligentes, activos y despreocupados, á explotar las fabulosas riquezas de nuestro suelo; y mientras, muriéndonos de

hambre, envueltos en nuestra nobleza y nuestras preocupaciones, y poco despues, despedazando el corazon de la patria y arrebatándose sus despojos para caer finalmente en las garras de la anexion.

En vista de nuestra mala educacion y habitos perniciosos y de que las demas naciones rebozan de ambicion y están ávidas por explotar los elementos de las que ellos llaman salvages, no creo que haya tiempo de corregir nuestras nulidades porque está encima el progreso de los Estados Unidos y Europa; y una nacion no se educa ni se corrige en un día; por consiguiente, la inmigracion á México será contra-productente y no traerá los bienes que á Norte América y á otros países; sino que, estando, como se ha dicho, la masa de nuestro pueblo sumida en la abyeccion, la ignorancia y los vicios, preciso es que la inmigracion que venga, vigorosa, activa, inteligente y trabajadora, arrolle como un torrente impetuoso ó como una avalancha, á nuestros indus-

triales y proletarios, y los arroge mas allá del desierto, ó los extermine, como lo hicieron los Estados Unidos con sus primeros pobladores.

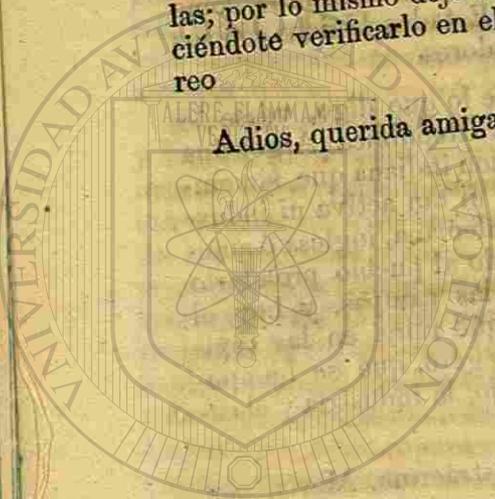
En prueba de lo que digo, véase lo que pasa en la República Argentina con la inmigracion italiana que, sin embargo de no ser ni tan activa ni industriosa, como la alemana, inglesa ó americana, ha lanzado al pueblo proletario argentino hasta las pampas, y hoy, el único elemento que reina en las capitales, es el extranjero, que se ha apoderado del trabajo, la industria y el comercio.

Pero ¿á que distraerme, María, con estas consideraciones desgarradoras, nacidas del contraste que refiero de la actividad de los pobladores de los Estados Unidos en contraposicion de nuestra pereza y desamor al trabajo? Al fin no podemos aplicar el remedio: dejemos al mundo rodar.

En este momento llegan unas perso-

nas á mi estudio y tengo que atender-  
las; por lo mismo dejo de escribir, ofre-  
ciéndote verificarlo en el siguiente cor-  
reo

Adios, querida amiga.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL

XXXIII

San Francisco, Abril 27 de 1867.

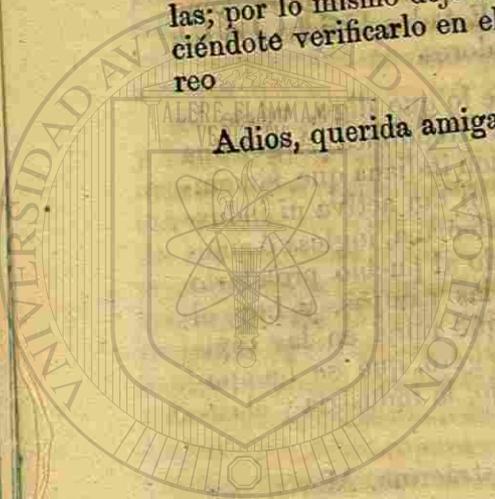
MARIA.

Teniendo que salir el vapor mañana,  
aprovecho la oportunidad para escri-  
birte y enviar mi carta por la vía de  
Acapulco, que es el puerto mas cerca-  
no á la capital de México.

En mi anterior te hablé de varias de  
las costumbres de San Francisco y hoy  
me propongo añadirle la descripción de

nas á mi estudio y tengo que atender-  
las; por lo mismo dejo de escribir, ofre-  
ciéndote verificarlo en el siguiente cor-  
reo

Adios, querida amiga.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL

XXXIII

San Francisco, Abril 27 de 1867.

MARIA.

Teniendo que salir el vapor mañana,  
aprovecho la oportunidad para escri-  
birte y enviar mi carta por la vía de  
Acapulco, que es el puerto mas cerca-  
no á la capital de México.

En mi anterior te hablé de varias de  
las costumbres de San Francisco y hoy  
me propongo añadirle la descripción de

grupos à distintas direcciones; ó sí inmediatamente comienza el baile, se reúnen para verificarlo. A buena hora, cada familia se aísla y se mete debajo de un árbol y allí toma el almuerzo, comida ó lo que trajo; volviendo en seguida á bailar ó repartiéndose otras á la campiña. Si desean tomar café, *wisk* ó cualquiera otra cosa, van al restaurant ó á la droguería, que está inmediata, y ahí compran lo que apetecen; volviéndose en la tarde en los vapores, acompañados de la música, muy alegres, para meterse cada uno à su casa.

¡Vaya un paseo!

Estos son los famosos *Pick-nicks*, para los que tanto se alborotan los americanos: éstas las espansiones del alma en donde, no la amistad, sino el frío interés, ageno á las demás fruiciones del espíritu, reúne á los individuos para gozar muy á medias de los placeres que en otras partes con un agente para estrechar y aumentar la confraternidad social. Tal vez los americanos gozarán con esta clase de diversiones, que

se acomodan á su temperamento frío y especulador, pero yo creo que nosotros, francos, espansivos y espirituales, acostumbrados à nuestro género de invitaciones que tienen un carácter más íntimo, nos parecerán aquellas, frías y de un pronunciado individualismo.

Igual cosa sucede con los bailes à escote y aun con otros que parecen más íntimos y aristocraticos.

En los primeros, se invita al individuo que paga su respectivo escote: baila, y, cuando desea refrescar, toma un ponche ó cena en union de dos ó mas señoras, se dirige al restaurant que hay improvisado en la misma casa, y allí, mediante algunos *dollars*, se refosila alegremente.

En nuestros bailes de escote: música, vinos, cena y refrescos, entran en la cuota y no se va al restaurant.

En los íntimos y mas aristócratas, sucede igual cosa que en los de escote: todo se paga.

Entonces ¿qué casta de diversiones son estas, que en todos los países del

mundo son gratis y en los Estados Unidos cuestan el dinero y además no se puede bailar con persona extraña si el individuo no está presentado?

Los que no tienen relaciones en las ciudades de la Unión Americana y son invitados a algún baile, tienen que concretarse para verificarlo, a bailar con la familia que llevan ó, cuando mas, con alguna que conozcan que se encuentra allí y nada mas: ¡qué descubrimiento!

En nuestros países, un baile es un acontecimiento y los jóvenes de ambos sexos, desde algunos días antes de verificarse, gozan anticipadamente de las emociones que deben surgir del contacto de una lucida concurrencia, de la vista de las amigas ó aun de personas extrañas, que los sonoros compases de un wals ó de la polka, pondrán en brazos unos de otros; de las ricas viandas de un ambigú ó una cena espléndida y de mil y mil peripecias que en todos los bailes suele haber, que dan un carácter espiritual y romanesco a la diversion.

En fin, los Estados Unidos es un

país excepcional y sus costumbres y modo de ser, no se parecen en nada a los de los demás. Podemos decir, sin equivocarnos: que las costumbres de Europa, con pequeños cambios y accidentes, son parecidas a las de la América española y, un individuo de alguno de estos dos hemisferios, creo no será tan extranjero, cambiando su residencia por uno diferente de estos dos, como sucedería si este fuese a los Estados de la Unión en donde todo es excéntrico y excepcional.

Eso sí, las tertulias y reuniones íntimas de este país, son encantadoras y el contraste con las demás, que tienen un carácter público, es remarcable. Cuando ingresa á ellas un desconocido, le basta ser presentado por la persona que lo lleva, al dueño de la casa, quien á su vez lo verifica al resto de la concurrencia y ya, desde este momento, disfruta de una confianza sin límites y goza con la fraternidad y la franqueza hasta un grado apetecible.

Se me situaban algunas veces dos

señoritas americanas de cada lado en el sofá y, con esa coquetería americana, entablaban conversacion conmigo, haciéndome las preguntas que se hacen á todo extranjero, sobre la impresion que me habia causado San Francisco; como me gustaban sus habitantes, si hallaba hermosas á las americanas; como era la capital de México, si las mexicanas eran bonitas, etc. etc.

Yo, con mi media lengua, contestaba hasta donde podia y, cuando me hallaba completamente imposibilitado, proferia la palabra sacramental: *ay no understand*, no entiendo; y eran tan amables las muchachas que no se enfadaban y al contrario, cambiaban el giro de las frases ó empleaban otras para ver si las comprendia y si no lo lograban, volvian entonces el rostro á las parejas de baile ó conversaban con otras personas.

Esto me abochornaba en extremo y maldecia mil veces mi ignorancia y mi pereza en no haberme preparado con el idioma antes de venir á California,

nulidad que me privaba de pasar ratos encantadores con las no ménos encantadoras americanas y demas personas; por lo que me proponia no volver mas á visitas y tertulias, mientras no estuviera medianamente adelantado en el inglés. Sin embargo, no podia yo cumplir mi propósito, con tanta facilidad, porque solian comprometerme algunos americanos amigos ó mexicanos á llevarme á visitas ó reuniones y, en ellas, se repetia la misma comedia que en las anteriores; aunque á veces tenia yo mi ejército de reserva en un intérprete, de los que me llevaban, y que contestaba por mí en los casos difíciles.

Es tanta la ignorancia que se tiene en los Estados-Unidos, sobre el estado que guardan los países hispano-americanos y, especialmente México, que no puede uno ménos de admirarse, sin embargo de la corta distancia que lo separa de Norte-América. ¿Pues que será de Europa?

En las reuniones referidas me hacian las preguntas mas impertinentes y es-

túpidas que darse puede. Me preguntaban por ejemplo. En México ¿se visitan y peinan las señoras como aquí?

—¿Se conocen los pianos?

—¿Se ha visto alguna vez la ópera?

—¿Comen pan lo mismo que nosotros?

—¿Hay casas como aquí?

Y finalmente, preguntas irritantes en que nos ponían en una condición mas baja que à los Lipanes y Comanches.

Estas preguntas no me molestaban lo que debían, porque eran proferidas con acento de ingenuidad y de candor, y solo denunciaban una ignorancia supina de todas nuestras cosas y por el grado de civilización que alcanzamos.

Pero al hacerme esas preguntas, no creas que los hombres y las señoras iban à Roma por la respuesta; sino que les manifestaba; que en punto à música, además de que había notabilidades europeas, nombrándoles las que habían venido al país.

En la línea de artes plásticas, les contaba yo que la capital de la Repú-

blica y la de otros Estados, tenían Academias de pintura, escultura grabado y arquitectura.

Que teníamos un conservatorio de música.

Una escuela de medicina a la altura de la de Paris.

Colegios de ciencias naturales y abstractas.

Que las casas eran monumentales y no de popotes y de barajas como las de San Francisco. Una Catedral que podía lucir en Europa y; finalmente, hacía reminiscencia de todo lo bueno que teníamos; con lo que abría tantos ojos la concurrencia y al escucharme admirada, la conversación que había comenzado, sentados todos, acabó en pié, rodeándome estupefactos.

No sé, si los americanos estaban mas admirados de lo que escuchaban, que yo de ver abogados y personas no vulgares que estuvieran tan ignorantes de nuestra historia. Es que yo creo que tanto los Estados Unidos como Europa estudian la historia de las grandes

naciones y á México y á otras repúblicas las consideran como a los antípodas y países de salvajes, que apenas aparecen como un punto sobre el mapa geográfico.

En punto al temor que todavía me causa hablar inglés porque considero mi impotencia, cuando no tengo á mi lado al intérprete, te diré, que paso mis tragos un poco amargos, la vez que ejecuto un retrato de señora, pues me figuro que estoy en el banquillo del acusado frente á mi juez que va a pronunciar mi sentencia condenatoria.

Suena la primera palabra: y yo que comenzaba á hacer garabatos con el carbon á derecha é izquierda, suspendo la operacion quedo petrificado y fijo los ojos desenchajados sobre mi interlocutora, como los fijaria sobre una sombra nocturna; espera la contestacion y, como esta no llega, repite la frase y yo, despues de buscarla por las estrellas, termino con decir con voz lánguida: *ay no onderstand*. La señora busca una nueva palabra, cambia el giro; si lo en-

tendí, bien; y si no, aquí termina el cuento y sigo embadurnando la tela, algo cortado de mi ignorancia, hasta vuelve el enemigo con un nuevo ataque y, es tan generoso, que me dá armas y me ayuda á la defensa, indicándome la significacion de la frase y lo que debo contestar.

Para que veas hasta donde llegan las señoras comunicativas y amables, te contaré: que cuando vienen á mi estudio á ordenar un retrato, la interesada pregunta la hora en que debe venir para su ejecucion; pues en Europa y los Estados Unidos hay, la costumbre de que hasta las personas mas encopetadas; vayan á los estudios de los artistas para ejecutarse la obra. Yo prefiero pasar á la casa de las personas, especialmente si son señoras, para hacer el retrato en ella; porque, cuando ellas van á mi estudio, al estar al terminarse, se les ocurre poner los piés en polvorosa protestando ocupaciones de la casa, los niños y otras cosas más: miétras que llendo yo á esa, tengo á los retratandos

á mi disposicion y puedo acabar perfectamente lo que emprendo, sin dejar nada pendiente y que se eche á perder.

Me preguntarás que: ¿en qué consiste la amabilidad? Y yo te respondo: que consiste en qué, despues de la urbanidad que emplean con la persona, á mi me obsequiaban á las diez de la mañana con unos biscochitos y *panqués* deliciosos, queso, frutas secas y un licorcito sabroso y vino. A las doce iba á la mesa con la familia para tomar el *loanch* y; despues de departió un poco, ibamos á continuar la operacion.

Creo, María, que tú tendrás curiosidad en conocer mi vida íntima en San Francisco y por prudencia jamás me haz preguntado; pues bien, para satisfacer esa curiosidad, te diré algo de aquella, que tambien se enlaza con peripecias que debes conocer de esta ciudad.

Me levanto de la cama antes de las seis de la mañana: en seguida, tomo mi libro de inglés y estudio hasta las siete y media, ca la tercer dia doy leccion y

mi maestro es un aleman apreciable que ha estado en México, y hace buenas reminiscencias de todas sus casas.

A la hora dicha me salgo á almorzar á la calle de Clay, en un restaurant francés, que tiene reputacion por sus *visteks* y exelente café. Vuelvo á mi estudio y me pongo á trabajar.

A las nueve y media llega Kunard, que me sirve de intérprete. A las doce y media vamos á tomar *lunch* á alguna de las barras, de que te hablé en mis anteriores: regreso al estudio y sigo trabajando hasta la tarde en que yo solo, ó con algun amigo, nos vamos á comor á la fonda italiana ó á la francesa; esto es á las seis de la tarde. En seguida, salgo á hacer ejercicio, voy á alguna visita, al teatro ó simplemente á correr calles para divertirme con los grandes almacenes, inundados de la luz del gaz ú otros establecimientos ó entro á un *barroom* que atraviesa la manzana de parte á parte y, por un vaso de cerveza, oigo un magnífico órgano aleman de esquisitas voces, que

remeda una orquesta completa y tiene una colección de piezas selectas: como la obertura de Semíramis, la de Guillermo Tell, caballo de Bronce, Zampa y otras muchas piezas lindísimas.

A las diez y media ú once de la noche, me retiro à dormir y á las dos ó tres de la mañana me despierta el ruido de los carros que reparten en las casas la leche, el pan, carne y otros artículos; ó las campanas de las diferentes estaciones de bomberos que tocan á fuego.

En cuanto á la casa que habito, ya sabes que está ubicada en la calle de Sacramento núm. 663 entre Montgomery y Kearny, á tu disposición. Se compone de una sala grande de ha convertido en estudio y una alcoba ó recámara, ambas alfombradas, con gaz y hecho el servicio diaria: esta casa me cuesta veinte pesos!

El almuerzo que tomo en la fonda ó café francés de Clay, que se compone generalmente; de rico café, una costilla ó vistek, mantequilla y pan, me cuesta dos reales, y esta es de lujo; porque si

fuera á la fonda americana, me costaria diez centavos, y me servirian: un par de costillas ó bisteck, café y dos papas del tamaño de una naranja. Después de tomar el primer plato, se toman las papas, se deshacen con el tenedor y se les pone bastante mantequilla, y es un plato magnífico, en seguida; se toma una jarra de sabrosa miel, que hay siempre sobre las mesas, y se condimenta otro platillo, mezclándola con pan, y todo esto cuesta ¡diez centavos!

A medio día el lunche en una barra, y ya te dije ántes que esto cuesta otros diez. En la tarde, si yo fuera á comer al restaurant americano, gastaria diez ó cuando más, veinte centavos; pero como sabes que en punto á darse buena vida, pocos me ganan, y ademas soy algo sensual, me entro á los restaurants franceses ó italianos y por seis platillos que me sirven, media botella de vino, dulce ó fruta y café apenas pago cuatro reales.

Total, que en San Francisco, la casa, comida, teatro algunas veces y

tranvías, apénas me cuestan de cuarenta á cuarenta y cinco pesos.

Esto te dará una idea de lo barato que es la vida en San Francisco, para un hombre solo.

La casa que habito, consta de cinco departamentos ó viviendas, todas para hombres solos; todas están ocupadas; pero solamente yo asisto permanentemente en la mia, porque en las demás viven empleados ó comerciantes que jamás les veo la cara y que puedo decir que no los conozco. Dos inglesas, madre é hija sirven y cuidan la casa; de modo, que á las nueve que han terminado sus tareas, toman las dos periódicos á que están suscritas y se ponen á leer frente á la chimenea.

Esta circunstancia y la de ver que hasta las cocineras, los carreteros y todo el mundo leia en los Estados-Unidos, me hacia pensar: que con muchísima razon este pueblo habia llegado á una altura extraordinaria de progreso y, al mismo tiempo, me entristecian de que en mi país pocas personas leian,

aun las demas superiores y que se consideran cultas.

En prueba de que todos los habitantes de los Estados-Unidos leen y rara persona deja de estar suscrita, aunque sea á un periódico, te contaré lo que sucede: un individuo tiene necesidad de una vivienda con tales ó cuales comodidades y para conseguirla publica un aviso de tres ó cuatro líneas en esas sábanas ó periódicos y, á los tres dias, tiene doscientas ó trescientas contestaciones, proponiéndole una igual ó mejor. ¿Se necesita una recamarera, cocinera, lavandera ó cochero que reuna ciertas condiciones? Se repite la operacion del aviso y tambien queda contestado con otro número igual de proposiciones.

¿Qué significa esto?

Que en Norte América, lee el cochero, la lavandera, la cocinera, etc., y por esto, cuando se publican avisos ó solicitudes semejantes, son contestadas y los interesados hayan lo que desean.

De esta manera ¿cómo no ha de estar tan adelantado este pueblo que es, se puede decir, que sobre pasa en cultura á la misma Europa?

Debo referirte igualmente una de tantas circunstancias que norman ó entran en uno de los detalles que forman el orden y moralidad de este pueblo: te hablé ya de la manera de pagar en los restaurants americanos, que evita el fraude y la propina de los criados, por medio de ese carton que con números indica el gasto que se ha hecho pagándose en la cantina; pues bien, esa cosa que te anuncio es: que aquí no sucede lo que en México cuando se va á comprar algun género á los cajones ó tiendas de ropa, que le piden á la compradora tres por lo que vale uno y se pierde el tiempo, hasta que ésta mas viva obtiene el artículo por su justo valor: en San Francisco todas las mercancías tienen su precio fijo y esto evita el fraude de los vendedores y la pérdida de tiempo. Además, hay otra circunstancia que tambien evita la estafa en los

cajeros ó dependientes y es: que vas y compras, por ejemplo, cierta cantidad de objetos heterogéneos, que te van apuntando en un cuarteron de papel y, cuando has terminado tu compra, uno de tantos chicos que hay en la tienda, recibe el papel de manos del cajonero y lo lleva al fondo de ésta en donde sobre una especie de tribuna ó pupitre, se haya un individuo que es el cajero mayor: recibe el papel, lo examina y, si vé que los precios están conformes con el valor justo de los géneros comprados, pone al calce su firma, vuelve á poner el papel en manos del portador, y éste lo pone á su vez en manos del comprador, que despues de revisarlo, paga su contenido.

¿No te parece muy acertada esta medida?

Se me pasaba decirte; que los cajones de ropa, mercerías, etc., son muy cómodas para los marchantes; porque frente de toda la circunferencia del mostrador, hay de trecho en trecho taburetes fijos para sentarse; de modo, que

examinas y compras tus géneros muy descansada y sin temor de que te engañen ni de gastar saliva en regatear.

La relacion de todas las bagatelas que te he contado en el último tercio de mi carta, te habrán fastidiado y cansado, por lo mismo, la termino para que en la siguiente veas algunas otras, porque no dejan de tener un poco de interés.

Adios, María apreciada.

San Francisco, Agosto 15 de 1867.

El Domingo pasado estuve a visitar el cementerio de Lon-Mountain que está situado al Oeste de la ciudad.

No te daré, una reseña completa de él porque con una sola vez que se vea, no es posible retener en la memoria ni menos observar los numerosos detalles, ni incidentes que lo componen: conforme con una ligera idea que te dé de

examinas y compras tus géneros muy descansada y sin temor de que te engañen ni de gastar saliva en regatear.

La relacion de todas las bagatelas que te he contado en el último tercio de mi carta, te habrán fastidiado y cansado, por lo mismo, la termino para que en la siguiente veas algunas otras, porque no dejan de tener un poco de interés.

Adios, María apreciada.

San Francisco, Agosto 15 de 1867.

El Domingo pasado estuve a visitar el cementerio de Lon-Mountain que está situado al Oeste de la ciudad.

No te daré, una reseña completa de él porque con una sola vez que se vea, no es posible retener en la memoria ni menos observar los numerosos detalles, ni incidentes que lo componen: conforme con una ligera idea que te dé de

su conjunto y de alguna que otra cosa en particular.

Entre la árida playa y el vasto Océano, en medio de una sucesion de colinas, se levanta una cruz rústica, rodeada de verdinegros pinos, que asegura la gente ser un recuerdo de los primeros españoles que propagaron el evangelio en estas regiones, cuyos restos se conservan en este lugar.

Al ir penetrando por las primeras calles del cementerio, se presenta à los ojos del visitante, una verdadera ciudad de monumentos de todos los órdenes arquitectónicos: arcos, templetos, capillas, pirámides truncadas, estatuas, columnas y cuanto puede inventarse en la línea de elegantes sarcófagos, jugando entre todos éstos una combinacion ingeniosa de pinos, rosales, enredaderas, que rompen oportunamente la rigidez y severidad de la arquitectura.

El cementerio domina una parte de la ciudad por una parte y, por la otra, el mar con sus buques de todos portes, elevando sus mástiles y sus chimeneas

que se mezclan en la bruma. El aspecto de este lugar, en vez de inspirar tristeza, su posición, la suntuosidad de los sepulcros y las hermosas vistas de que están rodeados, escitan á pensar mas bien en el arte y en la naturaleza, que en la muerte, que está allí vestida con los arreos de la opulencia; como si la nada protestase contra el no sér, mezclada entre ricos mármoles, broncees y ornada de flores.

Se dice generalmente que los epitafios y la suntuosidad de los sepulcros proclaman la vanidad de los vivos; no se podria asegurar mas bien que ellos manifiesten la ternura por un padre, por la madre, la esposa ó el niño que, habiendo desaparecido de la haz de la tierra, reclama su memoria un monumento, que los deudos agradecidos querrian que fuese de oro ó de otra materia mas rica é imperecedera? Porque debajo de la loza que cubre sus inanimados restos, está el alma todavía; no es posible que se haya ausentado del cuerpo de la persona querida, y esta está

atenta á las demostraciones que sus hijos, el esposo ú otro sér que les sobrevivía le tributen y viven en ellos los afectos como si no hubiera desaparecido.

Por otra parte; ¿no es uno capaz de dar su corazón por la persona que mas ama? Y, considerando sus restos como parte integrante de ésta, no pudiendo darle otra cosa, como última prueba de amor: ¿no le dedicará una tumba magnífica circundada de flores y coronas de siemprevivas?

Repito, que no creo que sea la vanidad, la que erija los sepulcros suntuosos, sino el amor: véanse si no, los esfuerzos que una familia pobre hace por sepultar á sus deudos, en una caja, poniéndoles aunque sea un humilde epitafio ó una cruz rústica para perpetuar su memoria y como símbolo de un recuerdo.

Comencé, como he dicho, á recorrer las avenidas del cementerio y á observar uno á uno los sepulcros, deteniéndome en los mas suntuosos. Aurelio

que me acompañaba y tenía antecedentes del costo de algunos, me refería las fabulosas cantidades que se habían invertido en la construcción de los mas ricos.

Habia monumentos que abarcaban una área considerable de terreno que estaba trastornado en un pequeño jardín circundado de balaustrada de fierro sobredorado y el catafalco, de blanco mármol, reposando sobre una plataforma de granito de varios colores y ornando el conjunto bellas guirnaldas de flores. «Este monumento, decía Aurelio, costó sesenta mil pesos, y es de fulano.»

Pasábamos adelante y era un grupo de figuras de mármol, obra acabada de arte, que sobre la úrna de pórfido y circundada de frescas flores y una elegante balaustrada de jaspe, llama la atención por su riqueza. ¿Cuánto habrá costado este sepulcro? preguntaba yo á mi amigo.

—Godoy, me ha contado que costó al banquero R. ochenta mil pesos. ®

Y de esta manera otros muchos que, á su gran costo, correspondia el mérito de su ejecucion y riqueza de su material.

Cuando pasábamos junto á un sepulcro humilde de que hacía un contraste desgarrador con los de los poderosos, decia yo á Aurelio: ¡Como desearian los dueños de éste haber podido manifestar su cariño al deudo que depositarán bajo de esta piedra, poniéndolo en un zarcófago como aquel que tiene junto! ¡Ah! hasta en el cementerio existe la desigualdad en el exterior, y solo el polvo y los gusanos los nivela á todos!

Después de haber recorrido gran parte del cementerio y admirado los mas bellos monumentos que encierra, tomamos la direccion del norte y pasamos á ver el de los católicos. ¡Oh! este es mas humilde que el de los protestantes, y el mejor sepulcro que contiene, no puede igualar cualquiera de los de tercer orden de aquel. La mayor parte de sus tumbas tienen la figura de camas, con su cabecera bastante al-

ta, la que contiene una lápida, retrato ó imágen tras una vidriera y coronas de siempreviva á los lados: alguna vez están rodeados de tallos de flores y otros de pequeños enverjados de fierro; sin embargo, ví algunos monumentos coronados de estatuas que me agradaron.

Cuando volvíamos de ver los cementerios, pasaba frente á nosotros desempedrando las calles, una bomba uncida á dos fogosos caballos negros, llevando consigo á los bomberos. A poco pasó otro carro llevando escaleras y otros instrumentos de apagar, y la casualidad nos conducia á la calle donde un numeroso gentío era espectador del incendio de una casa.

Cuando nosotros llegamos al frente, ya los bomberos comenzaban á dominar la furia del fuego, colocando los tubos del agua en la direccion de las llamas; algunos trepaban por las escaleras y otros, con instrumentos de zapa, cortaban la comunicacion del terrible lee-

mento echando abajo tabiques y techos de la casa vecina.

Pasó un momento, y ya solo asomaba alguna lengua del fuego por entre aberturas y un espeso humo se extendía, lamiendo las azoteas de las casas vecinas.

En la ciudad de San Francisco se suceden con bastante frecuencia los incendios: raro es el día que no acaee uno ó dos y los Domingos suele haber hasta seis; quizá por que en este día los dueños ó vecinos están ausentes de sus habitaciones y, un accidente, algún incendiario ó ellos mismos pegan fuego á aquellas.

Pero el cuerpo de bomberos está perfectamente organizado; en la ciudad se cuentan diez estaciones ó cuarteles, con las bombas y todos sus admículos listos y los caballos uncidos para volar como el rayo, al primer toque de campana de la motriz, que simultáneamente repiten otras diez repartidas en la ciudad.

Esta se divide en sesenta y tantos

cuarteles y en algunas esquinas hay una caja con su postigo, en donde está un aparato telegráfico; de modo, que cuando ocurre fuego en alguno de aquellos, por ejemplo, en el cuarenta, un vecino va á la casa contigua, toma la llave del cajon, lo abre y sobre el teclado, cuenta ó da tantos golpes como exige el número del cuartel, donde pasa el incendio y en el acto se escucha el sonido de todas las campanas tocando arrebató, é instantáneamente se oye como el ruido de la tempestad: es que todas las bombas atraviesan la ciudad en carrera vertiginosa y se cruzan para llegar al lugar del siniestro.

Tal vez no ignorarás que en todos los Estados de la Union Americana hay sociedades de seguros contra incendios en donde, pagando el tanto por ciento del valor de una fábrica, almacén, cargamentos de buques y hasta el menage de una casa, está el que se suscribe, exento de la perdida de su propiedad en caso de incendio porque la compañía de seguros lo indemniza, pa-

gando el valor total de lo perdido. Se puede asegurar hasta la vida por cierto número de años, de modo, que si durante este período sucumbe el inscrito, sus parientes tienen derecho á percibir la cantidad estipulada en el contrato.

De esa institucion surgen multitud de abusos, porque un individuo, por ejemplo, asegura su casa por valor de diez mil pesos y no vale aquella mas que ocho; entonces el mismo le pega fuego, ocurre inmediatamente á la administracion de seguros para recoger su dinero, que recibe peso sobre peso.

Me dirás que ¿cómo es que los individuos de la compañía se dejan engañar, recibiendo en aseguramiento una casa que no vale lo que dice el asegurador? Es cierta tu observacion; pero no sé que hay sobre el particular porque esos señores toman todas sus precauciones para aceptar un contrato y aun examinan la calle y el lugar donde esta situada la casa; si hay inmediata alguna carpintería, herrería ú otra cosa por el estilo que pueda ocasionar incen-

dio y, entonces, aumenta el tanto por ciento de seguros, segun la mayor ó menos posibilidad del peligro.

El caso es que, como he dicho, diariamente, se incendia alguna casa particular, fábrica ó tienda y están ya tan acostumbradas las gentes de aquí, que aun cuando oigan tocar a fuego, y vean pasar las bombas, no se les da nada y siguen su camino sin tener curiosidad ni dirigirse al lugar del incendio.

Esta continuidad de casos semejantes obliga á todo el mundo á asegurar no solo sus casas si las tienen, sino hasta el mango ó ropa de uso; porque no es inverosímil que si una familia sale a una visita, paseo, ó dia de campo, al regresar, no halle ya sino el sitio que ocupó su casa ó se quede con lo encapillado.

Te contaré, por último, para cerrar esta carta, un caso que me pasó á mi mismo, en confirmacion de lo imprevistos que son los casos de fuego. Pero no te vayas á reir.

Mi casa estaba situada, en el cuartel

33 y en la cabecera de mi cama tenia yo el programa impreso de los diferentes cuarteles numerados en orden, de modo, que cuando oia yo tocar incendio, ya fuese de dia ó de noche, ocurría yo al indicador y por el número de campanadas buscaba igual guarismo en ese y sabia entónces la calle en donde estaba el fuego.

Una madrugada, hará mas de un mes, oí entre sueños campanadas indicando el número de mi cuartel, al segundo toque ya mas despierto, escucho las treinta y tres campanadas y digo entre mí, volviéndome del otro lado é intentando cerrar los ojos: "¡eh! es en mi demarcacion; pero el fuego estará en otra manzana distante!" las bombas acaban de pasar y me pareció que no se detuvieron muy léjos; en esto, ya que iba à entregarme de nuevo al sueño, ¡zas! que oigo el chorro de las bombas cuyo líquido caia sobre el tragaluz próximo á la puerta de mi cuarto; me levanto trémulo en el instante, porque creia que el fuego abrazaba ya el

edificio. Me dirijo á la ventana, más muerto que vivo, la abro para escaparme, si era posible, y veo en efecto que la casa contigua ardia y las bombas, colocadas en frente, enviaban torrentes de agua para apagarla, pero por fortuna el fuego sedia ya, y no era necesario tomar precauciones para librarse de él.

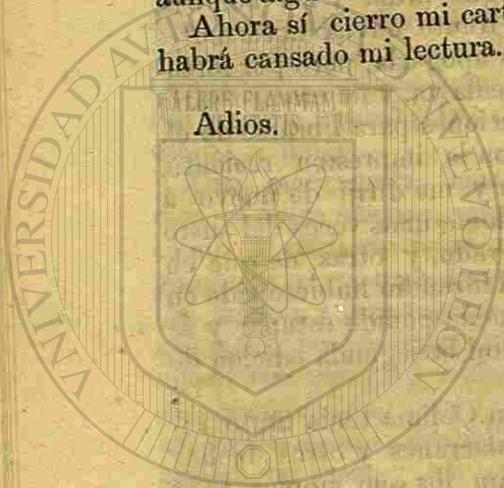
Todavía con la impresion reciente, temblaba aun y me diriji de nuevo á la cama, riéndome unas veces del susto que habia llevado, y otras, de que en caso de que el incendio hubiese sido en mi casa, no habia podido escapar y se verificaria en mí la segunda edicion de San Lorenzo.

Así como en Colima tenia tanto temor por los alacranes y otros bichos venenosos, para los que emplea toda clase de precauciones; en San Francisco experimentaba el mismo temor porque á mi vuelta de un paseo ó del teatro, me quedase en la calle sin mi coleccion de pintura, y sin ropa y sin dinero, y en esto si que no habia precaucion que tomar sino asegurarse; pero

cierta indolencia que experimentaba para este acto, me impedía verificarlo, aunque algunas veces me lo proponía.

Ahora sí cierro mi carta porque te habrá cansado mi lectura.

Adios.



XXXV

San Francisco, Enero 9 de 1868.

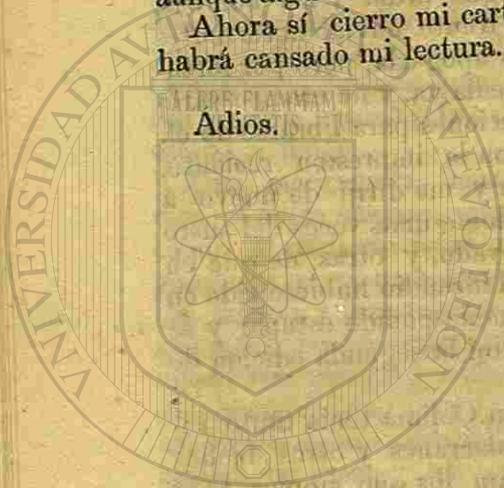
MARIA QUERIDA:

Tienes muchísima razón en reprovar mi olvido en haberte hablado acerca del estado que guardan en S. Francisco, los mexicanos y mexicanas residentes en la ciudad, habiéndomelo encargado varias veces; pero para suplir esa falta, necesito hechar una mirada retrospec-

cierta indolencia que experimentaba para este acto, me impedía verificarlo, aunque algunas veces me lo proponía.

Ahora sí cierro mi carta porque te habrá cansado mi lectura.

Adios.



XXXV

San Francisco, Enero 9 de 1868.

MARIA QUERIDA:

Tienes muchísima razón en reprovar mi olvido en haberte hablado acerca del estado que guardan en S. Francisco, los mexicanos y mexicanas residentes en la ciudad, habiéndomelo encargado varias veces; pero para suplir esa falta, necesito hechar una mirada retrospec-

tiva al primer día de mi llegada porque en él me encontré á Fernando que me dió detalles exactos sobre la conducta que observan aquí nuestros compatriotas y las extravagancias de algunas familias y otras personas ayankadas. 1.

Pero permítame, amiga mía, que te repita, aunque en otra forma, algunos incidentes del momento de mi desembarque que se me quedaron en el tintero en la primera carta que recibistes de esta ciudad, porque necesito hacerlo así para el cumplimiento de mi relación.

Efectivamente, atrasó el vapor y todo el mundo se precipitó al puente provisional como una avalancha, por el que á la vez se lanzaban al encuentro de los pasajeros mil impertinentes cocheros, criados de hotel que le meten á uno en la cara tarjetas de aviso y no pocos individuos de ambos sexos, que

1. Esta misma conducta seguian observando hace tres años que volví á San Francisco.

viene al encuentro de los parientes ó amigos.

El bullicio crecía por momentos: el *howdo yondo?* se hacia oír de muchas bocas: *the Metropolitan Hotel is hhe best por yon*, es ofrecido por un robusto irlandés de barba de fuego; el *je seis charmé de vous voir bien portant*, se oye repetidamente. Por otro lado sueña el idioma italiano, bien saludando ú ofreciendo una *magnífica locanda*, ó el robusto español en boca de un mexicano que ofrece un carro más cómodo que el de los americanos y más barato; muchos saludos en mal castellano, que se quiere parecer al inglés, pormulado por algunas *ladles* que pocos años há estaban sobre el metate, en Sonora ó Mazatlan, haciendo tortillas y hoy alardean con el sombrero, *su puff* como las americanas.....finalmente, ruido de voces, de equipajes que se descargan, de carros que llegan y que todo junto forma una Babel que taladra los oídos, añadiendo el episodio repugnante de alguna vieja, que, para hacerse lugar,

viene metiendo los codos descarnados ó su enorme pié que posa toscamente sobre el de uno, que le hace ver las estrellas à medio día.

Por fin, despues de algunos empellones, me desembaracé de la turba que me oprimia, que me ascediaba y, cuando mi equipaje sufrió las pesquisas inquisitoriales de los empleados del resguardo que suspendieron cuando yo les dije que era artista, pues en efecto aman el arte y tal vez por esto me consideraron, tomé un coche que me condujo al hotel "*Lick House*."

Despues que me sacudí un poco el polvo, salí à recorrer las calles y en ellas noté, entre la heterógena poblacion que transitaba, algunos mexicanos de ambos sexos, adoptando ya el traje y algo del carácter norte-americano.

Mas adelante me encontré à Fernando que, al verme, se lanzó à mis brazos y yo lo recibí en ellos con la mayor eficacia, porque hacia algun tiempo que no lo veía y por ese placer que se

experimenta de encontrar à un compatriota y à un amigo en el extranjero.

—¡Gutierrez! exclamó mi amigo: cuanto tiempo hace no nos vémos!

—Sí, Fernando, contesté con efusion, es demasiado tiempo, y tú, segun veo, te has hecho ya un americano completo y...

—¡Quía! me interrumpió alegremente, en lo menos que pienso es en esto. ¿Qué quieres? Cuando uno va à otro país tiene que adaptarse à las costumbres, aunque involuntariamente.

—Es cierto, y la prueba de esto es, que esta mañana en el muelle me encontré à algunas paisanitas, de esas que nos sirven en México de costureras, recamareras ó cocineras, hechas unas ladies....

—Ja, ja, ja, ya; no me hables de esas americanas de nuevo cuño.

—Porqué? le pregunté admirado.

—¿Cómo porqué? por que esas ciudadanas han tomado tan à pecho las costumbres de aquí y el idioma, que se desdennan de hablar español, y quisie-

ran hasta borrarse la facha, que indica á leguas su nacionalidad; pero vaya, estas pasan todavía.....

—¿Cómo pasan? interrumpió á Fernando, esto no puede ser soportable, que una gente emigre de su país.....

—Déjame concluir, me interrumpió; repito que esas pobres mexicanas pueden pasar con estas extravagancias porque al fin es gente ignorante, que no sabe donde tiene la cara; pero lo que son ciertos mozalvetes, riza ó cólera te daría ver como se empeñan en parecer americanos ó porque han nacido ó se han criado en California; estos entes, en una reunion, con la mayor prosopopeya, espetan trescientos disparates en inglés ó en mal español, porque hasta eso, aun cuando posean medianamente este idioma, procuran tomar un acento extranjero, fingiendo que les cuesta trabajo expresarse y, cuando se trata de México, hablan de él con sarcasmo, criticando todo lo que le pertenece, ridiculizando.....

—No acabes Fernando interrumpió

yo mohino. Qué cuidado se le da á nuestra patria con que esos estúpidos la deturpan y se desdenen de haber procedido de ella? No por eso será menos grande.

—Ciertamente, contestó Fernando, esos incestos son demasiado microscópicos para que á México se le dé cuidado perderlos.

—¡Ya lo creo! Pero mira ¿ves aquellas mexicanas elegantes que vienen ahí?

—¡Ah sí!

—¿Quiénes son? pregunté.

—Son las hijas de un D. Cosme Guerra de Sonora muy rico y que ha venido á gastar su capital á San Francisco; hace tres años que llegó aquí.

—Por supuesto, que esas chicas hablarán ya el inglés muy bien?

—¡Toma! me contestó Fernando, si no hablan de otro modo; casi se les olvidó ya el español.

—¿Cómo así?

—Lo que oyes: la madre misma es tan vana, que se alegró de que sus hi-

jas hablen solamente inglés; porque dice que el español es tan prosaico! y que le da vergüenza que crean que sus hijas son mexicanas....

—¿Y no se avergüenza de gastar sus pesos, que tambien son mexicanos?

—¡Oh! esa es otra cosa y.... Te contaré tambien lo que pasa con algunas mexicanas menguadas: cuando una de estas habla con americanos, ¡qué capaz que manifestara su nacionalidad si se llega á hablar de este asunto! nada; en el acto dice que es española, y mas si es un poco relamida.

—Sí, puede ser, añadí, porque he oido decir en México, que los americanos, cuando ven un mexicano ó mexicana un poco claros de color dicen: «Caballero español ó señora española» y si estos son prietos ó subidos de tueste, al momento dicen: *mexicanos* y, seguramente esos mexicanos estúpidos, de que tu me hablas, corroboran este error en los americanos en lugar de sacarlos de él, vindicando á la poblacion mexicana, que una buena parte por cierto,

es tal vez mas hermosa que la americana.

—¡Y bien que sí! me contestó Fernando con entusiasmo y añadió:

En algunos de los Estados tenemos mugeres bellisimas que, á la verdad, no las cambio por ninguna de otra nacionalidad.

—Y en lo del noviazgo; cómo se manejan aquí nuestras paisanas ya que son tan afectas á imitar a los yankees?

—Tambien han entrado en la moda de casarse dos y tres veces; aunque las que lo han verificado, ha sido una que otra.

En lo que sí siguen á las americanas es, en acompañarse en la calle de su novio, especialmente las costureritas, cuando van y vienen del almacén ó modistería donde trabajan. Hace poco tiempo ocurrió aquí una escena que ha dado en que decir.

Figurate, Gutierrez, que una de esas jovencitas salia á la calle hilvanada de su novio ó querido: reconvino la madre y protestó contra la libertad que se to-

maba la hija; pero al oír esto la jóven, se paró de pié firme y exclamó:

—"Sepa vd. mamá, que tengo ya diez y ocho años, estoy en el país de la civilización y el pabellón americano me protege, así es, que soy libre y haré lo que me dé la gana."

Al oír esto la pobre madre, se echó à llorar y la muchacha se fué de su lado para ir à vivir con el mancebo.

—¡Qué pronto se civilizan aquí las gentes!

—¡Tanto! contestó Fernando, que en muchas cosas son aun mas exageradas que los americanos..... son hasta anexionistas.

—Sí? de qué manera?

— De la misma que los americanos: desean que México pone á su dominio para que se civilice, porque todos los mexicanos somos segun ellas, una re-  
cua de salvajes; pero no creas que estas ideas las viertan solamente las pollitas decentes, no señor, tambien las maritornes, y ja, ja, ja, à propósito de estas, ¿creerás Gutierrez que estas gentes son

tan extravagantes y odian tanto el idioma español, que ya, no solamente con los americanos, si no hasta entre ellos mismos no hablan otra cosa sino dizque inglés?.... pero que inglés! En lugar de decir: fulana, anda á la tienda, dicen: "anda á la *grocería*; *you go á la marqueta*;" en lugar de anda á la plaza ó mercado. "Trae mi vestido color de *brown*," en vez de café: "yo quiero una *cup coffee*," taza de café y así otras cosas por el estilo, que ponen altamente en ridículo á estas gentes maniáticas.

—Mira, Fernando, de estas no me causa extrañeza porque al fin no tienen educación; pero que algunas familias decentes y bien educadas que vienen de la frontera incurran en tonterías, como las que referes y caigan tambien en esas ridiculeces, no lo comprendo y, casi estoy por dudarlo, perdóname.

—¿De veras lo dudas? exclamó mi amigo sorprendido; pues para que no sea así y te cerciores por tus propios ojos, esta noche te voy à llevar á la ca-

sa de C\*\*\*, un rico de Sinaloa y veras maravillas, prepárate.

En efecto, me separé á poco de Fernando, que iba á un negocio; yo seguí andando calles; me fuí á comer y á arreglar para la visita.

Serian las ocho y cuarto, cuando se presentó mi amigo en el hotel para conducirme.

En el camino me fué imponiendo de varias particularidades de la familia y, cuando hubimos llegado á la casa, tiró Fernando de la campanilla y un chino se presentó á abrirnos la puerta.

Nos introdujo á la sala; salió la señora de C\*\*\* y á poco fueron saliendo una á una tres muchachas, á las que fuí presentado alternativamente. A poco llegaron otras visitas americanas y se estableció la tertulia en toda forma.

—¿Usted viene de México,? me preguntó la mayor de las jóvenes, mientras que las otras dos hermanas armaban su algarabía en inglés con las americanas.

—Sí, señorita, contesté, he llegado esta mañana en el vapor.....

—¡Ah! sí, el que entró de Panamá.

—Cabalmente.

—Y no habla vd. inglés?

—Comprendo solamente una que otra palabra..... y vd. hablará perfectamente.

—Sí; porque figure vd. que no hablo de otra manera aquí, y el español, alguna que otra vez solo con papá, porque, lo que es mamá, no quiere que lo hablemos,

—Lo comprenderá ella muy bien.

—No mucho; pero prefiere el inglés al español.

—¡Qué bestia será la tal mamá! digo yo en mis adentros, y á usted ¿cuál le agrada mas?

—¡A mí? pues tambien el inglés porque es mas bonito.

—¿Cree vd? le pregunté sarcásticamente.

—¡Oh! sí, exclamó la muchacha con convicción, porque casi todas nuestras relaciones son americanas y nuestras

amigas mexicanas hablan siempre inglés.

—Es una buena prueba, dige á mi interlocutor; que por su contestacion, conocí que no era muy aventajada y que sus amigos mexicanos serian por el mismo estilo.

Se generalizó en esto la conversacion, sostenida en inglés por las hermanas entre sí, grosería que no pude perdonar; pues estando allí mi amigo Fernando y yo, lo natural era que se hubieran expresado en español.

Se habló de música y, despues de muchos remilgos, se sentó al piano una de las americanas. Machacó una mazurka de una manera, que por inferencia conocí lo que era: despues se levantó la otra, que parecia hermana de la pianista y, acompañada de ésta, ejecutó con las narices una de esas canciones inglesas, que tanto lastiman el oido de los que están acostumbrados á las melodias de la música italiana ó alemana y, tocando su turno á uno de mis compatriotas, dió á conocer, que habia adop-

tado, junto con el idioma inglés, el estilo de tocar el piano.

Miéntras las filarmónicas ejecutaban sus piezas, para distraerme un poco de aquella algarabía incomprensible, procuré ensimismarme en las reflexiones que me inspiraba esa reunion y, pensaba: Que varias de las familias ricas que vienen á avecindarse á San Francisco, como en lo general, pertenecen á algunas de las poblaciones de la frontera, están ignorantes del refinamiento y cultura de la sociedad mexicana de las ciudades del interior y especialmente de la capital, y vienen á admirar y á estudiar las costumbres y trato social de los americanos, alucinándose por su lujo en el vestir, con el ornato interior de sus habitaciones y con algunos modales, que pretenden tener visos de buena sociedad, si esas familias mexicanas, que quieren parodiar esta sociabilidad exótica vieses un poco de lo que pasa en la aristocracia de su país, se reirian de sí mismas y verian cuán distantes estaban de la buena eleccion de

sus modelos y no hablarían de México con desden, creyendo que en los Estados- Unidos, es en donde se viene á aprender á vivir en buena sociedad.

Sabido es que en los Estados del Este, apénas existen algunas familias antiguas, que con razon pudieran llamarse aristocráticas por la procedencia de sus antepasados; pero el resto, es decir, la masa restante de la poblacion americana ¿de dónde vino? ¿cuál es su procedencia? La inmigracion periódica, responde victoriosamente por nosotros. Poco despues, algunos individuos de ella, enriquecen con lícitas, ó ilícitas especulaciones y entran entónces al rango de la aristocracia, ya son personajes, y los que ven las cosas por el lado superficial, hincan la rodilla y adoran á esa gente vestida de oro y le copian servilmente sus costumbres.

Pero esta es la propencion de las personas que tienen poco mundo, que no han visto otros objetos, que no conocen algunas veces, ni lo poco bueno que tienen en sus países.

Hacemos algunas honrosas excepciones de personas ricas mexicanas, que no se alucinan con el exterior engañoso del agente de este país; que aunque no ha conocido la capital de la República ni las mas notables de los Estados, por lo que han leído ó por las relaciones de los viajeros, saben que su sociedad es tan culta como la mejor de Europa, y el lujo y la sociabilidad, han llegado á una altura considerable y sin esa mezcla chocante de las excentricidades de estos países.

Cuando concluyó el canto y la música del piano, salí de mi enagenacion mental, y la mamá y las muchachas nos dirigieron alternativamente la palabra, haciéndome preguntas importunas del estado que guardaba México en la actualidad, envolviendo en ellas ese tono planidero de todo extranjero, que se compadece de ese pobre país por su atraso, su pobreza, los ladrones, las revoluciones, etc., etc., haciéndome hasta creer á mí, que acababa de llegar, que efectivamente guardaba México un es-

tado lastimoso, y que solamente aquí se vivía en el paraíso.....

Fastidiado yo de esa reunion, mitad americana, mitad mexicana, hice seña á Fernando para que nos marcháramos de la casa, como en efecto lo verificamos á poco, con el propósito firme de no volver yo á ella para no tener otro mal rato.

—¿Qué te ha parecido? me preguntó Fernando, cuando estuvimos fuera.

—¡Calla! le contesté mal humorado, no me vuelvas á llevar á otra reunion ó visita, si todas han de ser como la que acabamos de dejar.

—No, por fortuna, me contestó, tengo otras relaciones de familias que, al contrario, son muy mexicanas y no se ha extinguido en ellas el amor patrio. Ciertamente es muy triste, que las que debian volver por el honor del país, son las facciones en deturparlo.

—Ya se ve, añadí yo, y si los mexicanos son los primeros en hablar mal de México ¿qué queda para los extran-

jeros, especialmente para los americanos que no nos tragan?

—Sí, es verdad, contestó tristemente Fernando.

Antes de separarnos, entramos á un restaurant á tomar unos ostiones y nos despedimos para volvernos á ver al día siguiente.

Al otro día bien temprano estuvo un amigo mio á buscarme en el hotel porque Fernando le habló de mi llegada. Despues de los saludos de ordenanza y hablar sobre varias cosas, recayó la conversacion sobre la visita á que me habia llevado Fernando y, despues de hacer entre los dos, comentarios poco favorables de la familia del Sr. C\*\*\* el Dr. Dominguez, añadió algo mas sobre el carácter de nuestros compatriotas residentes en San Francisco porque decia:

—En efecto, amigo mio, desde el momento que desembarcaron en el muelle, parece que procuran apegarse á las costumbres americanas, siguiendo aquel refran que dice: «á la tierra que fueres,

has lo que vieres;" y son tan religiosas en su observancia, que lo primero que hacen es negar que vienen de México y, en último caso porque esto no puedan negarlo absolutamente, porque algunas gentes las han visto llegar en el vapor de Panamá, dicen que vienen de Centro América, de Colombia, ó, si es de alguno de los puntos de la República Mexicana, dicen que son españolas...

—Esto mismo me contó Fernando, interrumpí yo.

—Pero vale la pena de extenderse un poco mas sobre el particular. En efecto, ¿no cree vd. que es una aberracion imperdonable, que mientras las demas nacionalidades manifiestan con orgullo su procedencia, las mexicanas y algunos hombres tambien, se avergüencen en decir que son mexicanos? Pues qué, ¿México es acaso un país de ménos y todos los que nacen en él por el simple hecho de nacer allí salen negros, mulatos ó contra-hechos?

—Es que, ven el desprecio con que los americanos tratan México y su

extendida preocupacion en creer que todo individuo de ese país, porque es blanco ó un poco relamido es precisamente español, y estos mexicanos, por no verse envueltos en el desprecio de los yankees, cuando son interrogados por ellos, dicen con énfasis: "soy español" y, si por casualidad hay ahí algun mexicano despreocupado, que les objeta lo contrario, dicen con repugnancia: "sí, es cierto, nací en México: pero casi soy español."

—Segun la lógica de esta gente preocupada y estúpida, digo yo, las diversas nacionalidades no debian decir por ejemplo: "soy frances, español, americano, etc.;" sino, soy del Paraiso terrestre ó del lugar donde los hijos de Noé volvieron á repoblar el mundo.

Los americanos mismos no debian llamarse con este nombre, segun esa gente, porque únicamente han nacido en Norte América, sino alemanes, ingleses, irlandeses, etc., etc., por la circunstancia de ser hijos de esas nacionalidades; pero no es así y los america-

nos jamás dicen: «soy inglés, francés ó irlandés, sino, soy americano.

—Esa es una lección, repuso Dominguez, que debían aprender y tener muy presente los mexicanos y mexicanas preocupadas; no debían avergonzarse de manifestar su nacionalidad, supuesto que México es un país como cualquier otro y no así no más, porque ese país es notable por la belleza de su clima, la esplendidez de su cielo, el magestuoso aspecto de sus bosques y montañas y, sobre todo, el genio de sus habitantes y su aptitud para las artes, las ciencias y la literatura. ¡Qué está en constante revolución y que no puede imperar el orden! culpa es de su poca edad; ábrase la historia y véanse las mil vicisitudes porque han pasado las demás naciones para constituirse.... Pero, vamos, ¿no ven esos mexicanos preocupados, que por lo mismo que nuestro país es grande y remarcable, todo el mundo lo mira con envidia y desearía que le perteneciera?

—Por lo mismo, los que tenemos la

gloria de pertenecer á él, debemos estar orgullosos y no venir á los Estados Unidos con la frente inclinada, mendigando costumbres, estudiando sociabilidad, como si en México y en las demás capitales no tuviéramos esto de sobra y de una manera refinada.

—Mientras los extranjeros que visitan á México y que antes tenían de él una idea equivocada, salen admirados del adelanto y cultura de su sociedad, del buen gusto que reina en las ciudades por la configuración de sus edificios y por todo lo que constituye un pueblo culto y civilizado. Que faltan muchas cosas aun, eso es cierto; pero ¿qué país se ha formado en un día? Por lo mismo, los que nos hallamos en el extranjero, debemos honrar nuestra patria y no avergonzarnos de ella; porque si nosotros á hacer esto; ¿qué dejamos para las demás nacionalidades? Secundarnos en estos sentimientos y atraernos su mas alto desprecio por nuestra absoluta carencia de patriotismo.

Terminada esta conversacion, el Dr.

Dominguez se marchó porque tenia una cita, á la que debia concurrir.

Yo tambien terminé mi *toilet* comenzado y salí á la calle para continuar mis observaciones.

Caminaba yo por la calle de Market mirando los edificios que han levantado allí de una arquitectura tan excéntrica en la que se ha resucitado el gusto churrigueresco, cuando sentí una palmada en el hombro; vuelvo la cabeza y me encuentro con la de Fernando. Nos saludamos cordialmente y, despues de algunas cosas indiferentes que tratamos, me preguntó:

—¿Qué venias mirando con tanta atencion por ahí enfrente?

—Las fachadas estravagantes de esas casas.

—Pues, qué, no te agradan?

—Podrá agrardarme una arquitectura tan extraña y tan recargada?

—¿Recuerdas esos colaterales antiguos de alguna iglesia?

—En efecto, me contestó Fernando, el gusto de esas casas es de Churriguer-

ra, el que corrompió el buen gusto arquitectónico é inició la decadencia.

—Cabalmente..... pero, hablando de otra cosa: desearia que me llevaras esta noche á alguna visita; pero te prevengo desde ahora que no quiero que sea de gente anti-mexicana, que me dé vomitivo: deseo tener un rato placentero y hacer buenos recuerdos de mi país ya que estoy fuere de él.

—En hora buena, me contestó Fernando; te llevaré, me dijo, á la casa de la familia D\*\*\*, originaria de Durango: verás, esta si es gente ilustrada y que ha viajado por toda la República y tambien ha estado en Europa.

—Me alegro mucho, contesté alborozado, porque me parecia que iba á á gozar momentos agradables, tratando con personas muy diferentes de las de la familia C\*\*\* que me hicieron pasar tan mal rato con sus estravagancias.

No me engañó Fernando porque de veras estuve contentísimo con la familia del Sr. D\*\*\* que forma una notable entrada con la que visitamos la no-

che anterior, tanto por su instruccion como por su patriotismo y su amor á México, tanto que cuando estuvimos en la calle, dije á mi amigo:

Hay tienes, esta si es una familia modelo, un dechado de patriotismo; aquí si vale la pena de venir á pasar el rato.

—Y como que sí, me contestó, pero con razon, la familia del Sr. D\*\*\* está muy bien educada y no puede incurrir en las tonterias de otras: esta es instruida y ademas, ha viajado mucho y no se alucina facilmente.

—Creo, repuse, que como ésta, habrá otros aquí de las que se han venido á establecer recientemente.

Ya se vé que sí; las hay tambien muy recomendables y que no han perdido nada de esa perfecta sociabilidad que han traído de México; las de las monadas, son esas mejicanitas de *Gloria Patri* y que viven por ciertas calles, esas pobrecillas que.....

—Es que la familia del Sr. C\*\*\* no es de *Gloria Patri*, como tú dices.

—¡Ah! ya se vé que no; pero en todo hay sus excepciones y, desgraciadamente, como esa familia, te podria citar otras tres ó cuatro que, á pesar de tener buena procedencia, segun parece, forman grupo con las demas ignorantes ayankadas que quieren pasar por españolas, que detestan el idioma español y ya no saben comer tortillas, chile y frijoles; sino *beefsteak*, *roastbeef*, *pancake* y otras cosas por el estilo.

—A primera vista, dije entre mí, esta manía y estas monadas no parecen traer consecuencia alguna; pero bien visto, estas gentes estúpidas van formando una falange numerosa con muchos de los mexicanos, residentes en este país, que contribuyen al descrédito de México, refinando la triste idea que tienen los americanos, de que allí no hay cosa buena, que estamos mas atrasados de lo que es en realidad y que toda la poblacion mexicana pertenece á la raza de los monos.

¿Ojalá y estas líneas que te dirijo hoy, María, fueren leídas por todos

esos mexicanos estraviados; quizá de esta manera, modificarían un poco su modo de pensar y aprenderían á tener un poco más de patriotismo.

Ya supongo, amiga mia, que quedarás contenta con la noticia que te doy en la presente carta, del estado que guardan nuestras compatriotas en esta ciudad, y ya queda reparada tambien mi omision en haberlo verificado con tiempo. Solamente perdonarás una pequeña equivocacion que cometí al principio de ésta, diciendo: "que el primer dia de mi llegada encontré á Fernando," que no fué sino el segundo. Terminado esto, me despido de tí, deseándote felicidades.

XXXVI

San Francisco, Julio 2 de 1868.

AMIGA ESTIMABLE:

Aunque un poco trasnochado de la mala noche que acabo de pasar, me decido á escribirte mi última carta de esta ciudad porque para el dia cuatro está anunciada la salida del "Oregonian," y estoy dispuesto á salir definitivamente para Europa.

esos mexicanos estraviados; quizá de esta manera, modificarían un poco su modo de pensar y aprenderían á tener un poco más de patriotismo.

Ya supongo, amiga mia, que quedarás contenta con la noticia que te doy en la presente carta, del estado que guardan nuestras compatriotas en esta ciudad, y ya queda reparada tambien mi omision en haberlo verificado con tiempo. Solamente perdonarás una pequeña equivocacion que cometí al principio de ésta, diciendo: "que el primer dia de mi llegada encontré á Fernando," que no fué sino el segundo. Terminado esto, me despido de tí, deseándote felicidades.

XXXVI

San Francisco, Julio 2 de 1868.

AMIGA ESTIMABLE:

Aunque un poco trasnochado de la mala noche que acabo de pasar, me decido á escribirte mi última carta de esta ciudad porque para el dia cuatro está anunciada la salida del "Oregonian," y estoy dispuesto á salir definitivamente para Europa.

En tu carta que recibí el Juéves pasado, me haces un extrañamiento de porqué desde Enero no te he vuelto á escribir; tienes razon, María querida, en estar un poco sentida conmigo; mas no debes atribuir mi silencio en manera alguna á olvido, ni ménos á indiferencia por tu persona; bien al contrario, siempre está en creciente en mí, el afecto que te profeso. La causa de no haber escrito, ha consistido en las muchísimas ocupaciones que me han agobiado en esta última epoca por tener que terminar las muchas obras pendientes y preparar mi viage.

Te digo al principio de la presente que anoche me trasnoché y tu tendrás curiosidad de saber cuál fué la causa y voy á manifestarla.

En efecto esta noche hubo un gran concierto en la primera parte de ella; en seguida se sirvió un suntuoso ambigú y despues se bailó hasta las seis de la mañana.

Pero ya parece que te oigo decir: que

no es esto lo que quieres saber sino, cuál fué el motivo?

A esto te contesto que he querido comenzar por el fin para que sepas porqué me desvelé; pero ahora voy á referirte la verdadera y principal causa de la fiesta para dejar satisfecha de todo á todo tu curiosidad.

Pues bien, recuerdo haberte contado en mis primeras cartas que, desde mi llegada á esta ciudad, he sido objeto de las mayores atenciones de la prensa y los principales periódicos de California á porfia, se han esforzado en prodigarme elogios y tributarme cumplidos, en comiando el escaso mérito de las obras que he expuesto repetidas veces en la casa de Roos, calle de Montgómery.

Lo mas peregrino de esta noble conducta de la prensa ha sido que sus dignos redactores no me han merecido, como dicen, ni los buenos dias ni he sido presentado á ellos, ni les he hecho visita alguna y el caso es que me han hecho objeto de sus favores.

Apénas ha aparecido alguna obra mia

en la ventana de Roos, cuando el *Examiner*, *La Alta California* y otros seis ú ocho periódicos de los más notables, han comentado favorablemente mis pobres producciones.

En vista de la nobilísima conducta de sus ilustrados redactores, estando próximo á separarme de San Francisco y, no teniendo manera alguna de manifestarles mi gratitud por sus generosas simpatías y desinteresados servicios, me propuse significarles mi reconocimiento aunque débilmente, obsequiándolos con un gran concierto y baile á los que podían concurrir con sus familias y amigos.

Esta idea que surgió en mí hará dos meses me obligó á poner en planta inmediatamente los ensayos indispensables para que el concierto tuviera el mejor éxito posible.

Para el efecto, me puse de acuerdo con la apreciable familia de Fossey para invitar á todos los amigos mexicanos y americanos que tocaban y canta-

ban para formar el elenco de nuestra compañía.

Dicho y hecho; tomaron parte cerca de cuarenta personas de las que salieron las primeras voces y los coros: pianistas, violinistas para ejecutar las piezas de concierto y á última hora se agregaron algunos individuos de la orquesta de la ciudad.

Debes imaginarte, que las noches de ensayo que eran las más, fueron más bien reuniones en tertulia; porque después de ejecutado aquél con el mayor escrúpulo, seguía el baile ó tertulia en toda forma y estas reuniones eran en la casa del Sr. Mattieu de Fossey siendo su señora de las primeras sopranos y su simpática hermana Adela, la maestra al cémbalo.

No tengo á la mano el programa impreso de las piezas, para incluirlo en esta carta; pero te mencionaré las que me vengán á la memoria y son: el *Septimino de Hernani*, con el que se abrió la función; *Quinteto de Lucia de Lamermoor*, *Aria de Roberto el Diablo*,

Coro de bandidos de Hernani, Duo del mismo, id. de Nabueodonosor, Aria de Traviata de soprano y otra multitud de piezas que no recuerdo.

En el violin se ejecutaron el Carnaval de Venecia, el Ave en el Arbol, Trémolo de Beriot; y en el piano, piezas de bravura de Tabberg, Ascher y otros.

El concierto se dividió en dos partes para que la concurrencia tuviera un ligero descanso.

Cuando todas las piezas del concierto estuvieron perfectamente ensayadas y próximo el día en que se habia de verificar, procedí á invitar á todos los redactores de la prensa, y á sus familias por medio de tarjetas de todo lujo, que mandé tirar con tal objeto.

La apreciable familia Gaxiola, de las mas estimables para mí, hacia mas de una semana que habia marchado á Europa con el fin de dar un paseo en ella y solo quedó en la casa el hermano menor Nicolás y este amigo querido tuvo la galantería de ofrecérmela con todas

sus dependencias, menage y bajilla para que yo pudiera celebrar allí la función.

Ademas de invitar á los miembros de la prensa lo verifiqué igualmente á mis amigos particulares, á las familias de Lemen Meyer, Cima y otros, de modo, que estando terminados ya todos los preparativos, se fijó la noche de ayer para la solemnidad.

Yo tenia algun temorsillo de ser desairado por los redactores de la prensa, y concurriendo un número insignificante, pero al contrario, tuve la mayor satisfaccion de ver que todos habian concurrido á mi invitacion.

La casa de la familia Gaxiola es magnífica, y si la hubieras visto adornada de coronas é iluminada á giorno, te habria gustado sobre manera.

A las siete en punto de la noche comenzaron á llegar las familias porque para esa hora fueron invitadas para que el concierto comenzase á las ocho en punto.

¡Cómo te habria encantado, María,

el bellissimo juego, la armonía que hacian los adornos del salon, las flores, la luz del gaz y de la espuma con los encajes, la seda y los rizos de oro de las lindas muchachas americanas, que todo mezclado formaba una atmósfera fantástica de oro, flores y mugeres.

¿Y nuestras compatriotas? Lucian tambien sus encantos al lado de los de las rubias ladyes y sus formas y sus ojos eran aun mas arrebatadores: las americanas con sus hechizos, eran una vision del cielo por ese color impalpable de su epidermis y sus ojos de magnifico azul celeste; pero las muestras con esos ojos quemadores, con esa pupila ardiente que abraza el corazon, esos voluptuosos labios que disputan á la rosa su carmin, esas divinas formas, ese todo que enloquece á los pobres humanos, los hacia doblegar y rendirse á las seductoras mexicanas, admirando no obstante las gracias de las americanas.

Dando la primera campanada de las ocho, comenzó el concierto abriendo,

como he dicho, con el Septimino de Hernani: á las nueve y media hubo un entreacto de media hora y continuó hasta las once.

A esta hora entró la concurrencia al comedor en donde, despues de los primeros platos, se anunciaron los brindis que continuaron despues que se destaparon las botellas del Champagne.

Se brindó por México, por las Bellas Artes y.... no recuerdo por qué mas: el caso es que todo el mundo estuvo muy contento y reinó en la mesa una armonía y fraternidad encantadoras entre mexicanos y americanos, cosa que á mí me llenó de la mayor satisfaccion.

Cuando hubo terminado el ambígú, desfilaron las parejas á la sala de baile y continuó éste con el mayor entusiasmo como que el champaña, la música y el brillo de la concurrencia animaban al mas helado y exitaban al mas indiferente.

Yo gozaba con ver la alegría de todos y estaba satisfecho del placer que notaba en los concurrentes, porque en

esto conocia yo que el obsequio que les hacia no les era indiferente y apreciaban la débil prueba que les manifestaba de mi agradecimiento y de que no habia sido ingrato á la buena acogida de que fué objeto en las columnas de la prensa americana.

A las cinco y media de la mañana comenzaron á retirarse las familias, quedando algunas como la de Marianita Lemen Meyer y otros amigos mexicanos, hasta las seis, que se retiraron despues de haber tomado chocolate.

En fin, María, he sido un poco difuso en esta carta porque te he querido hablar de algunas peripecias del concierto, sin omitir pequeneces, que aunque insignificantes en sí, no dudo que hallarás gusto en leerlas, supuesta esa curiosidad peculiar de las señoras en quererse informar hasta de los mas pequeños detalles de una diversion.

Dentro de un momento salgo para despedirme de mis amigos, en lo que emplearé la mayor parte del dia y despues, regresaré á casa para acabar de

hacer mis preparativos de viage para Europa; pues deseo salir mañana en el buque anunciado, sintiendo no presenciar el aniversario del 4 de Julio, para cuya solemnidad se están disponiendo ya los habitantes de esta ciudad.

Aunque cada vez me alejo mas y mas de tí, amada María, no por eso disminuye el cariño que te profeso; al contrario, al paso que me alejo de mi país y de tí, siento que aquel se aumenta por los dos y se irrita doblemente por la distancia.

En la primera oportunidad que se presente, escribiré noticiándote mis últimas impresiones de mi salida de San Francisco y primeras del camino que voy á emprender. Que seas muy feliz, María.

XXXVII

A BORDO DEL "OREGONIAN"

Martes 7 de Julio de 1868.

AMIGA QUÉRIDA:

Llevo tres días en el mar y en todos ellos, nos ha hecho un tiempo magnífico.

Ahora que estoy desocupado, tomo la pluma para manifestarte: que el sábado que salí de San Francisco, á las doce y media del día, pasaba por la ca-

lle de Montgómery la prosección del aniversario de la Independencia de los Estados- Unidos y como el vapor debía salir dentro de pronto, no me detuve á verla.

Llegué al muelle acompañado de Kurnard, Roos y otros amigos, que tuvieron la galantería de acompañarme hasta última hora. Pero antes de esperarnos, entramos á una barra que habia ahí cerca para tomar una copa de despedida: después de las muchas protestas de amistad y cumplimientos entre unos y otros, brindamos mutuamente á nuestra salud y porque nos volviésemos á ver otra vez en Europa, en México ó en San Francisco.

De ahí pasé á bordo y á la una en punto desatraco el vapor, arrojando ya grandes bocanadas de humo su chimenea.

En estos momentos son inexplicables las emociones que se experimentan, ó porque se vé partir á un amigo á países muy distantes y que acaso no se volverá á ver, ó porque uno se lanza á

un largo viaje cuyas peripecias son desconocidas y deja la ciudad, que guarda para el viajero las mas dulces afecciones, y en la que se le brindaron á manos llenas, sinceras manifestaciones de amistad y de cariño.

Todo el pasado se mira cubierto con un velo de oro; los momentos todos fueron llenos de felicidad y en las personas que quedan, se ven, los hermanos, los amigos mas sinceros y afectuosos, y el viaje que se va á hacer está envuelto en lo desconocido y se siente cierto pavor, cierta angustia interior al emprenderlo. ¿Porqué, pues, la persona que ha encontrado su bienestar en el seno de una sociedad y está bien hallado con los encantos del país se aleja de tanta ventaja? ¡Ah! porque el destino lo empuja á otra parte ó porque la ambicion le presenta á los ojos una perspectiva seductora que lo hace abandonar, lo mas positivo, lo mas verdadero, por un ideal que él se ha forjado en su imaginacion.....

Mientras hacia yo estas reflexiones

melancólicas hijas de la situacion que en esos instantes laceraba mi alma: desde cubierta seguia mirando á mis amigos é incesantemente agitábamos nuestros pañuelos en señal de despedida. El vapor tambien iba saliendo del laberinto de las demas embarcaciones que surcaban ó estaban ancladas en la bahía y, describiendo un ángulo recto hacia el Sur, se dirigia presuroso para la bocana y salir definitivamente al mar. Entonces perdí el muelle de vista, perdí á mis amigos y se escondieron á mis ojos tal vez para siempre, las torres y edificios de la ciudad.

Yo salia entre contento y triste: lo primero, porque veia que se realizaban mis ilusiones de partida para Europa y lo segundo, porque la ciudad de San Francisco depositaba para mí gratos recuerdos en órden á la excelente acogida que tuve de sus habitantes como particular y por el ventajoso concepto que formaron de mi como artista, especialmente, la prensa que, como dije arriba, encomió bondadosamente desde la pri-

mera obra que expuse hasta la última. Por todos estos favores de los señores redactores, del público y de mis amigos, consagro un sempiterno recuerdo à sus personas y la gratitud mas grande, vivirá siempre en mi corazon.

Ayer volví à divisar, despues de año y medio, las montañas de la Baja California; volví à tener el gusto de ver el suelo de la patria, de esa patria tan cara que presto dejaré [tal vez por mucho tiempo] poniendo de por medio las aguas del Atlántico..... Suspendo la presente porque llaman à comer.

Adios.

XXXVIII

Nueva-York, Julio 25 de 1868.

MARIA.

Por hacerte una relacion ménos interrumpida, dejé trunca la anterior, proponiéndome hacértela mas ordenada, concluido mi viaje por mar hasta esta ciudad.

En efecto, llegué à ella esta mañana à las nueve; desembarqué à las doce y

mera obra que expuse hasta la última. Por todos estos favores de los señores redactores, del público y de mis amigos, consagro un sempiterno recuerdo à sus personas y la gratitud mas grande, vivirá siempre en mi corazon.

Ayer volví à divisar, despues de año y medio, las montañas de la Baja California; volví à tener el gusto de ver el suelo de la patria, de esa patria tan cara que presto dejaré [tal vez por mucho tiempo] poniendo de por medio las aguas del Atlántico..... Suspendo la presente porque llaman à comer.

Adios.

XXXVIII

Nueva-York, Julio 25 de 1868.

MARIA.

Por hacerte una relacion ménos interrumpida, dejé trunca la anterior, proponiéndome hacértela mas ordenada, concluido mi viaje por mar hasta esta ciudad.

En efecto, llegué à ella esta mañana à las nueve; desembarqué à las doce y

me hospedé en el Prescott hotel, Broadway Street, en donde te escribo estas líneas.

Concluía con decirte en mi anterior, que divisé las montañas de la Baja California y continuaron mirándose dos días seguidos.

Llegamos al cabo de San Lucas y continuamos costeano hacia Sinaloa, San Blas y Manzanillo, á cuyo puerto llegamos el viérnes diez á las nueve y media de la mañana.

Salté á tierra en el acto porque deseaba pisar por última vez ese suelo bendito de la patria, que si no lo besé al poner los piés en él, fué porque no estaba yo sin testigos; pero te aseguro que experimenté emociones demasiado tiernas, que se aumentaron, cuando ví en la Aduana á un jóven hijo del célebre poeta Medina con quien llevaba amistad, y ese me dió noticia de todos mis amigos de Colima y me habló largamente de Rosario, de una hermosa jóven que, al paso que me habia hecho gustar momentos deliciosos, al fin ha-

bia torturado mi corazon dejándome abierta una llaga que aun no ha podido cicatrizar.

Después de conversar mas de una hora, pedí á Medina papel y tinta y le escribí á Rosario y á otros amigos, despidiéndome de todos y ofreciéndoles no olvidarlos jamas aun cuando nos separara una larga distancia.

A las doce y media, emprendió de nuevo su marcha el vapor, siempre con buen tiempo, hasta el sabado 17 que llegamos á Panamá á las siete de la mañana.

Inmediatamente tomé una barca para saltar á tierra y visitar la poblacion, en la que permanecí hasta las doce y media que tomé el tren del ferrocarril para Colon.

La parte material de Panama no ofrece al viajero cosa alguna particular; al contrario, es bien triste el aspecto de sus casas y calles, que la mayor parte son estrechas, ahumadas aquellas y de construccion anticuada. 1

1. Después se ha construido el gran hotel, pero en lo demás no ha habido mejora alguna.

El trayecto de camino que se tiene que pasar para dirigirse á Colon, es magnífico, un tesoro de vegetacion no interrumpida, y las vistas que producen sus pintorescas montañas y la irregularidad del terreno cubierto de grandes árboles, palmeras y plátanos, son deliciosas.

El dia todo habia estado radiante y nube alguna habia enturbiado la limpidez del cielo; pero á eso de las tres, comenzaron á subir del horizonte gruesos cúmulos, que á poco caian á tierra en gruesos goterones, resolviéndose despues en una tupida llovizna hasta las cuatro de la tarde que llegamos á Colon.

Bajamos de los wagones con algun trabajo, por los charcos que se habian formado é inmediatamente nos guarecimos en la portalería situada frente de la plaza y procuramos los pasajeros, tomar alimento en alguno de los varios restaurants que allí se encuentran.

Inútil seria consignar en esta carta el gran movimiento comercial que hay

en este puerto á la llegada ó partida de un vapor: gentes que van y vienen con sus sacos de noche bajo del brazo; lindas rubias con cabellos de oro, aereos vestidos, cintas y encages que les dá un aspecto vaporoso, en contraposicion de las muchas negras que pululan con bandejas en la cabeza pregonando su mercancía, vestidas de un color indefinido, arrastrando una vara de cola, ó recogida la enagua hasta media pierna, á guisa de estátuas chirriando con la chancala ó golpeando con los zapatos de palo; negras ó mulatos llevando fardos, vendiendo sombreros de Jipi, rasimos de plátano, cocos y, finalmente, un trunto fiel de la torre de Babel en donde se oyen muchas lenguas, sobresañiendo de preferencia la inglesa.

Yo no me cansaba de contemplar ésa heterogénea multitud y me tenian embobado, con mas especialidad, las negras que eran las mas escandalosas que ó se expresaban en inglés ó en el gue-rigay de su lengua, soltando frecuentemente extrepitosas carcajadas, con un

deseo tal que se les daba poco de estar rodeadas de la de muchas gentes que las escuchaban.

Esta especie de franqueza ó independencia me hacia pensar en que esta raza que debia tener un carácter tímido, sumiso y recóndito á consecuencia de la larga esclavitud en que ha gemido por tanto tiempo, era todo lo contrario; la veia varonil, independiente y fiera, diversamente de nuestros indios que sin haber estado en una servidumbre tan degradada como los negros que se vendian y traspasaban como cosas, manifiestan en la actualidad esa humillacion, encogimiento y reserva sumisa, cuando se presentan á los que creen sus superiores, que involuntariamente hacen recordar que un tiempo sufriera el yugo de sus amos y no pueden olvidar esa servil bajeza de todo el que se vé humillado.

A los vendedores referidos, se adunan otros vendiendo frutas, pan, bizcochos, dulces, sombreros corrientes de palma y la chicha colombiana.

Despues de los muchos negros de ambos sexes, se ven tambien otros habitantes del lugar que pertenecen á la raza continental.

A las seis de la tarde sonó el pito del vapor que fué la señal de embarque y todo el mundo se apresuró á tomar el vapor "Santiago de Cuba" cuyas chimeneas botaban ya un humo espeso.

Media hora despues se daba á la vela, cuando comenzaba á llover de nuevo.

Tanto en la noche del sábado como la mayor parte del domingo, estuvo el mar algo picado; pero de ese dia en adelante, hasta esta mañana que arribamos á esta ciudad, el tiempo ha sido magnífico.

Cuando la aurora de este dia, que es Domingo, comenzó á rayar en el horizonte, oí los pasos de mucha gente que iba y venia ya á su lado, ya á otro sobre cubierta.

Abro la ventanilla de mi camarote y veo con sorpresa que estaban á la vista las colinas que circundan la entrada de la bahía de Nueva-York. ®

Salto de la cama inundado de gozo: me visto precipitadamente y salgo á aumentar el grueso de los grupos que contemplaban las pintorescas y fantásticas riberas. Ya iba yo á una parte, ya á otra y, por todas encontraba perspectivas encantadoras.

A derecha é izquierda las colinas están cubiertas de vejetacion y tupidas de arboledas, por entre cuyos ramajes ó sobre sus copas, salen aquí y allí, los rojos techos de las casas, parte de sus fachadas, torrecillas góticas, agujas y hasta banderas y, poco más arriba, las suaves líneas de la monrña coronada en parte con pinos verdinegros.

No es posible hacer una descripción justa de ese conjunto pictórico, que á la verdad cautiva la vista: y si á este se juntan los mil vapores, semejantes á ambulantes palacios, que surcan la bahía por todas partes, que llevan una multitud alegre de ambos sexos, á las costas y poblaciones inmediatas, que cuando se aproximan á nuestro vapor, las señoras nos saludan con sus pañue-

los y la máquina exhala un silbido que contesta la de nuestro buque, se comprenderá lo atónitos que estábamos todos á cubierta y lo alborozado de nuestros corazones.

A esta hora daban las siete y no nos retiramos de cubierta sino hasta que nuestro vapor se aproximaba al muelle; entonces cada cual se entró á tomar su respectivo equipage para saltar á tierra, cuando sonaban las nueve en el reloj de la torre vecina.

Yo me dirigí en compañía de mis amigos el frances y el aleman á este hotel y, despues de un corto descanso y tomar alimento, nos salimos á dar un paseo por las calles y plazas de la ciudad, cuya descripción haré en otra carta, despues que haya visto lo mas notable.

Goza de salud, María.

A bordo del «Germania» Julio 28.

Voy á hablarte ahora de mis impresiones de Nueva York como en mi pasada te lo ofrecí.

La posición de esta ciudad es bellísima; figura una isla oval cortada de ambos lados laterales, por dos grandes rios que corren de Sur á Norte y se van á reunir á la bahía; al otro extremo de éstos queda el resto de la ciudad

y para pasar á ella es necesario verificarlo en pequeños vapores chatos que semejan edificios flotantes, pues la misma anchura de los rios impide establecer puentes.

Pasado el espectador en cualquiera punto de la orilla de la ciudad central, mirando á la otra parte, se experimenta una verdadera delicia, mirando por entre la grande masa de árboles, destacarse los edificios del resto de la ciudad, cuyo fondo lo constituyen las pintorescas y azuladas colinas, trasladándose este bellissimo conjunto á tranquila superficie de las aguas que corren magestuosamente y que apenas son agitadas por las barcas que con una vela corren de aquí para allí ó por los pequeños vapores, que á cada momento están llegando.

Volviendo á las calles y plazas, te puedo asegurar, María, que son hermosas: las primeras son rectas en su mayor porte y adornadas de árboles; las segundas, tienen parques ó jardines y bellas fuentes con estatuas ú otros

adornos. Pero de entre todas las calles de la ciudad de Nueva York, la mas notable es la de Brodway que tiene tres leguas de largo, bastante ancha, con magnificos edificios y un movimiento comercial extraordinario.

Entre las buenas fábricas arquitectónicas que forman esta calle, hay unas seis ú ocho de mármol con suntuosas fachadas bien decoradas y algunas guardadas de estatuas.

Otra de las cosas que embellecen notablemente la calle de Brodway es, que como no es absolutamente recta, por sus ondulaciones, de distancia en distancia, destacan sobre la tersa superficie del cielo, las puntiagudas torres góticas, las asta-banderas y otros objetos aereos. Esta calle es hermosa tambien porque toda ella está interrumpida de extensas plazas como la de Union Square y de Madisson, en las que pasea mucha gente ó descansa á la sombra de los árboles, contemplando el agua cristalina de las fuentes.

Una cosa se nota en estas plazas y

es, que solamente están decoradas de verde grama y árboles con asientos y rara es la flor que suele verse en ellas.

Te contaré una cosa que me causó como desagrado al visitarlas: cuando llegué á la de Madisson que está frente al hotel de la quinta avenida, despues de recorrerla un poco, me encontré de manos á boca con una columna de cantera, erigida en uno de los extremos, en conmemoracion de las batallas que los americanos ganaron en el valle de México, en la guerra de 47. La sorpresa no consistió en haberme encontrado con el dicho monumento; sino en la audacia del pueblo americano en conmemorar acciones que no le hacen honor alguno, supuesto que se batió con el gefe del ejército mexicano, cuya conducta hasta ahora es un enigma, porque se ignora si fué un inepto ó un traidor al perder todas las acciones que se dieron en los diversos puntos del territorio mexicano.

Las cuatro facetas de la colmena en question, están llenas de los nombres de

los lugares en que se dieron las batallas: dicen por ejemplo, "Churubuseo," uno de los puntos que se defendió gloriosamente por dos cuerpos de nacionales que apenas tendrían juntos mil doscientos hombres, contra el ejército americano que constaba de quince mil y que la falta de parque ocasionó á los nuestros la rendición.

"El Pedregal." Todo el mundo conoce las peripecias que sucedieron en la pérdida de ese punto cubierto por la division del general Valencia: que debiendo sucumbir el ejército americano el 20 de Agosto, la accion villana de Santa Anna en haber descubierto la línea que tenia á su cuidado para impedir que Valencia se ciñera los laureles del triunfo, ocasionó la salvacion del ejército del Norte y que éste se hubiera hecho dueño del campo debiendo haber encontrado su sepulcro.

"Chapultepec." Recuerdan nuestros lectores, la no ménos villana accion de Santa Anna en abandonar en aquel punto al general Bravo con los 400

hombres, habiendo ofrecido auxiliarlo con el grueso del ejército que estaba tendido en la arqueria y no lo hizo, dejando perecer á todos aquellos valientes que se arrojaban por todos los desfiladeros del cerro?

"Toma de México." Esto es lo mas horripilante, inaudito y ridículo; gloriarse de la toma de una ciudad indefensa, cuyo sostenedor se habia retirado con 16,000 hombres ansiosos de pelear, á las once de la noche á la Villa de Guadalupe, dejando expuestos á los habitantes á las depredaciones de los vencedores; á no haber neutralizado esta emergencia la comision del ayuntamiento que salió á hacer la entrega de la ciudad, de la que tomó pacífica posesion el enemigo en la madrugada del día infausto 14 ó 16 de Setiembre de 47! De esta manera se pueden tomar las plazas y ciudades mas fortificadas; si el general que las sostiene da puerta franca á los sitiadores, alejando los ejércitos que las defienden.

En fin, debo poner punto á esta cues-

tion enojosa y decir lo que dijo Cervantes: "peor es meniallo" pues todos los hombres conocedores y, sobre todo, la historia, calificará si las acciones ganadas por los americanos en la guerra de 47, merecen el honor de la epopeya ó que las generaciones venideras se rian de esos pretendidos triunfos, contra un pueblo casi inerte por la supina ignorancia de su general en jefe ó por su traicion incalificable.

Vamos adelante, María.

Los templos de Nueva York en lo general, son protestantes y su construcción gótica, muy bella por cierto en su interior y exterior; los católicos están en minoría y algunos de arquitectura griega.

Central Park, es un paseo verdaderamente notable, por sus grandes dimensiones, por el lugar donde está situado que, siendo irregular, produce efectos ópticos de los mas seductores, por sus lagos artificiales provistos de patos, cisnes y otras aves acuáticas, por sus bosques y, mas que todo por

su hábil combinacion salvaje y artificial. Por aquí se mira una plataforma ó rotonda á la rústica formada de troncos de árbol; por ahí una choza como las que se miran en los campos, mas allá un parque de arquitectura urbana; adelante un cenador chinesco y muchos buqués distribuidos en las diversas partes, que juegan armoniosamente con los bosquesillos de que están rodeados. Míranse igualmente algunos puentes de hierro calados que franquean el paso cuando es interrumpido por los canales de los lagos; asientos rústicos ó de hierro, estatuas de bronce tres de las cuales me agradan mucho por su mérito artístico: dos representan cazadores indios que sostienen perros que les ayudan á la caza, y poseen una actitud justa, exactas proporciones y un modelado gustoso; la tercera, representa á Sakespeare en pié, con un pequeño rollo en la mano derecha; tanto las carnes como los paños son de una perfeccion irreprochable; los segundos hacen distinguir la diversa tela de que están

hechos y toda la estatua respira dignidad, vida, y como que trasluce en su actitud meditabunda, el mimen en poético de la grande inspiracion del vate inglés.

Casi en la parte céntrica de Central Park, hay un precioso edificio de una construccion fantástica que forma como un puente que comunica con el alto nivel de una parte del jardín y debajo de los arcos hay un café y restaurant; se sigue adelante y rompe una esplanada con una prolongada escalinata que conduce al lago del frente en el que hay varias barquetas que toman las familias para pasearse.

Antes ó despues de pasearse en todo este ameno parque, puede entrar el visitante al gran museo de aves y cuadrúpedos disecados, el que contiene todas las especies conocidas; pero lo que mas llama la atencion, es la selecta coleccion de fieras, aves y reptiles vivos, que se miran en un largo salon en jaulas colocadas en sus dos lados, con el nombre y procedencia del ani-

mal que encierra, escrito en una tableta fija sobre la parte inferior.

Todos los visitantes se detienen mas ó ménos tiempo frente à la fiera á otro cuadrúpedo que mas les llama la atencion. Yo, aunque en México habia conocido mucha parte de los animales que se hayaban en este museo; sin embargo, me detenia con gusto delante del rey de los cuadrúpedos que ó ya era un leon de Atlás ó del Africa que, abriendo su boca soñolienta, descubria sus enormes fauces y unos colmillos amenazantes; pero que seguia en actitud pacífica manifestando en los ojos su indiferencia y su grandeza. Pasaba yo al tigre de Bengala y contemplaba los vivos colores de su piel recordando su ferosidad; pero lo que me causaba horror eran las hienas, especie de lobos ó perros grandes de color amarillento azufrado con manchas de leopardo, alto de cuartos delanteros y baja de trace-ros; hocico agudo negrusco y ojos que despiden fuego: la ferocidad de esta fiera es proverbial, descentierra los cada-

veres para devorarlos. Con razon á un hombre de carácter rabioso y brutal se le dice "que es una hiena."

Llegaba despues á una jaula, cuyo rótulo decia "la familia unida." ¿Sabes lo que era esta familia? Pues era nada ménos que la sociedad de los enemigos mas irreconciliables: el cordero y la zorra, el perro y el gato, la gallina y el gavilan, las palomas, el buitre, un puerco, un oso, un mono y que sé yo cuántos animales que en los poblados y en los bosques se han declarado una guerra á muerte; todos estos ciudadanos viven en buena compañía, comen beben y duermen juntos, sin hacerse mal alguno; muy diferentes á ciertas reuniones ó sociedades humanas, en las que cada uno despelleja á su compañero y no le deja hueco sano ó, cuando ménos, lo priva de la existencia.

Pasé adelante, y ví un par de Girafas lindísimas, cuyas cabezas tocaban el techo que tendria la altura de siete varas; su cuerpo esbelto con los cuartos tracersos bajos como de vara y media,

los delanteros muy elevados, el pescuezo de Garza y la piel amarillenta atigrada; vamos, con su cabecita pequeña y su mirar apacible, parece de la familia del cordero.

En fin, María, te quedarias dormida si yo pretendiera hacerte la relacion de tantos y tan variados y raros animales como existen en el Museo de Central Park; terminaré esta enumeracion con hablar de dos cocodrilos y otros tantos leones marinos; unos y otros se hayan en sus estanques: los primeros los habrás visto grabados en la historia natural y en efecto tienen esa horrible figura de la lagartija, con una sierra sobre el espinazo, el hocico largo y los ojos pequeñitos. Cuando yo los ví, dormian sobre el borde del estanque teniendo encima una cria como de vara y media de largo; los padres deben tener cosa de cinco.

Los leones marinos serán de tres varas de longitud: en lugar de piés y manos, tienen una especie de aletas, la cabeza chata, ojos redondos, largos bigo-

tes y la dentadura casi tan fuerte como la del Leon terrestre. Al derredor de la barandilla del estanque de estas focas, habia mucha gente contemplando sus juegos, que consistian en perseguirse mutuamente, zabullendo con frecuencia y girando en la circunferencia del estanque, dando vueltas entre sí; cuando se fatigaban, salian á tomar descanso sobre la playa del pequeño lago y á poco volvian á emprender la tarea de perseguirse.

Dentro de un momento parte el correo y por esto suspendo la tarea de escribir; en el siguiente te consignaré en otra la relacion de algunas mas particularidades de esta ciudad.

A dios.

XL

A bordo del "Germánia" Julio 25.

MARÍA:

Tal vez tengas deseos de que te describa los edificios de Nueva York; pero te diré, que poco mas ó menos son parecidos á los de San Francisco California en su estructura; aunque los de las calles transversales son inferiores, pues en general son solamente de dos pisos

tes y la dentadura casi tan fuerte como la del Leon terrestre. Al derredor de la barandilla del estanque de estas focas, habia mucha gente contemplando sus juegos, que consistian en perseguirse mutuamente, zabullendo con frecuencia y girando en la circunferencia del estanque, dando vueltas entre sí; cuando se fatigaban, salian á tomar descanso sobre la playa del pequeño lago y á poco volvian á emprender la tarea de perseguirse.

Dentro de un momento parte el correo y por esto suspendo la tarea de escribir; en el siguiente te consignaré en otra la relacion de algunas mas particularidades de esta ciudad.

A dios.

XL

A bordo del "Germánia" Julio 25.

MARÍA:

Tal vez tengas deseos de que te describa los edificios de Nueva York; pero te diré, que poco mas ó menos son parecidos á los de San Francisco California en su estructura; aunque los de las calles transversales son inferiores, pues en general son solamente de dos pisos

y de piedra de color de café con leche obscuro, que les da una apariencia tétrica.

En la calle de Brodway hay numerosos edificios de hermosa arquitectura y muchos de piedra, fierro y ladrillo, como te dije antes, y uno de los que mas sobresalen, de la penúltima materia, es el de Stuard que comprende una manzana y es de siete pisos. Esta gran casa es un bazar universal en donde se haya cuanto se desea desde objetos de mercería, quincallería, ropa de todas clases, ropa hecha de señoras y de hombres, sombreros, zapatos, encajes, adornos de todas clases para vestidos, camiserías, platerías, relojerías, alhajas, colchones y, en fin todo lo que pueda haber repartido en el comercio de una ciudad, se encuentra reunido en ese gran almacén de Stuard.

En el despacho de esta casa se ocupan mil y tantos dependientes de ambos sexos, distribuidos convenientemente en los distintos departamentos, según es el artículo que contienen; por ejem-

plo: en la mercería, joyería, ropa vareada, etc., hay hombres, y en la parte de ropa hecha de señoras, lencería, encajes y otros artículos femeninos, mugeres, y todo el interior se mira siempre lleno de compradores en los diversos pisos que suben y bajan, entran y salen.

Stuard, además de esta casa, tiene otro almacén en la parte baja de la ciudad en donde el expendio es por mayor y me han asegurado que en ambas negociaciones tiene empleadas dos mil personas. Esta esplendidez se nota á cada paso en el comercio y todas las empresas de Nueva York, que todo es grande y los millones se cuentan en los Estados-Unidos, como nosotros contamos aquí los miles de pesos.

En Nueva York hay, como en San Francisco, un lujo extraordinario de cristales colosales para los aparadores de las tiendas, que no bajan los mas, de cinco á seis varas de altura.

En cuanto al carácter del vestido, del pueblo en general, en San Francisco

hay un lujo mas refinado y los criados y gente de la clase infima se confunden muchas veces en la gente decente. En Nueva York hay mas distincion en este particular, la gente pobre se viste con mas sencillez y aun he visto algunas mugeres y hombres descalzos por ciertos barrios de la ciudad.

Al hablar de las estatuas que decoran el paseo de Central Park, olvidé mencionar las de la plaza céntrica de Union Square: en el ángulo Sur de esta y frente al banco alemán, se mira la estatua ecuestre de Washington, sobre un pedestal de granito. Francamente no hago gran mérito en este monumento; pero el que es verdaderamente ridículo, es el de la estatua pedestre de Lincoln que está en el ángulo opuesto Sur: este presidente de los Estados- Unidos que proclamó la libertad de los esclavos está en pié envuelto en un capotito de sastré y sin sombrero, de manera que presenta un aspecto visible.

Hay igualmente otra estatua de Franklin en una plaza que está en la parte

baja de la ciudad, que tampoco tiene gran mérito.

En fin, María, no puedo entrar ya en mas particularidades respecto de Nueva York, porque como ha sido tan corto el tiempo que he permanecido en la ciudad, no lo he visto todo; así es que concluyo mi carta diciendo algunas palabras mas sobre lo que he visto y me ha pasado á bordo del vapor "Germania."

Pues bien, este buque alemán es magnífico por su bella construcción y la extensión de su quilla, el salón está decorado con primor y los camarotes son cómodos y elegantes, de manera que los pasajeros estamos alojados como príncipes.

De la asistencia ¿qué te podré decir? sino que es superior á la de la tierra en cualquiera de los hoteles de Nueva York: á las seis de la mañana se toma café con rebanadas de pan con mantequilla; á las nueve y media se toca á almorzar y se sirven de seis á ocho platos; á las doce y media el lunch que

se compone de carnes frías, bizcochos y frutas secas; á las cuatro y media es la gran comida que puede llamarse un verdadero banquete porque además de diez á doce platillos exquisitos, se sirven las mejores frutas, dos ó tres postres, dos helados diversos y café ó té, á las siete de la noche, té, bizcochos, tostadas y.....esto ya es demasiado, porque si todas estas comidas se hicieran en tierra, en donde la digestión es más difícil que en el mar, de fijo, que el día ménos pensado, lo botaban á uno para ir á visitar el estómago de algún tiburón.

Como es el verano en el que viajamos y el calor es un poco insoportable, el hielo no falta en las mesas; de manera que la vista se pasea en esos grandes platonos sobre los trozos cristalinos del agradable refresco, para saborearlos en el vino ó en un vaso de agua. Igual cosa pasa con la leche que, en lugar de la condensada que sirven en otros vapores que más bien es una orchata, en el "Germania" es fresca y acabada de ordeñar.

El tiempo sigue magnífico, de modo que el mar semeja una gran taza de leche ó un espejo; solamente de cuando en cuando, llega una brisa á rizar un tanto su tersa superficie, figurando un petatillo finísimo ó una alfombra de conchitas. Con esa calma adorable, las nubes se reproducen y las lontananzas parecen aun más distantes; de noche se perciben distintamente los planetas y las estrellas fijas; y si se detiene un poco la atención, se creé por un momento que se navega en una canastilla sobre las aéreas corrientes de la atmósfera, sin ver un átomo de tierra.

Es tan agradable la temperatura que traemos, á la altura que surca las aguas el vapor, que los pasajeros estamos á cubierta hasta bien entrada la noche, gozando del hermoso espectáculo que tenemos á la vista.

Varias señoras han dejado el salón y cesaron de tocar el piano que allí se encuentra, y con una guitarra que trae uno de los pasajeros, entonan canciones coreadas que, á veces, son acompa-

ñadas por muchos de los circunstantes.

En fin, María, parece que los buenos hados me acompañan en mi viage, y contribuyen para que yo llegue á esa Europa tan deseada para contemplar sus maravillas.

Vamos entre tanto á descansar porque es bien entrada la noche y mañana veremos si sigue el tiempo bonancible, adios, amiga mia.

lo de tiempo que hace tanto que he deseado conocer y he sido los viajeros de mi vida. Pero mientras llegamos á esta tierra deseada, lo contaba sólo de lo que he venido deseado por el camino no sé que sea de gran interés para una persona.

XLI

A bordo del «Germania» Agosto 9 de 1868.

Te escribo la presente, cuando el vapor va surcando las aguas del Canal de la Mancha, que si normalmente está alborotado, hoy, que son las nueve de la mañana, está como el pavimento de un salon y la atmósfera pura y el sol resplandeciente.

Siento fuertes latidos en el corazon porque comienzo á percibir en lontananza, las costas de Francia y sé, que dentro de algunas horas, pisaré el sue-

lo de Europa que hace tantos años he deseado conocer y ha sido los ensueños de mi vida. Pero mientras llegamos á esta tierra deseada, te contaré algo de lo que he venido mirando por el camino, aunque no sea de gran interés para una narracion.

Desde que salí de Nueva York, el tiempo ha estado bellissimo y solamente dos tardes ha habido un poco de viento, que ha sido suficiente para levantar las olas de estos mares, siempre borrascosos, al grado de imprimir fuertes oscilaciones á nuestro buque, á pesar de sus grandes dimensiones; pero no ha pasado de aquí.

Desde hace tres dias, se han tenido á la vista las costas de Inglaterra y algunas veces, nos hemos aproximado tanto, que casi nos hemos puesto á una milla de distancia.

Estas costas están formadas de cerros calcáreos y no se mira en ellos una sola yerba, alguna pequeña planta, que indique la existencia de la torre vegetal; todo es aridez y todo rechaza la idea

de que en ese suelo desolado, puedan alentar seres animados.

Sin embargo, cuando á la vista de esa tierra desnuda surgian estas reflexiones, se recordaba al mismo tiempo, que del otro lado, existia un gran pueblo que camina á la vanguardia de la civilizacion y que con su industria, ha neutralizado la aridez y pobreza de su suelo y se ha enseñoreado de la India y de la mayor parte de la Australia.

¡Poder de la industria y el trabajo!  
La América, cuyo suelo tapisado de vergeles floridos y produce en abundancia toda suerte de frutos y sus entrañas están henchidas de oro y plata, yace en la indigencia y sus pueblos, aunque rodeados por todas partes de estas riquezas, se disputan el pan, exterminándose en guerras fratricidas.

Es porque falta la industria y el trabajo; es porque esos pueblos carecen de la educacion que constituye la moralidad, el orden y la prudencia que es el gérmen de todas las virtudes.

La América del Norte tiene las mismas condiciones naturales que la Inglaterra, es decir, que su suelo es poco productivo; pero allí también el hombre es activo, emprendedor y su buena educación ha hecho surgir como por encanto una civilización que rivaliza con la de Europa y amenaza también absorberse á sus vecinos.....

Ayer tarde, como á las seis, entró nuestro vapor á la bahía de Suptanton y después de haberla atravesado, atracó ya de noche, de modo que impidió ver la ciudad y el espectáculo del puerto por sus innumerables mástiles y chimeneas anclados allí.

Nuestro vapor, que pertenece á la línea alemana, descargó dos millones de pesos que llevaba, en barras de plata y dinero acuñado en este metal y en oro y, como á las diez, los pasajeros que íbamos á Francia, nos trasbordamos á otro buque más pequeño, que es en el que vengo á bordo y dejaré en breve.

En este momento suspendo la pre-

sente paro subir á cubierta por ver si se perciben más claras las costas europeas; hasta luego.

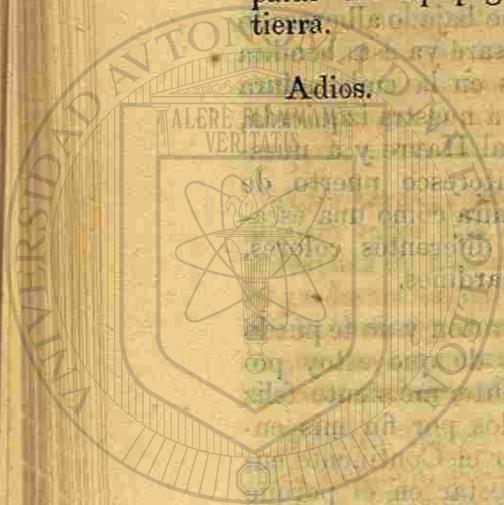
Son las once y he bajado alborozado porque en breve pisaré ya esta bendita tierra pues estamos en la embocadura del Sena, teniendo á nuestra izquierda, hacia el Nordeste, al Havre y á nuestra derecha el pintoresco puerto de Hemfleur, que se mira como una escalinata de casas de diferentes colores, entremezcladas de jardines.

Se me salta el corazón y no te puedo encarecer la alegría de que estoy poseído en este momento; me siento feliz porque veo realizados por fin mis sueños de viaje, por el Continente europeo; casi no creo estar en él porque en las historias de esta tierra y las relaciones de los viajeros, dudaba que hubiese más tierra que la que pisábamos en América y aun hoy ¡tal es el deseo! me parece imposible que pise otras regiones y que haya llegado á otro mundo....., no te rías, María, de

estas ocurrencias, que son dictadas por la loca alegría de que estoy poseído.

Me voy á mi camarote para preparar mi equipage para la salida á tierra.

Adios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLII

Hemfleur, Agosto 9 de 1868.

MARIA QUÉRIDA.

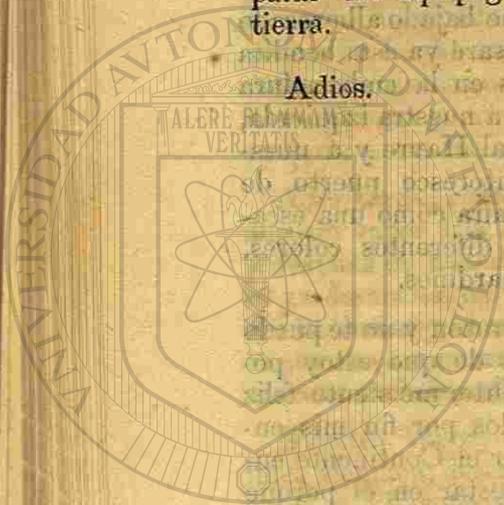
Es de noche; y mientras llega la hora de tomar el tren para Paris, que sale á las nueve, te apuntaré brevemente las impresiones de este dia, que á la verdad han sido muy agradables.

A las doce del dia en punto atracó el vapor en el muelle, al que affuyeron multitud de curiosos.

estas ocurrencias, que son dictadas por la loca alegría de que estoy poseído.

Me voy á mi camarote para preparar mi equipage para la salida á tierra.

Adios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLII

Hemfleur, Agosto 9 de 1868.

MARIA QUÉRIDA.

Es de noche; y mientras llega la hora de tomar el tren para Paris, que sale á las nueve, te apuntaré brevemente las impresiones de este dia, que á la verdad han sido muy agradables.

A las doce del dia en punto atracó el vapor en el muelle, al que affuyeron multitud de curiosos.

Al poner el pié en tierra ¡oh! me faltan palabras para expresarte la suprema felicidad, la emocion mas grata que experimenté al pisar, por fin, el suelo de Europa; casi sentia humedecer mis ojos é interiormente elevé un himno al Todopoderoso porque me habia conducido al término de mis deseos.

Comenzaron á salir los pasajeros y entre éstos, un francés y un alemán, ambos residentes en Mazatlan hacia mas de veinte años y con quienes hice amistad al entrar ellos á bordo en el puerto de Manzanillo.

Como tú sabes la manía de la mayor parte de los extranjeros en deturpar el país en donde viven y en el que tal vez hacen su fortuna, mis hombres, cuando aun veniamos en el Pacífico, suscitaron la conversacion sobre el pésimo servicio de las aduanas de México y los vejámenes de sus empleados, cuando un pasajero llegaba á una poblacion. Yo los oia con la mortificacion consiguiente y, como no conocia aun

los guardas de otros países, no salia á la defensa de los de mi patria.

Hago esta digresion para que tengas un antecedente de lo que pasó al desembarcar con el referido frances, que fué lo siguiente; al poner éste el pié en el muelle, fué detenido por los empleados de la aduana para hacer un exámen minucioso de su equipage hasta hacer plaza con todos sus efectos. El protestaba y renegaba; pero no habia remedio, los empleados franceses seguian impertérritos sus pesquisas inquisitoriales, apoderándose por último, de unas pistolas, de algunas alhajas y otras piezas de ropa nueva que se llevaron irremisiblemente. Mi frances estaba furioso y rojo de vergüenza porque yo presenciaba la operacion y, sin duda, recordaba la crítica que habia hecho de los guardas de México.

Yo me alegraba de ver la turbacion del francés, porque veia que sus paisanos lo trataban peor que los míos y ésta era mi venganza.

Terminado el registro de los equipage

ges, nos dirigimos al hotel; almorzamos y nos dispusimos á salir á recorrer la ciudad.

Como era Domingo, se veían paseando por las calles, multitud de campesinos de ambos sexos, y sin admiracion no tenia limites al ver sus trages raros y el peinado de las mugeres, así como sus tipos.

La situacion de la ciudad es de lo mas pintoresca que darse pueda porque toda ella presenta un anfiteatro de edificios y jardines que haciendo un círculo concéntrico en ascenso, rematan sus calles en una plataforma un poco elevada y extensa; á medida que el paseante va ascendiendo, se le presenta á sus piés el panorama de la poblacion, adelante el Sena, al horizonte, el Havre y al Norte el Océano. Este panorama va aumentando su interés y sus dimensiones, al paso que se toma mayor altura hasta llegar al plano superior, en el que hay una iglesia ó Santuario de una virgen muy venerada.

Tambien allí, como en México, se

mira á la puerta, á una señora sentada, con su mesa delante, vendiendo rosarios, escapularios y estampas, así como en el interior hay multitud de retablos y otros objetos que testifican los milagros que ha hecho la divina imágen.

Frente de la fachada de este templo, hay una extensa plaza y, á su derredor, se miran aquí y allí, casitas de campo y barracas cubiertas de enredadera, con su mesa y bancos rústicos en las que se toman refrescos.

Entramos á una de éstas y despues de tomar asiento, salió corriendo de la casita de enfrente una jovencita á preguntarnos que era lo que deseábamos tomar. Mis compañeros que estaban mas al tanto de las costumbres del país, pidieron un jarro de Cidra: en efecto, llegó á poco la muchacha, trayendo una buena porcion de este vino sabroso de manzana y vasos suficientes.

Francamente, á mí me agradó mucho esta bebida, tanto, que algunas tardes acostumbraba tomarla en Paris, porque es muy fresca y agradable.

Inútil es manifestar, querida María, las sentidas emociones de gozo que experimenté al encontrarme en este París encantado, cuyas maravillas se iban á poner de manifiesto en los días que permaneciese en su recinto; mas, para proceder con órden, debo hablar algo sobre mi viage.

En Europa hay la circunstancia de que rara vez el tren en que se sale para algun punto, llegue directamente á él; casi siempre se va cambiando en cada estacion y esto no deja de ser molesto para los viajeros que por primera vez se lanzan á hacer un viage sin saber en qué estacion deben hacer el cambio, ni cuál es el tren que les corresponde, de los muchos que están allí instalados y que se dirigen para varias ciudades.

Personas hay que ignorando esta circunstancia, siguen en el primer tren, ó toman otro diverso del que les corresponde y, contra su voluntad, van á resultar á otra poblacion, sufriendo con esto un grave trastorno en su tiempo y

en su equipage y teniendo que erogar nuevos gastos para regresar al punto de su destino.

Mis dos compañeros me sirvieron muchísimo sobre este particular, pues ellos, como prácticos, me indicaban lo que debia hacer, tanto mas que llevaban el mismo camino.

A las cinco de la mañana del 10 de Agosto, se divisaron las primeras casas de los suburbios de Paris y, no sé como expresar el interno gozo que experimentaba al encontrarme en la ciudad, que de años atras habia deseado conocer; asomaba la cabeza repetidas veces por las ventanas del wagon y mas crecia mi emocion al descubrir nuevos y mas grandiosos edificios, hasta que finalmente, se oyó el ruido que hacian las planchas de hierro de la estacion, al entrar la locomotora y, desde luego, nos preparamos á bajar y tomar nuestro carruage para entrar á la ciudad.

Serian las seis de la mañana cuando llegamos al hotel de la Terrasse, situa-

do junto al pasage Joufroy en el Boulevard Mormatre.

Devorado por el deseo de conocer la gran ciudad, tan pronto como tomé un ligero desayuno, salí á recorrerla en todas direcciones y todo me volvía ojos para ver y admirar sus monumentos, calles espaciosas, sus alegres Boulevarts, sus magníficos jardines y el gran movimiento de su población.

Paris, como tú sabes, es el empório del mundo, es la ciudad modelo; las muchas descripciones que se han hecho de ella y de las que algunas conoces, me relevan de la árdua tarea de hacer-te una descripción en toda forma, que francamente no sería capaz de realizar por mi incapacidad; básteme contarte de una manera heterogénea lo que mas me agradó y me causó mas hondas impresiones, pues entrando en algunos detalles al parecer insignificantes, adquirirás conocimiento de cosas que los autores de viages han dejado en el tintero por creerlas triviales y que no debían entrar en parangon con las maravillas

de una metrópoli, sin embargo de que esas tienen su interés y forman el todo de las costumbres y modo de ser de un pueblo; por esto, pues, no creo que sea malo darlas á conocer para que en dado caso, que tú ó algunos de mis amigos intenten hacer un viage, sepan á qué atenerse y la noticia de pequeños pormenores, sea como un cicerone ó un guía que les enseñe y ponga de manifiesto como deben proceder.

En los dos días que llevo aquí, no he descansado un instante: me levanto á las cinco de la mañana y me acuesto á las doce de la noche; todo el tiempo lo empleo en recorrer calles y plazas, ya andando á pié ó ya en carruage, tomando un coche ó uno de los veinte mil ómnibus que corren de extremo á extremo de la ciudad, cuyo pasage cuesta seis céntimos dentro y tres sobre el techo; yo eligia esta localidad para ir mirando libremente todos los objetos y, cuando al paso encontraba algún monumento notable, un templo ó un jardín, echaba pié á tierra y me detenía á

contemplar á mi sabor todas esas maravillas; seguía entonces mi paseo pedestre y cuando lo apetecía, tomaba asiento en alguna de las muchas bancas de hierro de que están ornados los Boulevarts y ahí, á la sombra de un chopo ú otro árbol, contemplaba la gente que iba y venia por las anchas aceras, deleitándome en esa gracia y donaire exclusivos de las francesas que llevan el traje y calzado con marcada coquetería.

Seguía mi camino, parando la atención en todo y causándome como era natural, novedad y admiración, el modo artístico y agradable que los franceses tienen para arreglar y producir efecto en sus edificios, monumentos y jardines; almuerzo y como en donde me coge la hora, porque de hacerlo en mi hotel, perdería un tiempo precioso en ir y venir y mas cuando me encuentro á gran distancia.

Esta costumbre he seguido en todas las ciudades que he visitado porque de esta manera no hay la servidumbre de

tener que llegar precisamente al hotel á la hora que se come en mesa redonda, so pena de llegar tarde ó tener que emprender un camino largo, dejando pendiente un negocio ó un paseo. De este modo, he tenido mas libertad, he visto mas y no he perdido el tiempo.

Una de mis primeras ocupaciones, ha sido la agradable de visitar el Museo del Louvre, pues es lo mas interesante para mí en orden á enriquecer mi mente con los caudales de las obras maestras que allí se miran; pero como solamente llevo dos dias de estar en Paris, como he dicho, y hay tantos objetos que llaman la atención, el Museo del Louvre, ha sido recorrido por mí de una manera rápida y en globo, sin detenerme lo suficiente para hacer un examen analítico de las referidas obras; pero como debo permanecer algunos dias en esta ciudad, visitaré diariamente el Museo, así como el Lussembourgo y Versailles, para conseguir el objeto que me propongo y darte así mismo, detalles minuciosos de todo lo que vea. <sup>®</sup>

Te diré por último, antes de cerrar esta carta, que esta noche á las ocho, me entré á un café cantante de los varios que hay en los Campos Elíseos para gozar un momento de la representación de una zarzuela que se daba.

Estos cafés son muy pintorescos, porque generalmente están rodeados de un ameno jardín iluminado profusamente de gaz, formando florones y arabescos. Aquí y ahí se miran multitud de mesas y sillas para los concurrentes, que por un helado, con café ú otro licor que cuesta un franco, tienen derecho á ver el espectáculo, si gusta, hasta media noche.

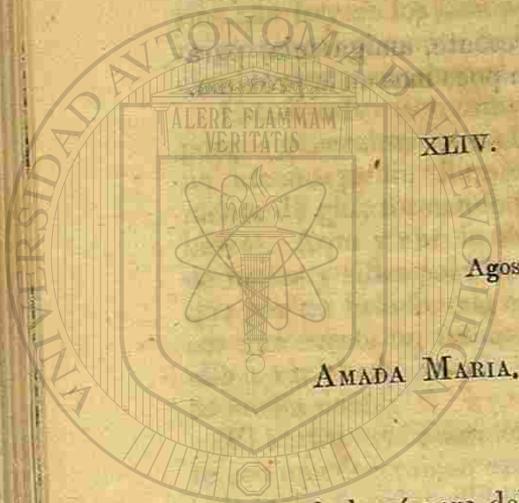
El teatro está adornado vistosamente con una decoración campestre y además, seis ú ocho sílfides que, medio vestidas de fantasía, yacen sentadas ó medio reclinadas en los peñascos y troncos de los árboles, dando el conjunto un aspecto simpático.

Las funciones favoritas en estos pequeños teatros, son en general: Vaudevilles, bailes mezclados de cantos na-

cionales y pantomimas, siempre con esa sal francesa y sus ribetes colorados, que es mas bien, lo que atrae á los parroquianos.

Cierro la presente, amiga mia, para extenderme un poco mas en la próxima.

Adios.



Agosto 17 de 1868.

AMADA MARIA.

Desde la víspera del santo de Napoleón III, hubo un movimiento en la ciudad y se arreglaban á gran prisa, los aparatos de la iluminacion que corre en dos filas de bombas apagadas, desde las Tullerías hasta el Arco de Triunfo, pasando por el centro de los Campos Elíseos.

Amaneció el día 15 y todas las tropas que debian marchar en el aniversario, salian de sus cuarteles; la gente se veia venir de todas las avenidas para dirigirse al Jardin de las Tullerías y los Campos Elíseos y el bullicio y el movimiento de carruages iban en aumento.

A las diez de la mañana, por la plaza de la Concordia, se veia un grupo de ginetes que salia de las Tullerías; era Napoleon que con su Estado Mayor, se dirigia al palacio de la Industria, en el que era esperado por Eugenia y el príncipe.

Crecia la muchedumbre y, á las doce en punto, se oian los tambores, cornetas y las músicas, que del Arco de Triunfo desfilaban las tropas por la avenida céntrica de los Campos Elíseos, frente á las ventanas del Palacio de la Industria, en el que se miraba ya á los soberanos.

Marcharon 70,000 hombres de las tres armas y toda la tarde restante, siguió un gran movimiento en los pa-

seantes, que presentaban, con los diversos colores de sus vestidos, un bonito contraste con el verde de los árboles del Jardín de las Tullerías y los de los Campos Elíseos.

Enfrente á la gran fachada de ese edificio, está situado dicho Jardín, en el que despiden su aroma las mas exquisitas flores, que yacen en jarrones de hierro y alabastro, así como lindos buques esparcidos en la tierra: aquí y allí, alardean estatuas de bronce y algunas fuentes, y despues sigue al Oriente un bosque de altísimos árboles que sombream el prado, en el que hay diseminados asientos de hierro y pirámides de sillas que alquilan los paseantes por dos ó cuatro céntimos. Este bosque termina en un medio punto, que forma un círculo con el terrado ó extensa plataforma con su balaustrada y sus asientos, así como escalinatas de trecho en trecho, y en toda esta circunferencia por la parte de dentro, una zona de flores. En el punto céntrico de esta gran plaza circular, está colocada una

fuelle de grandes dimensiones, en donde nadan cuatro cisnes y se eleva el agua en un chorro tan alto y formando un penacho en su cima, que sobrepasa los elevados árboles del bosque, formando un precioso contraste de cristal con el verde del follage. La salida de este lugar está practicada con una puerta, sobre cuyos extremos superiores, en los lados, están colocadas dos estatuas griegas que sostienen del freno fogosos caballos alzados de manos.

Si el espectador está colocado en lo alto de la plataforma, mirando al Este, verá á su frente la gran plaza de la Concordia, con su colosal obelisco egipcio de Luxor de granito color de rosa, cubierto de inscripciones y signos egipcios; á sus lados Sur y Norte, dos ricas y monumentales fuentes de bronce con multitud de figuras mitológicas que sostienen los tazones y en toda la circunferencia, faunos, que con cuernos marinos en la boca, arrojan agua. En toda la línea exterior de la plaza, están colocadas sobre magníficos pedestales,

colosales estatuas de mujeres de carácter clásico, que representan los departamentos de Francia, como Marsella, Burdeos, la Lorena etc. Siguen adelante; siempre al Este, los Campos Eliseos con su ancha avenida céntrica, que comienza desde la puerta principal de las Tullerías, pasa por el Arco de la Estrella y se enlaza al camino que dirige al Bosque de Boloña.

Si el espectador se sitúa después en el centro de la plaza de la Concordia, verá a su derecha Sur, la magnífica fachada de la Magdalena y a la izquierda la del Cuerpo legislativo, el Sena, y más allá, la dorada cúpula de los Invalidos que con los rayos del sol tiene un efecto fantástico, como de otro astro resplandeciente en el firmamento.

En la noche del día 15 hubo unos fuegos artificiales muy vistosos y especialmente esa ráfaga de luces de colores, que al fin se desprendió del Arco de Triunfo; sin embargo de la belleza de estos fuegos, la pirotécnica de Francia, no creo que esté a la altura de la

de México, en donde las combinaciones y juegos de luces de colores son de más arteificio, así como de tiempos más numerosos y variados.

Ayer me he paseado bastante, llevando conmigo un intérprete del mismo hotel de la Terraze que es muy inteligente; por supuesto que no hay que mencionar, que esta clase de individuos gozan con uno de los mismos espectáculos y saborean las mismas comidas, pidiendo ellos, casi siempre, como que son los que hablan, los mejores platos, los vinos más exquisitos, fiados en que hay editor responsable y el que desembolsa cuanto se tiene que gastar en carruages, teatro, fonda y otras diversiones y paseos: estos cumplen perfectamente el axioma de "meter el buen día en casa."

Me reía interiormente cuando mi cicerone, con mucho garbo pedía en la mesa:

—¡Garzone! apportez moi un bouteille Chateau Margo. ®

Después:

—Un poulet avec petite poi; un roastbeef, paté aux la :Bordellese.

En los postres

—Aportez moi in Lacrima Crist é caffè avec Jamaica.

Y así otras cosas que se conocia tornaba solamente cuando acompañaba viajeros que llevaban los bolsillos repletos, especialmente si eran americanos porque creen generalmente en Europa, que éstos son todos millonarios.

Después del almuerzo de ayer, mi intérprete y yo nos encaminamos á los Campos Elíseos y entramos á la rotonda, edificio circular y extenso que remata en una bóveda cóncava: en el centro hay una especie de esplanada ó plataforma á la que se sube por una escalera de caracol; cuando el espectador ha llegado, de repente se le presenta á la vista el espectáculo mas sorprendente. Como por encanto se haya en los campos de Magenta presenciando una batalla entre las tropas francesas y las austriacas; fuertes latidos del corazón conmueven al individuo porque espera

oir de un momento á otro la detonación de la artillería, el galope de un grupo de caballería que se acerca al primer plano del campo, en el que se mira á Napoleon III en un caballo alazan, dando las órdenes para comenzar la batalla, aunque ya en la otra extremidad se mira el humo de las columnas de ataque y las espesas de los cañones.

Por otra parte viene un peloton de soldados con los fusiles preparados en actitud de acercarse al enemigo y el jefe que con la espada en la mano anima á sus subordinados y se adelanta para dar el ejemplo; hácia la derecha unos artilleros agujonean á los caballos que vienen tirando una pieza de grueso calibre y se dirigen al centro de la acción; el polvo oculta parte del grupo, los hombres están cubiertos de sudor y los frenos de los corceles, blancos de espuma..... Por momentos, las humaredas que se miran en lontananza, se extienden ya hasta los primeros términos del campo y no dilata la acción en hacerse general. ®

Yo estaba asombrado de todo esto, cuando acerté á volver la cabeza para ver á mi cicerone, que se sonreía al notar mi sorpresa y me preguntó:

—¿Qué es lo que le pasa á vd?

Hombre..... nada; sino que.....

Diablo! ¿Pues no me pareció que de veras estaba yo en el campo de batalla y que iba á comenzar la accion?

—Qué verdad, no? añadió mi compañero.

—¡Extraordinaria! contesté, sin deschar aun mi admiracion, y vea vd. que soy artista y no me sorprende tan fácilmente ante el efecto remarcable de un gran cuadro, y la escena que tenemos delante, me ha sorprendido. Ya se vé, los efectos de la óptica, la disposicion de la rotonda, la luz colocada de cierto modo y..... ello es que se palpa, se mira la naturaleza.

Despues de admirar por un largo espacio de tiempo aquella batalla tan bien ejecutada, nos bajaros, tomando el camino del Luxembourg.

El palacio de este nombre, es la an-

tigua residencia de María de Médicis, por consiguiente, es suntuoso y sus salones y cámaras muy espaciosas, con un elegante jardin surtido de fuentes, estanques, donde se miran peces de colores, estátuas y asientos.

Esté jardin, circunda por tres lados el edificio, por sus costados y su espalda y puede tener mas de un cuarto de legua de circunferencia.

En una de las alas del edificio, están las galerías de pintura, que guardan las mas remarcables obras de los artistas contemporáneos, así como el Louvre las de los antiguos, nacionales y extranjeros. En todos los salones fui reconociendo los originales de muchos grabados y fotografías que habia admirado en México. Vi, por ejemplo, los «Hijos de Eduardo» de Paul de la Roche, «La Rebeca» de Horacio Vernet y otros grandes cuadros de éstos y otros autores, á quienes habia profesado cierto culto y veneracion, cuando solo conocia sus copias en el grabado; mas cuando vi los originales, cuando analicé sus

cualidades artísticas, confieso ingenuamente que rebajó en mucha parte la estima en que los tenía.

Como estoy persuadido que la naturaleza es perceptible, no solamente por la forma, sino por el color, y que faltando una de estas dos circunstancias, sería incompleta, á los cuadros de los autores de que vengo hablando, les noté la falta de la segunda, y mas bien me parecieron pinturas lavadas ó que las habian metido en un estanque y habian dejado el color en él.

Es inútil manifestarte, María, que quedé triste, desencantado, por la cruel decepcion de que habia sido víctima, al presenciar los cuadros de los autores que habian sido siempre mi adoracion.

Casi sentia haber recibido este desengaño y hubiera deseado haber conservado mis ilusiones à trueque de privarme de conocer á esos autores en sus obras.

No se crea que dejo de pagar mi tributo de admiracion á los distinguidos artistas franceses, cuyas producciones

cuelgan en los muros del Louxembourg y Versailles; confieso al contrario, que me encanta su audacia para desarrollar pensamientos atrevidos y grandiosos, su gran correccion en el dibujo, las expresiones de sus figuras y, sobre todo, su *schic* y gran conocimiento que tienen de la Estética.

Los partidarios de la línea triunfalmente exclamarán, que estas brillantes cualidades que reconozco en los artistas franceses, son su mayor elogio y no se les debe pedir mas, supuesto que el grabado, la fotografia y la escultura que no tienen color, imitan perfectamente la naturaleza. A esto contestaría yo: que esos tres ramos están circunscritos á sus límites; pero que, en tratándose de la pintura que es mas libre y mas extensa, si carece del color que los objetos visibles rechazan á nuestra retina, no es completa porque falta una de las cualidades esenciales de la naturaleza y lo es aun mas por el color; pues por solo la forma, lo sería única-  
®

mente como los otros ramos que he mencionado.

Sin querer me he engolfado, hablándote de la parte filosófica del arte; pero como tú lo cultivas también, te aprovechará que en el curso de mi viaje, hable una que otra vez de él, supuesto que se me presentarán mil ocasiones en que admirar las obras maestras que cuelgan en los muros de los museos.

En la siguiente, hablaré algo más del Louxembourg y de la Escuela de Artes.

Consérvate bien.

Adios.

XLV.

Paris, Agosto 18 de 1868.

QUERIDA MARIA.

En mi anterior hablábamos sobre la carencia de color en las obras de los pintores franceses: ellos mismos admiran á Laeroix, cuyos cuadros se ven igualmente en el Museo del Louxembourg, siendo el más notable, el que representa al Dante y Virgilio, pasan-

do el Aqueronte. «Este pintor, dicen, es el mas colorista.»

Como la naturaleza ha negado á los franceses la facultad de sentir el color, no nos extrañará, que crean á pié juntillas, que Lacroix sea un excelente colorista, si lo comparan á los otros que desconocen esta cualidad. Francamente, lo que yo ví en las obras de ese autor, fué alguna tendencia en imitar á Rubens, pero en general, era afecto á los colorines que imprimian á sus figuras el aspecto de las muñecas de porcelana.

En los pintores antiguos franceses que se miran en el Louvre, hay la misma falta de color y su entonacion es negrusca. Solamente puede ser favorable esta nulidad, en el «Cain y Abel» de Prudent y en su «Crucifijo con la Magdalena,» así como en el «Naufragio de Medusa de Gericault,» porque la escena demanda una entonacion sombría, terrible.

Vése igualmente al Poussino, el Rafael francas: bellisimas composiciones,

bien pensadas, y de un dibujo irreprochable, pero de color, cero. Véase tambien á David, celebrado por su forma; no manifiesta otra cosa en sus cuadros, que estatuas coloridas, pero de un colorido como el que se dá á los santos de madera. Ni los antiguos pintores franceses ni los modernos, han sentido el color.

De entre éstos últimos, debemos deplorar la falta de esa precisa cualidad, en un cuadro, cuya composicion es sorprendente y simpática, por su asunto: hablamos del «Hemiciclo» de Paul de la Roche, existente en la Escuela de Artes ejecutado al fresco.... No es una fatalidad, que esos admirables grupos de artistas de todas las épocas y de todos los países, tan bien movidos y dibujados, estén como ejecutados con humo de ocote?

En los pintores de la época actual hay algunos pintores que se han emancipado algun tanto del fereo-yugo de esa tendencia y, entre éstos, podemos mencionar á Gerome, Messonier y al-

gun otro, quizá porque han estudiado á Velazquez y á otros pintores españoles.

Hoy estuve en Versalles y entrando á los salones del Museo de pinturas, admiré á Vernet, Iron y á otros pintores franceses en sus grandes cuadros que representan las batallas de Napoleon el grande y Napoleon III. Los caballos de Horacio Vernet, tienen toda la verdad del natural, sus movimientos, lijereza de forma y verdadero carácter; los grupos de sus figuras y las grandes masas de sus ejércitos, son bellamente ejecutadas; Iron, ademas de desempeñar bien las espresadas cualidades, hay en las cabezas de sus soldados la espresion propia de la pasion que los domina en el momento del combate; pero tanto en estos dos artistas como en los otros que enriquecen el Museo, falta algo que satisfaga plenamente al espectador y es, el verdadero colorido.

Repito lo que digo arriba, que he sufrido una desilusion completa al notar

la falta de esa preciosa cualidad en los artistas de Francia.

Despues de haber visto las obras de los artistas contemporáneos en Louxemburgo, Versalles, volví esta tarde al Louvre, y no puedo expresar la impresion de bienestar que experimenté á la vista del arte antiguo; allí, en presencia de los cuadros de los pintores de otros países, hallé lo que me hacia falta y por lo que sentia un vacío desconclador. Me sentia regenerado y satisfecho; me habia parecido que la naturaleza era imposible de reproducirse con esa vibracion de color y esa sangre que circula á través de la epidérmis, pues los grandes pintores contemporáneos que acababa de ver, me lo manifestaban en sus obras; pero al contemplar en el Louvre á Ticiano, Verones, Murillo, Tinterretto y á los pintores españoles y flamencos, ví con delicia, que la naturaleza era dócil para dejarse trasladar á un cuadro con todas sus galas de forma y de color.

Para que no te canses con el te na

de esta carta, en la que me he contraído á hablar únicamente de pintura, dejaré pendiente esto para otra vez y, para terminar, te añadiré dos palabras sobre el palacio de Versalles.

Este es espléndido en sus dimensiones y su forma; es una obra digna del siglo de oro de la Francia y corresponde perfectamente á la grandeza del soberano que lo habitó.

Grandes salones, magníficos retretes, especialmente el que habitaba María de Médicis, en el que se miran aún los muebles de que hacia uso y los santos que lo decoraban; la gran sala de los Espejos, la del trono y otra multitud de salones decorados con igual magnificencia.

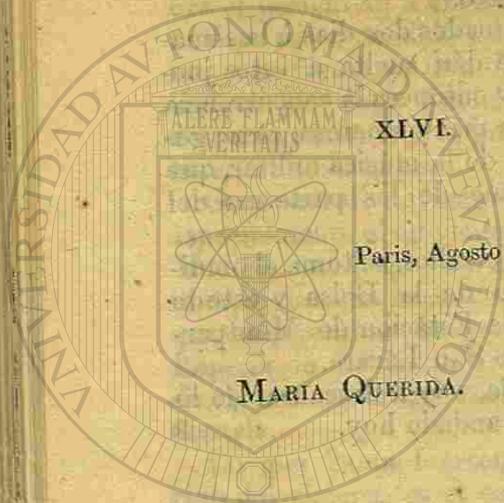
Lo que llama fuertemente la atención del viajero, es el espacioso jardín que hay á la espalda del palacio, por lo bien dispuesto, surtido de estatuas de bronce y mármol, bustos de grandes hombres y puentes, y lagos artificiales, en cuyo centro se elevan grupos de faunos y sátiros, sirenas, caballos mari-

nos y plantas acuáticas; todo esto produciendo combinaciones hidráulicas de muy bello efecto.

Están destinados dos días á la semana, en los que dán suelta á estos juegos de agua, y entonces la concurrencia á Versalles es más numerosa para gozar de ellos y de la música militar, que se sitúa en uno de los parterres del jardín.

Para ir á Versalles, se toma el ómnibus en la plaza de la Bolsa y este lo lleva a uno á la Estacion de Montparnasso ó á la de San Lázaro.

Adios, María, voy á descansar de lo mucho que he andado hoy.



XLVI.

Paris, Agosto 25 de 1869.

MARIA QUERIDA.

Todos estos días, como debes suponer, he recorrido la ciudad por diversos puntos, y en todos he encontrado objetos bellísimos que encantan la vista del viajero: he visto hermosos templos, magníficos edificios públicos y particulares. Entre los primeros descuello en

primer término, la Bassilica de Nuestra Señora, de arquitectura gótica; su frente es magnífico, con sus tres puertas cóncavas adornadas de numerosos bajos relieves de santos y las dos elegantes torres. El interior es también suntuoso, de varias naves, cuyo aspecto inspira recogimiento por el carácter de la arquitectura y la luz misteriosa que la ilumina.

San Sulpicio es otra buena fábrica antigua, de arquitectura griega.

Entre los templos modernos, el más hermoso es sin duda, el de la Trinidad, cuya linda fachada con sus torres, mira transversalmente hacia el Boulevard de los Italianos. Si uno se para frente al edificio desde el referido Boulevard, el punto de vista que presenta es seductor por el jardín que tiene al pie y la gran fuente que alardea, mostrando sus cristales.

Los franceses comprenden perfectamente la óptica y dan por esto un gran efecto á sus edificios y monumentos. La columna Vendome, por ejemplo,

que se mira á mucha distancia desde muchas calles; la hermosa fachada de la Estacion de Strasbourg con que remata el Boulevard de Sebastopol, la Columna de Julio, la fachada de la Magdalena, el Arco de la Estrella y otros monumentos por el estilo.

Además de estar bellamente situado Paris, lo hacen más hermoso su conjunto y sus detalles, porque en todo se deja ver el arte y el buen gusto; es por esto que se le ha dado el nombre de la «Ciudad modelo.»

Sus cementerios son tambien magníficos, especialmente el del Padre Lachaise y el del Boulevard del Infierno, que es más moderno.

En el primero ví yo el monumento más antiguo que habia conocido; pues sabido es que en América todo es nuevo, excepto las magnificas ruinas del Palenque en Yucatan, que tampoco he visto. Ese monumento es el sepulcro de Eloisa y Abelardo de arquitectura gótica y que cuenta setecientos años de existencia, en el que, ya que no pudie-

ron estar reunidos en vida esos desventurados amantes, lo están sobre el sepulcro en dos estatuas de piedra.

Una cosa me llamó la atención, y fué, ver sobre el dicho, multitud de coronas y bouquets; porque me imaginaba que no existiria ya un solo pariente de estos jóvenes; pero mi cicerone me sacó de la duda diciéndome: «que los amantes de Paris iban allí constantemente á poner esas flores, como un recuerdo de ese amor que tocó hasta la epopeya.»

Esa circunstancia me enterneció sobre manera hasta humedecer mis ojos, porque hice reminiscencia de dos infelices víctimas del mitisismo y la intolerancia de la época en que vivieron, debiendo haber sido muy felices, y ahora, el afecto de las generaciones actuales, los indemnizaba de aquellas injusticias, reviviendo su memoria.

Del reinado de Napoleon III á esta parte, data el ensanche y embellecimiento de la ciudad de Paris; las nuevas calles y los Boulevards, son mag-

caballos de bronce cuyas bridas lleva la estatua de la Francia; más adelante hay una balaustrada de fierro y a! fin, el departamento de las Tullerías, cuya fachada principal, queda á la otra parte; mirando todo ese bello conjunto al jardín, el bosque, plaza de la Concordia, Campos Elíseos, hasta el Arco de Triunfo.

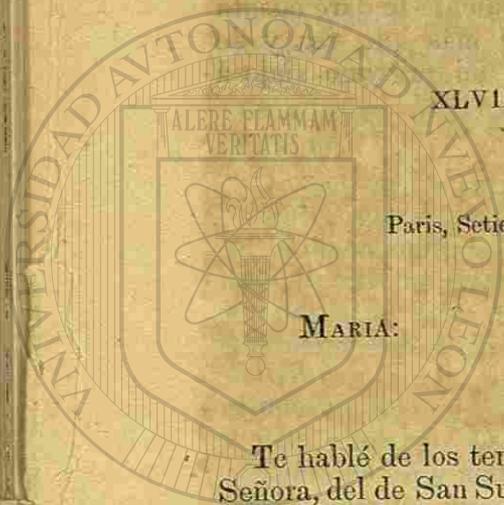
Los otros dos patios son menos interesantes que el que hemos descrito, pero tambien suntuosos y el último que está al extremo Oeste, tiene una zona de flores al lado de sus nuevos; la puerta que sale al aire libre conduce definitivamente á la espalda del edificio, compuesta de una soberbia columnata y á su frente otro bello jardín.

Como yo vivo en lo más central de Paris, todos los dias tengo ocasion en mis escursiones, de pasar por entre este magnífico palacio, pues lo atraviesa de parte á parte por su centro, corriendo de Sur á Norte, una vía ó pasage de la calle de Rívoli al muelle ó borde del Sena.

Diariamente hago mi visita al Museo y en seguida continúo mi paseo por los Boulevards, siempre procurando explorar nuevos objetos.

En la carta siguiente te daré cuenta de algunas cosas más que vea y de otros detalles de mi próximo viaje á Roma.

Adios.



XLVII.

Paris, Setiembre 2 de 1868.

Te hablé de los templos de Nuestra Señora, del de San Sulpicio y de la Trinidad, pero se me pasó por alto decir algo del de la Magdalena. Este es bellísimo por dentro y fuera; rodeado en sus muros exteriores de una soberbia columnata, asentada sobre un plinto, como de dos metros de altura: la entra-

da principal está practicada por una cómoda escalinata y la parte superior de la fachada está coronada de un triángulo, en el que se mira un alto relieve que representa á la Magdalena á los pies de Jesus, rodeado de sus apóstoles; todo el edificio es una copia exacta del Partenon y, como está tan bien situado, su aspecto es magestuoso por todas las partes que se le mira. A su frente, que vé al Norte abre suntuosa la ancha calle Real que desemboca á la plaza de la Concordia, de modo, que situado el espectador al pié de la escalinata del templo, goza de una perspectiva seductora que remata en el palacio Legislativo, abrazando ese conjunto de arquitectura y escultura que enriquece toda esta localidad. El mismo efecto arrebatador causa mirando por el Norte el edificio de la Magdalena que está precedido de la gran plaza referida, del obelisco de Luxor, las fuentes de bronce, las estatuas de los Departamentos, á la derecha el bosque de las Tullerías y á la izquierda los Campos Eliseos.

En el costado izquierdo del templo referido, está situado el mercado principal de flores, de las que hay, como es sabido, un gran consumo en París; todas las mañanas se mira ese lugar muy concurrido porque las principales familias procuran renovar diariamente las flores de sus habitaciones, que son sus inseparables compañeras, y esta exigencia la demanda el refinado gusto de un pueblo que está rodeado de tantas bellezas y el arte entra como una de las primeras necesidades de la vida.

El Palacio del Hotel de Ville ó casas consistoriales, es otro de los edificios públicos notables de la ciudad que, según estoy informado, lo comenzó á construir Henrique IV y sus sucesores continuaron embelleciéndolo con la multitud de estatuas que ornan los lados de todas las ventanas de la fachada, colocando en el centro sobre la puerta principal, la ecuestre en bronce de bajo relieve de aquel gran Rey. El edificio comprende una manzana, adornados sus costados y espalda de una zona de flo-

res, y el frente de una hermosa plaza bien embaldosada.

En el ángulo Sudeste del Hotel de Ville, están situadas las antiguas calles de la Cité, célebres por las escenas que pinta Eugenio Sué con tan vivos colores: yo me dirigí á esos lugares en donde Rodolfo aplicó aquellos sendos puñetazos al Churiador y al Maestro de Escuela y en los que la legendaria Lechuza atormentaba á la infeliz Guilla-baora; pero en lugar de aquellos callejones sucios y aquellos chiribitiles que albergaban tantos bandidos, y las clases mas degradadas de la sociedad, hallé palacios espléndidos, calles suntuosas y un aspecto risueño y enteramente diverso del que describe aquel insigne escritor.

Estoy muy seguro, que el que vió á París antes del año de 1852 no lo conoce hoy, que ha sufrido una completa trasformación y, á través de callejuelas tortuosas y montones informes de casas anticuadas y de triste apariencia, pasan magestuosos Boulevards de colosales

fábricas arquitectónicas y una vida moderna resplandeciente de civilización.

Todavía se mira por algunas partes la lucha de la Reforma con el antiguo régimen: miranse aún los agujeros negruscos de antiguas habitaciones repletas de tubos de chimeneas que están en víspera de hacer lugar á lindas habitaciones y nuevas calles que llevan la alegría y la animación.

Al ver estas obras que se llevan á cabo en Paris cuyas indemnizaciones á los dueños de las casas derribadas deben costar millones al Erario, se comprende el nervio de este pueblo y que en todo es grande, activo, emprendedor y rico.

Con razon llaman á Paris la ciudad modelo; pues ademas de su magnífica situación que le comunica luz y alegría, sus edificios monumentales, sus espléndidos palacios, sus Museos conservadores del arte antiguo y moderno, sus academias, gimnacias, fábricas y cuanto constituye la vida actual de las naciones civilizadas; la música, el teatro, el baile,

la moda, los jardines se adunan á todo ese aparato de grandeza y hace de los habitantes de esa moderna Babilonia, un pueblo que vive entre las flores, repleto de armonía y cuyo carácter está preparado por el sentimiento artístico á la exaltación por todo lo grande, por todo lo sublime. El arte exalta el amor patrio, infunde el valor heróico y predispone á todas las acciones generosas; por eso los franceses que tienen tanta imaginación, han sido notables en la guerra y en todo lo que emprenden hacen llamar sobre sí la atención de las demas naciones.

Al embellecer Paris y las demas capitales de los Departamentos, han desahogado los franceses esta tendencia que sienten por el arte y tal vez sin pensar, han establecido en su país con esa tendencia, una corriente de oro cuyas vertientes son los viajeros de todo el globo que corren á admirar la ciudad modelo y cada uno deposita en ella su contingente en premio de su admiración.

Los enemigos del lujo, de los placeres, de las bellezas plásticas, de la música y de las flores, dirán: que un pueblo rodeado de todos estos encantos es un pueblo afeminado é incapaz de poseer el sentimiento viril tan necesario en el hombre y especialmente en una nación para hacerse respetar; pero el ejemplo que nos presentan los franceses dan un mentís á aquella presunción porque como soldados, como novadores y como iniciadores de las ideas grandes, los venos remarcables y que tratan siempre de ir á la vanguardia de lo sublime.

El embellecimiento de las ciudades trae muchas ventajas: además de la de encantar la vista, tiene la de perfeccionar este órgano que en adelante rechazará todo lo imperfecto que lástima el ojo bien educado: en lo moral, una organización cuyas percepciones han sido familiarizadas en la belleza, no podrá soportar las malas acciones que tienen el aspecto de la fealdad y en lo físico, siempre buscará el orden, la

moralidad y la armonía, bases indispensables de la verdadera civilización.

Si México, que hasta ahora ha sido un poco refractario del arte, tuviera más tendencias por él, estoy seguro que el pueblo se morigeraría más fácilmente y los gobernantes y gobernados entrarían á un orden de cosas más puesto en razón y en el que brillaría la templaza, el verdadero progreso y la tranquilidad.

Pero, ¡vamos! que me voy extendiendo en estas digresiones, que no pueden menos de surgir á la vista de las maravillas de la civilización y que tanto modifican el carácter de los pueblos; pero para reparar la impaciencia que te pueda haber causado escucharlas, te seguiré contando algunas cosas más relativas á la ciudad de París.

Para comenzar, mencionaré la limpieza de esta bella capital que es en efecto escrupulosa y que con razón la consignan todos los viajeros en su libro de memorias ó en la relación de sus viajes y, para conseguirla, París, po-

demos decir, que está duplicado porque tiene un subterráneo en todas sus calles que se comunica en la misma direccion que éstas y el que contienen las cañerías de agua potable, las atargeas, los tubos del gaz y los hilos del telégrafo, de modo que nada de esto afea las calles ni las estorba como en la mayor parte de las ciudades de otros países.

Las atargeas no desaguan en el Sena en el interior de la ciudad, sino hasta fuera de ella, y ésta es la causa de que las aguas de ese rio sean purasy no exhaleen mal olor alguno.

Se miran constantemente hombres tirando un carrito de mano, llevando una esponja y escoba para recoger alguna pequeña basura, un tiro de cigarro ó la cáscara de alguna fruta; y si llueve, estos policías olean el menor charco de agua que queda y à poco, se puede andar por las calles sin temor de mojarse.

En el verano se riegan éstas dos veces al día y esto minora en gran parte el calor que hace en esta estacion.

Respecto de lo que cuesta vivir en Paris, se puede asegurar que es segun los recursos de cada uno, porque hay hoteles, restaurants, casas de huéspedes y cuartos amueblados que se acomodan à todas las fortunas y, no de cualquiera manera, sino que en cada categoría se pueden disfrutar algunas comodidades y la existencia en Paris siempre es agradable.

Hay por ejemplo hotel de segundo y hasta de tercer orden en que el pasajero está casi tambien albergado y asistido, como en los de primero; en estos que cuestan dos ó tres veces mas que aquellos, se paga el lujo y cuanto mas alhagan la vanidad de vivir en ellos. Esta circunstancia pasa en los hoteles de otras ciudades; lo que soy yo, no pago el contingente à esa necia vanidad; cuando mas, al llegar à una capital, dos ó tres dias habito uno de los primeros hoteles, solamente por conocer sus comodidades y sistema de servicio; mas si permanezco algun tiempo en la poblacion, con la experiencia adquiri-

da, tomo otra posada, que si no tiene el lujo de la que dejo, en cambio estoy tan bien hospedado como en aquella.

Creo haberte dicho, María, que llegando por primera vez á una ciudad, jamás me acomodo á comer en el hotel en mesa redonda, sujetándome á verificarlo á cierta hora establecida; sino que tomo mi cuarto y como en donde me toca la hora, y de esta manera disfruto de libertad y no tengo que volar ó dejar alguna diversion para volver á mi posada.

En Paris hay, como dije arriba, casas y cuartos amueblados y sin amueblar; los primeros se anuncian por medio de un papel amarillo pegado á la reja de los balcones, y los segundos con blanco.

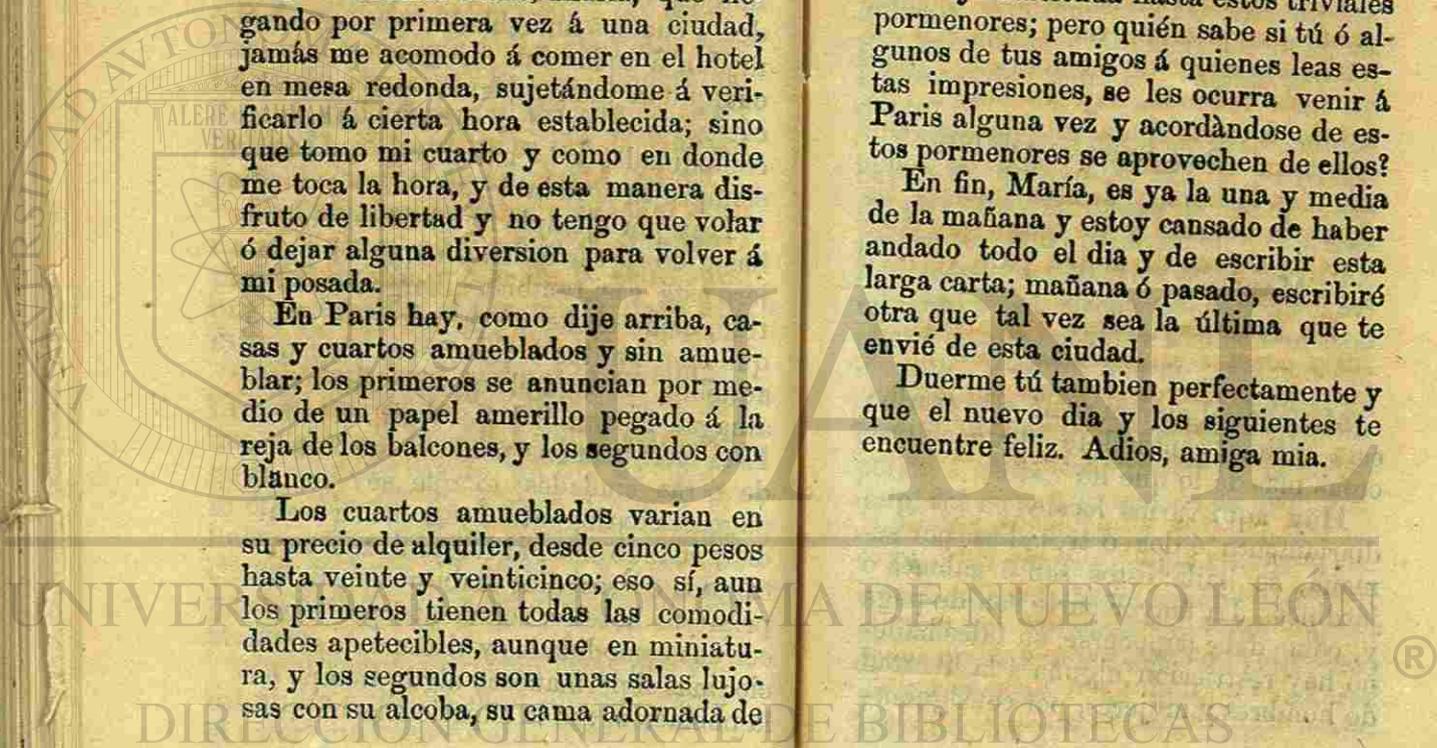
Los cuartos amueblados varían en su precio de alquiler, desde cinco pesos hasta veinte y veinticinco; eso sí, aun los primeros tienen todas las comodidades apetecibles, aunque en miniatura, y los segundos son unas salas lujosas con su alcoba, su cama adornada de

ricas colgaduras, y todas con su servicio diario inclusive.

Te reirás de que en estos apuntes de mi viaje descienda hasta estos triviales pormenores; pero quién sabe si tú ó algunos de tus amigos á quienes leas estas impresiones, se les ocurra venir á Paris alguna vez y acordándose de estos pormenores se aprovechen de ellos?

En fin, María, es ya la una y media de la mañana y estoy cansado de haber andado todo el día y de escribir esta larga carta; mañana ó pasado, escribiré otra que tal vez sea la última que te envié de esta ciudad.

Duerme tú también perfectamente y que el nuevo día y los siguientes te encuentre feliz. Adios, amiga mia.



...viajes de no saber y paradas colgando y todas con un ser...

...de la vida que me he pasado en estos grandes bailes...  
 ...de la vida que me he pasado en estos grandes bailes...  
 ...de la vida que me he pasado en estos grandes bailes...

Paris, Setiembre 4 de 1868.

En la Mañana, es ya la una y media y voy a la casa de la madre y estoy cansado de haber...

MARIA: Mañana salgo para roma y te escribo esta última, contándote algunas otras cosas mas de lo que he visto.

Hay aquí varios locales en los que diariamente ó dos ó tres dias por semana, se baila: estos son ó salones ó jardines. La mayor parte son de paga y, como debe suponerse, en tales bailes no hay restriccion alguna á la libertad de hombres y mujeres, por consiguien-

te, las señoras no concurren á estas diversiones.

El principal de estos jardines coreográficos, es el famoso Malville, un lugar encantado, verdadera morada de hadas por su aspecto fantástico y seductor.

Todas las noches hay espléndidos bailes en los que brillan á porfía las mugères mas hermosas de los diversos países, haciendo ostentacion de los mas ricos vestidos y atavíos de la moda dominante; cada sirena de aquellas, arrastra en sus encantos á una multitud de pollos y gallos que no pueden resistir su magia y se miran envueltos en las olas irresistibles del wals ó de la polka, ó giran en derredor de la elevada plataforma ó kiosco de la orquesta, en la rápida galopa.

Pero en donde la sal y el *schic* frances se desborda hasta mas no poder, en el Can can; entonces no tiene límites el entusiasmo y el frenesí de bailadores y espectadores: los mas atronadores aplausos, los gritos y los hurras, se de-

jan oír de varias partes, y todo el mundo se precipita al círculo, se apiña para ver á las parejas que frenéticas de entusiasmo, ejecutau los diversos giros del baile, levantando el pié la muger una cuarta mas arriba sobre la cabeza del hombre, hasta quedar éste, algunas veces, envuelto en los pliegues del vestido de su protagonista, en cuya posición, muchos de los circunstantes, los mas de ellos extranjeros, vuelven el rostro á otra parte ó bajan los ojos ruborizados. Este baile se multiplica á la vez en varios grupos.

Cuando termina, se dirigen parejas y resto de concurrencia, á las grutas artificiales para tomar el fresco ó sorber un helado ó gustar pasteles y licores.

Por todas las grutas ó laberintos del jardin, se ven sentados hombres y mugeres que desfogan su alegría en la espumosa copa del champagne ó depar-ten solícitos con las huries, que muellemente yacen reclinadas en asientos de césped, provocando con sus miradas lúbricas, sus dichos romancescos ó con-

torneadas formas medio veladas por el tül ó el gro de sus vestidos elegantes, á los incautos que, tal vez, una simple curiosidad atrajo á Malville solamente para pasar el rato ó conocer aquella maravilla.

En efecto, no puede darse una idea perfecta de este jardin, cuyo aspecto es de lo mas fantástico y pintoresco, que todo concurre en él á encantar la vista: la multitud de arbustos, árboles y flores, cuyo perfume se difunde en la atmósfera; las cien mil luces de gaz que asoman aquí y allí por entre el ramage, figurando florones y arabescos; las fuentes bullidoras, las cascadas artificiales que se miran medio escondidas allá, por entre un laberinto de veredas y bosquecillos de tilos y floripondios; la música que se armoniza con el risueño efecto del conjunto, y por fin, las hermosas hadas de ese vergel, cuyos aéreos vestidos de miles de colores, forman un perfecto contraste con ese bello todo que acabamos de describir, que parece envuelto en una atmósfera de oro por

el polvo que se levanta del baile y que contribuye á creerse en esos sueños en que todo se mira como entre el crepúsculo luminoso ó vagando por los espacios imaginarios.

Como he dicho antes, diariamente se baila en Malville, cuya entrada es gratis para las Cocottes y otras mugeres alegres; pero los caballeros pagan cinco francos y los miércoles y sábados diez, porque en esas dos noches, termina la diversion con unos fuegos artificiales.

Hay igualmente otro jardín, aunque inferior al referido, cuyo nombre he olvidado en este momento, y que está situado frente á uno de los costados del Louxembourg. En éste se dan tres bailes por semana y, aunque las niñas que concurren á él son menos entusiasmadas para el Can-can y su lujo mas moderado, no obstante, al terminarse el baile á las doce de la noche, salen los estudiantes de medicina, cuyo plantel está inmediato, acompañados de un ángel de guarda para que los defienda de

algun endriego que pueda estar oculto en alguna de las calles del barrio latino.

Te confieso, María, que en mi calidad de viagero, calculé oportuno y aun necesario no eximirme de concurrir á los dos jardines referidos, pues era indispensable dar noticia de ellos en mis impresiones; pero te aseguro, para que quedes tranquila, que fui otro San Antonio Abad, salí ileso de las tentaciones.

A los demas salones de baile no he podido concurrir, porque ha sido literalmente imposible por el poco tiempo de que puedo disponer y que he dedicado á cosas de mas utilidad.

Para cerrar la presente, debo añadirte algunas palabras mas para calmar la curiosidad que te debe haber causado el término que usé mas arriba de Cocotte.

No creas que esta sea un animal raro, que se halle clasificado en la historia natural; al contrario, abunda en todas partes y por lo mismo es muy co-

nocido; pero en Paris se le aplica el nombre de Cocota á lo que anteriormente tenia el de loreta. Este bípodo es femenino y suele ser siempre hermoso: viste las modas mas refinadas y recién confeccionadas de la metrópoli del mundo, y se le mira en los Boulevards, en los cafés, en Malville, en otros jardines coreográficos y en todas las partes donde hay hombres.

En el Verano, se acostumbra en Paris, trasladar los cafés interiores á la calle, ocupando una parte de la acera ó banqueta y cubriendo con un cobertizo de lona la localidad: desde la mañana hasta la media noche, una multitud de parroquianos de ambos sexos, están refrescándose allí; tomando café y licores, entre esta concurrencia, se miran aqui y allí Cocotas, que sentadas frente á una mesita redonda, unas veces solas y otras acompañadas, suerben helados ó toman una taza de Mocka, operacion que prolongan hasta que llega algun bípodo del otro sexo; éste las acompaña entonces en la operacion gastronó-

mica, paga el gasto, charla, y despues toma un coche y se van ambos tortolitos, bien á los Campos Eliseos, si es de noche á Maville y si no, á cualquiera otra parte.

Para que se vea la gran libertad que hay en Paris y que allí no se paran en pelillos, véñse con frecuencia gallos, que en tiempo de Revillagigedo tenían ya duro el espolon y que en nuestros países pasan por personas serias y caracterizadas, con su Cocota al brazo, charlando y obsequiándola al par de los imberbes pollitos, en pleno público... vamos, en los Boulevards mismos.

En los bailes públicos de que hablé arriba, no se miran otra cosa que estudiantes de México y las repúblicas del Sur, que van á buscar allí solaz; pero eso lo hacen para tomar descanso de las *arduas tareas* del estudio, y sus padres en América descansan tranquilos, creyendo que sus hijos ó protegidos, no pierden momento, haciéndose unos pozos de ciencia, ya que en mis países está esta *tan atrasada* así como los demas

ramos, considerando que esto es demasiado poco é indigno de henchir los cerebros de esos nuevos campeones.

Yo he oido decir, que en las diversas capitales de la América española, existen ya algunos planteles en diversos ramos que están á la altura de los de Europa; en las Academias y Liceos se transmiten extensos conocimientos que difícilmente podria abarcar el jóven mas inteligente y de un talento de primer órden y sin embargo, ¡poder de la moda y del orgullo humano! muchos ricos se desdennan de poner á sus hijos en nuestros planteles porque los creen insuficientes; y los envian á Paris ó á Alemania, para que allí adquieran conocimientos y salgan hechos unos Víctor Hugo, unos Lamartine ó unos Goethe.... y no saben esos señores, que los jóvenes que envian á Europa, pierden una parte del tiempo en fúslerías, en trasnochar en ciertas casas, en perder la salud y, sobre todo, el corazon, y cuando esperaban ver llegar á sus hijos unos jóvenes aprovechados, los mi-

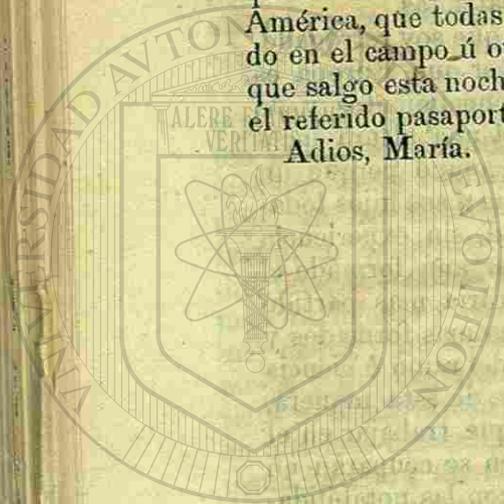
ran llenos de pretensiones, charlatanes y que á todo arrugan las narices, desdennando a sus compatriotas.

No creas, María, que soy retrógado, ni que deje de conocer que Europa es el emporio de los conocimientos y de que estos se hallan á una altura incomensurable; pero no opino porque un padre de familia envíe á sus hijos todavía de muy poca edad, sin experiencia del mundo y sin tener aun formado el corazon; creo que sacaria mas partido si los enviase un poco mas formados y con los preliminares del ramo ó ciencia que piensan adquirir; de esta manera, ya les queda poco que trabajar en el extranjero y mas bien se ocuparán en ponerse en contacto con las notabilidades del ramo y en hacer viajes provechosos.

Te dije en mi anterior, que te daria parte de algunos incidentes ocurridos en mis preparativos de viaje: uno de éstos ha sido la dificultad de conseguir pasaporte para Rusia, pues como tú sabes, hoy no tenemos representante de

México en Paris por causa de la pasada guerra de Intervencion, y he tenido que recurrir á las demas legaciones de América, que todas se hallan veraneando en el campo ú otros lugares, por lo que salgo esta noche para Marsella sin el referido pasaporte.

Adios, María.



XLIX.

Marsella, Setiembre de 1868.

MARIA QUERIDA:

Como te previne en mi anterior, anoche salí de Paris á las seis de tarde y llegué á esta ciudad hoy á las dos de la tarde y paro en el hotel del "Universo."

Desde el momento que llegué traté de proporcionarme el pasaporte de que te hablé, pues sin este no puede entrar á la ciudad eterna; para el efecto me valí del mismo patron del hotel D. Be-

nito Perea, que en el acto envió á uno de sus dependientes y á la média hora volvió con él.

Consigno esta circunstancia porque indica honradez y buena fé en el amo de la casa, pues creo que algun otro, á pretexto que el pasaporte no se conseguia, me habria hecho demorar quince ó veinte dias para que hubiera hecho su negocio.

Espedito ya para poder salir cuando guste para Roma, he dispuesto verificarlo mañana que sale un vapor para Chivitia Vechia.

Vamos á otra cosa.

En el camino que traje de Paris á esta ciudad, no me acaeció cosa alguna de contarse, y, tan pronto como hube conseguido mi pasaporte, salí á recorrer la ciudad, primero á pié y despues tomé un coche para ver lo más posible, ya que solamente contaba con la tarde.

Te diré en general que Marsella es una bella ciudad y sus edificios de cantera muy semejantes á los de Paris.

La bahía ciñe la ciudad por algunos

lados, haciendo entrar los buques hasta muy adentro de algunas calles y plazas. Esto es muy agradable por la perspectiva que ofrece á distancia, mirándose la multitud de mástiles y chimeneas que semejan un espeso bosque; y otras veces que se va distraido por alguna calle, al dar vuelta, ó al llegar á la esquina, se encuentra á pocos pasos la aglomeracion de los cascos de vapores y buques de todas dimenciones.

Los paseos son hermosos y actualmente se construye una gran fuente monumental, formando un semicírculo á su alrededor de bellas columnas; á su centro quedan los tazones, uno abajo de otro y un extenso recipiente, que recibe el agua de un grupo de figuras alegóricas que posan su planta en un carro griego tirado por bueyes.

A los extremos de esa columnata, están la Biblioteca y el Museo de pinturas; y en todo el frente que forma una extensa plazoleta, flores, arbustos y asientos de fierro.

Desde todo el largo de la calle que

conduce á este monumento, se disfruta de la óptica mas seductora y contribuyen á darle efecto, los grandes árboles que hay á cada lado, que de trecho en trecho simulan una bóveda por el cruzamiento de sus ramas.

La Prefectura ó Palacio del gobierno es bello y espacioso, ocupa una manzana extensa y está circundada de un ameno jardín.

Como es hora de comer, suspendo la presente, para salir despues á dar otro paseo.

Tengo ya arreglado mi pasage para Génova y mañana parto á las siete: de esa ciudad te volveré á escribir.

Adios.

L.

Génova, Setiembre de 1868.

MARIA QUERIDA.

Son las oraciones de la noche y acabo de entrar al vapor de vuelta de la ciudad y, teniendo á la mano este pedazo de papel, aprovecho la oportunidad de hablarte dos palabras sobre las impresiones de este dia.

En efecto, esta mañana á las siete, atracó el vapor en el muelle de esta ciudad y salté á tierra alborozado por-

conduce á este monumento, se disfruta de la óptica mas seductora y contribuyen á darle efecto, los grandes árboles que hay á cada lado, que de trecho en trecho simulan una bóveda por el cruzamiento de sus ramas.

La Prefectura ó Palacio del gobierno es bello y espacioso, ocupa una manzana extensa y está circundada de un ameno jardín.

Como es hora de comer, suspendo la presente, para salir despues á dar otro paseo.

Tengo ya arreglado mi pasage para Génova y mañana parto á las siete: de esa ciudad te volveré á escribir.

Adios.

L.

Génova, Setiembre de 1868.

MARIA QUERIDA.

Son las oraciones de la noche y acabo de entrar al vapor de vuelta de la ciudad y, teniendo á la mano este pedazo de papel, aprovecho la oportunidad de hablarte dos palabras sobre las impresiones de este dia.

En efecto, esta mañana á las siete, atracó el vapor en el muelle de esta ciudad y salté á tierra alborozado por-

que iba á ver una poblacion que desde léjos me habia parecido interesante por sus edificios y sus irregularidades pintorescas.

Como debia yo salir el mismo dia, no me ocupé de instalarme en hotel ni posada alguna; sino que inmediatamente me eché á andar por donde los pasos me dirigian, supuesto, que no conociendo la localidad, lo mismo era marchar para el Sur que para el Norte, y así me fui entrando al centro, tomando siempre por las calles mas populosas y donde los edificios eran mas suntuosos. Sin embargo de no saber el idioma italiano, hacia algunas preguntas en español y en mal francés, sobre algunas cosas que me llamaban la atencion y la principal, en donde habia museos de pintura, como que era una de las cuestiones mas importantes para mí en el viage á Europa.

Estuve tan afortunado, que supe inmediatamente la existencia de las casas de algunos principes y nobles que poseian selectas colecciones de diversos

autores antiguos y modernos y yo, á guiza de viagero atrevido, sin mas recomendacion que mi carácter de tal, me presentaba á los porteros de los palacios, preguntando con la mayor arrogancia por el dueño de casa, y ellos tenían la galanteria de darme razon, de modo, que cuando los señores estaban, me presentaban á ellos, siempre con mi título de viagero, manifestando mi deseo de ver las obras de arte que encerraban sus museos y, si no se hallaban, los guardianes, mediante, algunos francos que les ponía en la mano, me abrian las puertas y algunos hasta me servian de cicerone.

Visité, muy á las volandas, el palacio Ducal, el de San Jorge, los palacios Balbi, Piovera, Doria, Durazzo, Palavacini y no recuerdo que otros; todos ellos ricos en magnificas pinturas, estatuas, mosaicos y otras obras de arte de gran valor.

Cansado de ver objetos de arte ó, mas bien, sintiendo en el estómago alguna necesidad, me entré á un restau-

rant "El gran Colombo," y allí tomé un sabroso almuerzo, sin dejar de incluir en él los proverbiales macarrones, supuesto que entraba ese día á una de las ciudades italianas, y el famoso *Lágrima Christi*.

Cuando salí de la fonda, eran ya las doce y tomé á la ventura la primera calle que se me presentó, y llegué á la plaza principal, en donde está un teatro de los nueve que poseé Génova, cuyo nombre no recuerdo.

A mi paso me llamaban la atención las preciosas genovesas con su largo vestido de seda de color, echado encima un velo blanco que les caía mas abajo de las rodillas, que se paseaban por las calles; tal vez porque las veía con aquel trage ligero de verano y á través del velo, me parecía bellísimas, de fisonomía ideal, el color suave purpúreo y unos ojos encubiertos de una sombra misteriosa.

Como ya me sentía cansado por el mucho ejercicio que habia hecho y calculaba imposible poder seguir á pié vi-

sitando los sitios mas importantes de la ciudad, recurrí á un carruage de dos caballos, con instrucciones al cochero de que me llevase á todos los lugares y plazas mas notables, rematando en el paseo.

Subí al coche y cuando pasábamos frente á algun edificio hermoso, alguna iglesia ú otra cosa que me llamaba la atención, hacia preguntas á mi conductor, que por fortuna me lo encontré amable, y el me satisfacía, manifestando á veces sus buenas disposiciones de cicerone, dándome detalles históricos sobre el objeto que se trataba, deteniendo el coche para que yo saciara mi curiosidad; aunque cuando veía esta galantería, pensaba que ella envolvía mas bien su interés en punto á alargar el tiempo para que fuese mayor el costo del vehículo y la propina abundante.

Ví en mi escursion varias iglesias solamente en su exterior porque era hora en que estaban cerradas; únicamente entré á la Catedral, cuya arquitectura es gótica y espléndida por sus mármo-

les, sus esculturas y pinturas: como es de suponer, la mayor parte de esos templos, son de estructura antigua, unos góticos y otros del Renacimiento.

Cuando eran las cuatro de la tarde, me condujo mi hombre al paseo que es muy bello, tanto por la riqueza de sus plantas y ornamentacion, como por estar situado sobre la planicie de una colina, á la que se sube cómodamente como á un anfiteatro. Los carruages quedan un poco mas abajo y, el último tercio de la altura, se verifica á pié. Desde que comienza la subida, se disfruta ya de una vista espléndida y, al paso que se avanza, el panorama de la ciudad toma mayores proporciones, y cuando se está sobre la plataforma, aquel, el mar y los alrededores, forman un conjunto difícil de describir.

Yo permanecí largo rato, contemplando aquella perspectiva deliciosa, gozando la vista de los mil edificios de la ciudad, de la vegetacion de sus contornos, del Mediterráneo y el muelle, con sus innumerables buques y, por fin,

del aspecto del cielo, que en esos momentos, como el sol declinaba en su carrera, comenzaba á formar en el horizonte su trono de oro y escarlata.

Como era un poco tarde y debia yo regresar al vapor, que salia esa misma noche, descendí del paseo y me enca-miné al restaurant para comer.

Despues de desempeñar esta importante operacion, me dirigí al muelle y tomé posesion de mi camarote para comunicarte mis impresiones, las que termino avisando que salgo para Liorna, á la que probablemente llegaremos por la mañana y de la que te hablaré oportunamente. Adios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DE BIBLIOTECAS

**Aumento:**

Por olvido no hice mencion de una circunstancia remarcable de Génova, que no deja de contribuir al complemento de su carácter; por lo que paso á subsanar esa omision.

Como la ciudad de Génova es una de las mas antiguas de Italia, no se extrañará, que la mayor parte de sus calles sean irregulares y estrechas: las hay tan angostas, que en algunas, abriendo una persona los brazos, puede

tocar las fachadas de ambas aceras: entre éstas, es claro que no pueden transitar carruages; aunque se me ocurrió una cosa cuando las ví y es: que es favorable su situacion para dos amantes que habiten casas fronterizas, porque pueden conversar á todas horas, darse la mano y pasarse sus obsequios sin el indiscreto misterio de los criados, Yo creo que los municipios de la época en que se construyeron esas calles, pensaron en esa importante circunstancia y en establecer mas intimidad en los enamorados.

Las plazas de la ciudad son espaciosas y suntuosa la que alardea el gran monumento de Colon, todo de mármol de Carrara; en general, la poblacion tiene un aspecto risueño y sus ciento cincuenta mil habitantes, le comunican movimiento y vida, dándole la apariencia de una gran capital.

Ahora si terminaré; adios, amigamia.

detenido por la parte sur, en la  
la C. central de carnicería, y el  
interior donde se encuentran los  
anexos de la casa, Piquet, G. y  
G. y G.

LI.

Con esta carta se ha terminado  
el primer número de esta revista  
muy felizmente, y en el próximo  
número se continuará con el  
número de la semana del 27-  
de mayo.

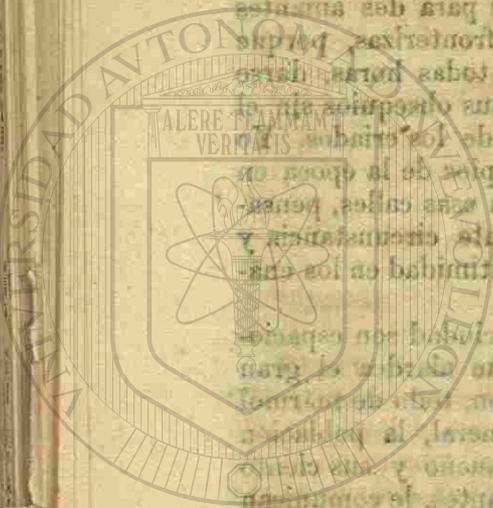
Liorna Setiembre de 1868.

MARIA QUERIDA.

Esta mañana hemos llegado á esta  
ciudad á las nueve.

El puerto es importante y uno de los  
mas concurridos de Italia porque hace  
el comercio de la Europa oriental y oc-  
cidental.

Al salir del muelle se encamina uno  
directamente por la calle principal, que  
conduce á la plaza de armas, y hácia la



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

derecha por la parte Sur, está situada la Catedral de estructura antigua y el interior omado de algunos cuadros remarkable de Ligozzi, Empoli, Cigoli y Gherardini.

Como esta ciudad tolera todas las religiones, no es extraño que se miren multitud de templos griegos, armónicos arábes, ingleses: la Sinagoga de los Judíos, es una de las mas bellas, la mas antigua y la mas basta de Europa. Los neófitos de cada culto, tienen igualmente su sementerio particular.

En cuanto á edificios públicos, los hay muy bellos, especialmente el palacio del Gobierno, los hospitales, el hospicio de beneficencia, el seminario episcopal, la Biblioteca pública, la Escuela de navegacion etc. etc., y dos ó tres hoteles de buen aspecto.

La ciudad de Liorna, en su mayor parte, está renovada, tanto en sus edificios, como en sus calles, que todas están embaldosadas y tiradas á cordel; solamente del otro lado del canal, por la parte norte, quedan algunas antiguas

que forman un contraste remarkable con la parte nueva, ésta es bastante alegre y aseada.

Hay tres estatuas; la de Fernando I, Fernando III y la de Leopoldo II. Liorna, antiguamente tenia muy poca importancia, y á causa de eso, ni el Gobierno erigió museo alguno de artes, ni tampoco contaba en su seno particulares que emplearan grandes cantidades en obras plásticas por lo que en este particular, no se parece esta ciudad a las demas de Italia, que están cuajadas de monumentos y el arte se respira por todas partes.

Liorna ha sido rectificada en una época en que dominan mas bien las transacciones comerciales, y su importancia consiste mas bien en esta línea; no obstante, los edificios mismos acusan al gusto general clásico de la Italia y los bellos jardines que posee en los alrededores.

La iglesia de la Madona de Montero es un santuario muy frecuentado y desde este sitio se disfruta de una vista

magnífica, siendo igualmente, uno de los paseos públicos de la ciudad.

Como en la tarde debia salir el vapor, me volví á buena hora al muelle, despues de haber andado por las partes mas notables de la ciudad, de la que no te hablo mas, porque no hallé en ella objetos mas interesantes, ni me sucedieron cosas dignas de contarse.

Parto esta noche con el placer que es de imaginarse en razon de que mañana ¡oh, mañana! probablemente veré colmados mis deseos de entrar á la Capital del Mundo católico, deseos que he abrigado toda mi vida para palpar las ruinas venerables que atestiguan su pasada grandeza, las maravillas de que está nuevamente dotada por la restauracion, y estudiar el arte en la ciudad que se reputa el imperio de las Bellas Artes.

Adios, María.

## LXII

Roma Setiembre de 1868.

## QUERIDA MARIA:

Antes de hablar de esta ciudad, voy á darte algunos detalles del camino que he traído desde mi salida de Liorna.

A las cinco y media de la tarde zarpó el vapor del muelle de esa ciudad y siempre un buen tiempo, comenzó á surcar las aguas del Mediterráneo. Yo me detuve sobre cubierta hasta bien entrada la noche, ocupada constantemente mi imaginacion con las impresiones que debia recibir á la vista de Roma que he

magnífica, siendo igualmente, uno de los paseos públicos de la ciudad.

Como en la tarde debia salir el vapor, me volví á buena hora al muelle, despues de haber andado por las partes mas notables de la ciudad, de la que no te hablo mas, porque no hallé en ella objetos mas interesantes, ni me sucedieron cosas dignas de contarse.

Parto esta noche con el placer que es de imaginarse en razon de que mañana ¡oh, mañana! probablemente veré colmados mis deseos de entrar á la Capital del Mundo católico, deseos que he abrigado toda mi vida para palpar las ruinas venerables que atestiguan su pasada grandeza, las maravillas de que está nuevamente dotada por la restauracion, y estudiar el arte en la ciudad que se reputa el imperio de las Bellas Artes.

Adios, María.

## LXII

Roma Setiembre de 1868.

## QUERIDA MARIA:

Antes de hablar de esta ciudad, voy á darte algunos detalles del camino que he traído desde mi salida de Liorna.

A las cinco y media de la tarde zarpó el vapor del muelle de esa ciudad y siempre un buen tiempo, comenzó á surcar las aguas del Mediterráneo. Yo me detuve sobre cubierta hasta bien entrada la noche, ocupada constantemente mi imaginacion con las impresiones que debia recibir á la vista de Roma que he

sido teatro de tantos acontecimientos memorables, patria de grandes hombres y donde se han desarrollado las mas notables peripecias que registra la historia.

Me figuraba ver cada uno de los sucesos que habia leido; contemplar á los personajes que fueron autores en los mil y mil dramas de que han sido testigos los siglos, y me trasportaba con la imaginacion á todos los lugares: veia por ejemplo, el sitio de donde salian Remo y Rómulo con el arado para diseñar la ciudad de las siete colinas y á poco, la envidia que dividia á los dos hermanos por la que el segundo dió muerte al primero: el estado miserable que guardaba ese pueblo de pastores que iniciaron el espíritu guerrero y conquistador que mas tarde debia animar á los romanos para ser dueños del mundo: la manera ingeniosa en que esos pastores, convertidos ya en guerreros, trasportaron las Sabinas á un Metrópoli porque carecia de mujeres.

Al hacer los recuerdos de la prime-

ra edad de Roma y juzgar la humildad de su origen, la mente me iba conduciendo á los grandes acontecimientos posteriores, cuando la soberbia ciudad daba leyes y sojuzgaba al mundo conocido y me llevaba aquel vasto campo de contemplacion diciéndome: "Hé ahí el templo de Minerva, el templo de Júpiter Capitolino, el Foro Romano en donde pusieron su planta los Cicerones, Scipiones, los Camilos, los Césares y los demas hombres grandes; más allá, en el Coliseo que resonó con los gritos de un pueblo ávido de emociones y en el que corria á torrentes sobre la arena la sangre de los gladiadores y mas tarde la de los mártires; el palacio de los Césares enfrente, sobre una eminencia artificial, basada en fuertes arcos que se mira aún con algunos vestigios marmóreos de los edificios; ese teatro de Marcelo comenzado por Julio César y terminado por Augusto, que contenia 350,000 espectadores; el teatro de Pompeyo, el circo Máximo, que podia contener 25,000 personas; el

Pórtico de Octavia, cuyas ruinas quedan en pié, los de Filippo, de Guilia, etc. La columna Trajana de mármol de cerca de 123 piés de altura y rica de mas de 2,200 figuras de bajorelieve, la de Antonino; el obelisco del Vaticano trasportado á Roma por Calígula y elevado por Sixto V, el de San Juan de Letran por Constancio y otros muchos monumentos que se conservan casi intactos á pesar de las frecuentes irrupciones de los bárbaros y de la serie de siglos que han pasado; y finalmente, esa Basílica, gloria de la época moderna lanzada á los aires por el atrevido arquitecto de la Restauracion, por el autor del Juicio final y del Moisés que se admira en la Iglesia de San Pedro Advíncula.....

Despues de hacer estos y otros mil recuerdos de la Metrópoli que debía ver muy pronto y cuando habia cesado el ruido de los pagajeros y solamente se escuchaba el de los émbolos de la locomotora y de la helice, me retiré de cubierta para ir á reposar á mi cama.

rote, siempre con la agradable emocion de la perspectiva que se me presentaba en la imaginacion, de lo que debía ver y palpar realmente en lo futuro.

Al otro dia, como á las diez, comenaron á dejarse ver las costas romanas y más tarde el puerto Chivita Vechia, al que arribamos á la una del dia.

Dicho puerto está muy léjos de guardar parangon con los que habia visto en la travesía; su aspecto tiene algo de anticuado y solitario, véense muy pocos buques surtos en la bahía, y por consiguiente su movimiento comercial es reducido: el puerto de Civita-Vechia, no es ese puerto alegre y animado de San Francisco, el tumultuoso de N. York, el agitado y fabril de Marsella, ni mucho ménos los grandes de Southanton, que a su inmenso movimiento comercial, su aspecto por los millares de buques de todas partes, semejan bosques de mástiles y chimeneas.

Salté a tierra y despues de todos esos preliminares de descarga del equipage, cuando éste sometido a la inquisitorial

requisición de los guardas pontificios, que llevaban su correspondiente estado papal en el schacot, se me presentó un grueso y viejo italiano, que antes de poderlo evitar, me medio ahogó entre sus brazos y me plantó media docena de besos en las mejillas, picándome con el pelo de la barba que tenía a guiza de cepillo: confieso que estos besos me causaron la impresion mas desagradable que imaginarse pueda, aun cuando ha mucho tiempo habia sabido en México, que los franceses y los italianos, tenían la costumbre de manifestar de ese modo sus expansiones amistosas de saludo ó despedida, cosa á la verdad que hace sentir en todo el cuerpo una corriente eléctrica a modo de calosfrío, en lugar de la celestial sensacion que se experimenta con los que emanan de los labios de una mujer amada.

Cuando me pude desprender de mi hombre, un poco asqueado y medio avergonzado, porque él, tal vez, esperaba igual correspondencia, pero que mi carácter varonil mexicano me lo impe-

dia, tratamos ya de otra cosa: se me ofreció para llevar mi equipaje al tren, que debia partir a Roma a las tres de la tarde, y al mismo tiempo me presentó la tarjeta de una casa española de huéspedes que habia en aquella ciudad, que ciertamente me venia muy bien, en razon de que la carencia del idioma italiano, me pondría en aprietos al hospedarme en un hotel romano.

Llegados al tren y depositado mi equipaje, juzgué oportuno manifestar mi gratitud al que tan cariñosamente me habia acogido y manejándose officiosamente, llevándolo al restaurant, que quedaba allí inmediato, y ambos despachamos sin etiqueta alguna los platos de la sabrosa cocina italiana que nos pusieron delante, elevando al aire repetidas veces la folleta del no ménos agradable vino rosso de Orvieto, al que mi amigo triplicaba las caricias.

Cuando yo veía este entusiasmo y que se le ponian las mejillas color de rosa de Bengala, me entró cierto temor de que llegara el momento de la despe-

dida, en la que probablemente, centuplicaria sus anteriores manifestaciones de amistad. No me equivoqué, porque cuando llegó la hora de subir al wagon, para marchar, volví de nuevo á quedar prisionero en los brazos del fornido italiano y sus lábios volvieron a profanar mis tímidas mejillas, deshaciéndose en cumplimientos y expresivas protestas de amistad.

Partió finalmente el tren, y en el wagon que me tocó, iban tres ó cuatro seculares y ocho clérigos, todos italianos. Al ir caminando, solamente por las ventanas del coche miraba yo los suburbios de la ciudad de Civita: Vecchia y algunas alturas de edificios particulares é iglesias, pareciendome todo el conjunto, de un aspecto anticuado llegado á ella; pero fué por haberme entretenido en el almuerzo y ser limitado el tiempo que quedaba para repartir.

Cuando habíamos caminado algun trecho, los compañeros de viaje se fueron quedando en las diversas poblaciones que habia en el tránsito, los que no

tenian cosa interesante por cierto, que mas bien eran una especie de pueblecitos ó villorrios desmantelados y el campo que recorriamos árido y sin vestigios de cultivo, como generalmente se mira en otros países, transitando por caminos cortos.

Ya yo sabia que la campiña romana era como un cementerio y sus moradores indolentes y perezosos, pero aun así me cogia de nuevo tanta aridez y la falta de haciendas, rancherías y otras señales que manifiestan el trabajo.

El tren seguia impertérrito su camino, cuando al voltear una quebrada, los pocos pasajeros que quedaban, exclamaron: ¡he ahí la cúpula de San Pedro!

Un vuelco me dió el corazon al oír estas palabras; dirijo la vista hácia donde indicaban el monumento y, no puedo explicar la profunda emocion que experimento al ver aquella maravilla que se destacaba imponente sobre el azul del cielo.

Un nudo se me atravesó en la gar-

ganta; se me humedecieron los párpados y casi iba á caer de rodillas, sino que había sido por la vergüenza que me retenia. Admiraba estasiado aquella soberbia cúpula, que aun estaba distante, cuando se perdió de vista, porque el tren entraba á una hondonada y paró adelante, en una pequeña estacion en la que bajaban los últimos compañeros de wagon.

Quedé entonces solo y aprecié en el alma esta circunstancia, porque ya podía seguir contemplando las perspectivas que se me presentaran, sin testigos, dando rienda suelta á mis emociones.

En efecto, á poco de haber silvado la locomotora y avanzado el tren salió á una planicie y ahí se me presentó en mayores proporciones, la cúpula y aparecieron una parte del Vaticano y otros templos y edificios de la ciudad.

Te habrás reído, María, de mi locura, de mi avidez por ver todo lo que se iba desarrollando á mi vista; pues ya iba de un lado, ya de otro en las ventanillas del coche, según las vueltas

que daba en las curvas del camino y, cuando iba siendo mas y mas grandiosa la perspectiva, lanzaba gritos de júbilo, exclamaciones de entusiasmo, y entonces ..... lo diré? Se me escapó un raudal de lágrimas porque veia coronados mis deseos, realizados mis ensueños y estaba en frente de la ciudad eterna, que tan grande habia sido en la antigüedad, cuando los romanos conquistaron el mundo, como desde que era la metrópoli del catolicismo.

Al paso que ya tenia yo á la vista todo el panorama de la gran ciudad, y la contemplaba absorto, otras ruinas que se veian al paso, me llamaban igualmente la atencion y las veia con respeto, recordando los grandes sucesos de que habian sido testigos y las muchas generaciones que habian visto desaparecer..... finalmente, todo lo que veia y abarcaba mi vista, me inspiraba un torbellino de ideas á cual mas encontradas, con la mezcla histórica de todas las épocas, de todos los acontecimientos, de todas las vicisitudes de aquella ciu-  
 ®

dad, de aquellas ruinas, de aquellas campiñas, que yacian ahora mudas y cubiertas con los vestigios de los templos y palacios entremezclados de la enmarañada vegetacion, de la vid y de los arbustos; pero siempre bajo un cielo sin mancha y con el tributo de la admiracion de todos los pueblos.

Quando el crepúsculo cubrió con su misterioso manto ese delicioso panorama, percibi á distancia, los muros de la ciudad y algunas luces comenzaron á aparecer en varias de las chozas que rodean los contornos de Roma.

Mi corazon latía mas fuertemente, porque decia en mis adentros: "¡estoy en Roma; dentro de un momento pisaré su suelo y respiraré el aire de sus calles!"

A poco silva la locomotora y en breve, comienza á entrar el tren á las dependencias de la estacion romana, cruzada de rieles, locomotoras y wagones. ¡Hemos llegado!

Penetramos á un gran patio cubierto de cristales, en donde habia ya mucha

luz y un concurso numeroso: paramos y, acto continuo, tomó cada cual su equipage y se preparó á salir. Tomé yo mi saco de noche, descendí y, á poco que hube recabado toda mi carga, en voz alta llamé un cochero que conociera la posada de la Minerva, cuya direccion me habia dado el italiano de Civita Vecchia; inmediatamente aparecieron varios y yo tomé el mas próximo, no sin refunfuñar los que quedaron desairados.

Al ir entrando por las calles de la ciudad, me sentí un poco contrariado al ver la irregularidad de algunas, la estrechez de otras, y algunos edificios súcios y de aspecto melancólico y ruinoso que, con la escasez de la luz del alumbrado, tomaban un aspecto siniestro, semejándolos á aquellos castillos feudales de la edad media.

Confieso que sentí disminuir en mucha parte mis ilusiones y rebajar el alto concepto que me formé de Roma, al ver su imponente panorama desde el camino, porque como venia directamen-

te de Paris, esperaba que esta ciudad fuera inferior á aquella y esperaba entrar triunfalmente por entre anchurosas calles y soberbias plazas con obeliscos y monumentos á derecha é izquierda y fué todo lo contrario. Consideraba entonces que las relaciones de los viajeros eran exageradas y que todo el mundo veía á Roma bajo un prisma formado por la preocupacion y los antecedentes de la historia; ya se sabe que la imaginacion crea y destruye, si me es permitido expresarme así; la mía, por lo que habia leído, y por el exterior de la ciudad que ví á distancia, me la presentó imponente por dentro y fuera y ahora que veo desvanecida esa ilusion, me hace creer que Roma es un poblacho que vale poco..... pero, no hay que llevarse de las primeras impresiones; esperemos y no juzguemos sin causa: comencemos nuestra excursion; veamos con imparcialidad las maravillas que nos han descrito ostentosamente los viajeros, y despues pronuncemos nuestro fallo.

Despues de algunas vueltas y revueltas que dió el coche que me conducia, se detuvo frente á una casa cuya fachada tampoco me hizo gracia: era la posada española que me esperaba, segun la tarjeta de direccion. La familia dueña de esta, era descendiente de españoles, por lo que poseia el idioma de sus progenitores al par que el italiano: cosa que me tenia cuenta porque yo ignoraba el último y dos jóvenes que habia allí, podian guiarme en los preliminares del aprendizaje.

Como tenia alguna necesidad en el estómago, acepté una comida que me ofreció la patrona de la casa y, cuando estaba yo en la operacion gastronómica, que serian las ocho de la noche, oí en la calle muchas voces como de gente que venia hablando á un tiempo y á poco, un canto en coro destemplado. Pregunto à Manuel, que así se llamaba el joven de la casa, qué cosa era aquello, y me contesta que es el rosario que van rezando muchas personas, ejercicio que hacian diariamente en los diversos

puntos de la ciudad. A mí me causó estrañeza porque me pareció antiquísima esa costumbre y solamente había oído decir, que en otro tiempo se había practicado en nuestros países; pero reflexioné que me hallaba en Roma, en la sede de la religion y que estas y otras prácticas por el estilo, debian estar en boga, mientras que en otras partes habian claudicado.

Como sabes, María, que cuando llego á una parte por primera vez me devora la fiebre por verlo todo, por conocerlo, no me resolví á esperar á la mañana para comenzar mi escursion, sino que propuse á Manuel me condujera á algunas calles para ver á Roma con la iluminaciou del gas.

A pocos pasos de la casa, pasamos frente á la iglesia de la Minerva; entramos despues á la plaza del mismo nombre en la que hay una fuente con un elefante de granito, que lleva encima un pequeño obelisco; seguimos por un laberinfo de calles angostas y curvas y

llegamos á la plaza de la Rotunda ó antiguo Panteon; era el primer monumento que yo admiraba en Roma, exteriormente por su magnífico pórtico, compuesto de diez y seis columnas de granito de una sola pieza y de una altura considerable. Seguimos adelante pasando frente á algunos templos y altos edificios, de cuya arquitectura no se podia juzgar porque la luz no era muy intensa y ademas, casi todos eran de un color gris sucio y chorreado por diversas partes.

Entramos á la calle del Corso, la principal de la ciudad y la mas recta y ancha, que comienza de la Plaza del Popolo y termina en la de Venecia: allí ví ya mas movimiento, mas luz y la mayor parte de sus tiendas abiertas; estas me parecieron pequeñas y desairado su interior, respecto de las de las demas ciudades: en las mercerías se veian colgados sendos mazos de rosarios de varias clases y tamaños, relicarios, retratos en fotografia de Pio IX, de todas dimensiones, vistas de todos

los sitios de la ciudad y otras chácharas de poco valor.

En cuanto á tiendas de ropa, joyerías, etc., tambien notaba yo pequeñez y poco gusto; no eran esos espléndidos almacenes de Nueva York, Paris y otras ciudades que deslumbran por su riqueza y por el arte con que están colocados los objetos.

Nos entramos á algunas calles transversales, que desembocan en Babuéno paralela á la del Corso, y allí vimos algunas tiendas de abarrotes ó pulperías y fondas romanas de aspecto de bodega, que daría vergüenza entrar en ellas á una persona decente y, sin embargo, habia varias de esta categoria, sentadas delante de mesas largas y angostas cubiertas de manteles no muy limpios. Vimos, igualmente, una especie de tabernas, en donde se pedian dos ó tres platos, que eran el pretesto para saborear los vinos *rosso y bianco* de á tres de á cuatro y hasta de á diez centavos la *folletta*; esas cloacas ó garitos, son ahumadas y alumbran escasamente con un

quinqué de hoja de lata, una reunion heterogénea de carreteros, mujeres del pueblo y algunos frailes de diversas órdenes religiosas; bien que favorecidos por la poca luz que recibian y agrupados entre la multitud, probaban tambien de lo caro.

Estas tabernas con otras casas y cosas por el estilo, me traian á la memoria las leyendas de la Edad Média, en que los donceles de capa y espada se daban de cuchilladas en las lóbregas calles de una ciudad á la moribunda luz de una linterna suspendida frente á alguna Madona y despues si no morian se entraban en una casa como la que he descrito y allí menudeaban de lo bueno.

Por lo que he visto en los pocos dias que llevo de estar en la ciudad, comprendo que ella es esencialmente conservadora en todo, y todas sus cosas tienen el sello de lo antiguo, guardando con la religion un exacto paralelo. Muchas de esas costumbres y prácticas que han desaparecido de otros pueblos y solo se conocen por la tradicion

se miran aun en esta ciudad y hasta creo que se tiene un especial cuidado en conservarlas.

Después de haber recorrido algunas calles que no dejaron de destruir un poco la ilusión que yo me había formado de la grandeza de Roma, me retiré entre diez y media y once de la noche para descansar.

Te dejo reposar también María, de la lectura de esta carta, ofreciéndote continuar mi descripción en la siguiente, que acaso contenga impresiones que correspondan á lo mucho bueno que se ha hablado de la capital del orbe católico. Adios.

LII.

Roma Octubre de 1868.

QUERIDA AMIGA MIA.

Al otro día bien temprano, la mañana estaba hermosísima y lo primero que hice fué, asomarme á la ventana de mi cuarto para ver la calle, tomar fresco y ver si el cielo estaba limpio, á fin de que el paseo á que me preparaba no fuera interrumpido por alguna de esas eventualidades de los elementos.

se miran aun en esta ciudad y hasta creo que se tiene un especial cuidado en conservarlas.

Después de haber recorrido algunas calles que no dejaron de destruir un poco la ilusión que yo me había formado de la grandeza de Roma, me retiré entre diez y media y once de la noche para descansar.

Te dejo reposar también María, de la lectura de esta carta, ofreciéndote continuar mi descripción en la siguiente, que acaso contenga impresiones que correspondan á lo mucho bueno que se ha hablado de la capital del orbe católico. Adios.

LII.

Roma Octubre de 1868.

QUERIDA AMIGA MIA.

Al otro día bien temprano, la mañana estaba hermosísima y lo primero que hice fué, asomarme á la ventana de mi cuarto para ver la calle, tomar fresco y ver si el cielo estaba limpio, á fin de que el paseo á que me preparaba no fuera interrumpido por alguna de esas eventualidades de los elementos.

Requerí á Manuel para que se dispusiera á acompañarme, supuesto que él debía servirme de cicerone en todas mis escursiones.

Ambos tomamos el camino de San Pedro, que era lo primero que entraba en el itinerario de mi primer paseo por la capital de Roma.

Al paso, por nuestro sendero, todo me volvía ojos para ver los edificios, las iglesias y algunos monumentos, preguntando á mi acompañante el nombre de los mas notables. Confieso francamente, que yo caminaba contrariado, porque veía que á cada momento mis ilusiones iban desapareciendo á la vista y á la contemplacion de esas casas sucias, de esos palacios ahumados y como untados de grasa, cuya primorosa arquitectura desaparecia, dando paso á la mugre y al aspecto ruinoso que imprimía un largo abandono.

Nuestro camino era practicado por entre un laberinto de callejuelas tortuosas é irregulares, algunas muy estrechas y en las que apenas cabian un co-

che y el transeunte que tenia que replegarse á la pared para que las ruedas no le deshicieran los huesos.

Todas estas calles eran obstruidas por charcos de orin que resbalaba de la acera hasta la mitad de la calle, dejando un fuerte olor alcalino, que era mas intenso é insoportable, cuando el sol bañaba todo el empedrado: si se levantaba la cabeza para ver algun edificio, buscando una gala arquitectónica ú otro ornato, se encontraba las mas veces en un tendedero entre ventana y ventana, en el que yacian algunas rotas enaguas blancas, los calzones de muger, las medias y otros harapos que por cierto no podrian reemplazar satisfactoriamente el uso de las colgaduras..... en fin, todo era suciedad, y la vista se encontraba en lugar de aquellas descripciones pomposas y detalles llenos de poesía que en todos tiempos se han trasmitido por viajeros entusiastas, sobre la grandeza y magestad de la ciudad eterna; con los de una metrópoli casi degradada y que, habiéndose proclamado

el emporio del arte, de la civilización y la Sede del Catolicismo, poco, muy poco tenía de artístico su aspecto, y más para el que llegaba, como yo, de ver otras capitales y especialmente París que es reputada con justicia la reina de las ciudades.

Ocupada mi mente con estas observaciones, que engendraba el asqueroso y desagradable aspecto de la ciudad, llegamos al Puente Santangelo construido por Adriano cuya tumba se mira á pocos pasos y hoy está convertida en un castillo ó fortaleza que guarda algunos prisioneros de Estado.

Contemplé un momento las estatuas de ángeles que flanquean los abanicos del Puente, ejecutadas por Bernini, que demuestran la decadencia del arte en el siglo XII, y ví correr las amarillentas aguas del Tíber, testigo de los antiguos y grandes acontecimientos que encierra la historia; después seguimos nuestra marcha, pasando frente al hospital del Espíritu Santo que ocupa una manzana entera, anduvimos la siguien-

te calle y ex abrupto, se nos presentó la gran plaza, la Columnata, la Basílica de San Pedro y el Vaticano.

Al dar el primer paso á esta plaza, me detuve para contemplar el conjunto que se me presentaba, saborearlo con la vista y admirar la grandeza del primer templo del Orbe Católico; pero, ¿te lo diré, amiga mía? Al estar frente á su fachada, buscaba en ella la grandiosidad que nos ha transmitido la pintura, el grabado y la fotografía y no la encontraba; quizá era esto efecto de la fascinación, de las relaciones exageradas de los viajeros, ó un mentís del arte, que contribuía á rectificar esas relaciones inexactas por un extraño accidente de la óptica. El caso es que quedé triste cuando en lugar de la sorpresa con ver dimensiones gigantescas y magestuosas en la gran fachada, de volver á contemplar esa cúpula de la víspera, envuelta entre las nubes y de quedar abismado por tan imponderable conjunto, veía yo mezquindad; una fachada enana, inferior á la altura del

Vaticano, que está inmediato; la cúpula que apenas dejaba ver la tercera parte de su altura en la linternilla y finalmente, un templo que nada tenía de extraordinario, respecto de otros que había visto, inclusa la Catedral de la ciudad de México que, al recordarla, me pareció mas imponente y grandiosa; con sus dos torres de una atrevida elevacion, su fachada bien decorada y la fabrica arquitectónica, reposando en una área extensa de terreno, que la hace colosal y sus dimensiones aparecen por todos lados llenas de magestad.

Me dirigí á la Columnata, que es monumental y sobre cada una de sus columnas hay un plinto sobre el que campea una estatua de cantera bellamente trabajada: frente de esta Columnata y en el centro, se eleva magestuoso un obelisco egipcio y dos preciosas fuentes que derraman cataratas de agua cristalina, semejando á distancia bombas superpuestas.

El obelisco mencionado, fué conducido á Roma por Calígula y elevado

en el sitio actual por órden de Sisto V, bajo la direccion del arquitecto Domenico Fontana con la ayuda de 800 obreros y de 140 caballos.

Una circunstancia singular me hizo observar mi jóven cicerone y fué, que poco distantes de las fuentes de la Plaza de San Pedro, existen dos lozas circulares que sirven de mira para ver, puesto en pié sobre cada una de ellas, una sola columna en vez de las cuatro que contiene cada fila de la Columnata de modo, que en todo el largo ó circunferencia de ella, no se ven mas que columnas sencillas, sin verse ni una mas de sus compañeras.

Como era ya un poco tarde, no quise detenerme en visitar la Bassilica, porque consideraba que para admirar las preciosidades que contiene, segun me habian contado, era necesaria una mañana entera y preferí pasear algunas calles mas y ver otros objetos que manifestaran alguna importancia.

Para cumplir mi propósito, tomamos un rambo diferente del que habiamos

traído para visitar á San Pedro y pasamos el Tiber por el puente roto, construido en tiempo de los romanos y reedificado por Sisto IV; desembocamos en Trastévere, barrio comprendido en la ciudad leonina ó papal. En este barrio, me mostró Manuel la casa que habitó la Fornarina, amante predilecta de Rafael de Urbino; consérvase de ella aun los muros exteriores y dos pequeñas ventanas por donde muchas veces, cargada de pechos, veria y conversaria la linda jóven con el mimado pintor de los papas y de la aristocracia romana.

Mi cicerone me hizo notar igualmente, la gallarda apostura de las trasteverinas, que son unas mugeres hermosas que conservan el antiguo tipo y su porte y modo de andar es magestuoso y como pudieran tenerlo las matronas romanas: llevan, casi siempre, tomada la falda de la enagua por la parte delantera con la mano derecha y la izquierda apoya graciosamente sobre la cintura que les dá á todo en conjunto el carácter de una estátua.

A nuestro paso, tocamos una plaza grande con dos fuentes monumentales á sus extremos y al frente el Palacio Farnesio de bella y grandiosa arquitectura, decorado con los órdenes Dórico, Jónico y Corintio; superpuestos los unos á los otros y ornada la fachada de doce columnas de granito egipcio que sostiene el vestíbulo. Sangallo, Bouneroti y De la Porta, trabajaron en este palacio y su interior, que puede llamarse un gran museo, pone á prueba el génio y magnificencia de Paulo III.

Despues de haber admirado interior y exteriormente este magnífico edificio, nos dirigimos á casa porque era ya la una del dia y nuestro estómago reclamaba algun auxilio.

Dejo para mi próxima carta contar-te mis impresiones de en la tarde.

Adios María.

IMPRESIONES DE VIAJE.

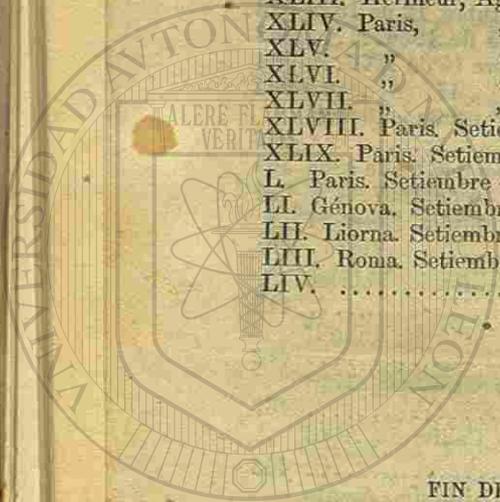
TOMO I.

	Páginas.
Dos palabras al lector.....	III
I. Introduccion. Toluca. Setiembre 9 de 1862.....	1
II. Camino de Maravatío. Setiembre 9 de 1862.....	14
III. Camino de Maravatío. Setiembre 10 de 1862.....	26
IV. Celaya. Setiembre 12 de 1862.....	44
V. Querétaro. Febrero 12 de 1863.....	59
VI. Guanajuato. Febrero 23 de 1863.....	84
VII. Guanajuato. Febrero 25 de 1863.....	99
VIII. Mina La Purísima. Julio 5 de 1864	120
Mineral de la Luz.....	132
IX. Guanajuato. Reventada de la Presa..	146
X. Leon de los Aldamas.....	156
XI. Valle de Santiago. Setiembre 5 de 1863	176
XII. Valle de Santiago. Noviembre 16 de 1863.....	190
XIII. Uriangato, Diciembre 7 de 1863... ..	194
XIV. Puruándiro. Diciembre 28 de 1864.	206

XV. Zamora. Enero 8 de 1864.....	209
XVI. Jiquilpan. Enero 29 de 1864.....	221
XVII. Tonila. Febrero 3 de 1864.....	227
XVIII. Tonila. Febrero 5 de 1864.....	232
XIX. Colima.....	239
XX. Colima.....	262
XXI. Zapotlan. Noviembre de 1877.....	285
XXII. Estado de Jalisco. Junio 15 1879	303
XXIII. Guadalajara, Octubre 12 de 1879	323
XXIV. Tepic, Octubre 15 de 1866.....	342
XXV. San Blas, Diciembre 16 de 1866...	354
XXVI. San Blas, " 17 ".....	362
XXVII. Abordo de la "Panchita." Diciem- bre 18 de 1866.....	366
XXVIII. Mazatlan, Diciembre 22 de 1866	369
XXIX. Mazatlan, Enero 15 de 1867.....	381
XXX. San Francisco California, Enero 31 de 1867.....	391
XXXI. San Francisco California, Febrero 3 de 1867.....	417
XXXII. San Francisco California, Julio 1° de 1867.....	432
XXXIII. San Francisco California, Mar- zo 20 de 1867.....	467
XXXIV. San Francisco California, Abril 27 de 1867.....	493
XXXV. San Francisco California, Agosto 15 de 1867.....	515
XXXVI. San Francisco California, Enero 9 de 1868.....	529
XXXVII. San Francisco California, Julio 2 de 1868.....	557
XXXVIII. A bordo del "Oregonian." Ju- lio 7 de 1868.....	568

XXXIX. Nueva York, Julio 25 de 1868..	573
XL. A bordo del «Germania.» Julio 28 de 1868.....	582
XLI. A bordo del «Germania.» Julio 25 de 1868.....	595
XLII. A bordo del «Germania.» Agosto 9 de 1868.....	603
XLIII. Herifleur, Agosto 9 de 1868.....	609
XLIV. Paris, " 11 ".....	615
XLV. " " 17 ".....	624
XLVI. " " 18 ".....	637
XLVII. " " 25 ".....	644
XLVIII. Paris, Setiembre 2 de 1868....	652
XLIX. Paris, Setiembre 2 de 1868.....	664
L. Paris, Setiembre 4 de 1868.....	675
LI. Génova, Setiembre 4 de 1868.....	679
LII. Liorna, Setiembre de 1864.....	689
LIII. Roma, Setiembre 4 de 1868.....	693
LIV. ....	731

FIN DEL TOMO I.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

